

REAL ACADEMIA

GADITANA

DE CIENCIAS Y LETRAS.



OBRAS ESCOGIDAS

DEL

EXCMO SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

PRIMER PRESIDENTE

Y

FUNDADOR DE ESTA REAL INSTITUCION,

PUBLICADAS A EXPENSAS

DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO Y DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL.

TOMO I.

OBRAS POÉTICAS.

(QUEDA PROHIBIDA LA VENTA DE EJEMPLARES DE ESTA EDICION.)



CADIZ

IMPRESA DE LA REVISTA MÉDICA, DE D. FEDERICO JOLY Y VELASCO,
CERALLOS (ANTES BOMBA), NÚMERO 1.

1878

OBRAS ESCOGIDAS

DEL

EXCMO. SR. DON FRANCISCO FLORES & ARENAS.



TOMO I.

OBRAS POETICAS.

REAL ACADEMIA
GADITANA

DE CIENCIAS Y LETRAS.



OBRAS ESCOGIDAS

DEL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

PRIMER PRESIDENTE

Y

FUNDADOR DE ESTA REAL INSTITUCION,

PUBLICADAS A EXPENSAS

DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO Y DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL.

TOMO I.

OBRAS POÉTICAS.

(QUEDA PROHIBIDA LA VENTA DE EJEMPLARES DE ESTA EDICION.)

Reg.^o 9483



CADIZ

IMPRESA DE LA REVISTA MÉDICA, DE D. FEDERICO JOLY Y VELASCO,
CEBALLOS (ANTES BOMBA), NÚMERO I.

1878

ADVERTENCIA.

Iniciado en el seno de la Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras el pensamiento de rendir un testimonio de justicia y de afecto al que habia sido uno de sus fundadores y Primer Presidente, el Excmo. Señor D. Francisco Flores Arenas, publicando sus obras más escogidas, esta nueva Corporacion lo acogió unánimemente y con el mayor entusiasmo, no sólo en razon al carácter de tributo debido á tan distinguido literato, tiernísimo compañero y sabio maestro, sino por cuanto este trabajo ofrecia objeto digno á la actividad intelectual de la Academia y la presentaba ocasion de rendir un importante servicio, tanto á las letras gaditanas, como al alto renombre y buena fama de que goza nuestra ciudad entre las más cultas del mundo y las más celosas por la civilizacion y el progreso intelectual de nuestra Patria.

Una Comision particular fué encargada de poner en ejecucion y llevar á término el proyecto acordado por la Real Academia, autorizándosela para proceder como tuviese por conveniente, tanto en la recoleccion y ordenamiento de los materiales literarios, como en la investigacion de los recursos que reclamaba la empresa.

Para realizar el primer extremo, la Comision hizo un llamamiento, por medio de la prensa local, á cuantos amigos del finado y literatos distinguidos ó personas curiosas é ilustradas poseyesen los escritos del Sr. Flores Arenas, para que se sirviesen procurarlos. Esta medida no fué ineficaz: varios señores, antiguos admiradores y amigos de aquel notable escritor, remitieron algunas obras que, unidas á los materiales abundantes, aunque desordenados é incompletos, que pudo poner la familia á disposicion de la Academia y de algunos preciosos y bien conservados originales que remitió su Sr. hijo D. Ramon, ofrecian ya abundantes elementos para una rica coleccion.

Al mismo tiempo la comision pretendia de sus propietarios las autorizaciones necesarias para reimprimir las comedias *Pagarse del exterior* y *Hacer cuentas sin la huésped*, y los Sres. D. Federico Joly, é hijos de Gullon, deferian galantemente á aquella solicitud.

Por cuanto se refiere al segundo extremo, confiando la Comision en la ilustracion y patriotismo, al par que en la generosidad y deferencia, de las Autoridades provinciales y locales, tantas veces acreditados, no vaciló en recurrir á ellas en demanda de algunas sumas con que subvenir á los gastos de esta empresa.

Desgraciadamente la laboriosidad y el celo de las instituciones científicas y literarias no suelen venir auxiliados de los medios materiales que reclaman para su realizacion los altos fines que aquellas se proponen. En toda España esta clase de asociaciones hállanse bajo el protectorado de la autoridad, que no vacila en alentar y recompensar, con modestas pero eficaces subvenciones, los importantes trabajos é innegables provechos que realizan y procuran, no ya á la localidad, sino á todo el pais.

Los escasos medios con que cuenta la naciente Real Academia Gaditana, más débiles aún si se còmparan con su vitalidad y su entusiasmo y con las necesidades de su organizacion y afianzamiento, hicieron á la Comision apelar al celo por el bien general y á la galantería particular para con la Academia, de la Excmá. Diputacion Provincial y del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz. Mas teniendo en cuenta el estado de los fondos públicos y las penalidades y dificultades administrativas de esta localidad, la Comision redujo su solicitud sólo al valor del primer tomo de la coleccion proyectada, calculado, segun presupuesto detenido y juicioso, en 1500 á 2000 pesetas, para una edicion medianamente elegante y rica de 500 ejemplares y con el propósito de que no fuera vendida, sino repartida entre las bibliotecas públicas y las personas de ilustracion reconocida y que tuviesen en gran aprecio y profundo respeto la memoria del ilustre autor de tan bellos escritos.

No se equivocó la Comision: el Excmo. Ayuntamiento, al que acudió en primer lugar en 7 de Diciembre último, por creerlo más obligado á una obra cuya gloria habia de recaer principalmente sobre Cádiz, contestó seguidamente ofreciendo la cantidad de mil pesetas; mas imponiendo la honrosa condicion de que este precioso libro no habia de

venderse y exigiendo además que todo ello se hiciese constar claramente en una advertencia preliminar, á cuya prescripcion se dá de este modo cumplimiento.

Con esta suma se empezó la edicion á fines del citado Diciembre; mas como desde luego no bastase para cubrir los gastos del tomo primero, acudióse en 12 de Febrero con igual demanda á la Excma. Diputacion provincial que, no ménos deseosa de contribuir á esta empresa y exacta apreciadora de su utilidad y significacion para la provincia, ofreció concurrir á los gastos con otras mil pesetas, que han completado cuanto se necesitaba para llevar á cabo la primera parte del pensamiento.

Es de esperar que á la vista del resultado, y en consideracion á la importancia de lo que falta para completar la obra total y á la belleza y número de los escritos en prosa que han de publicarse y que son los que más distinguen y mejor caracterizan al autor, tanto la una como la otra Corporacion administrativa darán lugar en sus presupuestos á las cantidades necesarias para continuar la coleccion emprendida, hasta dejarla completa y acabada, como así ha de pretenderlo esta Real Academia.

La Comision no ha decaido en su empeño ni en su entusiasmo: conoce que rinde un justo tributo al maestro, al jefe y al amigo: anhela dar por terminada, del mejor modo que le sea posible, una obra que ha de redundar, no ya solamente en honra de la Corporacion que la proyectó y que la realiza, sino en justa fama de una de las figuras más respetables y dignas de la moderna Cádiz literaria, y en provecho y gloria de nuestra ciudad y aun de la literatura patria; y estas consideraciones la sostienen y alientan en su propósito, impulsándola á gestionar sin descanso y de todos modos, para llevarlo á cabo total y cumplidamente.

Es además esta coleccion un obsequio que debe Cádiz á la memoria del ilustre compatriota que la dedicó durante una larga vida sus importantes y variados servicios y la honró despues de su muerte con el precioso legado de sus talentos y de su laboriosidad, y un testimonio de alto precio, pero de imperiosa justicia, otorgado á la familia de tan insigne varon y esclarecido ingenio; nuevos conceptos que acrecientan el celo y el afan con que esta Comision se ha dedicado desde un principio á su trabajo y perseverará en él hasta conseguir el cumplimiento de sus fines.

Si las Autoridades provincial y local, si los que cultivan la literatu-

ra patria y embellecen y realzan nuestra historia contemporánea con las obras de su pluma, y si el público en general aprecian en su justo valor las intenciones y los esfuerzos de la Comisión y agradecen y estiman debidamente el servicio que ha creído prestar con este libro á Cádiz y á España esta Real Academia, se verán recompensados suficientemente los actos de aquella, y cumplidamente satisfechos sus más vivos deseos.

Cádiz 18 de Diciembre de 1877.

NOTICIA BIOGRAFICA.

Si la honradez, la virtud, el talento, la instruccion, la bondad de carácter, los servicios prestados á la patria; si todas estas cualidades y circunstancias reunidas en un solo hombre merecen un artículo biográfico, nadie con más justicia que el Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas, decano de la Facultad de Medicina y de los literatos de Cádiz, presidente de la Real Academia de Ciencias y Letras y de la Asociacion de Cervantistas, y primer Consiliario de la Academia de Bellas Artes, cuya irreparable pérdida (acaecida en 22 de Octubre último) lloran los buenos hijos y vecinos de esta perla del Océano, que tuvo la suerte de poseer su cuna y alcanza la honra de guardar sus restos mortales.

Pluma mejor cortada requiere la biografía de este ilustre gaditano; pero es en nosotros deber sagrado el consagrar un recuerdo á su memoria; en nosotros que le hemos profesado cordial y no interrumpida amistad más de veinte años, logrando la satisfaccion de estar á su lado en la Cátedra, en las Academias, en los tribunales de oposiciones á Cátedras, en los Jurados de concursos á premios científicos y literarios, y en muchas comisiones oficiales. Y en todas partes elogiamos su talento, celebramos su modestia, ensalzamos sus virtudes, honramos su respetabilidad y aprendimos de él, y con él estuvimos siempre unidos en espíritu de verdad, razon y justicia.

Dejemos, pues, consignada una página que exprese, á la vez que el nuestro, el sentimiento de Cádiz; de tal suerte, que al leerla, el nombre de Flores Arenas despierte igual simpatía y respeto en los que no le conocieron que en los que tuvimos la suerte de encontrarle en nuestro camino.

Nació el Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas en Cádiz, el dia 4 de Setiembre de 1801. Fueron sus padres D. Francisco Flores Moreno,

natural de Sevilla, y D.^a María de los Dolores Arenas y Rios, natural de Priego, y fué bautizado en la Parroquia Castrense, por gozar fuero su padre como profesor y director del extinguido Colegio Militar de Medicina y Cirugía, fundado por D. Pedro Virgili.

Entró de cadete en el regimiento de Zapadores-minadores en 1817, y se examinó en 1819 para aspirante al Cuerpo de Ingenieros, habiendo sido aprobado con nota de *muy bueno*; en Junio de 1820 ascendió á subteniente, y en Julio de 1823, por órden de las Córtes, se examinó y fué aprobado para teniente del expresado cuerpo; hallóse luego como voluntario en el ataque de Sacedon, dado en la noche del 29 de Enero de 1823.

El Excmo. Sr. D. Antonio Zarco del Valle le eligió, á principios de Agosto del expresado último año, auxiliar del Estado mayor general del tercer regimiento de operaciones, mandado por el Excmo. Sr. D. José de Zayas, y el 23 del propio mes y año fué hecho prisionero por la escuadra francesa del sitio de Cádiz, adonde se dirigia de órden superior para asuntos del servicio.

Se le expidió su licencia indefinida en Enero de 1824, y en 16 de Julio de 1834 obtuvo, á su peticion, retiro de teniente con uso de uniforme y fuero, prefiriendo el retiro voluntario á ser desleal á su bandera. Así concluyó su carrera militar.

Demos á conocer ahora á Flores Arenas como alumno. En 15 de Setiembre de 1827 entró de externo en el extinguido Colegio de Medicina y Cirugía de Cádiz, despues de haber sufrido exámen de Latinidad y Filosofía; y en 26 de Enero de 1829 pasó á la clase de alumno interno, mereciendo en todos sus exámenes notas de *sobresaliente*, desempeñando sucesivamente los cargos de *Director menor*, *Director mayor*, *Mayor de Botánica* y *Vicerector*.

Hizo oposicion y obtuvo el premio anual concedido por el Reglamento de 1827 al alumno más sobresaliente, y en Octubre de 1834 y en Mayo de 1836 fué aprobado y obtuvo, respectivamente, los grados de licenciado y de doctor en la Facultad de Medicina y Cirugía. Tal es la brillante carrera académica del que fué despues Decano de la misma Facultad.

Presentemos algunos datos de su carrera de profesor médico y de catedrático.

Después de haber desempeñado varias clases de *Física experimental* y de *Retórica* (á cuyo estudio mostró siempre gran predilección), hizo en 1836 oposición á una plaza de ayudante de profesor, para la que fué nombrado; en 1837 hizo también oposición á una cátedra de dicho Colegio aneja al cargo de Secretario, y habiendo alcanzado el primer lugar, fué nombrado en 18 de Marzo; ascendió á catedrático numerario, en 5 de Agosto de 1841, de la asignatura de *Terapéutica, Materia médica, Arte de recetar y elementos de Química*; en Octubre de 1843 obtuvo el nombramiento de catedrático propietario de la Facultad de Ciencias médicas de Barcelona, de la asignatura de *Patología general*; en 15 de Junio de 1844, logró el de catedrático de la Facultad de Cádiz, de las asignaturas de *Moral, Historia y Bibliografía médicas*, y á consecuencia del plan de Setiembre de 1845, fué nombrado catedrático de *Fisiología é Higiene* en la Facultad de Medicina de Cádiz, cuya cátedra ha desempeñado hasta su fallecimiento.

A tan dilatados años en la enseñanza y á tan variadas asignaturas hay que agregar otras, de las que sólo mencionaremos la de *Retórica y Poética*, que tuvo á su cargo en el Instituto provincial en 1863, y la de *Anatomía pictórica* en la Escuela de Bellas Artes.

Como catedrático, llegó á la categoría de término que alcanzó en 4 de Diciembre de 1866, y en 1871 fué elevado al cargo de Decano, que desempeñó hasta su fallecimiento.

Vamos á consignar algunos de los muchos servicios que prestó á la patria, los que constan en documentos oficiales que tenemos ante la vista.

Aunque por su carácter no se dedicaba á la práctica de la Medicina, prestóse voluntariamente con gran abnegación en 1836 á la asistencia médica en las salas de tifoideos que tuvo á su cargo en el Hospital Militar, en las cuales ejerció actos de verdadera caridad, así como en la visita que en 1838 verificó, por orden del Excmo. Sr. Jefe Político á la población de San Carlos (en San Fernando) para inspeccionar el depósito de prisioneros, donde también se había declarado el tífus.

En 13 de Mayo de 1848 fué nombrado vocal de la Junta de Beneficencia; en 28 de Febrero de 1847, director del Hospital de Nuestra Señora del Cármen; en Febrero de 1850, académico de Bellas Artes, y en Enero de 1855, consiliario de la misma.

Ha sido censor de teatros y de novelas, y vocal de la Comision de Estadística, de la Junta de Instruccion pública y de otras corporaciones, y en todos estos puestos siempre fué muy apreciado su generoso concurso por el celo, inteligencia y acierto con que cumplió sus deberes.

Necesitaríamos mayor espacio si hubiésemos de consignar todos los servicios gratuitos de nuestro respetable amigo: sólo diremos, para concluir este punto, que ejerció varias veces el elevado cargo de Juez de tribunales de oposiciones á cátedras en Cádiz y en Madrid y, como queda dicho, el de Jurado para concursos científicos y literarios.

El Gobierno premió en parte estos servicios concediéndole la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Oigamos algunas palabras de Flores Arenas como literato. ⁽¹⁾

Desde 1837 fué redactor encargado de la seccion de ciencias y literatura del periódico *El Tiempo*, que despues se tituló *El Globo*.

En 1841 salió á luz un lucido semanario, llamado LA MODA, á cuyo frente se colocó el Sr. Flores Arenas: LA MODA aumentó bastante su crédito y suscripciones, y siendo ya propiedad de su actual editor propietario, Sr. D. Abelardo de Cárlos, se le agregó el título de ELEGANTE, que aún conserva. En dicho periódico hay muchos y muy buenos artículos de crítica y de costumbres de nuestro inolvidable amigo, en los que ha deramado gran parte de su chispeante gracia, de su sano criterio y buen gusto literario.

Tiene publicadas muy buenas poesías de diversos géneros, siendo muy conocido y apreciado por sus composiciones del género festivo; deja además tres lindas comedias, publicadas por los años de 1831, 1833 y 1851, y, conocedor y admirador de nuestro Teatro antiguo, descubre-

(1) Extractamos esta parte del presente artículo, de la excelente obra de nuestro ilustrado amigo y compañero, Dr. D. Romualdo Alvarez Espino, *Ensayo histórico-crítico del Teatro Español*, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Francisco Flores Arenas.—Cádiz, 1876.

se en todas un marcado sabor clásico que se revela por la observancia de las tres unidades dramáticas, la sencillez y recta intencion, la naturalidad de los medios y del desenlace, y por un diálogo y una versificación dignas de Breton de los Herreros, por lo cual con justicia se le ha llamado *el Breton gaditano*: estas tres producciones son: *Pagarse del exterior*, *Hacer cuentas sin la huésped* y *Coquetismo y presuncion*, la mejor de ellas: todas han sido representadas varias veces y aplaudidas con entusiasmo.

Vengamos á los últimos años de su vida. Fundada en Cádiz, en Mayo de 1876, la Real Academia de Ciencias y Letras por la eficaz iniciativa de muchas personas amantes del saber, fué elegido por unanimidad el Sr. Flores Arenas para el cargo de Presidente, así como lo fué también en la Asociación de Cervantistas, instalada en Cádiz en 1874. Para esta última ha escrito algunas poesías festivas, en las cuales se puede admirar aquella palabra siempre viva, picante y juvenil, y aquella diccion tan correcta como natural.

Para concluir este bosquejo biográfico, diremos que su trato bondadoso y afable, su carácter siempre risueño, su honradez y su intachable conducta, le hicieron siempre simpático y querido: Flores Arenas ha muerto lleno de honores y condecoraciones, apreciado de todos, rodeado de su amante y numerosa familia y de multitud de amigos. Si no faltó alguno de esos espíritus malévolos que sólo tienen talento para hacer daño gozándose en mortificar á sus semejantes, que hiriese al respetable anciano en los últimos meses de su vida, criticando una de esas poesías que dedicó á la memoria del gran Cervantes, ni siquiera se ofendió de ello Flores Arenas; antes bien, compadeció á este desgraciado. ¿Y qué mayor castigo ha podido sufrir el pseudo-crítico que la contemplacion del hermoso espectáculo que Cádiz ha ofrecido en la muerte de tan esclarecido poeta?

Sí; la conduccion del cadáver de Flores Arenas, llevado á hombros por sus discípulos, ha sido una ovacion de todo el pueblo gaditano al respetable y virtuoso padre de familia, al pundonoroso militar, al eminente y modesto literato, al antiguo catedrático, al intachable decano, al ilustrado presidente de la Real Academia de Ciencias y Letras, al que (como

ha dicho muy bien un respetable publicista) deja huérfanas casi todas las corporaciones científicas y literarias de Cádiz.

Ya en la mansion de los muertos, ante el yerto cadáver que rodeaba inmenso cortejo, alzóse la voz elocuente y dolorida de la Facultad de Medicina⁽¹⁾, que dejaba en las puertas de la eternidad al que fué su digno jefe; oyóse el triste acento de la Real Academia de Ciencias y Letras⁽²⁾, que perdía á su presidente y fundador; hendió aquel aire tranquilo de las tumbas el eco doliente de la Real Academia de Medicina⁽³⁾ falta de uno de sus más distinguidos miembros; tristes lamentos salieron de los labios de la juventud escolar⁽⁴⁾, esperanza de la patria, que lloraba la muerte del que por tantos años dedicó los alientos de su vida y los dones de su inteligencia á la enseñanza. Y otros levantaron también sus voces lastimeras, y todos ensalzaron las virtudes del finado, admiraron su bondad, elogiaron su saber, enaltecieron su talento y lloraron conmovidos la pérdida de tan ilustre hijo de Cádiz.

¡Qué lección tan elocuente y qué cuadro tan conmovedor para los que todavía arrastramos nuestra mísera existencia por este suelo, regado con las lágrimas del humano linaje! Allí pudieron con justa razón repetirse (si se salva la circunstancia de que Flores Arenas no era hijo de Sevilla) aquellos magníficos versos que nuestro inolvidable amigo escribió en la muerte de otro eminente y querido literato:

..... Dichoso el labio
Cuya palabra triunfa del olvido,
Feliz el que la tierra llamó sabio.
No será maldecido
En los siglos jamás su dulce nombre,
Como el de aquellos que su furia alzaron
Sobre la humana sangre su renombre,
Porque la humana sangre derramaron.
Paz á la tierra: la eternal clemencia.

(1) El reputado Dr. en Medicina y Catedrático de la Facultad, D. Pascual Hontañón, leyó un elocuente y sentimental elogio del finado, como expresión del Claustro.

(2) El catedrático del Instituto y secretario de la Academia, D. Romualdo Alvarez Espino, leyó un bellissimo discurso en representación de la misma.

(3) El Dr. en Medicina D. Enrique Moresco, encargado por la Academia, dió lectura á un bien escrito trabajo.

(4) D. Manuel de Dios, en representación de todos los alumnos, leyó un sentido discurso.

Abomina el rencor la impía saña.
 Gloria á tí, LUZ DE DIOS, gloria á tí, ¡oh ciencia!
 Gloria también á tí, vergel de España,
 Cuyo fecundo suelo
 Dió el ser á tanto ingenio peregrino:
 Ellos tendieron hasta el sol su vuelo.
 Si Rioja grande, Herrera fué divino.
 Cual ellos eminente
 Otro hijo pierdes; mas esplendorosa
 Su fama quede á la remota gente.
 Cubra sacro laurel su humilde losa,
 Y al Dios Omnipotente
 Entonando loores,
 No des llanto á su tumba, sino flores!" (1)

En el antiguo Egipto, en aquel pueblo misterioso, cuya civilización nos revela en parte la grandeza de sus monumentos; allí donde la colosal pirámide y la simbólica esfinge parecen indicar un pueblo gigantesco, cuando un rey fallecía, los súbditos vestían de luto y desgarraban sus vestiduras, cerrábanse los templos por espacio de doce días, se interrumpían las sagradas ceremonias, y las turbas recorrían las calles entonando lúgubres himnos. El último de estos días, el cadáver del rey se colocaba á la entrada del sepulcro, abriéndose juicio de todo lo que el monarca había hecho durante su vida. Los sacerdotes se encargaban del panegírico; pero el pueblo tenía el derecho de aprobación ó de censura: en el primer caso, millares de personas alzaban sus voces de entusiasmo; mas en caso contrario, fuertes murmullos protestaban contra el mal gobierno del Jefe del Estado; y era tan eficaz este fallo, que algunos fueron privados de sepultura real, lo que equivalía á privarles de la inmortalidad, condenándoles al olvido. Esta fúnebre ceremonia de la inhumación revestía allí el carácter de un juicio final humano, que servía de ejemplo á los reyes futuros para que sujetasen su conducta á los altos principios del deber y de la justicia.

Es que cuando el espíritu abandona los restos mortales *del que fué*, desaparecen multitud de consideraciones sociales, de intereses mezquinos,

(1) *Flores Arenas*: Elegía en la corona poética dedicada al Sr. D. Alberto Lista y Aragon.—1849.

de injustificadas rivalidades y envidias, y empieza á brillar la verdad, la razon y la justicia, sin nubes que las empañen.

Hé aquí cómo al cabo de millares de años háse repetido al pié de la tumba del poeta gaditano aquel juicio público, solemne é inapelable, que el pueblo egipcio pronunciaba ante el cadáver de sus reyes, proclamando en repetidas voces que *el nombre de Flores Arenas será un timbre de gloria para este pueblo, donde su memoria vivirá siempre querida y respetada.*

Sírvale este justo fallo de consuelo á su respetable y apreciada familia, á cuyo profundo dolor nos asociamos, como ya lo ha hecho todo Cádiz pública y solemnemente.

VICENTE RUBIO Y DIAZ.

OBSERVACIONES

ACERCA DE LAS POESIAS LIRICAS

DE

DON FRANCISCO FLORES ARENAS.

Así como la Naturaleza esconde entre capas de tierra dura los metales preciosos y oculta los frutos delicados bajo la resistente bóveda de una amarga ó desabrida corteza, así la docta Corporacion que hoy dá á luz coleccionadas las notabilísimas obras de D. Francisco Flores Arenas, ha querido que las poesías líricas, esto es, las más bellas producciones quizá de aquel escritor insigne, vayan precedidas del más insustancial de los proemios.

Una sola cualidad tendrá en su abono, la de ser muy breve. Para convertirme en Aristarco de aquel peregrino ingenio, me faltan dotes críticas, y para rendirle una vez más el sincero tributo de admiracion que siempre me arrancaron sus versos, no necesito escribir un muy extenso prólogo. Es verdad que muchas composiciones de las que aquí se insertan no son conocidas del público; mas en todas campea el puro aticismo, la diction selecta, el giro castizo y las demás galas del buen decir que dieron al esclarecido vate gaditano un nombre digno de figurar junto á los que son gloria de nuestro Parnaso y cuyas obras se proponen por modelo y norma á los amantes de la escuela clásica.

En ella militó siempre nuestro poeta, que en sus obras dramáticas secundó los esfuerzos de Moratin y Breton de los Herreros por aclimatar en la escena española el delicado árbol de la comedia urbana, que sin embargo no ha podido echar raices; y en sus creaciones líricas se ajustó siempre á los severos moldes forjados por los imitadores de la oda horaciana que ha habido desde Fray Luis de Leon y Herrera hasta Melendez Valdés y Lista.

Confieso que yo no soy devoto del clasicismo, porque el clasicismo se inspira en el ideal de una civilización ya muerta y tiene invencible apego á las formas consagradas por la tradición. Yo creo que el poeta debe ser fiel al espíritu de su tiempo, y los que al nuestro pertenecen, en vez de invocar númenes que ya están mudos, han de tener por musa la libertad, alma del mundo moderno, y por asunto de sus creaciones los prodigios de la industria, los milagros de la ciencia, las conquistas de la razón y los triunfos del derecho. Esto mismo proclamaba, hace ya algunos años, en el Ateneo de Madrid el príncipe de la elocuencia española D. Emilio Castelar, que en una de sus lecciones sobre la civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo, y dirigiéndose á los jóvenes que teníamos la fortuna de escucharle, nos decía: "Recordad que mientras los poetas que han cantado sus sentimientos livianos, sus amores egoístas, mueren en el olvido, Quintana, coronado en vida, llorado en muerte, perpetuado en mil imágenes en nuestras calles, en nuestras plazas, y grabado indeleblemente en el agradecimiento del pueblo, dice que hay una voz que no se pierde, un canto que no se extingue, la voz y el canto que se consagran á hermohear y defender la santa causa de la libertad y de la patria."

¡Cuánto más y mejor hubiera sonado la lira de Flores Arenas, de haberla puesto al servicio de tal causa! Porque es indudable que la grandeza del objeto comunica á la forma que le reviste un cierto grado de su propia magnificencia. ¿Cuál es, si no, el secreto de aquella entonación robusta, de aquel estilo grandilocuente y sublime que caracteriza los versos del cantor de la imprenta? ¿De dónde proviene el fuego y la vehemencia con que escribieron sobre un mismo asunto D. Juan Nicasio Gallego, Espronceda y Lopez García? Pues es bien seguro que si hubieran cantado bodas de príncipes ó frívolos amores ó alguna otra cosa baladí, no obtuvieran igual éxito; y por el contrario, si el autor de estas poesías hubiera invocado alguna vez la misma musa que aquellos ilustres vates, hoy registraría la presente colección odas que pudieran llevar la firma del gran Quintana.

Pero el Sr. Flores Arenas, que vivió casi siempre en esta ciudad, su cuna y su sepulcro, no se sintió nunca inspirado ante las gloriosas cicatrices de estos muros, propugnáculo de la nacionalidad; y en cambio es-

cribió una oda epitalámica para aquel funesto príncipe que en el destierro dirigía indecorosas felicitaciones al hombre mismo cuyos cañones vomitaban la muerte sobre esta heroica plaza. Jamás consagró un recuerdo al templo de San Felipe, venerando Sinaí donde se escribieron las tablas de la ley de nuestra regeneración política; pero arrancó á su laud místicas vibraciones para referirnos un acto de piedad llevado á cabo por oscuros marineros en la iglesia del Cármen, ó para darnos cuenta de la traslación de una imagen á su santuario, ó para notificarnos que un amigo suyo poseía un crucifijo de gran mérito escultural. Y en fin, la urna cineraria de las víctimas que á esta ciudad costó el triste 10 de Marzo de 1820, no movió su pluma á execrar la barbarie realista; pero lanzó su pecho un generoso grito de justa indignación contra un famoso reo de regicidio frustrado.

No hago notar estos hechos en son de censura, porque reconozco en todo escritor el natural derecho de escoger las materias que le plazcan, sino al intento de patentizar que la en mi juicio poco acertada elección de temas que para muchas de sus poesías hizo el Sr. Flores Arenas, es la causa fundamental de que algunas de aquellas no revelen en toda su extensión y plenitud las grandes facultades de su autor y aun se resientan de frialdad, amaneramiento y conceptualismo. La prueba está en que cuando deja de ser trovador cortesano para convertirse en bardo popular, su lira parece la de Tirteo y produce las magníficas octavas reales que dedicó al ejército español de Africa; y cuando abandona el campo del misticismo y fija su mirada en las maravillas de la ciencia y de la industria, escribe, para celebrar la inauguración de las obras del ferro-carril gaditano, una composición que rebosa entusiasmo y cuyas dos últimas quintillas están inspiradas en el ideal del cosmopolitismo.

Este glorioso espíritu moderno informa también las odas que llevan por títulos *Las glorias de la muger*, *La gloria del Arte* y *A Cádiz*, que son, en mi concepto, las mejores. En el género festivo se hace difícil marcar lo sobresaliente, pues todo es muy bueno. El carácter jovial del Sr. Flores ponía en sus manos sin esfuerzo ni artificio un plectro jugueteo, que mantuvo hasta en sus años seniles, y al que debió composiciones no indignas de figurar al lado de las más celebradas de Quevedo, con la ventaja por parte del ingenio gaditano, de que este nunca llevó el gracejo hasta el fondo de la obscenidad ni á la vitanda jurisdicción del estilo pe-

destre y chocarrero. Habrá tal vez algun purista nimio ó algun crítico inexorable que censure los términos demasiado familiares y aun bajos que alguna vez dictó á nuestro vate su regocijada musa; pero téngase en cuenta que nuestros grandes escritores del siglo de oro y señaladamente los dramaturgos y novelistas usaron un lenguaje tan libre, que hoy nos asombra y ruboriza; y como el autor de estas poesías formó su gusto literario en las obras de tales maestros, no es extraño que tambien dejara deslizar expresiones tachadas hoy de poco cultas. Sin embargo, áun las que merecen con más justicia esta nota en los escritos de nuestro vate, se quedan todavía á mucha distancia de las que estampó el insigne Breton de los Herreros en su célebre sátira contra las costumbres del siglo, premiada no obstante eso, por la Academia Española.

Quizá por efecto de esta educacion rigurosamente clásica, el Sr. Flores Arenas no ha querido salir, en punto á versificacion, de la órbita en que giraron los antiguos vates; y por eso no hallamos en sus poesías la rica variedad de metros y combinaciones que emplean los cultivadores de la gaya ciencia en nuestros dias. El no se permite otras formas artísticas que las sancionadas por el tiempo y la autoridad: liras y silvas para las odas, octavas reales para los cantos de índole épica, octavillas para los himnos, redondillas y quintillas para los asuntos ligeros, y el romance para los narrativos y jocosos; hé aquí la estructura métrica que dá á sus creaciones. Antes hubiera roto su pluma, que escribir, como lo hizo D. Bernardo Lopez García, una oda—acaso la mejor—en décimas: es más, ni una sola espinela hay entre todos los versos de esta coleccion. Por este religioso respeto á los cánones literarios, por la correccion y pureza del lenguaje, por la elegancia de la diction y por el atildamiento y galanura del estilo, debe considerarse al Sr. Flores Arenas como uno de nuestros mejores hablistas, y por mi parte felicito á la juventud, que vá á tener en este libro un tesoro de bellezas que estudiar y un modelo de buen gusto que seguir.

ALFONSO MORENO ESPINOSA.

POESIAS LIRICAS.

POESIAS RELIGIOSAS.



A LA VIRGEN MARIA.

ORACION.

Madre del verbo santo
en quien mi amor confía,
ante tu trono el corazon levanto,
sírreme tu de guía,
oye mi voz, dulcísima María.

Huella tu planta pura
á la infernal serpiente
que del mundo causó la desventura,
y al quebrantar su frente
tiendes al pecador mano clemente.

Los ángeles del cielo,
á ti de amor tesoro,
himnos entonan con ferviente celo,
y en sempiterno coro
pulsan en tu loor sus arpas de oro.

De original pecado
fuiste por Dios librada,
cual única entre todo lo criado,
que pues fué su morada
santa debió de ser é immaculada.

¡Oh Virgen sin mancilla!
infúndenos tus dones
hoy que más grande tu clemencia brilla,
porque la fé coronas
de puros é inocentes corazones.

A LA INMACULADA CONCEPCION
DE
NUESTRA **S**EÑORA.

HIMNO.

Cantemos á María
madre del verbo pura,
la sólo criatura
que sin mancha nació;
Y suba cual incienso
aqueste humilde canto
al pié del trono santo
que Dios para ella alzó.

Dan á tu frente cándida
coronas las estrellas,
y por alfombra huellas
nubes de oro y carmin;
Y á tus plantas postrados
como á reina y señora
el arcángel te adora,
te aplaude el serafin.

Es sol tu vestidura,
los astros son tu asiento,
y el puro firmamento
su manto azul te dá;
Y de tu alta victoria
por símbolo evidente,
la proterva serpiente
vencida á tu pié está.

No olvides, Madre pia,
que entre afanes prolijos
á tí nos dió por hijos
el Señor en la cruz;
Y así porque gocemos
de las eternas palmas,
dá gracia á nuestras almas
y á nuestras mentes luz.

EN LA TRASLACION
DE LA
VIRGEN DE **R**EGLA
DE LA
PARROQUIA DE CHIPIONA A SU SANTUARIO.

¿Veis allá cabe el mar cuando la luna
en sus aguas riela,
copo de nieve, cisne en la laguna
ó acaso númen que esas playas vela
envuelto en un sudario?
Miradle: ese es de Regla el Santuario.

Esa roca es su asiento; el mar de Atlante
bramando allí se estrella,
sin tregua lidia, asáltala arrogante;
pero aunque más sus olas atropella,
tan sólo alcanza en suma
su arena salpicar de blanca espuma.

Así de Dios la iglesia en firme asiento
asaltada se mira
por olas de impiedad, que en loco aliento
allí desbravan su impotente ira;
mas vana es su esperanza:
tan sólo leve espuma á su pié alcanza.

Un siglo y otro la cristiana gente
con impulso devoto,
ante esas aras se postró ferviente,
ó suspendió á sus muros sacro voto,
que de María al ruego,
su voz el mudo halló, su vista el ciego.

Torne ya esa tu imágen milagrosa,
Señora y madre mia,
torne al lugar donde ignorada fosa
por cinco siglos la escondiera pia,
y dó libre de insulto
los ángeles de Dios le dieron culto.

Torna, pues, madre mia, á esa morada
 que hoy la piedad renueva,
 y haz que esa grey ante tus piés postrada
 y que al Eterno su plegaria eleva,
 pueda cual otras veces
 cosechar gracias cuando siembra preces.

A fin tan alto, Dios en sus decretos
 dos príncipes señala,
 ambos de santos y de reyes nietos;
 ramas del árbol que, de Europa gala,
 dos reinos cobijando,
 dió el cielo allí un Luis y aquí un Fernando.

Ni fué esto sólo; la del pueblo amada,
 la real Isabela
 su ofrenda envia á tu mansion sagrada
 ya que tu amparo por su vida vela.
 Consérvala María
 cual supiste librarla en fatal dia.

Y el pastor y la grey el noble ejemplo
 siguieron con fé ardiente,
 y en breve plazo el derruido templo
 ya es Fénix de las playas de Occidente.
 ¡Inspiracion divina
 que alza un santuario donde ayer fué ruina!

Y Tú, fúlgida estrella de los mares,
 Tú, á quien en almo coro
 los ángeles celebran en cantares
 al inefable son del arpa de oro:
 vuelve, Reina y Señora,
 los ojos á tu pueblo que te implora.

Y de allí dó tu trono se levanta
 pide al que es trino y uno,
 que triunfante doquier su enseña santa,
 cielos y tierra entonen de consuno
 invocando su nombre,
 gloria á Dios en la altura, paz al hombre.

LA MUERTE DE JESÚS

Y EL DUELO DE MARIA.

~~~~~

Ved el Gólgota allí: mirad su cumbre:  
allí una cruz descuella:  
apiñada y revuelta muchedumbre  
se agita en torno de ella.  
De esa cruz enclavado pende un hombre:  
ese es el Redentor, Jesús su nombre.

—

Taladrada de espinas y de abrojos  
sangre de su sien brota,  
la luz velando de sus claros ojos;  
sangre que gota á gota,  
si al mundo salva cual metal hirviente,  
del deicida caerá sobre la frente.

—

Al pié de aquella cruz en llanto acerbo  
contemplad á María,  
la pura madre del divino verbo;  
ved allí la agonía  
en su rostro santísimo pintada:  
su seno hirió de Simeon la espada.

—

"Si, para redimirnos del pecado,  
dice, á verter tu sangre te condenas,  
¿por qué á mí no me es dado  
derramar cuanto corre por mis venas?  
¿Y no es bien que así arguya  
si fué mia esa sangre que es hoy tuya?"

—

Toma ¡oh mi Dios! aquesta inútil vida,  
y conserva esa vida que te diera;  
dáme esa cruz, y en ella suspendida  
mayor muerte me dá si la hay más fiera,  
que es mi dolor de suerte  
que alivio hallára en tan horrible muerte.

Yo; ¡tu madre! tu cuerpo destrozado  
 por los azotes ví, yo escarnecido,  
 yo de espinas por burla coronado,  
 yo ví tu hermoso rostro ennegrecido,  
 y afanoso arrastrando ese madero  
 te ví subir al áspero sendero.

Yo las trompas oí, yo los pregones  
 que publicaban la sentencia impía,  
 yo te ví conducir entre baldones  
 la cuerda al cuello como rés bravía,  
 y clamar escuché á la turba fiera:  
 "Sálvese el asesino, Jesús muera!"

Yo ví horadar aquesos piés y manos  
 con clavo agudo y con feral martillo,  
 y cada golpe de esos inhumanos  
 era á mi corazon atroz cuchillo.  
 Tú ¡oh Dios! que mi alma vés y su tormento  
 ¡dí si hay dolor como el dolor que siento!"

Aun iba á proseguir la triste madre,  
 cuando el hijo adorado  
 sintiéndose morir exclama: "¡Oh padre  
 todo está consumado!"  
 Luego á su madre mira;  
 á sus verdugos dá perdon, y espira.

¡Hora de sangre! La creacion entera  
 se estremece de horror, los cielos gimen,  
 y de Judá la plebe vocinglera  
 huye espantada de su propio crimen;  
 del templo de Sion rásgase el velo,  
 las piedras saltan y retiembla el suelo.

¡Muere Jesús! trocado en noche el dia  
 densisima tiniebla cubre el mundo,  
 cunde el pavor en la ciudad impía,  
 espantoso huracan ruge iracundo,  
 las tumbas se abren, crujen los osarios,  
 y los muertos desgarran sus sudarios.

Y Tú, madre de amor, madre afligida,  
 que esa cruz riegas con acerbo llanto,  
 templa el dolor de tu sangrienta herida,  
 que á ti previenen ya, trás penar tanto  
 como tu pecho encierra,  
 corona el cielo, adoracion la tierra.

# A LA MARAVILLOSA IMAGEN

DE

# JESUS CRUCIFICADO

QUE POSEE

EL SEÑOR DON FERMIN DE IRIBARREN.

Imágen portentosa  
de mi Señor y dueño,  
que así mostrais con perfeccion pasmosa  
á Jesús enclavado en ese leño.  
¿Qué manos peregrinas  
pudieron dar á la materia inerte  
esas formas divinas?  
¿Quién en los ojos que apagó la muerte  
puso de amor un celestial destello,  
y de un hombre en la faz, de un Dios el sello?

¡Oh rara maravilla  
que asombro sois del mundo!  
Si el génio de un mortal así en vos brilla,  
¿por qué oculta el misterio más profundo  
de aquése génio el nombre?  
¿Vivirá su creacion, y la memoria  
se perderá del hombre?  
¿Quién fué, decid, quién fué? porque la gloria  
que esa sublime creacion reclama  
vuele doquier en trompas de la fama.

"Ah, lo esperais en vano;  
(la imágen os responde);  
fué instrumento no más la inmortal mano;  
Dios fué quien la guió. Por eso esconde  
el artista eminente  
ese nombre que ansioso el mundo espera:  
él su obra al contemplar, vióse impotente,  
y de ella dió al Señor la gloria entera.  
No en mí el génio del hombre tuvo parte:  
no arte humano aquí obró; Dios fué aquí el arte."



# LA ESTRELLA DEL MAR.

*Ave Maris Stella.*

I.

Surca potente nave  
la salobre llanura; el Occéano  
á quien es leve carga el peso grave,  
en torno de ella juguetea ufano,  
y cual ligera pluma  
la hace volar envuelta en blanca espuma.

Soplo de manso viento  
hincha las lonas y las aguas riza  
del ora dócil húmedo elemento;  
tranquilo el náuta deja holgar la driza  
y mientras al timon vela  
mira á la luna que en el mar riela.

Mas súbito de Oriente  
se alza negro vapor que el cielo empaña,  
lejano el huracan brama estridente,  
la ola se encrespa en líquida montaña,  
y entre ráfagas sube  
cual pavoroso espectro parda nube.

Con hórrido estampido  
retumba el trueno, muge airado el Noto,  
de la rizada vela el estallido  
cubre la voz del pálido piloto,  
y destrozada y rota  
la járcia, el mástil con silbido azota.

En la ruda faena  
ya desfallece la marina gente;  
doquier penetra el agua en ancha vena,  
ningun remedio humano el mal consiente,  
ninguno el hombre alcanza  
fuera de Dios, que es sólo su esperanza.

Con fé ardiente y sencilla  
los que ya véense de la mar despojos,  
allí contritos doblan la rodilla  
vertiendo llanto de sus tristes ojos;  
y allí imploran consuelo  
de la piadosa madre del Carmelo.

"Tú, exclaman, protectora  
de aquestos afligidos navegantes,  
cobijenos tu manto en esta hora,  
míranos á tus plantas suplicantes,  
y en nós tus ojos fijos  
ruega al Señor se apiade de tus hijos."

No bien la prez ferviente  
al trono se alza de la Virgen pura,  
cuando ven que aparece de repente,  
rasgando el velo de la nube oscura  
con luz radiante y bella,  
en la mitad del cielo limpia estrella.

A su fulgor divino  
del mar la furia deponer se mira,  
y ya suave mece el frágil pino  
que antes tragar amenazó en su ira.  
Su rabia el viento doma,  
y entre celages de oro el alba asoma.

## II.

Frente al mar Océano  
un templo se alza que con santo celo  
el religioso pueblo gaditano  
erigió á nuestra madre del Carmelo,  
dó en culto fervoroso y esplendente  
la adora y ruega su piadosa gente.

Era un hermoso día;  
bajo un dosel, de luces mil cercada  
la sacrosanta imágen de María  
viase allí, y ante sus piés postrada  
en el gran templo, aun más que de costumbre  
se apiñaba una inmensa muchedumbre.

Entonce á paso lento  
en procesion devota, el lábio mudo,  
las largas cabelleras dando al viento,  
con faz curtida y con el pié desnudo,  
de un mástil soportando el peso grave  
llegan los tripulantes de la nave.

Con la frente en el suelo  
presencian el augusto sacrificio,  
mientras alzando el corazon al cielo  
gracias le dan por tanto beneficio;  
y de la Virgen para eterna gloria,  
hacen pintar en tablas esta historia.



# SONETOS.



A DOÑA ISABEL II DE BORBON,

REINA DE ESPAÑA,

CON MOTIVO DEL ATENTADO COMETIDO CONTRA SU SAGRADA PERSONA.

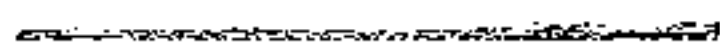


Anatema al impío cuya mano  
Osó atentar á tu preciosa vida,  
Maldicion al infame regicida  
Que tu sangre inmortal vertiera insano.

No le sustente el suelo castellano,  
Luz falte á su pupila maldecida,  
Ni árbol sombra le preste ni guarida,  
Y muerte anhele y aún le llame en vano.

Estos los votos son del pueblo entero  
Que arrostrando por ti contraria saña,  
Te conquistó con sangre el trono Ibero;

Y hoy que la tuya el régio manto baña,  
Al grito de dolor responde fiero:  
¡Viva eterna Isabel, reina de España!



# A DON ALFONSO EL SABIO.

---

Cuando el que por sus tablas y cuchilla  
La tierra vió de su alto nombre llena,  
Hizo ondear de Gades en la almena  
Los invictos pendones de Castilla,

Es fama que exclamó: "No por mancilla  
Tal perla mi corona verá agena,  
Reina en los mares que tu muro enfrena  
Cual eres de sus aguas maravilla.

Recuerda empero, que si en crudas lides  
Gloria el hierro me dió, mayor la fundo  
En mi pluma, en mi ciencia y en mi labio.

Acoge, honra al saber, y nunca olvides  
Que si á tu rey por grande acata el mundo  
Es que tu rey se llama Alfonso el *Sabio*."

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL SEGUNDA

AL VENIR Á HONRAR

CON SU PRESENCIA EL PUEBLO DE CADIZ.

---

Fúlgida estrella del dosel hispano,  
Venid, y que esa luz pura y brillante  
Sus rayos vibre sobre el mar de Atlante,  
Que ora á su reina en vos saluda ufano.

Venid, que vuestro pueblo gaditano  
Os vea entre sus muros de diamante,  
Conchas que guardan en su seno amante  
Una perla que á vos dió el Océano.

Cuando el cañon sobre ese muro un dia  
Tronó leal sobre agresion extraña,  
"Muerte á la usurpacion" su voz decia;

Y hoy deponiendo la iracunda saña,  
Eco de vuestro amor, voz de alegría,  
Dice: "¡Viva Isabel, reina de España!"

EN LA MUERTE  
DEL  
EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE CADIZ,

DON JUAN JOSÉ DE ARBOLÍ.

*Collocet eum cum principibus  
cum principibus populi sui.*

Con ayes vibra en la region del viento  
Sobre las torres funeral campana;  
Es el gemido de la iglesia hispana,  
Voz es del Gaditano sentimiento.

No á su querida grey sacro sustento  
Ya el gran pastor dará, ni ya mañana  
Brotará su palabra soberana  
De elocuencia y saber raro portento.

Prelado ilustre, si tu celo ardiente  
Por su nombre y su fé Dios galardona;  
Si Él nuestros votos escuchó clemente,

Feliz tú, pues al par que te pregona,  
Por grande el mundo, truecas esplendente  
Báculo frágil á inmortal corona.



# ODAS.



EN LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE CADIZ. (\*)

---

¿Será que eterno lloro  
bañe, ¡oh Gades! tu faz? ¿La mustia frente  
por siempre ceñirán marchitas flores?  
¡Ah! Que si un tiempo viste, henchidas de oro,  
cubrir el mar tus quillas, y Occidente  
acatar tus pendones vencedores;  
si, pacífica un día,  
hoy altiva y feroz la estirpe ingrata  
de Pizarro y Cortés, con diestra impía  
el lazo fraternal infiel desata,  
y negando á sus padres el tributo,  
de acerba pena te colmára y luto;  
no tu cerviz potente  
por largo tiempo, con su planta impura  
huella el génio del mal; luce esplendente  
ya el iris de ventura;  
y nuncio de bonanza,  
brilla entre nubes rayo de esperanza.  
¿No ves cual de tus hijos  
ilustrada porcion juró ante el ara  
de amistad bienhechora  
la empresa acometer? A sus prolijos  
afanes, digno galardón prepara  
la patria agradecida, que en su cielo  
vé de su dicha la naciente aurora.

Ni tanto y tanto anhelo  
compensó avara desigual fortuna;  
que ya en tu amigo suelo  
crece lozana la remota planta  
que el tosco Senegal regó en su cuna,  
y la que se levanta

---

(\*) Leída por su autor en la sesión pública y exámenes generales verificados el día 23 de Diciembre de 1829.

del Perú en la gigante cordillera,  
 y la que flor primera  
 ostentó ufana en la rebelde orilla,  
 dó el Marañon celoso  
 mueve asalto furioso  
 al mar, que en vano su altivez humilla,  
 y con soberbia frente  
 disputa al gran Neptuno su tridente.

Aun más cumplido fruto  
 les fué dado esperar: crece entre afanes  
 el insecto lejano, en quien fortuna  
 rico tesoro en vil materia encierra,  
 é inmóvil, cual la planta  
 que alimentó le diera al par de cuna,  
 ofrece ya tributo  
 á la Bética tierra,  
 y los hierros quebranta  
 con que, tras largo afan, el indio astuto  
 ligado ya por siempre le creia  
 al imperio feraz dó muere el dia.

Cual descoge la tímida rosa  
 su corola que el céfiro mece,  
 si benéfica mano le ofrece  
 dulce riego, que vida le dá;  
 así nace abundancia dichosa  
 si el saber á las artes ampara,  
 y la patria, que el orbe admirára,  
 á su antiguo esplendor tornará.

¡Pero cuál espectáculo sublime  
 á mi vista se ofrece! El alto templo  
 dó la sabia Minerva  
 en jóven pecho la virtud imprime,  
 abre sus puertas ya: mudo contemplo  
 á los que el Soberano  
 regirnos, en su nombre, encomendára;  
 y de mi patria cara,  
 los Padres miro, y los que del humano  
 instituyó el Señor Pastores fieles,  
 y los que de laureles  
 Esculapio ciñó; virtud y ciencia,  
 nobleza y dignidad, fijan sus ojos  
 en la débil niñez, que de indigencia  
 probó la dura mano, y que entre abrojos  
 el tierno paso guía  
 de educacion por la difícil vía.



Hé aquí ya tu esperanza, ¡oh bella Gades!;  
 mira la inerte mano  
 que á mendigar acaso se avezaba  
 ó al vicio ó las maldades  
 atroz miseria un día destinaba,  
 trazar los caracteres  
 dó la fugaz palabra se encadena,  
 y de hombre y de cristiano  
 la dignidad mostrar, y los deberes,  
 y de la lengua amena,  
 que el gran Cervántes coronó de flores,  
 las reglas ostentar y los primores.  
 Hé aquí bajo la sombra bienhechora  
 de esta Corporacion, crecer lozano  
 el árbol que atesora  
 mil frutos de virtud: ni el artesano  
 su humilde estado trocará en vileza,  
 ni la industriosa mano,  
 de su techo ahuyentando la pobreza,  
 le dará entre labores  
 honrado pan, que debe á sus sudores.

Y vosotras tambien, del sexo hermoso  
 gala y ornato, que á la incierta via  
 os lanzais de la gloria. ¡Cuán dichoso  
 gozais en esperanza el bello dia  
 en que tanto desvelo  
 premiará gratitud! En gracias crece,  
 crece en virtudes tímido retoño,  
 dó grato uniéra el cielo  
 la alegre flor que primavera ofrece,  
 al sazonado fruto del otoño:  
 y con sus dones rica,  
 no la indigente jóven el sustento  
 buscará en la ignominia: honesta esposa,  
 madre tierna, en sus hijos multiplica  
 las virtudes sin cuento  
 que le disteis con mano generosa,  
 y, tranquila y felice,  
 en su ventura vuestro afán bendice.

Seguid tan noble senda,  
 ¡oh amados hijos de la patria mia!,  
 y á la torpe ignorancia  
 arrancad firmes la horrorosa venda  
 con que osara algun dia  
 cubrir las sienas de la tierna infancia:  
 hollad seguros la penosa vía

que del saber os guiará á los dones,  
y entre mil bendiciones  
vuestro nombre querido,  
nunca verá la margen del olvido.

---

Cual de nube, con furia espantosa,  
vuela el rayo, terror de la esfera,  
y del cedro la copa altanera  
en el polvo, sin vida, postró,  
tal la suerte os conceda amorosa  
derrocar la ignorancia insolente,  
y el laurel ceñirá vuestra frente  
que amistad con sus mirtos ornó.

# EPITALAMIO.<sup>(\*)</sup>

---

Sentada al pié del no vencido muro  
dó en pos de tantas lides  
límite al Orbe puso el grande Alcides,  
alta doncella ví; su rostro puro  
cual el aura de Abril, copioso lloro  
sin cesar humedece,  
y amargo don ofrece  
al ancho mar de Atlante  
que, no ya de sus brios arrogante,  
humilde besa su coturno de oro.

El nítido cabello  
que al ébano afrentara,  
en ondas cae sobre el albo cuello;  
y la rosa que un día  
su venturosa sien engalanara  
en muestra de alegría,  
hoy, símbolo de pena,  
marchita yace en la infecunda arena.

Fija en el torvo cielo  
los bellos ojos que el dolor empaña,  
como suele la niebla matutina  
tender su opaco velo  
ante la faz divina  
del claro sol que el mar de Oriente baña,  
y acusando á su estrella,  
así daba á los vientos su querella.

—"¿Será que llanto y luto  
la triste Iberia sin cesar renueve?  
¿Será que por tributo  
al lusitano mar el Tajo lleve,  
en vez del oro que rodó en su arena,  
lágrimas sólo en abundante vena?

¡Oh Gades sin ventura!  
¿Por qué tus flores agostó en su Mayo  
mano implacable y dura?

---

(\*) Al Réal enlace de S. M. el Sr. D. Fernando VII y D.<sup>a</sup> María Cristina de Borbon.

¡Parca cruel!...”—¡Mas cual divino rayo  
de su tostada fáz Vesubio lanza!

¡Cual rápido ilumina  
desde la erguida roca  
que al inculto africano se avecina  
hasta do el gran Pirene al cielo toca!

Ya desde el régio asiento  
de Parténope bella  
sobre las olas sin igual descuella,  
á la alta region sube  
en las alas del viento  
de oro y carmin resplandeciente nube:  
ya en su elevada cima  
álzase ufano el númen de Himenco,  
y en sus teas amor el fuego anima  
que á los cielos robara Prometeo.

En cadenas de flores  
una ninfa conduce,  
bella cual la estacion de los amores:  
ni más preciosa luce  
la estrella que precede á la mañana,  
ni crece más lozana  
en la márgen del Bétis deleitosa  
blanca azucena ni purpúrea rosa.

En derredor volando  
mil hijos venturosos de Ciprina,  
con eco dulce y blando  
celebran su belleza peregrina:  
pulsan sus liras de oro,  
y canta de esta suerte el sacro coro:

Oh Virgen tímida, | flor que á la aurora  
brillante púrpura | su faz colora;  
luz de Parténope, | astro de Hesperia  
destello fúlgido | del sol de Iberia;  
ven, que ya plácida | la nupcial déa  
de rosas cándidas | orna su téa;  
ven, que ya el tálamo | cubre de flores,  
y en torno pósanse | gracias y amores.  
Ven, reina, y próspero | el fiel hispano  
bendiga férvido | tu régia mano.  
Por tí, del mísero | se enjугue el lloro;  
por tí, renúevase | la edad del oro,  
y del mar gélido | al afro ardiente,  
estrechos límites | tu nombre cuente.  
Ven, Virgen tímida | flor que á la aurora  
brillante púrpura | su faz colora.

En tanto de diademas coronada  
 felicidad, cual prónuba parece:  
 no ya homicida espada  
 en su mano de nieve centellea,  
 ni el laurel sanguinoso á sus piés crece;  
 sólo amoroso yugo,  
 sólo el don peregrino de Amaltéa,  
 por nuestras dichas ostentar le plugo.

Ora rápida vuela,  
 ora en alas del Céfito se mece,  
 y su copa derrama  
 desde la fría sien de Guadarrama.

—"Cese ya, dice, el afanar; no sea  
 que por más tiempo cubra infausto velo  
 el claro sol de España, ni se vea  
 lucir astro maléfito en su cielo.

A mi aspecto divino  
 huya el dolor que tu belleza ultraja,  
 cual vuela leve paja  
 que arrolla impetuoso torbellino;  
 pues grato á tí me envía  
 el Dios que mora en sempiterno día.

No ya el dosel hispano,  
 ante cuyos leones  
 humillaron su frente cien naciones,  
 cubre infausta viudez, no en tanta altura  
 muestra el ciprés su fúnebre verdura.  
 El alto Soberano  
 á cuyo cetro de oro  
 el imperio Español su frente inclina,  
 nuevo lazo formó, nuevo tesoro  
 hallara Iberia en la sin par Cristina,  
 en la real esposa,  
 del árbol de Borbon, rama preciosa;  
 de aquel árbol que el Sena  
 en su nacer regó, cuyas raíces,  
 con auspicios felices,  
 minaron á Pirene,  
 del Alpe traspasaron la cadena,  
 y, gloria de la Europa,  
 cubrió dos mundos su gigante copa.

Y tú, dichosa Gades  
 que á Fernando debiste nueva vida,  
 tú, su ciudad querida,  
 si á las régias bondades  
 mostrar tu gratitud te fué vedado;  
 si un día de amargura  
 en lágrimas trocara tu ventura,

he aquí el momento ya: de nuevas galas  
 orna tu frente de delicias llena;  
 en tu invencible almena  
 truene el bronce cruento  
 que, con horrenda saña,  
 un tiempo por Fernando y por España  
 defendió sin mancilla  
 los inclitos pendones de Castilla.  
 Y el viento entre sus alas  
 lleve de gratitud el puro acento  
 hasta do el día nace,  
 y hasta la postrer cumbre que el sol dora,  
 celebrando la aurora  
 en que amor y justicia  
 al rey dieron esposa, á tí franquicia."—

Pisa entretanto la real doncella  
 el matizado suelo de la España,  
 nace el jazmin bajo su planta bella,  
 el iris la precede,  
 felicidad sus pasos acompaña,  
 y, mil flores hollando,  
 sube Cristina al solio de Fernando.

---

Blanco lirio, de Ausoniapreciado,  
 tierna rosa, esplendor de Castilla,  
 que el Sebeto regara en su orilla,  
 que nutrió el Apenino en su albor;

A tus gracias benéfico el hado  
 largos días placeres conceda;  
 por tí, el tiempo detenga su rueda;  
 por tí, Mayo eternice su flor.

---

# PUERTO FRANCO. (\*)

Númen felice que del alto cielo  
fuiste don de amistad, grata esperanza,  
¡cuán bello tornas á mi patrio suelo!  
Doquier envuelto en fecundante rayo  
ya el padre de la luz tu carro guia  
entre las flores del pintado Mayo.  
¡Cómo se alegra el dia!  
¡Cómo naturaleza le saluda!...  
¡Venturosa mudanza!  
No ya brama Aquilon como solía,  
cuando con mano cruda  
dejó el invierno helado  
sin hoja el bosque, sin matiz el prado.  
Tú al par de aquel, ¡oh génio de consuelo!  
vuelves á parecer. Miseria horrenda  
por largo tiempo en la ciudad de Alcides  
la descarnada planta  
osó mover. Con implacable ira  
tala civil contienda  
los campos de Anahnac. Sangre respira  
inquieta el Marañon. Infandas lides  
la rebelion artera  
mueve á la que su patria un tiempo fuera:  
sobre los Andes el pendon levanta,  
y arma la inícuca mano  
del hijo, del amigo, del hermano.  
¿Qué nos restaba yá? Tanto tesoro  
despareció, cual agostada hoja  
que entre el polvo arrebatada  
ábrego silbador: triste congoja  
y lamentable lloro,  
he aquí de Gades, de la patria mia,  
el destino feroz... ¡Ah! Si algun dia  
desde su altivo muro

---

(\*) Leida en la Junta pública celebrada por la Sociedad Económica de Cádiz para festejar la declaracion de Puerto franco.

con ojo mal seguro  
se miró acaso en la movible plata  
que en sus rocas se estrella,  
bien pudiera decir: ya no soy bella.

No eterno fué el dolor. Con faz de rosa  
á nuestro afán sonríe la esperanza:  
brilla el placer en su semblante ledó,  
y con eterno dedo  
el Iris muestra entre celages de oro.  
—"Hé allí, exclamó, de plácida bonanza  
la mensajera hermosa;  
hé allí cuán fáusta brilla  
sobre el escelso trono que Castilla  
alzó en las ruinas del vencido moro.  
Allí Fernando está; nombre de gloria  
para el que en su fortuna  
iberas áuras respiró en la cuna.  
Más láuros de victoria,  
¡oh augusto nombre! te debió la España,  
que inculta arena el mar de Atlante baña.  
No más tardar: al pié del Soberano  
vuela, pueblo querido,  
y lleguen á su oído  
los ecos de tu voz: la régia mano  
ya extiende sobre tí: pídele, ruega;  
su amparo solicita:  
¿un rey, para hacer bien, qué necesita?"—

Dijo, y al solio con segura planta  
conduce al pueblo fiel: ya la rodilla  
humilde dobla al pié de la áurea silla;  
yá á su rey.... Mas en vano  
pretende dar al viento  
su congojoso acento;  
los bellos ojos que empañára el lloro  
al Monarca levanta:  
quiere hablar, y suspira,  
y en su labio de rosa el eco espira.

Con bondadosa faz el gran Fernando  
consuela su aflicción: —"Vuelve, la dice;  
vuelve al hercúleo muro.  
Allí, cuando la aurora  
sacro ilumine el día  
del santo rey, que el castellano adora,  
y desde el cielo nuestro afán bendice;  
FRANCO TU PUERTO SEA;  
y el sol más bello y puro  
al escuchar los cantos de alegría,  
mi gloria, y tu lealtad á un tiempo vea."—



Calló: y en los dorados artesones  
resuenan vivas mil. ¡Loor eterno  
á quien sujeta así los corazones!  
Loor eterno al númen que le inspira!  
Vagando en torno con tranquilo vuelo  
los génios pulsan su acordada lira;  
sube la voz al cielo,  
y con acento blando  
de esta suerte celebran á Fernando.

Honor al ínclito | monarca Ibero,  
gloria al magnánimo | que nos salvó.  
Por tí tu súbdito | vistió el acero;  
por tí impertérito | lanza empuñó.  
Y hoy miras plácido | su amor sincero,  
y hoy ya sus lágrimas | por tí enjugó.  
Felices márgenes | del Tajo y Duero,  
cantad al Príncipe | que el cielo os dió.  
Y vuestro júbilo | pueblo ligero  
los anchos límites | que el sol doró.

Tal fuera su cantar: y al voto unánime  
del pueblo fiel, los Hados sonrieron.  
Entretanto en el libro del destino  
con su dedo divino  
un Dios escribió así: —"Fernando sea  
de Gades protector: bajo su egida  
crezca en virtud la infancia;  
en feliz abundancia  
doquier las artes y el comercio vea;  
y su ciudad querida,  
gloria del suelo ibero,  
dé ley al mar, envidia al orbe entero."

Y vosotros también en cuyas sienes  
colocó la amistad su mirto hermoso,  
cumplidos parabienes  
os dá el pueblo dichoso,  
y os bendice sin fin. No la postrera  
vuestra planta volára al Soberano;  
ni tanto afán fué vano.  
¡Cuánto os debe la patria! ¡Ah! ¿Quién me diera  
celebrar dignamente  
vuestra gloria inmortal, y en este día  
á la universal voz unir la mía?  
Mas ya el cansado aliento  
no responde obediente  
á tan alto anhelar: y pues mi acento  
débil se muestra al númen que me inspira,  
cante vuestro loor más digna lira.

# ELEGIA.<sup>(\*)</sup>

---

"Gloria á tí, Señor Dios de las alturas.  
Gloria á tu nombre, si nos dás consuelos.  
Gloria á tí, si amarguras.

A tu divina planta  
alfombra son los extendidos cielos:  
sobre estrellas tu trono se levanta:  
tu diestra abarca el anchuroso mundo.  
Alábente á porfía  
tus criaturas, Señor, en la alegría,  
cual hoy te alaban en dolor profundo."

"¿Y qué, no fué bastante  
á suspender el fallo soberano  
del pueblo tuyo la plegaria amante?  
¿No bastó al sábio, al venerable anciano,  
al varon eminente,  
esa ciencia inmortal que tú le diste  
y que, cual sol, de tu esplendor se viste?  
¿Cómo tu amor consiente  
que segur homicida  
el hilo corte á tan preciosa vida?"

Así exclamaba envuelta en triste luto  
la gran ciudad que el Bétis reina acata  
dándole por tributo  
oro á su frente, á su coturno plata.  
Contempladla ora allí: cruda saeta  
lacera el alma con dolor tremendo.  
Oidla allí los ayes repitiendo  
que en boca de Sion lanzó el profeta,  
cuando en eco doliente  
á extraños pueblos, á ignorada gente  
vosotros que pasais (triste decia)  
*mirad si hay pena cual la pena mia.*  
Vedla, mústio el color, la faz llorosa,  
postrada ante la losa

---

(\*) En la corona poética dedicada al Sr. D. Alberto Lista y Aragon.

que guarda de un mortal caros despojos,  
regándola con llanto de sus ojos.

¿Qué mucho, si aquel nombre allí esculpido  
se alzó sobre las alas de su gloria  
grande doquier, doquiera enaltecido?

¿Qué, si en tanta victoria  
dióle el saber pacífica conquista?

¿Qué mucho, si aquel nombre era el de *Lista*?

Mas, ¿cuál célico son, cuál suave encanto  
el alma entre dulzuras enagena  
y dá vado al dolor, treguas al llanto?

¿Cuya es la voz que sobre la alta cima  
de los collados y los montes suena?

¿El arpa es de David que á Dios sublima  
y en nueva inspiracion, férvida y santa,  
del gran Jehová las maravillas canta?

¿Por qué al mágico acento  
su curso enfrena el río,  
abandona la fiera el antro umbrío,  
las aves callan y enmudece el viento?

Mirad: un ángel es: su vestidura  
sobre la luz del sol nítida esplende:  
ampo de nieve no igualó su albura:  
cual meteoro los espacios hiende:  
ya el pié á la tierra toca.

Escuchad las palabras de su boca:

"Pia ciudad, en cuya fuerte almena  
levantó de la cruz el estandarte  
un rey, cristiano Marte,  
que fué por su virtud y por su acero  
gran santo, gran monarca y gran guerrero;  
yo, nuncio del Señor que oye tu pena,  
yo la paz vengo á darte,  
voz del Eterno por mi labio suena."

"Nace el hombre á morir: breve es la vida:  
mas allá, eternidad. Ante ella un velo  
pende, porque del mundo la divide.  
¡Guay si osa levantarlo humano anhelo!  
Empero si el destino  
fijó al mortal inevitable suerte,  
si Dios del hombre puso en el camino,  
para que vuelva á su Hacedor los ojos,  
por término la muerte  
y en vez de flores ásperos abrojos;  
en cambio iluminó su entendimiento  
con luz que al bruto veda,  
porque en remota edad viva su aliento,  
porque en su fama eternizarse pueda."

"Feliz quien lo alcanzó: dichoso el labio  
 cuya palabra triunfa del olvido:  
 feliz el que la tierra llamó sabio.  
 No será maldecido  
 en los siglos jamás su hermoso nombre,  
 como el de aquellos que en su furia alzaron  
 sobre la humana sangre su renombre,  
 porque la humana sangre derramaron."

"Paz á la tierra: la eternal clemencia  
 abomina el rencor, la impía saña.  
 Gloria á tí, luz de Dios, gloria á tí, ¡oh ciencia!  
 Gloria tambien á tí, vergel de España,  
 cuyo fecundo suelo  
 dió el ser á tanto ingenio peregrino.  
 Ellos tendieron hasta el sol su vuelo:  
 si Rioja grande, Herrera fué divino."

"Cual ellos eminente  
 otro hijo pierdes; mas esplendorosa  
 su fama queda á la remota gente.  
 Cubra sacro laurel su humilde losa,  
 y al Dios omnipotente  
 entonando loores  
 no des llanto á su tumba, sino flores."

Tal dijo: y dando al viento  
 sus alas de zafir, de nácar y oro,  
 ráudo se eleva hasta el celeste asiento,  
 dó eterno canta de ángeles el coro.  
 Ya cual arista leve  
 que el huracan arrastra en su bravura,  
 débil su luz riela allá en la altura;  
 y ya, cual punto en los espacios breve,  
 el divino Querube  
 desaparece en los senos de la nube.

# A LAS ARTES. (\*)

---

Era la antigua edad: á par del bruto  
el hombre por la selva discurria;  
ó en la áspera montaña  
al ave disputaba agreste fruto,  
ó su sangrienta presa á la alimaña.

La mente que algun dia  
los espacios midiera,  
del Orbe los arcanos penetrara,  
y en su altiva carrera,  
cual otro Prometeo,  
su fuego al mismo sol robar osara,  
en su impura corteza aun se escondia.

Así estéril empleo  
daba á una vida inútil y afanosa  
y al dejarla por siempre, no su fosa  
lágrimas riegan ni la cubren flores,  
no la patria á su ingenio dá loores  
ni á su virtud, ni á su saber profundo;  
nadie le amó: con él todo se encierra:  
justo olvido á quien nada legó al mundo  
que pudiese decir: "vivió en la tierra."

Tal fué la humanidad; tal su destino;  
pero á mision más alta  
la civilizacion abre el camino.  
La mente adormecida  
despiértase á la fin, al fin se exalta,  
los hijos de los bosques nueva vida  
en los sociales lazos encontraron,  
culto á natura en su entusiasmo dieron  
y en ella al Hacedor reverenciaron,  
y las artes nacieron,  
y al saludar de ilustracion la aurora  
la que antes fué vil grey, pueblo es ahora.

---

(\*) Oda leida en la distribucion de premios á los alumnos de la Academia de Bellas Artes de Cádiz.

De entonces la segur el bosque tala,  
 desbasta el tronco, y ya en mansion del hombre  
 se trueca el que antes fué del campo gala;  
 y, ganosos de gloria y de renombre,  
 descujan de la breña  
 la aprisionada allí robusta peña  
 que el pico hiende y el cincel quebranta,  
 y el arte el mármol labra y distribuye,  
 y la piedra en la piedra se levanta  
 sobre el trazado espacio y la circuye,  
 y los que en vida inerte en ocio blando  
 sin Dios vivieran y sin patria enseña,  
 ora en su patria y númenes pensando,  
 con ardor sin ejemplo,  
 dan muro á su ciudad, á su Dios templo.

La antigua Egipto de portentos cuna,  
 al tosco leño humana forma imprime;  
 mas con mejor fortuna  
 su sueño Grecia realizó sublime;  
 al rígido contorno gracias presta  
 del artista la mano;  
 bella es Venus allí, púdica Vesta.  
 ¡Qué mucho si el ingenio soberano  
 logró de un Praxiteles  
 y de Lisipo y Fidias los cinceles!

Si el culto á las deidades  
 tan noble origen diera á la escultura  
 en remotas edades,  
 fuente no ménos pura  
 la fabulosa tradicion prestara  
 al dibujo creador de la pintura.  
 De luz un rayo sobre terso muro  
 muestra una imágen cara  
 que pinta en sombras el perfil oscuro.  
 Las facciones allí del que es su gloria  
 línea á línea una jóven vá trazando,  
 y al deslizarse el plomo en crujir blando,  
 viendo que en su victoria  
 un arte crea y á natura imita,  
 de sacro orgullo cual de amor palpita.  
 Tal fué el primer destello  
 del arte hermoso que nació entre amores,  
 que henchido de poesía  
 su luz roba á las flores,  
 tintas al alba, al iris sus colores,  
 su transparencia al dia.  
 ¡Cómo no fuera bello  
 arte cuya alborada

preside una muger y enamorada!

En páginas de oro  
 á la posteridad legó la historia  
 de cien nombres y cien la eterna fama.  
 Sus obras inmortales, su alta gloria,  
 son noble ejemplo, perennal tesoro,  
 á quien del arte en el amor se inflama.  
 Del ingenio la llama  
 dirigió en sus portentos los pinceles  
 de Timantes, de Zenais y de Apeles.  
 Más tarde Miguel Angel y el de Urbino  
 su siglo aparecieron ilustrando;  
 éste merced á su pincel divino,  
 y aquel un templo en otro templo alzando.  
 Las artes españolas  
 á par ciñeran ínclita guirnalda,  
 y el pueblo que los campos y las olas,  
 de Otumba á Arauco y desde el Pó al Escalda,  
 sujetó la victoria á su bandera,  
 tambien contara artistas  
 cual Murillo, y cual Cano y cual Rivera,  
 más ilustres que todas sus conquistas.  
 La historia interrogad: Toledo, Herrera,  
 para ensalzar de San Quintin la hazaña  
 monumento inmortal dieron á España,  
 del arte maravilla,  
 donde un Filipo que su cetro rige,  
 de otro Filipo empresas emulando,  
 á los monarcas un sepulcro erige;  
 al Orbe así mostrando  
 no es bien tengan los reyes de Castilla,  
 si mundo por trofeo,  
 ménos que un Escorial por mausoleo.

De esos génius del arte, de esos hombres  
 imitad las tareas,  
 y legad á los tiempos vuestros nombres  
 como ricas preseas,  
 para eterna memoria  
 de vuestro ingenio y de la hispana gloria.  
 De abrojos el camino  
 sembrado está: mas nunca altos favores  
 á quien no lucha concedió el destino;  
 ved aquí el galardón: á nuevas palmas,  
 nueva os aguarda y digna recompensa,  
 y al tocarla palpiten vuestras almas  
 de noble orgullo y de ventura inmensa,  
 viendo que tras de afanes y sudores  
 las espinas de ayer, truécense en flores.

Si otro premio anhélais volved la vista  
á la egregia mansion de nuestros reyes:  
ella os dirá que hay prez para el artista,  
y que los que á la Iberia dieron leyes,  
honrar supieron con sus régias manos  
á los Mengs, los Velazquez y Ticianos.

Munífica no ménos

Isabel, nuestra augusta soberana,  
alto estímulo os dá; lidiad cual buenos,  
y de la insigne escuela gaditana  
dando al viento los nobles estandartes,  
en ellos escribid: "¡Gloria á las artes!"



## LAS GLORIAS DE LA MUJER.<sup>(\*)</sup>

De su poder y de su gloria ufano  
alzó arrogante su cabeza el hombre.  
—El mundo me respeta soberano,  
(dijo audaz) él en mí su señor vea;  
sólo yo alcance lauros y renombre,  
y para la mujer nada aquí sea.  
Mal hará si pelea  
por disputar la prez en ciencia ó arte,  
que ni la palma del ingenio cedo  
ni de mi alta corona le doy parte.—  
Y con tirano dedo  
esta letra en el bronce grabó impía:  
"Yo soy la humanidad: la tierra es mia."  
¡Insensata ambicion! ¡Ciega ignorancia!  
¿Cuándo negó favores la fortuna  
á quien muestra en la lid brio y constancia?  
¿Cómo á un ser que en sí aduna  
vivo destello de la eterna lumbre  
y alma gentil que el sentimiento mueve  
hay tan osado que á cerrar se atreve  
de la rica de luz enhiesta cumbre  
el para todos accesible paso?  
¿Lo que no quiso Dios, podréislo acaso?  
El tiempo habló. Del mundo la memoria  
doquier guarda sus hechos inmortales.  
La historia de los siglos fué su historia.  
Consultad sus anales:  
ved ese sexo allí, rico de dones,  
ora ilustrando con su voz la tierra,  
ora rigiendo prósperas naciones,  
ora grande en la paz, fuerte en la guerra:  
ved el alma que encierra  
el que débil juzgais ardiente seno,  
y vedle cómo de esperanza lleno

---

(\*) Leída en la distribución de premios á los alumnos y alumnas de la Academia de Bellas Artes de Cádiz.

por mil caminos, por extraños modos,  
disputa al hombre sus laureles todos.

Apenas en sus fastos luz dudosa  
la Asiria dá de sus pristinos reyes,  
y ya la veis magnífica, gloriosa,  
acatar de *Semiramis* las leyes.  
Ella guia sus greyes  
y el Ganges tiembla de su espada al filo,  
y al etiope somete en cien combates,  
triunfa en la Libia, le obedece el Nilo,  
aprisiona entre montes al Eufrates:  
del pico á los embates  
los cáuces trueca, las montañas hiende:  
el cedro colosal, la palma erguida  
sobre moles de pórfido suspende:  
y cansada de glorias, no rendida,  
á las edades y á los siglos dice:  
"Haced si tanto osais, lo que yo hice."

Pesa de Canaan acerbo yugo  
sobre el triste Israel. Sisara el fuerte  
no vencedor de un pueblo, sí verdugo,  
al que afronta el baldon apresta muerte;  
y mientras en ócio inerte  
de Neftalí el caudillo sufre y calla,  
no osando de la patria el sacro fuego  
al trance remitir de la batalla,  
Dios á *Débora* inspira; del guerrero  
ella las haces rompe y desordena.  
"Siervos jamás, exclama, muerte ó gloria."  
Y á su pueblo arrancando la cadena  
alza al Señor el himno de victoria.  
Presagio fué su triunfo del que un dia  
romperá el yugo de la humana gente;  
presagio de aquel triunfo en que MARIA  
la cerviz hollará de la serpiente.  
Luz de Sion fulgente,  
á par del hijo de su virgen seno  
nace á sufrir y amar: mision sagrada  
que de la tierra entre el inmundo cieno  
por el Eterno á la mujer fué dada.  
Ella la cruda espada  
probará del dolor. Ella animosa  
ascenderá del Gólgota á la cumbre,  
dó la del Redentor sangre preciosa  
libra al mortal de fiera servidumbre,  
y con llanto fecundo  
el árbol regará que salvó al mundo.

Mas no de la mujer la virtud santa,

ni el fuerte brazo, ni el dominio egregio  
 sólo allí se admiró, ni gloria tanta  
 de la remota edad fué privilegio.  
 Aquí al vástago régio,  
 si diestra heróica, firme si prudente,  
 guarda un trono *Maria de Molina*,  
 á Albion una mujer hizo potente,  
 á Moscovia *Isabela y Catalina*,  
 en Suecia admiráis una *Cristina*,  
 y varonil princesa  
 rigió el cetro imperial *Maria Teresa*.  
 Mas si otro nombre ansiais aun más lozano,  
 mas si áun pedís más esplendentes hechos,  
 ese nombre os le ofrece el castellano,  
 siendo dos mundos á su gloria estrechos.  
 Es *Isabel*. Deshechos  
 al golpe veis de su feral cuchilla  
 los muros del alarbe último abrigo,  
 la última afrenta de la gran Castilla,  
 cuando en justa mancilla,  
 del cobarde Boadil para castigo,  
 con mudo asombro vió la Alhambra mora  
 una reina que triunfa, un rey que llora.  
 Y vedla, cuando escaso á su grandeza  
 juzgando de cien reyes el imperio,  
 alienta de Colon la alta proeza  
 y de Europa desdeña el vituperio.  
 Ignorado hemisferio  
 en vano anuncia del piloto el labio,  
 quien no con burla con desden le ofende.  
 No alcanzó el mundo á comprender al sabio:  
 una mujer tan sólo le comprende:  
 y ya en su nombre hiende  
 la osada nave el piélagos remoto  
 que nuevas tierras acaricia y baña,  
 en sus topes llevando á suelo ignoto  
 la cruz de Cristo y el pendon de España.  
 ¿Y del estudio la aridez acaso  
 de un sexo débil el vigor enerva?  
 ¿Erró aquel que dió musas al Parnaso?  
 ¿Erró aquel que mujer hizo á Minerva?  
 ¿Qué láuros le reserva  
 sagrada inspiracion ó ciencia suma,  
 pincel felice ó elocuente pluma?  
 Hable *Safo* por mí, cisne en Leucades;  
 por mí responda el plectro de Corina,  
 y otras cien que admirando á las edades  
 respetó el tiempo en la comun ruina.

Si profunda doctrina  
 buscáis en ellas, nuestra patria sólo  
 famosa á *Oliva* os dá, y á *Feliciano*,  
 y á la que el docto apellidó *Latina*,  
 y, grande y santa al par, una española  
 sábia en ciencia de Dios, sábia en la humana,  
 á quien por galardón de altos ejemplos  
 dió palmas el saber, la iglesia templos.  
 Mas no á su ardor bastando esos laureles  
 nuevos piden del arte á los primores,  
 y el mármol halla vida en sus cinceles,  
 y la tabla expresión en sus colores.  
 De sus nobles sudores  
 llenan el mundo. A la gloriosa meta  
 lánzase *Márcia* púdica matrona,  
*Calipso*, *Irene*, *Olimpia* y *Timareta*,  
*Coello* y *Sofonisba de Cremona*,  
 y la que España por ilustre abona  
 sevillana *Roldán*, cincel divino,  
 y á la que por sus Fídias el Pó aclama  
*Propercia* la de ingenio peregrino,  
 y de la humilde hasta la noble dama,  
 y hasta *Isabel Farnesio* que conquista  
 por reina y por pintora igual fortuna,  
 añadiendo los timbres de la artista  
 á los blasones de su escelsa cuna.  
 ¿Mas dó voy? ¿Cómo á página tan breve  
 la inmensa historia de los tiempos fio?  
 Mejor cupiera el Ebro en concha leve,  
 mejor cupiera el mar en pobre río.  
 Cése ya el lábio mio.  
 Vosotras por mí hablad. Decid al mundo  
 que el que sembrásteis venturoso grano  
 á vuestro porvenir no fué infecundo.  
 Que del hombre la mano  
 á esas frentes que olean los amores  
 no sólo cifre yá, prez de hermosura,  
 bella guirnalda de pintadas flores;  
 mas el alto laurel que eterno dura.  
 Decid que á la mujer ya considera,  
 no de sus dichas sólo y sus dolores;  
 mas de su gloria digna compañera.  
 Y decidle asimismo que, si inerte  
 hoy de Asia inculta en los harenes llora  
 condenada á vil suerte,  
 siendo allí esclava cuando aquí señora,  
 borrando al fin preocupación proterva,  
 la Europa de sus triunfos participa.

El mundo embrutecido la hizo sierva.  
Inteligente el mundo la emancipa.

Vosotras lo sabéis, las que pisando  
este templo que Cádiz alzó al arte,  
lo árido del estudio hicisteis blando,  
merced al don que sólo Dios reparte.  
Vuestro noble estandarte  
glorioso ondea ya. La patria mia  
loa vuestro ardimiento,  
y bendice el albor del bello día  
que estimula el afán, premia el talento.  
Ya-os dí glorias sin cuento  
que imitar. Otra nueva al mundo asombre  
sobre las que la fama allí pregona.  
A esos nombres unid un nuevo nombre,  
y una hoja más á su inmortal corona.

## LA GLORIA DEL ARTE. (\*)

A conquistar la prez lánzase ardiente  
en el estadio olímpico el atleta,  
y de gozo latir su pecho siente  
cuando, entre aplausos mil, toca á la meta:  
La trompa del poeta  
allí los triunfos canta  
del que emuló las glorias de Atalanta,  
y voz hurtando al popular deseo,  
vencedor le corona el sacro Alfeo.  
¿Qué pretende en tal lid? ¿Qué? ¿Lucha acaso  
por esa rama de una humilde oliva,  
siendo aún el oro á tanto afan escaso?  
¿Cómo impulsa su ardor, cómo le aviva  
esa pobre corona  
que ni aún tiene de flor la pompa vana?  
¡Ah! No es su precio quien así la abona  
ni por ella no más suda y se afana.  
Es que su patria en él los ojos fijos,  
si el triunfo aplaude, diviniza al hombre;  
y es que ese don, orgullo de sus hijos,  
él lo recibe de la patria en nombre.  
Aura, esplendor, renombre,  
eso en el premio vé de la árdua liza;  
por eso le recibe con faz leda,  
que ante el mundo su gloria simboliza:  
quítad la gloria al premio y ved qué os queda.  
¡Gloria! ¡Fama inmortal! ¡Ensueños de oro  
que el humano acaricia allá en su mente:  
codiciado tesoro  
del que alto porvenir ánsia y presiente!  
Audaz, firme, paciente,  
lánzase el hombre á su fatal camino  
y en él las busca: no el afan le arredra;  
no hay poder que sojuzgue su destino.

---

(\*) Leída en la distribución de premios á los alumnos y alumnas de la Academia de Bellas Artes de Cádiz.

Él propio así se labra piedra á piedra  
 el pedestal dó el mundo le coloca,  
 y si su frente toca  
 lá que de Apolo fué rama preciada,  
 interna voz le augura  
 que cuando el génio de la edad futura  
 á la memoria de la edad pasada  
 un digno ejemplo que imitar demande,  
 ella dirá al nombrarle:—Ese fué grande.—  
 Grande, cual grandes fueron  
 los que á natura el velo desgarraron,  
 los que en ciencia ó virtud se esclarecieron,  
 los que en pró de su patria pelearon,  
 y áun tal llamóse al que en impía guerra  
 cubrió de sangre y lágrimas la tierra.  
 No aquesta gloria tan fugaz y vana,  
 cuando es del mundo aquella enaltecida,  
 anhelan vuestros nobles corazones.  
 Tambien el arte es gloria y soberana:  
 tambien ella os convida:  
 seguid con estusiasmo sus pendones.  
 De otros sean blasones  
 la agresion, la conquista, el exterminio:  
 venga de siervo ó rey, la historia justa  
 siempre llamó al despojo latrocinio.  
 Del arte la mision es más augusta:  
 embellecer, civilizar la tierra:  
 y cuando acaso brama  
 el huracan devastador de guerra  
 y un hombre allí y una ambicion proclama,  
 ó bien en su estandarte,  
 para eclipsar las glorias que no envidia,  
 otro nombre mejor escribe el arte,  
 ó bien con afan lidia  
 de restaurar ganosa  
 mole que el génio alzó maravillosa,  
 monumento de artista soberano  
 que ante los siglos su grandeza ostenta,  
 siendo al género humano  
 orgullo su creacion, su ruina afrenta.  
 Ved si no aquel indómito guerrero  
 que de cien pueblos ciñe la corona.  
 Aquel es Alejandro: el orbe entero  
 ahogar entre sus brazos ambiciona.  
 No ya apartada zona,  
 ni bárbara region, ni clima ignoto,  
 su pié retraen; no su paso enfrena  
 esa Libia, occéano sin piloto,

triste y desierto mar de olas de arena.  
 La sangre en ancha vena  
 corre doquier; del hierro á los embates  
 el Indo cede, y cede sin mancilla;  
 el Tigris se prosterna, gime Eufrates,  
 y al ver que nuevas playas, nueva orilla,  
 detienen su carrera vencedora,  
 —"No hay más que conquistar,"—exclama y llora.  
 Pero fundióse como al sol la nieve  
 del Macedon la inmensa monarquía,  
 bastando de la parca un soplo leve  
 á romper cetro tal en sólo un día.  
 Aun no en ceniza fría  
 tórnase el héroe, y ya sus cortesanos  
 se disputan por presa un hemisferio,  
 y ya los veis roer como gusanos  
 el gran cadáver de su vasto imperio.  
 Y en ese que de mar á mar abarca  
 que alzó ambicion y que ambicion derrumba,  
 no á sus hijos legar pudo el monarca  
 tierra bastante donde abrir su tumba.

En tanto allí un Apeles  
 sin armas, sin poder, humilde artista,  
 más triunfos logra, ciñe más laureles,  
 que el hijo de Filipo en su conquista.  
 Mientras memoria exista  
 la voz de maldicion se alzará eterna  
 contra el injusto asolador del mundo,  
 y á la esfera superna  
 ceñido de magnífica aureola  
 el génio irá, cuyo pincel fecundo  
 robó á la flor su espléndida corola,  
 sus matices á Mayo,  
 su luz al Sol, á Júpiter su rayo.

El artista y el rey á par vivieron,  
 é ilustres á uno y otro el orbe llama;  
 pues ya sabeis lo que ambos merecieron,  
 comparad gloria á gloria y fama á fama.

Ráudo cometa de siniestra lumbre  
 se alza Atila feroz, tiembla el germano,  
 y alarido de guerra allá en la cumbre  
 se oye del Alpe cano,  
 y la bárbara grey y su caudillo  
 devastaron la Galia,  
 pudiendo sólo del feral cuchillo  
 la proteccion de Dios salvar á Italia.  
 Mas Atila cayó; sobre su fosa  
 —"anatema al impío"—el mundo grita,



y la nacion que rige belicosa  
 por el cielo se vió, cual él, maldita;  
 su trono al polvo rueda  
 y de su imperio ni aún el nombre queda.  
 Cuando la ira celeste  
 castiga así á monarcas y naciones,  
 y cuando sobre ruina fiera hueste  
 pasea sus pendones,  
 un pueblo, al ver que en el comun estrago  
 ó el yugo prueba ó del acero el filo,  
 esquivando el amago  
 seguro allende el mar busca un asilo,  
 y fia sus fortunas  
 de la Adriática arena á las lagunas.  
 Ya hácia ese nuevo suelo  
 que el dulce sol de independenciam baña  
 guia el arte su vuelo;  
 cien y cien torres irgue en el espacio;  
 hoy es yá templo, la que ayer cabaña;  
 la que fué choza ayer, hoy es palacio;  
 y Venecia potente  
 surge allí á ser la reina del Oriente.  
 Mientras el hierro vierte sangre á mares,  
 mientras se agita la incendiaria tea,  
 alza templos el arte y alza hogares;  
 la conquista destruye, el arte crea.  
 Esto os dice la historia:  
 comparad fama á fama y gloria á gloria.

---

Hijos del arte que en su noble gremio  
 luchar supísteis con mejor fortuna,  
 ved nacer vuestra gloria en ese premio  
 que tambien tiene el porvenir su cuna.  
 Tras tarea importuna  
 en mármoles ó en lienzos dócil mano  
 fiel reproduce las agenas galas;  
 no baste empero al génio soberano  
 lo que al estudio sí: tienda sus alas,  
 y al sol su fuego ardiente  
 cual Prometeo osó, robe valiente.  
 Artistas sois, y el arte es la nobleza;  
 la estimacion del mundo: esa os inflame;  
 no busca el génio en oro su grandeza;  
 no es mercancía aquel, ni tal se llame,  
 que del arte en el puro santuario,  
 se dá ofrenda al talento, no salario.  
 Tú tambien sexo hermoso,  
 de la creacion primera maravilla;

tú tambien á este campo venturoso  
 dó en ráfagas de luz la fama brilla,  
 por armas esgrimiendo tus pinceles,  
 viniste á conquistar nuevos laureles.  
 Y en buena lid los tuyos alcanzaste  
 y eso su precio abona;  
 mas no un triunfo tan sólo á tí te baste,  
 que si las gracias diéronte corona,  
 por mejor te reserva  
 la que al talento dá sábia Minerva.

A todos la sonora trompa llama;  
 no empero á todos el vencer es dado,  
 que á ser de sí más pródiga la fama  
 dejara su favor de serpreciado.  
 Si hoy adverso os fué el hado  
 vencerálo el estudio, el alto ejemplo,  
 y tal vez algun día  
 en este de las artes sacro templo,  
 Gades, la escelsa y noble patria mía,  
 entre hueste gloriosa  
 veráos brillar, cual brilla en sus colores  
 lozana y fresca rosa  
 sobre las del pensil pintadas flores,  
 ó como en noche bella  
 eclipsa á estrellas mil sóla una estrella.

# EL EJEMPLO.<sup>(\*)</sup>

---

¿Veis del Etna en el cóncavo profundo  
cual ruge sordo un mar de lava ardiente,  
rumor que acaso ni aun percibe el mundo?  
¿Veis cual del hondo cráter en torrente  
surge á la fin abrasadora llama,  
y luz fúlgida, inmensa, difundiendo  
con horrisono estruendo,  
tala, destruye, carboniza, inflama,  
en son de alto castigo  
la tierra que en su seno le dió abrigo?  
Así el génio creador, tras larga lucha  
que el mundo ni adivina ni comprende,  
alarde haciendo de su fuerza mucha  
su cárcel rompe, los espacios hiende,  
vuela al disco del sol, y allí á su fuego  
la llama roba que en su frente brilla,  
mientras el orbe deslumbrado y ciego  
ante esa luz espléndida se humilla.  
Mas ¡ah! tal vez de ese volcan la lava  
calcina la mortal corteza impura  
dó se escondió; tal vez con ira brava  
en la frágil criatura  
se ensaña sin piedad y allí hace presa,  
corróe su existir y lo devora,  
su palpitante seno es ya pavesa,  
gime la humanidad, el arte llora,  
y al sucumbir el hombre  
brota un laurel, la fama escribe un nombre.  
En tales rasgos ved la historia breve  
de un compatriocio insigne, de un artista,  
á cuyo noble esfuerzo, empresa leve  
fué de un claro renombre la conquista.  
Tornad allí la vista  
y ávidos contemplad esas facciones

---

(\*) A la memoria del malogrado pintor gaditano D. José Utrera y Cadenas. Leida en la distribución de premios á los alumnos y alumnas de la Academia de Bellas Artes de Cádiz.

del ya marchito juvenil semblante;  
 sus años no conteis, más sus blasones;  
 niño en edad le ved, pero gigante.  
 Miradle: aquesos ojos  
 hoy de la parca míseros despojos,  
 aquí se abrieron á la luz primera.  
 Ved en él á un pintor, ved ahí á Utrera.

Ocho años há no más, Madrid ufana  
 veloz corria al templo de las artes  
 que con mil obras nuevas se engalana.  
 Allí entre los preciados estandartes  
 de fuertes, de aguerridos justadores,  
 un novel lidiador, guerrero oscuro,  
 osa retar á los que, ya señores,  
 los vió el palenque en una y otra liza,  
 cada cual de ellos de vencer seguro.  
 No le arredran empero esos laureles,  
 y cuando en tosco lienzo inmortaliza  
 la más costosa gloria  
 que de héroe alguno consignó la historia,  
 oye doquier, de gozo henchido el seno:  
 —"Digno de un Alejandro fué un Apeles,  
 Digno es Utrera de un Guzman el Bueno."—  
 Y no mintió esa voz: sé que la fama,  
 con premio acaso nunca merecido,  
 hechos sublima ayer, nombres proclama,  
 que hoy yacen en el polvo del olvido.  
 De su trompa el sonido  
 sé que no siempre al mérito se ajusta;  
 nunca en obras del arte osara empero  
 de la verdad augusta  
 contradecir el venerando fuero;  
 que aquí no mueve de la fama el lábio  
 la voz del vulgo, sí la voz del sabio.  
 Por eso, no al pintor sirvió de escudo  
 eco parcial del deudo ó del amigo;  
 por él habló elocuente un lienzo mudo,  
 siendo la ciencia juez, Madrid testigo.  
 Por él habló la faz del gran guerrero  
 que al contemplar el llanto, la amargura  
 del inocente niño en trance fiero,  
 los gritos sofocando de natura,  
 aquella sangre generosa y pura  
 en holocausto de lealtad ofrece,  
 y de su propio esfuerzo se estremece.  
 ¿Qué prodigio del génio en su semblante  
 la lucha horrible, atroz, que el pecho encierra,  
 pudiera describir? ¿Cómo bastante

¡imaginóse la inesperta mano  
 allí á trazar la varonil figura  
 del héroe castellano,  
 cuando, en señal de inextinguible guerra,  
 con nunca visto aliento,  
 la desnuda cuchilla arroja al viento?  
 ¿Pero á qué investigar la misteriosa  
 razon de Dios? Si Utrera adolescente  
 lo antes nunca emprendido emprender osa,  
 arcano fué de la inspirada mente.  
 Él su triunfo presiente,  
 y al mostrar con el dedo  
 su cuadro peregrino,  
 parécese oír que exclama ledo:  
 —Ved aquí mi creacion ¡Arte divino!—

Sí, sí, su creacion. Esos pinceles  
 de los altos ibéricos anales  
 el mayor hecho bosquejaron fieles.  
 Ese es Guzman, ejemplo de leales;  
 ese es quien, arbolando el mal seguro  
 castellano pendon sobre la almena  
 del derruido muro,  
 doliente el corazon, la faz serena,  
 así al moro gritó: —"Raza villana  
 que, con diestra cobarde y brazo artero,  
 no osáisme combatir acero á acero;  
 de aquesa accion inícuá á par que vana  
 gloria á mi nombre quede, á vos sonrojo.  
 Sea esa sangre, sea ese despojo  
 de vuestro inmundo pié, noble alcatifa.  
 Perezca el hijo, sálvese Tarifa."—

Como suele la llama moribunda  
 un sólo punto arder con nuevo brio  
 antes que en vil ceniza se confunda,  
 así, ya al borde del sepulcro frio,  
 luz más viva el artista y más brillante  
 halló en su inspiracion. ¡Fuerza engañosa!  
 Pudo ella sostenerle un breve instante;  
 un instante despues, se abrió una fosa.  
 Allí una triste losa  
 cubrió en edad florida  
 al noble jóven, que al dejar la vida  
 lanzó el postrer aliento dulcemente,  
 cual si le diese paz el himno suave  
 con que saluda el ave  
 al astro que se oculta en Occidente;  
 cual muere aquel que tras luchar valiente,  
 en pos dejó de un existir fecundo

gloria á su patria y alto ejemplo al mundo.

Ese ejemplo imitad: vuestra podria tambien su gloria ser. Esa bandera bajo la que ora militais, un dia el juramento recibió de Utrera. Cual vosotros, del arte soberano aquí vistióse las primeras galas, ese germen aquí brotó lozano; aquí del génio remontóse en alas, y esa prez por la cual luchásteis ora, del sol de su renombre fué la aurora. Imitadle: si acaso de esa via el pié cobarde la aspereza siente, si os faltase en su dédalo una guia, esa imágen mirad, ella os aliente, ella muda os revela el galardón que á tal merecimiento reservó aquí la gaditana escuela: para honrarse mejor, honra al talento; que si fué parte en el afán prolijo, glorias de madre son glorias de un hijo. Ved tambien como la que fué su cuna, hoy que el recuerdo evoca de esos hombres que por arte ó valor, ciencia ó fortuna, lustre le dieron dándolo á sus nombres, á par de tantos el de Utrera inscribe. Así á librarlos del olvido un dia Gades, cual madre tierna, se apercibe: su porvenir en su pasado fia, y en cada muro lega á la memoria con cada nombre un rasgo de su historia. De una y otra merced dignos os haga lid que no excuse el ímprobo trabajo, y cada cual la deuda satisfaga que con su patria en el nacer contrajo. Tambien ennobleciendo sus pinceles la posteridad justa os dará en cambio palmas y laureles. Tambien acaso en la mansion augusta dó, entre el vivo fulgor de la áurea silla, rige Isabel los cetros de Castilla, vuestras obras serán rico ornamento, mostrando con orgullo á España entera que no dió el arte su postrer aliento con Murillo, Velazquez y Rivera.

Y vosotras que, ya de lauro y flores ceñisteis vuestras sienes pudorosas, y cuya mano artísticos primores

hace doquier brotar, cual Abril, rosas;  
para hollar animosas  
los áridos umbrales de este templo,  
tampoco ha de faltaros aquí ejemplo.  
Volved á esotra parte  
con tiernísimo afecto vuestros ojos;  
á esa que veis, coronas ciñó el arte,  
esa pisó del arte los abrojos.  
Ana (\*) y Utrera por igual camino  
probaron de la vida las mudanzas;  
dos artistas á Cádiz dió el destino;  
segó la muerte en flor dos esperanzas.  
Llorad á esos que fueran algún día  
orgullo y gloria de la patria mia.

1855.

---

(1) La señora D.<sup>a</sup> Ana Urrutia de Urmeneta, cuyo retrato, así como el de Utrera, existen en la sala de Juntas de la Academia de Bellas Artes.

# A CADIZ. (\*)



Miradla: es ella. Ved que entre las olas  
su coronada cien iergue y levanta,  
orgullo de las playas españolas.  
Mirad el Occéano que su planta,  
ora acaricia en regalado beso,  
y ora, lanzando atronador rugido,  
cual leon que muerde el lazo dó está preso,  
su hálito vuelto en bruma,  
al águila de Jove allá en su nido  
tal vez salpica de nevada espuma.  
¿Veis ese que en su mano al aire ondea  
pendon de rojo y gualda,  
porque enhiesto en sus torres al par sea  
guerrero alarde, espléndida guirnalda?  
Ese al pueblo español fué noble guia  
en la mayor pelea  
que el mundo absorto vió, cuando allá un dia  
la patria, herida de improviso rayo,  
alzóse al grito funeral de Mayo.

Y ante ese entonces hirió Gades su escudo,  
su fuerte lanza aferra,  
y de ambas haces al embate rudo  
con hórrido fragor tembló la tierra.  
A su grito de guerra  
eco es de bronces mil el estampido,  
crujen las armas con horrible estruendo,  
huye á la selva el bruto, el ave al nido,  
y al confuso alarido  
que venganza sin fin, venganza clama,  
se conmueven las tumbas, oír creyendo  
la voz del ángel que á los muertos llama.  
Al amago terrible, impetuoso,  
aun más de Gades en los hijos crece  
ardor sublime, y del francés coloso

---

(\*) Oda leida en la Academia de Bellas Artes, el dia de la reparticion de premios.



la estrella, antès gloriosa, palidece.  
 De aquel, cuya bandera vencedora  
 del Nilo al Duina paseó triunfante,  
 acatada doquier, doquier señora;  
 del que, en fin, al hollar con pié arrogante,  
 fiado en su aguerrida muchedumbre  
 de Pirene la cumbre,  
 á un pueblo osó decir, de héroes, de bravos:  
 —"Paso á vuestro señor. Atrás esclavos."—

En tanto de esta roca, de estas peñas,  
 regenerada una nacion surgía,  
 cual allá del Astur entre las breñas  
 esa misma nacion surgiera un dia.

De tu ceniza fria  
 álzate ¡oh gran Pelayo! y escribiendo  
 á par de tus hazañas esta hazaña,  
 dí á la futura edad en son tremendo  
 que la que tú registe noble España,  
 cuando del limpio honor lava la afrenta,  
 nunca al lidiar sus enemigos cuenta.  
 Mas no de sangre tinta en fieras lides  
 ánsia sólo ceñir verde corona  
 la espléndida, la ilustre hija de Alcides.  
 Otra bella no ménos ambiciona;  
 que nunca tan lozano medra y crece  
 sacro laurel del arte,  
 como cuando pacífico se mece  
 bajo la palma protectriz de Marte.  
 Rica y feliz, y poderosa y bella,  
 la dulce patria mia,  
 de España flor, del navegante estrella,  
 prodigó el oro que su seno henchia,  
 tributo de la un dia  
 su amiga fiel, su hermana,  
 hoy extranjera yá region indiana,  
 y para noble estímulo y ejemplo  
 alzó al estudio, al arte, aqúeste templo.  
 Aquí de entónces la avezada mano  
 docta guió del jóven la inesperta,  
 y de entónces el génio soberano  
 nueva senda á la gloria miró abierta.  
 Doquiera se despierta  
 llama que esconde del artista el seno,  
 y Utrera adolescente  
 pudo trazar con vigorosa mente  
 la epopeya del gran Guzman el *Bueno*.  
 Más tarde aún la escuela gaditana,  
 prez á Isabel augusta,

en honras crece y en renombre gana.  
 Ya desde su nacer planta robusta  
 esparce en feraz suelo sus semillas,  
 y este gérmen doquier brota fecundo;  
 que si á engendrar del génio maravillas  
 no basta el libro ni el saber profundo,  
 nunca dá quien del arte el valor siente  
 por creaciones delirios de su mente.

En pobres alas, con audaz intento,  
 Icaro cruzá la region de Eolo;  
 y aquello que él juzgó soberbio aliento,  
 por locura sin par castiga Apolo.  
 Prometeo á su vez, tiente no en vano  
 tal empresa acabar con mejor suerte,  
 y al éter vuela, y roba de su mano  
 fuego que es vida á la materia inerte.  
 Igual no fué el suceso á la esperanza.  
 El uno sucumbió porque en sí fia;  
 el otro el láuro alcanza,  
 porque Minerva le sostiene y guia.  
 De la sabiduría,  
 no el génio cuando al sol las alas tiende  
 deslumbrado se aparte,  
 si algo en el triste fin de Icaro aprende.  
 Minerva es el saber. Quien en el arte  
 sus preceptos desdeña,  
 culpe á su ceguedad si se despeña.  
 Y esa guía aquí está. Sigala ardiente  
 el que dentro del alma  
 amor al arte férvido alimente.  
 Vosotros lo sabeis, los que la palma  
 hoy alcanzais en esta lid gloriosa;  
 que si ella nuevo triunfo os vaticina,  
 rudo afanar tambien: nunca la rosa  
 asir fué dada sin tocar la espina.

Y tú, custodia de estos patrios lares,  
 Cádiz sin par, cuya corona de oro  
 reflejas en la plata de tus mares,  
 he aquí el mayor tesoro  
 que, entre afanes prolijos,  
 legar pudiste próspera á tus hijos.  
 En esta noble arena  
 no en sangre tinta, no de horror manchada,  
 dó trompa de exterminio nunca suena  
 ni el arnés cruje al golpe de la espada,  
 sobre tu trono de algas y de flores,  
 recibes por tributo  
 ese que de vigiliás y sudores

es yá, merced á tí, copioso fruto,  
 y, henchida el alma en júbilo ferviente,  
 del que mejor luchó, ciñes la frente.  
 Gloria y loor á tí; noble, divina,  
 es la mision que te cupiera en parte;  
 la semilla esparcir de la doctrina,  
 la ciencia proteger, dar premio al arte,  
 fomento al génio, al pobre bienandanza,  
 honra al trabajo, á todos enseñanza.  
 Gloria la edad futura  
 dará á tí, que plantaste por tu mano  
 este árbol sacro, que emular procura  
 á los que orgullo son del suelo hispano;  
 y gloria á esa comarca venturosa  
 que su cabeza en tí mira y acata,  
 dó el Lete riega, entre azahar y rosa,  
 la vid que esconde ansiosa  
 nectar en globos de cristal y plata.  
 Ella en aciaga, en próspera fortuna,  
 te sigue fiel. Los céfiros suaves  
 que besan de esos pámpanos la cuna,  
 hinchen tambien la lona de tus naves;  
 comun es el afan y la tarea:  
 comun el láuro, el triunfo, el loor sea.  
 ¿Mas quién tus altas glorias, madre mia,  
 reduce á suma si infinita crece?  
 Contara flor á flor las que Abril cria,  
 ó espiga á espiga las que el áura mece.  
 Mi labio aquí enmudece,  
 que si te osó cantar, veda mi intento  
 á par del grande asunto, el flaco alientó.

## EL TRABAJO Y EL PREMIO.

---

Trueca su pobre lecho  
por las escarchas de la fría sierra  
el labrador, y lejos de su techo  
con penoso afanar rompe la tierra,  
y la callosa mano  
en largo surco deposita el grano.

Frígido viento azota  
su faz que estuvo sol curtió inclemente;  
mas si ruda labor su fuerza agota,  
con nuevos bríos alentarse siente,  
pensando, en sus fatigas,  
que el grano que sembró le dará espigas.

Por hórrida tormenta  
vé su bajel el náuta combatido;  
la voz del huracán brama violenta,  
retumba el trueno en pavoroso ruido,  
y en densísimo velo  
cubre tiniebla el mar, tiniebla el cielo.

Palidece el piloto,  
y firme haciendo del timón la caña,  
la ola hiende que subleva el Noto,  
y en raudales de espuma su sien baña:  
mas le alienta el que un día  
dé el mar fortuna á quien del mar la fia.

Doquier premio y tarea  
van uno de otro en pos, los sinsabores  
al bien preceden que el trabajo crea.  
Así veis á la reina de las flores  
del céfiro al arrullo,  
dó la espina creció, brotar capullo.

Esa flor entre abrojos  
que al mortal vigoriza, es la esperanza;  
su perfume hace gratos los enojos,

---

(\*) Leída en la distribución de premios á los alumnos y alumnas de la Academia de Bellas Artes de Cádiz.

por ella el génio eterna gloria alcanza.  
Cultivad flor tan bella,  
que el laurel nace donde nace ella.

Vosotros que en lid dura,  
si agena á conquistar palmas de Marte,  
pedísteis sus pinceles á natura  
cual arrancásteis su secreto al arte;  
ved que ese afan abona  
de pacífico triunfo una corona.

Mas no á tan bello lauro  
avalora el metal que en sus arenas  
el Pactólo arrastró, resuelve el Dauro,  
ni el que allá esconde en sus profundas venas  
la yá rica y potente  
hoy desolada Virgen de Occidente.

No la plata, no el oro  
el entusiasmo enciende del artista,  
ni cual Jason, en busca de un tesoro  
irá del Vellochino á la conquista:  
premio mejor le inflama:  
ánsia inmortalidad, anhela fama.

Tanto osad, y si á ejemplo  
de Murillo ó Van-Dick, vuestros pinceles  
las puertas os franquean de aquel templo  
dó el de Urbino emuló triunfos de Apeles,  
si al nombre soberano  
aspirais de un Velazquez, de un Ticiano;

Si en tan árdua porfía  
su luz el génio os dá, si el arte galas,  
pensad que este Liceo fué el que un dia,  
para volar al sol, os dió las alas;  
que á quien alzarse anhela,  
son los preceptos plumas con que vuela.

Y de esa gloria el fruto  
ofreced, cual primicias venturosas,  
á vuestra noble patria por tributo;  
mientras, de amor en fé, cubrís de rosas,  
con gratitud profunda,  
el trono escelso de Isabel Segunda.

# LA NAVIDAD.<sup>(\*)</sup>

---

Es media noche. Ya en el templo santo  
himnos de amor intenso  
se elevan al Señor. Festivo canto,  
entre nubes de incienso,  
sube al trono do mora  
aquel que allá en Belen nació en tal hora.

Con jubilosos ecos la campana,  
nuncio de fausta nueva,  
celebra al Redentor que así se humana,  
y en los fieles renueva  
el recuerdo profundo  
de un Dios que nace á redimir al mundo.

Noche de inmenso amor y de alegría,  
donde, en alto consuelo,  
al coro de los ángeles María  
cantar oyó en el cielo  
cual himno de ventura:  
"Paz al hombre, y á Dios gloria en la altura."

1864.

---

(\*) Esta composición no pudo insertarse entre las poesías religiosas, por haber llegado á la Comisión cuando ya estaban aquellas impresas.

## EMULACION Y PREMIO. (\*)

---

En las risueñas playas españolas,  
donde de Dios la Omnipotente mano  
contra el luchar de las inquietas olas  
límite y freno puso al Oceano,  
Gades, la siempre noble, la hechicera,  
la sien ceñida de laureles ciento,  
iergue su frente y alza su bandera  
sobre las rocas que le dan asiento;  
y si tal vez el mar embravecido  
las asalta con impetu violento  
llegar osando al águila en su nido,  
entre la densa bruma  
torrentes lanza de nevada espuma.

Mas ved que de las líquidas regiones,  
espejos dó se mira el Occidente,  
cercada de delfines y tritones  
que dan al aire su festivo coro,  
surge una ninfa de cabellos de oro  
que eclipsáran del sol la luz fulgente;  
concha de Vénus, perla de Neréo,  
con lábios de coral y tez de rosa,  
nunca imágen más pura y más hermosa  
soñó el amor ó se fingió el deseo,  
y, su vista fijando en la ribera,  
con dulce voz habló de esta manera:

"A estas playas, dó Alcides  
sus famosas columnas puso un día,  
hoy Neptuno me envía,  
no á celebrar de las sañosas lides  
la lamentable historia,  
que es ley fatal del inmutable hado  
vaya siempre con sangre salpicado

---

(\*) Oda leída en la Academia de Bellas Artes, el día de la repartición de premios.

el brillante laurel de la victoria;  
 pero, si nó de Marte,  
 los bellos triunfos cantaré del arte.

En aqueste recinto,  
 ya tantas veces en la sangre tinto  
 que corrió por los campos de la España  
 en civil lucha ó agresion extraña;  
 bajo esta fuerte almena,  
 dó á defender la gaditana orilla  
 el hueco bronce horrisonante trueno,  
 y en cuya altura brilla  
 el pendon victorioso de Castilla,  
 Gades, de nuevos láuros siempre ansiosa,  
 con mano generosa,  
 para el estudio, emulacion y ejemplo  
 aquí á las Bellas Artes alzó un templo.

Alumnos, á él llegad: árduo camino  
 á vuestra juventud trazó el destino;  
 mas es el que os trazaron allá un dia  
 los Murillos, los Sánzios, los Apeles  
 que inmortales hicieron sus pinceles.  
 Seguid la misma via,  
 alas pedid al génio, al arte guia,  
 y ya que el prez ganado en la tarea  
 á conquistar otro más alto os llama,  
 la emulacion, que maravillas crea,  
 os abrirá las puertas de la fama.

No empero ciñe solamente el hombre  
 á sus sienes la espléndida corona  
 que dá al artista un envidiable nombre,  
 ni para él tan sólo  
 en las sagradas cumbres de Helicon  
 la luz de inspiracion enciende Apolo,  
 que de ese sol un fúlgido destello  
 ilumina tambien el sexo bello.

Él tambien tuvo parte en la contienda;  
 él lidió con esfuerzo y con fortuna;  
 á un alto porvenir guia esa senda,  
 y pues un dios en la mujer aduna  
 el talento y la gracia seductora,  
 justo premio á la hueste triunfadora,  
 hoy, entre ecos de aplausos y loores,  
 palmas le dá Minerva, Vénus flores.

Y tú patricio ilustre, á cuya mano  
 el Rey excelso de la noble España



el gobierno confía  
 de esta bella region de Andalucía  
 que Guadalete riega y el mar baña;  
 tú, que en honra del nombre gaditano,  
 en solemne y pacífica palestra,  
 con generosa diestra  
 das al estudio, al génio galardones,  
 sembrando así del arte las semillas  
 que, brotando de Alfeo en las orillas,  
 han de fructificar en ricos dones;  
 mi parabien recibe merecido,  
 y, sin temer jamás ingrato olvido,  
 añade este blason á tus blasones.

Empero si á loarte dignamente  
 mi humilde lira su impotencia siente,  
 ya que es á veces el silencio sabio  
 el alma supla lo que omite el labio."

Calló la voz: la ninfa de los mares  
 hendió las aguas, y entre mil cantares  
 que en las peñas el eco fiel repite,  
 penetró en los palacios de Anfitrite.

3876.



# POESIAS VARIAS.



## FRAGMENTOS

DE UNA PARODIA DE JORGE MANRIQUE.

Despierte España en su cuita,  
avive el seso y aliente  
contemplando,  
cómo se viene Orejita,  
cómo se vá el pretendiente  
paseando.

Cuán presto pasa el placer,  
como en pos de un triunfo vano  
es dolor;  
como, á nuestro parecer,  
vá de verano en verano  
peor que peor.

Dejemos á los Troyanos,  
que sus males no los vimos  
ni sus glorias:  
dejemos á los romanos,  
aunque vimos y leimos  
sus historias.

No curemos de saber  
lo de aquel siglo pasado  
que fué de ello:  
vengamos á lo de ayer,  
que tambien es olvidado  
como aquello.

¿Qué se hizo mi don Juan?  
Su quinta y requisicion,  
¿qué se hicieron?  
¿Los soldados dónde están?  
¿Dónde la anticipacion?  
¿Dó se fueron?

Sus cuentas y sus empleos,  
y sus intenciones puras,  
sus quimeras,  
¿fueron sino devaneos?  
¿Qué fueron sino verduras  
de las heras?

Las promesas desmedidas  
que así en tu programa estampas,  
lleno de oro,  
¿cuándo se vieron cumplidas?  
¿Qué tiene, sino son trampas,  
el tesoro?

Nuestros hombres y caballos  
con sus armas y atavíos  
tan sobrados,  
¿dónde iremos á buscarlos?  
¿Qué fueron sino rocíos  
De los prados?

Y pues vemos lo presente  
como en un punto se es ido  
y acabado;  
si juzgamos sabiamente,  
daremos lo no venido  
por pasado.

No se engañe nadie, no,  
pensando se ha de enmendar  
lo que espera,  
mientras mande el que mandó;  
porque todo ha de pasar  
por tal manera.



## EL DIAMANTE Y EL CRISTAL. (\*)

"¿Por qué si no te cedo en la tersura  
 te dá el mundo más precio?  
 ¿Prefiriendo á la mia tu hermosura  
 no juzgas como yo que el mundo es necio?"  
 De esta suerte decia  
 el cristal al diamante,  
 y al oirlo el diamante respondia:  
 "No así cuando más yerra  
 tu loca vanidad es bien que arguya;  
 bellos á entrambos nos formó la tierra;  
 mas, para mengua tuya,  
 la luz te falta que mi seno encierra."

Cristal es la belleza, ¡oh Carolina!  
 la belleza y la luz: hé aquí el diamante;  
 la luz es el talento. ¡Luz divina!  
 Por eso de Corina  
 el nombre resplandece en las edades,  
 y en lamentable historia,  
 por eso vive eterna en la memoria  
 de quien, Cisne al morir, cantó en Leucades.

Tú, en cuyo seno brilla  
 de aquella luz el resplandor sagrado,  
 no temas que el Letéo hunda en su orilla  
 un nombre por tus versos conquistado.  
 Eterno vivirá para su gloria,  
 siendo cual hoy allá en la edad lejana,  
 del Tajo envidia, orgullo del Guadiana.

1849.

## PODER DE LA MÚSICA.

IMITACION DE CALDERON.

PARA UN ALBUM.

Líquida plata que gira  
 flor á flor regando el prado,  
 al sonar de trácia lira,  
 presa de encanto ignorado,  
 en vez de correr, suspira.

Cuál tu poder será en mí;  
 lo dice este ejemplo ya;

puesto que en él aprendí  
 cómo un alma sentirá  
 si siente un arroyo así.

Al negro Tártaro, Orféo  
 baja en busca de su esposa,  
 y obediente á su deseo,  
 con cítara melodiosa  
 ablanda al dios del Letéo.

Dulce mágia celestial  
 que así á la deidad venciste  
 en lucha tan desigual,  
 ¿si un númen no te resiste  
 cómo resiste un mortal?

De Alfion al suave acento  
 responde en la selva el bruto  
 con rugidos de contento,  
 que es su fiereza tributo  
 de tan extraño portento.

Cruel tigre, feroz pantera,  
 dejad que el mundo se asombre  
 si en vosotros considera  
 qué hará en el alma de un hombre  
 quien alma le dá á una fiera.

Entre célica armonía  
 se alza de Tebas el muro,  
 y siendo un eco su guia  
 arranca el pórfido duro  
 de la tierra que lo cria.

Divinas liras, hablad  
 la lengua de las deidades,  
 y con ella me enseñad  
 cuál moverá voluntades  
 quien dá á un mármol voluntad.

Tú, en quien de Orféo y de Lino  
 arde el fuego soberano,  
 vive el canto peregrino;  
 tú, que el recóndito arcano  
 sabes del arte divino;

Dime cuál otro poder  
 triunfar de un dios consiguiera,  
 un arroyo suspender,  
 dar sentimiento á una fiera  
 y un peñasco conmover.

1850.

(\*) A la distinguida poetisa Srta. D.<sup>a</sup> Carolina Coronado.

## UNA AUDIENCIA DE APOLO.

EN EL ALBUM DE NARINA.

Poeta pretendiente  
al padre Apolo le pedí una audiencia;  
logréla, y diligente  
subí trepando á la Castalia fuente  
de memorial provisto y de paciencia.  
Guia ni pasaporte  
ninguno allí pidióme, ni dineros  
la aduanera cohorte;  
mas ¿qué alcabala ha menester la corte  
si el rey cabalga en nubes y anda en cue-  
Porteros ni mamparas [ros?  
tampoco hallé que me cerrasen paso;  
entré, y en ondas claras  
ví á las musas lavándose las caras,  
y mas allá paciendo ví al Pegaso.  
Ahito de ambrosía,  
sombra buscando á sus cabrunos huesos,  
allí el dios Pan dormia  
de un gran camueso al pié; ¿quién pensaria  
en el Parnaso hallar tambien camuesos?  
—Poco ceremoniosa  
es esta gente, pues de franca pasa;—  
pensé yo acá—y es cosa  
no usada en reinos donde se habla prosa.  
Cualquiera se entra aquí como en su casa,—  
No bien tal dicho hube,  
cuando en el áureo seno del Pactólo  
formarse ví una nube  
que lenta se alza y blandamente sube.  
—¿Esas tenemos?—dije,—aquí anda Apolo.—  
Y en efecto, radiante  
el númen de la rubia cabellera  
púsoseme delante.  
Verle quise y cegué á su luz brillante;  
postréme en fin y hablé de esta manera:  
—"Señor del sacro Delo,  
deja que el que hoy ante tu pié se inclina  
tienda hasta tí su vuelo,  
y en versos dignos de tan alto anhelo  
dignamente cantar pueda á Narina."—  
Airado el dios responde:  
—"¡Insensata ambicion! ¡Audacia loca!

¿A dó te alzas? ¿Adónde  
caminas ciego y cómo te se esconde  
que es grande asunto y que tu ciencia es  
Liras de nácar y oro, [poca?  
cisnes del Pindo, ensalcen de poesía  
tan célico tesoro,  
y á Narina proclame el vírgen coro  
*Perla de la Oriental Andalucía.*

Y tú que así imprudente  
pasar osastes la vedada meta,  
díme ¿qué hay que te aliente  
á pedir tal laurel para tu frente?  
¿No hay más sino decir, *yo soy poeta?*  
Vuélvete sin tardanza,  
pues sólo halla lugar en mi Parnaso—  
quien alto ingenio alcanza;  
donde no, por el dios que rayos lanza  
juro que te eche á coces el Pegaso."—  
Hícele reverencia,  
mas no juzgué ser bien hacerme el sordo.  
Así con diligencia  
bajé y dije al no verme en su presencia:  
—"Bien se vé que es señor, pues habla gor-  
Tal fué mi viaje en suma; [do."—  
fuí á casa y dando suelta á la mohina  
con que Apolo me abrumba,  
sentéme en mi sillón, mojé la pluma  
y esto escribí en el álbum de Narina.

1850.



A LA DISTINGUIDA ACTRIZ

## TEODORA LAMADRID.

Permite, artista eminente,  
pues sin rival te levantas,  
dé nuestro entusiasmo ardiente  
esas flores á tus plantas,  
si Apolo un láuro á tu frente.  
Y huéllalas sin temor  
mientras al Pindo caminas;  
que si el hado en su rigor  
puso espinas á la flor,  
no hay para el talento espinas.  
A festejarte en tal dia,  
por artista y por señora,  
contenta á tus piés envia

las flores con que aun decora  
sus campos la Andalucía.

Mas piensa cuando hoy las huellas,  
al ver sus tallos deshechos,  
mañana mústias, si hoy bellas,  
no se marchita con ellas  
tu recuerdo en nuestros pechos.

Y pues artista eminente  
tan alto el vuelo levantas,  
deja que un pueblo ferviente  
dé esas flores á tus plantas,  
si Apolo un láuro á tu frente.

1850.



PARA EL ALBUM DE UNA SEÑORITA.

## EL ALBUM Y YO.

- Yo.* Libro, ¿qué quieres en suma,  
si el decirlo no te enoja?
- Alb.* Vengo á prestarte una hoja  
para que pruebes la pluma.
- Yo.* Por tan donoso, á fé mia,  
fuerza es complacerte en ello.
- Alb.* Pues aunque me ves tan bello  
es más bella quien me envía.
- Yo.* Si en tí agotaron sus flores  
el ingenio y el pincel,  
¿cómo quieres que cruel  
aje yo tantos primores?  
No es de Esculapio tarea  
cabalgar sobre el Pegaso,  
ni crecen en el Parnaso  
la cinoglosa y la altea.  
Temo pues en conclusion  
el honor con que me brindas;  
son tus hojas hartó lindas  
para echarles un borron.
- Alb.* Con tu necio temor lucho,  
mas para vencerlo, á fé,  
un ejemplo te diré.
- Yo.* Cuéntalo que ya te escucho.
- Alb.* Cuando el númen tonante  
tomó á su hermana Juno por esposa,  
cual rey y cual amante  
quiso en boda ostentosa  
hacer festejo á su consorte hermosa.

Del sol mismo en la cumbre  
su sacra antorcha el Himeneo enciende  
mientras de la alta cumbre  
Mercurio el vuelo tiende  
y á la tierra mortal ráudo descende.  
No á poderosos reyes  
viene á invitar el sacro mensajero,  
ni al que á un pueblo dá leyes,  
ni al que goza alto fuero  
por virtud, por ingenio ó por acero.  
Ni entre dulces cantores  
al rui señor buscó en su verde nido,  
ni por bellos colores  
fué el pavon elegido,  
ni el cisne seductor de albo vestido.  
Que á ninguno desdeña  
quien dá al sol brillo y á la tierra fruto.  
Y en este ejemplo enseña  
que desde el ave al bruto  
acepta igual de todos el tributo.

*Yo.* Tu cuento es hartó oportuno.

*Alb.* Él te dice, á esto lo traje,  
que pues Jove el homenaje  
no desechó de ninguno,  
orgullosó, á lo que creo,  
es por demás quien pretenda  
desdeñar por pobre, ofrenda  
que avalora el buen deseo.

*Yo.* Convencido estoy, por Dios.  
¿Mas qué diré á tu señora?

*Alb.* Escríbele lo que ahora  
hemos hablado los dos.

*Yo.* Contradecir no pretendo  
á quien conmigo es tan blando.  
Venga pluma, vé dictando,  
mientras yo voy escribiendo.

1850.



## QUERELLA A MI TINTERO.

EN UN ALBUM.

Quéjese el vate altanero  
si el númen no halló oportuno,  
mientras yo, con ménos fuero,  
por echar la culpa á alguno,  
querello así á mi tintero:

"Ese negro humor inmundo  
que en tu seno inerte encierras,  
en el bien y el mal fecundo,  
firma paces, mueve guerras,  
es gloria y daño del mundo.

Ora ilustra la razon,  
ora la honradez pervierte,  
ora enciende una pasion,  
y ora dá vida ó dá muerte  
á un sensible corazon.

Merced á tí, el grande Tasso  
alcanzó láuro inmortal;  
merced á tí, en el Parnaso  
se alzan de Apolo al igual  
Rioja, Herrera y Garcilaso.

Si es, pues, tu poder bastante  
á ensalzar á otros con creces,  
¿por qué, en tu desden constante,  
sólo á mí me dás sandeces  
con que llene un consonante?

Negra tinta baladí,  
maldígate Dios amen,  
ya que caprichosa así  
de otros coronas la sien  
y me dejas necio á mí.

Y tú, tiernísima flor  
de gaditanos pensiles,  
no has menester mi loor,  
que donde están quince abriles  
esa es la musa mejor.

De tí indigno considero  
aqueste humilde homenaje;  
mas, pues no hallo lo que quiero,  
perdona si en mi coraje  
la pego con el tintero."

1850.



## A MI PLUMA.

PARA UN ALBUM.

¡Oh péñola, á quien los hados  
dieron impulsos malsines;  
tú, que escribes folletines  
para purgar mis pecados!

¡Tú, que con flujo episódico  
y ageno de la política,  
vomitas tu amarga crítica  
en el rincon de un periódico!

¿Cómo osas necia y culpable  
cabalgar sobre el Pegaso?  
¿Ignoras que en el Parnaso  
no hay editor responsable?

¿O juzgas que allá en las cumbres  
de la sagrada Helicon  
zurce una musa burlona  
artículos de costumbres?

Vuelve, ¡oh péñola altanera!  
vuelve á tu antiguo entresuelo,  
que es el de Icaro tu vuelo  
y tienes alas de cera.

Torna pues, torna en tu seso  
y piensa, aunque es cosa triste,  
que lo que ayer escribiste  
se vende mañana al peso;

Que esas doctas producciones  
que aniquilaron tu fibra,  
á cuatro cuartos la libra  
envolverán cañamones;

Y en fin, que altiveces necias  
no son poética llama,  
ni nadie llegó á la fama  
en cucuruchos de especias.

Esta es sólo tu mision,  
aqueste tu porvenir,  
efimero es tu existir,  
pertinaz tu vocacion.

Y pues tal plugo al destino,  
si de oirlo te sonrojas,  
no manches las bellas hojas  
de libro tan peregrino.

De cien vates la dulzura  
vertió aquí grata ambrosía;  
¡por Dios que en él, pluma mia,  
harás donosa figura!

Y pues te dieron los hados  
esos impulsos malsines,  
vuélvete á tus folletines,  
que así purgo mis pecados.

1850.



## LA MUSA Y EL DESEO.

EN UN ALBUM.

En dulce verso, ¡ay de mí!,  
quise celebrarte yo;  
mas cuando á intentarlo fui,  
el deseo dijo sí,  
y la musa dijo no.

Por vencerla arguye aquel,  
que es de un vate noble empleo  
consagrarte su pincel;  
y pues me interpreta fiel,  
tiene razon mi deseo.

Empero fatal la musa,  
perseverando en sus trece,  
la inspiracion me rehusa;  
y cuando mi voz la acusa,  
tal desengaño me ofrece.

—"En vano, dice, á mi esfera  
tiendas alas arrogantes;  
que no le es dado á cualquiera  
descolgar de su espetera  
la péñola de Cervántes.

Cuerda á cuerda arroja al mar  
las de esa tu humilde lira,  
aunque te cueste pesar;  
que en vano la has de pulsar  
cuando Apolo no te inspira.

Deja al sabio plectro de oro  
ofrecer aquí su don;  
que si en el Castalio coro  
canta el cisne en dulce lloro,  
no osa zumbar el moscon.

Mejor diestra del Parnaso  
siegue las fragantes flores  
á Emilia tributo escaso,  
y en versos dignos del Tasso  
eternice sus loores.

Y si acaso no agradeces  
mi leccion por enojosa,  
advierte, pues lo mereces,  
que para escribir sandeces  
bien te estás allá en tu prosa."—

La ninfa délfica, así  
cruel me desengañó;  
¡qué haré pues, Emilia, di,

si el deseo dice sí,  
y la musa dice no?

1851.



A D. RAFAEL SANCHEZ MENDOZA. (\*)

Ya al fin tras largo afanar  
luce el anhelado albor,  
del dia que ha de enlazar  
á la que es perla del mar  
con la que es del Bétis flor.

Ya en esperanzas lozanas  
miras, cual con dulces lazos  
Cádiz y Sevilla ufanas,  
como dos nobles hermanas  
llegan á darse los brazos.

Una ofrece de Pomona  
entre perfumes suaves  
frutos mil que el mundo abona;  
otra el oro de sus naves,  
diamantes de su corona.

Y si, por vastas empresas  
que á tu altivo aliento mides  
y en tu firme diestra pesas,  
vés del Genil las dehesas  
en las columnas de Alcides,

Grato unirá el gaditano  
tu nombre al nombre esplendente  
que es gloria del solio hispano;  
porque allí acata la mente  
y en tí bendice la mano.

Lidia, triunfa, que si azar  
no esteriliza el deseo,  
España verá cruzar  
sus líneas de mar á mar  
y de Calpe al Pirineo.

Y cuando de Atlante al Polo  
se libe la amiga copa,  
cuando prez al nuevo Eólo,  
sea una familia Europa,  
sea el mundo un pueblo sólo,

Al ver humear lejanas  
columnas que el viento lleva,  
saludarán cortesanas  
á los wagones del Neva  
las murallas gaditanas.

1853.

(\*) Concesionario del ferrocarril gaditano, con motivo de la inauguracion de las obras.

## LA AMISTAD.

A MI AMIGA TULA.

Cuando la remota edad  
á los afectos dió un ser,  
y á la abstraccion realidad,  
simbolizó á la amistad  
en forma de una mujer.

Y de blanca vestidura  
ciñóla, que no consiente  
en su seno mancha impura,  
y blanca flor, que igual dura,  
dió por corona á su frente.

Y á mostrar que en la ocasion,  
ni evita el trabajo rudo,  
ni esconde oculta afeccion,  
pintáronle el pié desnudo  
y desnudo el corazón.

Bello fué su pensamiento;  
mas ya que ley no me obliga  
á adoptar ageno cuento,  
si quieres que te lo diga  
oye lo que de ello siento.

No un color á amistad pido,  
ni ese es bien lleve la palma;  
pues nos dice el buen sentido,  
que si hay pureza en el alma  
poca dá la del vestido.

Ni abierto el pecho, ver quiero  
lo que allí encerrar le toca;  
porque el corazón sincero  
ha de salir á la boca,  
no verse por agujero.

Ni ya por áspera via  
bien vá su desnuda planta;  
que aunque amistad es muy pía,  
no es ninguna cofradía  
de las de Semana Santa.

Resta el sexo, y yo propicio  
lo acepto, que en él vés sólo  
sin alarde, sano juicio,  
interés y fé, sin dolo,  
sin galardón, sacrificio.

Mas preguntarásme aquí:  
—¿Pues tanto en ello reparas  
juzgando del nó y del ni,  
si tú la amistad pintaras  
que hicieras en suma, dí?—

Y yo, cierto de vencer  
dificultad que no huyo,  
diré que es fácil de hacer;  
pues pintara una mujer  
y escribiera un nombre, el tuyo.

1853.

## LOS CHINOS. (\*)

Suene el bombo y el tam-tam  
publicando al mundo estático,  
que ya á nadie causa afán  
el cólera morbo-asiático.  
¿Hay quien le tema á ese bú?  
¡Desatinos!  
¡Gloria á Ilocos y á Zebú!  
Vengan chinos.

Ved que el arte es ilusion  
para haceros la mamola:  
haya puños y estrujon,  
y firme, y ande la bola.  
Dad al colera una higa,  
convecinos,  
pues os soban la barriga  
bien los chinos.

Allí está el estudio sólido,  
allí está la inteligencia.  
¿Qué importa que algun estólido  
crea en la médica ciencia?  
Cursos, aula; al diablo os doy,  
¡oh pollinos!  
que en cuanto á cursos, estoy  
por mis chinos.

Al infierno la dietética:  
quemad vuestras instrucciones;  
que nuestra gula frenética  
uvas anhela y melones,

(\*) Letrilla en loor de los célebres malayos, peritos en la curacion del mal de la bola.



y tomates y pimientos  
y pepinos;  
que aunque haya pronunciamientos,  
tengo chinos.

—  
En ellos la humanidad  
prácticos cuenta eminentes,  
que, si no en la facultad,  
cursaron en entrepuentes.  
Y pues el buque en mar briega  
y hay marinos,  
si hace agua mi bodega,  
quiero chinos.

—  
Nadie en el mal desespere;  
pues con método tan bello,  
ningun prójimo se muere  
á no faltarle el resuello.  
El sano aciertos festeja  
peregrinos,  
y el muerto jamás se queja  
de los chinos.

—  
Id, Esculapios noveles,  
id del mundo á los confines,  
haciendo lluevan laureles  
sobre vuestros calesines.  
Y puesto que en punto á bolas  
sois ladinos,  
decid que aquí ruedan solas  
como chinos.

1854.



## LA MUJER.

~~~~~  
Cuando el Señor crió el mundo
dió al Sol luz, al cielo estrellas,
peces lanzó al mar profundo,
y haciendo el suelo fecundo
frutos dióle y flores bellas.

Creó luego humano ser
(el Génesis dice tal)
y ostentando su poder,
formó en fin á la mujer
é hizo allí punto final.

Y una vez que mi opinion
mayor fé en tal texto cobra,

digo que es ella en cuestion
lo mejor de la creacion,
pues que fué la postrer obra.

Dios á entrambos seres liga,
ambos se aman en su nombre,
mútuo deber los obliga;
que él no dió una sierva al hombre,
sí compañera y amiga.

Al morir como al nacer,
al gemir como al gozar,
el hombre encuentra doquier
á su lado la mujer
cual á su ángel tutelar.

Su tierna solicitud
á su niñez dá desvelos,
amor dá á su juventud,
á sus penas dá consuelos
y dá llanto á su ataúd.

Sé que hay vanas, sé que hay locas
duchas en el dolo, y duchas
en fementidas carocas;
mas ¿qué valen malas pocas
donde las buenas son muchas?

Ved hombres que de ese arbusto
cada cual sois una rama.
Mostrad al ménos buen gusto,
y ved que quien no las ama
es necio tras ser injusto.

Mal haya flor que reniega
del árbol que le dió vida,
del sol que á su cáliz llega,
del suelo donde está asida,
del arroyo que la riega.

Mal haya pájaro infiel
que el materno nido empece;
abeja que ódia la miel;
en suma, mal haya aquel
que á la mujer no enaltece.

1854.



ECO Y NARCISO.

~~~~~  
Eco, ninfa de albo cuello,  
pié breve y melena riza,  
adora á Narciso el bello.  
Desdeñoso es el doncello;  
la doncella antojadiza,

Satisfecho de su entono  
vió el mozo una fuente allí;  
contemplóse y dijo así:  
—"Sólo yo, que soy tan mono,  
puedo merecerme á mí."—

Empero su imágen grata  
le enamora de manera,  
que le consume y le mata;  
siendo ora flor que retrata  
la corriente pasajera.

Justicia del amor fué  
que en su imperio soberano,  
dó una fé paga otra fé,  
no deja que uno dé pié  
y el otro esconda la mano.

No el cuento que habeis leído  
tiende á amenguar vuestro fuero,  
ni aconseja inadvertido  
que á todo el que os diga envido  
respondais al punto quiero.

Que el cielo á la mujer dió,  
contra afecto baladí,  
instinto que le enseñó  
cuando le está bien un sí,  
cuando le está mal un no.

Ella amó mas sin cordura;  
él se amó sólo á sí mismo.  
De ambos fué la llama impura;  
que en ella es desenvoltura  
lo que en él es egoismo.

Si ambos extremos reuno,  
ni uno ni otro hallareis buenos;  
ámbos pecan de consuno,  
por carta de más el uno  
y otro por carta de ménos.

Por eso con igual saña  
á ambos castigan los hados;  
por eso, con forma extraña,  
Eco, es voz de la montaña,  
Narciso, es flor de los prados.



1854.

## EL AMOR Y LA LOTERIA.

PARA UN ALBUM.

Por si acaso algun doncel  
haciendo el álbun vehículo,

halla en él un adminículo  
á sus palabras de miel,

Cuatro advertencias escucha,  
ya te den placer ó enojos,  
siendo disculpa á tus ojos  
los fueros de amistad mucha.

Al mundo decir oirás  
que el amor es lotería;  
pero en esto, Lola mia,  
hay su ménos y hay su más.

Es lotería tirana  
donde por diversos modos  
pierden muchos, juegan todos,  
y nadie dice que gana.

Mas contra el principio eterno  
que allí el mejor lote ofrece,  
aquí el ambo se apetece  
y siempre se huye del terno.

Premios los hay á montones,  
si bien, por rareza chusca,  
nadie aquí su suerte busca  
sino en aproximaciones.

De billetes ¿qué diré?  
Millares circulan de ellos;  
pero hay falsos muchos sellos  
y no obliga el pagaré.

Y aun el que gana sin tasa,  
cuando ménos lo imagina  
suelen darle en la oficina  
moneda que nunca pasa.

Por eso y porque en su día  
no ha de partirse el escote,  
no se admiten en un lote  
jugadas de compañía.

Ambos de azar juegos son:  
mas cuenta que en este pebre,  
suele dar gato por liebre  
el jugador mas chambon.

En fin, si el amor es ciego,  
ciega es la suerte, de modo  
que, yendo codo con codo,  
no quieren dejarse luego.

Y como ella es indiscreta  
y él locuáz, dispuso el hado  
que ande todo enamorado  
vendiendo la papeleta.

Aquí tienes ya, mi Lola,  
lo que yo en mis tiempos ví;

yo para tí lo escribí  
y te lo guardé á tí sola.

Empero de esta conseja  
por si algo saca tu afan,  
en un español refran  
te diré la moraleja:

Todos juegan, ello es grato,  
mas váyanse poco á poco,  
que quien juega mucho, es loco;  
quien no juega, es insensato.

1855.



## A CERVANTES.

Bajo un humilde techo  
que la miseria y el dolor cobija,  
un venerable anciano en pobre lecho  
sin luz ya el rostro, la mirada fija,  
mudo, frio é inerte,  
aun lucha con las ánsias de la muerte.

No empero el que le amaga  
trance cruel su ánimo grande apoca,  
que en su postrer aliento envuelta aun vaga  
dulcísima sonrisa entre su boca;  
cual si ya de partida  
grato adios diese al mundo que lo olvida.

Y ese presentimiento  
¡oh gran Cervántes! no al morir te engaña;  
que si olvidado ayer, hoy monumento  
alza ante el orbe agradecida España,  
dó en la comun memoria  
con la tuya eternice así su gloria.

Salve, sublime vate,  
salve, gigante ingenio, á cuyo nombre  
todo pecho español de orgullo late;  
y aunque no há menester tu gran renombre  
mi humilde y pobre ofrenda,  
acéptala de admiracion en prenda.

1856.



## A LAS DISTINGUIDAS ARTISTAS

LAS SEÑORITAS

## PILAR Y ELISA BOLDUN.

Vió en su ameno pensil crecer Talía  
entre uno y otro espléndido capullo,  
dos que nacieron para ser un dia  
gloria del arte y de su patria orgullo.

Euterpe al verlos envidiosa lucha  
y disputarlos para sí pretende,  
mas habló Apolo, y el Olimpo escucha  
la decision que de sus labios pende.

—"Libres las flores son del génio,—dijo;—  
porque ellas son de Dios hijas lozanas;  
ambas prestadles vuestro afan prolijo,  
que para eso el destino os hizo hermanas."

Y ambas de entonces más cuidaron de  
y al abrirse sus timidas corolas, [ellas;  
no más fragantes nunca, no más bellas,  
otras vieron las musas españolas.

De estas flores si ansiais saber el nombre  
no Druida consulteis ni Pitonisa:  
Cádiz lo sabe, y esto no os asombre,  
la una Pilar se llama, la otra Elisa.

1856.



## LOS DOLORES.

EN UN ALBUM.

Dolores hay que ódia el hombre;  
dolores que son placeres;  
la identidad no te asombre,  
que aunque ambos tienen tu nombre,  
ya eres tú y yá no lo eres.

Hay dolores cuya espina  
tan solo el récipe cura;  
y aquí entra la medicina  
con cataplasmas y untura  
y acetato de morfina.

Mas dolores hay tambien  
que son vida y juventud,  
que hacen de la tierra eden,

y que al lauro de su sien  
enlazan flor de virtud:

Con un nombre ellos son dos:  
y aunque agenos los contemplo,  
unos van de otros en pos:  
de éstos eres tú el ejemplo:  
de aquellos, libreté Dios.

Empero como el gozar  
anda cerca del sufrir,  
nos dió el cielo par á par,  
dolores que celebrar,  
dolores que combatir.

Por eso y porque constante  
doble lauro en su sien dure,  
hizo á Apolo el dios tonante  
médico para que cure,  
poeta para que cante.

Ahora vé si es árduo el paso;  
que si envidio el esplendor  
de Hipócrates y del Tasso,  
poco tengo de doctor,  
ménos de poeta acaso.

Pero aunque fortuna escasa  
deja mi anhelo en asomos,  
te dá á tí suerte sin tasa:  
pues tienes á Apolo en casa  
si dividido en dos tomos.

Entre ámbos su afeccion pia  
la esposa y la hermana parte,  
simbolizando á porfia  
el uno el médico arte  
y el otro la poesía.

Déme aquel su ciencia suma  
y yo venceré al dolor.  
Aqueste me dé su pluma,  
y cual el mar brota espuma,  
versos daré á tu loor.

Que si ámbos me prestan fieles  
ingenio y ciencia, y si tú  
me das tambien tus pinceles,  
ni Apolo me hará ya el bú  
ni temeré al mismo Apeles.

1856.

## AL EJÉRCITO ESPAÑOL DE AFRICA.

¿No los oís? Salvages alaridos  
repite el monte allá de peña en peña,

cual del lobo repite los aullidos  
en la espesura de enriscada breña.  
Buitres son que en bandadas de sus nidos  
contra el águila van que los desdeña;  
moros son los que oís, que en loca saña  
insultar osan al leon de España.

Empero del alarbe al vocerío  
sólo el cañon con su tronar responde;  
la sangre corre en abundoso rio;  
la muerte en pechos mil su acero esconde.  
¿Qué se hizo de su ardor? ¿Qué de su brío?  
¿Dó su jactancia fué? ¿Su orgullo dónde?  
Cayeron bajo el plomo y la cuchilla  
de los heróicos hijos de Castilla.

Y siempre así será. Nuevo escarmiento  
al bárbaro daréis si tanto osa,  
pagando con la vida el vano intento  
en cambio á vuestra sangre generosa.  
Sus cuerpos hacinados ciento á ciento  
el pedestal vá á ser donde gloriosa,  
mal que le pese á la ambicion artera,  
tremolaréis de España la bandera.

"A luchar, á vencer," Pelayo os grita  
allá del seno de su ilustre tumba.  
A la lid: la de Agar raza maldita  
vé doquier que su imperio se derrumba.  
Santa empresa á lidiar hoy os incita:  
gloria al que triunfe, gloria al que sucumba,  
que para ejemplo de héroes y de fieles,  
los sepulcros tambien tienen laureles.

1859.

## H I M N O

A

S. A. R. EL PRINCIPE DE ASTURIAS

EN SUS DIAS.

CORO.

*Saludemos al Príncipe angusto  
del trono esperanza, amor de Isabel,  
y á su cuna, de España querida,  
den flores las gracias, las artes laurel.*

ESTROFA I.

Bajo la palma erguida  
tierno el vástago crece;

( 12 )

bésale el áura, y mece  
sus hojas al pasar.

Mas luego ya robusto  
sus ramas mil desata,  
y con su sombra grata  
cubre de mar á mar.

## II.

Tú, Alfonso, el árbol eres  
que nuestro amor saluda;  
la palma que te escuda  
es el régio dosel.

No del ábrego temas  
la destructora saña,  
que en tí venera España  
la sangre de Isabel.

## III.

Crece en virtud y gloria  
porque la patria mia  
bajo tu cetro un dia  
alce altiva su faz.

Respete el mundo entero  
tus nobles estandartes,  
mas piensa que las artes  
hijas son de la paz.

## IV.

Ese tu claro nombre  
resonó en lides bravas  
y un Alfonso en las Navas  
hundió el moro pendon;  
Y el Salado en su orilla,  
cual allá en la alta sierra,  
oyóle en son de guerra  
como de triunfo en son.

## V.

De tu reino futuro  
en el confin remoto,  
Cádiz por tí alza un voto,  
Cádiz te dá su fé.

Y es que aquel de quien hubo  
su libertad y leyes,  
cual tú fué hijo de reyes,  
y Alfonso cual tú fué.

## VI.

Mas no por fama bélica  
pasó de labio en labio,

que no el guerrero, el *Sábio*  
la España le aclamó.

Y ese es su mejor timbre;  
que la sangre que huméa,  
del fuerte el lauro afea,  
pero el del *sábio* no.

1859.



## A LOS SRES. DE LA COMISION GADITANA

ENCARGADA DE GESTIONAR  
EN EL ASUNTO DEL FERRO-CARRIL  
DE CÁDIZ.

Cercano viendo el fin de su esperanza  
los hijos de la hermosa Andalucía,  
en himnos de placer y bienandanza  
ya saludaban el ansiado dia;  
mas el génio del mal rugidos lanza,  
la frente asoma á su caverna umbría,  
y con lengua jamás al daño muda  
bramando pide á la discordia ayuda.

Y ella acude, y con lívido semblante  
sus ojos de ira por doquier pasea,  
y del Guadalquivir al mar de Atlante  
revuelve en giros cien su horrible tea.  
Prende el incendio, cunde amenazante,  
goza en su triunfo la implacabe dea,  
y ante el amago de fraterna saña  
gime el pueblo andaluz, llora la España.

Salvónos la cordura: el cielo mismo  
que vé en el corazon, que de él es dueño,  
á vuestro puro y noble patriotismo  
confiar inspiró tan alto empeño.  
Os bastó hablar, y el monstruo huyó al a-  
y viéronse, depuesto el torvo ceño, [bismo,  
abrazadas del Betis en la orilla,  
Gades la ilustre, la inclita Sevilla.

Tras vértigo fatal la paz fulgura  
en sus hermosas frentes soberanas,  
que al repartir sus dones la natura  
hizolas reinas cual las hizo hermanas.  
Si el eco de amistad que allí se jura  
hoy repiten las playas gaditanas,  
si un interés comun el pacto sella,  
vuestra obra contemplad, gozaos en ella.

Gozaos en ella, sí, nobles patricios;  
gozad en el tributo que este dia

por alto galardón de altos servicios  
 os ofrece en su amor la patria mía.  
 El os dice, tras tantos sacrificios,  
 que al que lealtad y fé lleva por guía  
 jamás niegan, por timbres de su gloria,  
 los pueblos gratitud, palmas la historia.

1859.

PARA EL ALBUM DE UNA SEÑORITA.

Dásme aquí una blanca hoja  
 para que pague mi escote;  
 mas no acierto cual escoja,  
 porque lo blanco me enoja  
 cuando miro mi bigote.

Que abra la marcha me indica  
 tu afecto, y aunque ese honor  
 mi gratitud centuplica,  
 es mi estatura harto chica  
 para ser tambor mayor.

Cumplo empero tu querer;  
 pero advierte que no escapas  
 de que quien tal llegue á ver  
 diga tu álbum al leer:

—"Al primer tapon zurrapas."—

Y aun añadirá sutil:

—"Para que cante tus dones,  
 busca tú ¡oh niña gentil!  
 ruiseñores del pensil  
 no tábanos ni moscones.

Juventud su flor te dá;  
 busca, pues, jóvenes vates,  
 y vengan en tropa acá  
 pollos, no gallos que yá  
 ni aun sirven para tomates.

Y á ese coplero ramplon,  
 ¿quién, dime, le dió osadía  
 para que, sin ton ni son,  
 se arroje á hacer de guion  
 en aquesta cofradía?

Échale de aquí, Julieta;  
 échale de aquí te digo;  
 que, aunque amistad se respeta,  
 bástele con ser tu amigo,  
 no aspire á ser tu poeta.

Quede á liras más sonoras  
 el celebrar gracias tantas,

y dígame á todas horas,  
 que si miras enamoras  
 y que enamoras si cantas.

A esos en tu álbum dá parte;  
 no á los que con pluma inerte,  
 en mal estro y peor arte,  
 aunque sepan apreciarte,  
 no bastan á enaltecerte."—

Tal dirán de tí y de mí,  
 y acaso no sin razón,  
 coligiendo yo de aquí,  
 que á tí te llamen *huri*  
 y á mí me llamen *huron*.

La culpa de entrambos fué;  
 tuya, que de mí exigiste  
 lo que mal cumpliera á fé;  
 mía, porque me presté  
 á hacer lo que tú quisiste.

1860.

A LOS SEÑORES

DEL

CONSEJO DE ADMINISTRACION

DEL

FERRO-CARRIL DE CADIZ A SEVILLA.

Ya en el cielo gaditano  
 el día feliz lució  
 en que del arte la mano,  
 si á Sevilla el Océano,  
 á Cádiz el Bétis dió.

Ya aquí se oye resonar  
 entre alborozo profundo  
 de la máquina el silbar,  
 grito que lanza al pasar  
 la ciencia, reina del mundo.

Flores, que regó á la aurora  
 Guadalquivir en su estancia,  
 holló esa locomotora;  
 y en su raudo paso, aun ora  
 guarda de ellas la fragancia.

Sirvan esas flores bellas,  
 prez de sus prados rientes  
 y envidia de las estrellas,  
 para coronar con ellas  
 esas vuestras nobles frentes.

Y Cádiz agradecida,

cual su júbilo pregona,  
al nacer á nueva vida,  
por justa y por merecida  
os ceñirá tal corona.

Y cuando el inmenso mar  
cubran hispanas banderas,  
y del mundo entero al par,  
vengan quillas á surcar  
las aguas de estas riberas;

Y allá cuando el hierro via  
dándole y campos las olas,  
cuanto el orbe encierra y cria  
dé rico tributo un día  
á las playas españolas,

Vuestro será ese laurel;  
y ya un pueblo con fé pura  
os dá las primicias de él,  
que es su gozo augurio fiel  
de un porvenir de ventura.

Para vosotros la imploro,  
yo, el último de los hijos  
de esta patria á quien adoro,  
y en ella los ojos fijos  
su bien comparto y su lloro.

Ecos hay que el alma en vano  
trasladar osa al laud;  
mas si van á vos, es llano  
que, pues son de un gaditano,  
ecos son de gratitud.

1861.



AL EMINENTE ARTISTA

D. JULIAN ROMEA.

Gran poeta, ilustre actor,  
á cuyo ingenio la fama  
dá, por tributo mejor,  
sus laureles rama á rama,  
sus pensiles flor á flor.

Tú, en cuyos triunfos la escena  
páginas vé de su historia;  
tú, que con frente serena,  
luchando en tan noble arena,  
gloria le dás con tu gloria.

No busques, orilla al mar,  
rosas del Guadalquivir;  
mas en cambio aquí has de hallar  
pechos que saben latir,  
almas que saben gozar.

Que al mirarte, que al oírte,  
sienten del arte el portento,  
que conmueves con tu acento,  
que se honran con aplaudirte  
porque aplauden el talento.

Y pues tu triunfo pregona  
el arte á quien diste honor,  
Cádiz, ¡oh sublime actor!,  
á tu espléndida corona  
ofrece una nueva flor.

1861



OCTAVAS. (\*)

Si del vate al querer, Reina y Señora,  
igual el plectro fuera, igual la mente,  
el mio, humilde ya, diérame ahora  
ecos de amor y de lealtad ferviente.  
Quéde empero á otra lira más sonora .  
lo que á la mia el númen no consiente;  
y ella, alzando hasta el sol la real diadema,  
cante de vuestra historia el gran poema.

Diga que si con brio sobrehumano  
por Isabel pugnó la España un día,  
era que al ver el cetro en vuestra mano,  
su gloria en ese cetro presentia.  
Y así fué, que al pisar el sólio hispano  
tan grande hicisteis á la patria mia,  
que á la nacion del mundo la primera  
pudo decir:—"Respetá mi bandera."—

Que vuestro pabellon de rojo y gualda,  
ostentando castillos y leones,  
doquier del mar refleja en la esmeralda,  
doquier subyuga bárbaras naciones.  
En tanto surcan de Triton la espalda  
naves vuestras llevando á cien regiones.

(\*) Leídas en la sesión pública que se celebró en la Academia de Bellas Artes de Cádiz, para la entrega por S. M. la reina Doña Isabel II de los premios adjudicados en la exposición artística é industrial.

de la industria el poder, del suelo el fruto,  
en cambio al don del opulento Pluto.

Del Riff ensalce las heróicas lides,  
grande epopeya del valor Ibero,  
hazaña ilustre de españoles cides  
capaz tan solo de español acero;  
donde adalid de insignes adalides,  
al grito de Isabel triunfó el guerrero  
que al pié del trono puso reverente  
los lauros que Tetuan ciñó á su frente.

Mas si á su reina en caloroso viva  
aclama la falange belicosa,  
vuestro pueblo feliz, de paz la oliva  
por vos enlaza á la purpúrea rosa.  
Escuchad como dice en voz festiva:  
—"Bendicion á Isabel la bondadosa,  
á quien dió el cielo porque el nombre cua-  
si alma de Reina, corazon de madre."—[dre,

El régio trono, el maternal regazo,  
Gades al par en vos ama y venera;  
y si ella un dia con pujante brazo  
salvó al cetro y salvó á la España entera,  
si agresion ruda, si de insidia el lazo  
burló leal y resistió guerrera  
dándose á sí una página de gloria,  
ésta de amor escribirá en su historia:

—"Pueblos que amar sabeis, ved cuán u-  
del sólio entre los vivos resplandores, [fana,  
una gran reina corazones gana  
dando aquí al arte y á la industria honores.  
Bondad brilla en su frente soberana.  
Pueblos que amar sabeis, cubrid de flores  
su trono, egida de las patrias leyes.  
Amadla pueblos, imitadla reyes."—

1862.

### CADIZ EN LA AUSENCIA DE CARMEN.

—"¿Por qué en rápido vuelo,  
no bien la cobijaste con tus alas,  
condujiste cruel á extraño suelo  
á la que precio más entre mis galas?  
¿Por qué con mano impia

me robaste una prenda que era mia?

Las auras vagarosas  
de este mar que me acata reverente,  
su cuna al adornar de frescas rosas  
con su soplo orearon su alba frente.  
Atiende á mi querella:

con ella fué el placer, torne con ella."—

Cádiz de aquesta suerte  
sus quejas daba al númen de Himeneo,  
y él, que su pena condolido advierte,  
—"No más; dice, propicio á tu deseo,  
sin romper santos lazos,  
la hija y la esposa volverá á tus brazos.

Y vé que si el destino  
su alma afligió con el dolor de ausencia,  
yo sembré, á consolarla, en su camino  
flores que perfumasen su existencia,  
y en su pena prolija  
templó el amor de esposa duelos de hija.

Brilla con nuevo encanto  
tras parda noche el sol en el Oriente;  
cobija Enero con su triste manto  
mejores galas con que Abril se ostente;  
así el corazon gana  
en penas de hoy, venturas de mañana.

Padres, deudos, amigos,  
vosotros los que amais á mis amores,  
sereis, lo espero, de su bien testigos,  
y en alas del deseo, hollando flores,  
el que por ella vela  
feliz y amante os volverá á Carmela."—

1862.

### EN UN ALBUM.

Dijo el campo á la dulce primavera:  
—"¿Por qué me dejas si eres mis amores?  
¿Por qué te vás así? ¿No más valiera  
que eterno fuera el reino de las flores?  
Vendrá el ardiente estío  
mis hojas á abrasar, y el crudo yelo  
con su manto sombrío  
cobijará despues mi hoy verde suelo.  
Ten piedad de mis galas:  
no te ausentes de mí, pliega tus alas."—

Primavera responde:  
—"Del destino la ley es la ley mia;



¿dónde viste tú, dónde,  
eterno el bien y eterna la alegría?  
Otro campo, otro bosque, otra pradera  
ánsian cual tú, gozar su primavera:  
mas si á tus votos mi poder no alcanza,  
un recuerdo te dejo, una esperanza.”—

Dulce recuerdo de amistad ferviente  
nos dejais al partir, bella María;  
dejadnos igualmente  
la esperanza de veros algun dia.

1863.



AL EXCMO. SEÑOR GENERAL

DE LA ARMADA

DON SEGUNDO HERRERA,

EN SUS DIAS.

En las playas de Occidente  
de la alta Gades al par,  
hay una villa riente;  
flores coronan su frente,  
besa sus plantas el mar.

Huella conchas y jazmines,  
algas pisa y amapolas,  
de modo que no adivines  
si es neréida entre las olas  
ó es napéa entre jardines.

El alba al verter su humor  
no que es aljofar presume,  
viendo brotar á su amor  
de cada gota una flor,  
de cada flor un perfume.

En este eden, que escondido  
entre follajes y aroma  
sus blancas torres asoma,  
cual en el bosque, del nido  
surge una blanca paloma.

Tú, que impávido arrostraste  
en una y otra campaña  
del hierro y del mar la saña,  
y un digno nombre alcanzaste  
lidiando por nuestra España;

Gozas en el dulce seno  
de tu esposa, de tus hijos,

ese amor de encanto lleno;  
esa paz que Dios dá al bueno  
tras de afanes tan prolijos.

Gózala, y tu vida leda  
se deslice entre estas galas,  
tal que recelarse pueda  
si quebró el tiempo sus alas  
y la fortuna su rueda.

Pudo la patria premiarte  
con altos puestos de honor;  
pero el que dones reparte  
no quiso pueda yo darte  
sino aquesta pobre flor.

Puerto Real, 1869.



AL DISTINGUIDO ARTISTA

EL NIÑO

RAFAEL DIAZ ALBERTINI.

En medio á unas estancias suntuosas  
ricas de viva luz, mansion de amores,  
eden de ninfas y verjel de rosas,  
dó entre el perfume de las gayas flores  
á alegre danza corren afanosas  
cien bellas de la vida en los albores,  
el prelude escuché de un instrumento:  
allí ví un niño, allí admiré un portento.

Vibra la cuerda por el arco herida  
y al aire dá melódico sonido.  
Mas ¿qué mágia en sus notas escondida  
mi ser conmueve al encantar mi oído?  
¿Es del cisne la tierna despedida?  
¿Es ruiseñor trinando allá en su nido?  
¡Que acento celestial! ¿De dónde parte?  
Vedlo allí: ese es el génio, ese es el arte.

Mudo escuché los cánticos guerreros  
que repite la helvética montaña  
al esgrimir los bravos sus aceros  
para lanzarse á inolvidable hazaña;  
de Amina oí los ayes lastimeros  
cuando el llanto de amor sus ojos baña,  
y ante el aplauso que el saber conquista  
entusiasta exclamé:—”¡Gloria al artista!”—

¡Oh talento precoz! Yo admiro ufano  
 esas alas que al sol audaz desplegas;  
 arte y estudio guíen esa mano  
 con que ya para tí laureles siegas;  
 y cuando, de este suelo ya lejano,  
 gozoso huelles las cubanas vegas,  
 guarda esta pobre flor, para que un día  
 recuerdo sea de la patria mía.

1870.



## LA EDAD DE ORO.

Es tradicional creencia  
 allá, del tiempo pasado,  
 que de Saturno el reinado  
 fué la edad de la inocencia.

Edad feliz y riente,  
 dó al hombre daba en tributo  
 la encina su dulce fruto,  
 sus claras aguas la fuente.

Que holgando entre col y col  
 el mortal sin pena alguna,  
 tomaba el fresco á la luna  
 ó se calentaba al sol.

Y entre placeres sencillos  
 pasaba su vida entera  
 en rascarse la mollera  
 y oír cantar á los grillos.

No hubo allí código alguno  
 ni de pleitos habia modos;  
 pues, siendo todo de todos,  
 nada era de ninguno.

Esta en suma la edad es  
 Que de *Oro* llevaba el nombre;  
 bella edad, en que era el hombre  
 un animal de dos pies.

Mas, pues habrá quien y quienes  
 vean aquí su ideal bello  
 solamente por aquello  
 de comunidad de bienes,

Yo, por autoridad propia,  
 quiero erigirme en censor,  
 interpelando al autor  
 de esta peligrosa utopia.

Díme, tú, quien quier que fuiste,  
 puesto que ignoro tu nombre,

antes de estudiar al hombre  
 ¿cómo así á hablar te atreviste?

¿Suponer no es desvarío,  
 que, del tiempo en el proceso,  
 entre hombres de carne y hueso  
 no hubo tuyo ni hubo mio?

Dó no existe propiedad,  
 dó no existe la familia,  
 ¿cómo, dime, se concilia  
 que pueda haber sociedad?

¿Pudieras con calma ver  
 que de tu casa y tu lecho  
 un cualquiera, en su derecho,  
 se llevase á tu mujer?

Y en esto nadie se inmiscue;  
 pues si en la cristiana grey  
 no dá al cónyuge la ley  
 bula para que promiscue,

En tu sistema especial  
 es la mujer, según noto,  
 campo sin cerca ni coto  
 de usufructo comunal.

No habria padres, y supongo  
 que nadie tal nombre lleve;  
 ¿quién la filiacion se atreve  
 á encontrar de un hijo hongo?

¿Pues y el vestir? ¡qué galan!  
 poca ropa, y esa mala:  
 para los días de gala,  
 la de nuestro padre Adan.

Aunque el consejo no pete,  
 ved que la cosa es muy séria;  
 el que así vaya á Siberia  
 sepa que vuelve en sorbete.

¿Y la mujer? ¡qué donaire!  
 ¿dónde hay trage más simpático  
 que un faldellin homeopático  
 sobre dos piernas al aire?

Un trage que nada vela  
 y así á los pollos encanta;  
 un trage á lo suripanta  
 de los bufos de zarzuela.

¿Y el comer? Ese es gran cuento.  
 ¿No ves en tu obcecacion  
 que cada organizacion  
 pide su propio alimento?

¿O es que por ventura viste

que, con instinto contrario,  
magras comiese el canario  
y el chacal comiese alpiste?

¿Ignoras que son patrañas  
decir que de polo á polo  
pueda el hombre vivir sólo  
con bellotas y castañas?

No sabes lo que te dices;  
pues cuando Dios nos formó,  
un estómago nos dió  
apto á digerir perdices.

Edad feliz é inocente  
por vates enaltecida;  
muy bella será tu vida  
mas no será á mí á quien tienta.

No con manjar flatulento  
mi paladar se recrea,  
ni quiero mujer que sea  
de libre aprovechamiento.

Quiero hogar, familia, amor,  
pues Dios me dió humano ser.  
No quiero yerba pacer  
cual Nabucodonosor.

Quiero una vida de afán  
dó busque virtud y ciencia,  
y quiero, por consecuencia,  
ser hombre y no orangutan.

Y puesto que es desvarío  
que al más rudo no se esconde  
pueda haber país en donde  
no haya tuyo ni haya mio,

Yo en pró de mi siglo arguyo;  
pues porque nadie se apene,  
cada cual lo suyo tiene,...  
y á veces lo que no es suyo.

1872.



## EL INGENIO Y LA POBREZA. (\*)

Es el ingenio una flor  
que esencias mil peregrinas  
esparce en su derredor;  
ella embriaga con su olor,  
mas punza con sus espinas.

Flor á la que el mundo ofrece  
de alta admiracion tributo;  
pero entre desdichas crece,  
y, aunque tan bella aparece,  
amarguras dá por fruto.

Grandes fueron en la historia  
vates de Italia y de Iberia;  
pero tened en memoria,  
que si grande fué su gloria,  
más grande fué su miseria;

Pues con hojear tan sólo  
crónicas de la poesía,  
hallareis que el padre Apolo  
dá á los cisnes del Pactolo  
el pan por homeopatía.

Pobre á Camoens, pobre al Tasso,  
pobre al gran Cervántes veo,  
y otros cien sálenme al paso,  
que es la cumbre del Parnaso  
la puerta del jubileo.

Y al que honra es de Portugal,  
y al que es gloria de Castilla,  
la suerte, en ambos igual,  
llevó al uno á un hospital,  
llevó al otro á una guardilla.

Y siendo en igual concierto  
de aviesa fortuna el blanco,  
en sus desdichas advierto,  
que al uno le dejó tuerto  
y al otro le dejó manco.

Manquedad que es su blason,  
digna de alabanza eterna;  
pues bajo el patrio pendon  
la hubo en muy alta ocasion,  
y no en ninguna taberna.

Manquedad que allá en Lepanto  
le dió la adversa fortuna,  
mientras huye con espanto  
de Cristo ante el signo santo  
la orgullosa media luna.

Y allí, luchando valiente  
contra la turquesca gente  
el soldado de la Cruz,  
destrozar su mano siente  
la bala de un arcabuz.

(\*) Fundada en Cádiz en 1874 la *Asociacion de Cervantistas*, por la iniciativa del Sr. D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica Cervántica*, publicada hace años en esta localidad, fué nombrado Flores Arenas Presidente, cuyo cargo desempeñó hasta su fallecimiento. El primer aniversario del célebre novelista se verificó en el local del Instituto, leyendo aquel las quintillas que se insertan.

Y al que su sangre vertió  
lidiando con fuerte brazo,  
¿qué premio España otorgó?  
Ni aun lo que el turco le dió,  
que éste al fin le dió un balazo.

En vano en pedir se afana;  
porque en su historia registro,  
que es empresa harto más llana  
vencer la Puerta Otomana,  
que entrar por la de un ministro;

Pues quien en méritos fia,  
si alto influjo no le guia,  
no es fácil que al puerto arribe,  
y hallará un:—Vuelva otro dia;  
su Excelencia no recibe.—

Y tras de tanto escribir  
memoriales ciento á ciento,  
el tal suele conseguir  
un puchero con que ir  
por la sopa á algun convento.

Así el héroe de la liga  
que hoy tiende hasta el sol sus alas,  
la suerte siempre enemiga,  
á contentarse le obliga  
con recaudar alcabalas.

Mas con exceso cruel,  
no harta aún de darle penas,  
aunque puro, honrado y fiel,  
en la cárcel dá con él  
á purgar culpas ajenas.

Luego á la Mancha pasó,  
siempre del hado el juguete,  
pues nueva prision halló.  
Preguntad á Cide Hamete,  
y os dirá lo que allí vió.

Vió en una cárcel sombría  
á un hombre ya casi anciano,  
que tranquilo sonreia,  
y con la pluma en la mano  
ya pensaba y ya escribia.

¿Qué escribió? Donosa historia  
que guardan en su memoria  
desde el más docto al más zote;  
su nombre basta á su gloria;  
aquel libro era *El Quijote*.

Sátira culta y suave,  
libro en invencion fecundo,  
yá jugueton, yá profundo,

que ora festivo, ora grave,  
pinta al hombre y pinta al mundo.

De otras producciones bellas  
padre fué el gran español;  
y aunque insignes todas ellas,  
pierden su luz las estrellas  
si brilla en Oriente el sol.

Y aquí en su volar rastrero  
y en su mal trazado giro,  
detener mi pluma quiero.  
Hable por mí el mundo entero:  
yo en tanto callo y admiro.

1874.



## LA VERDAD.

Padre fué de la verdad,  
segun vieja tradicion,  
Saturno, el dios más gloton  
que tuvo la antigua edad.

Dios de tales tragaderas  
que sin adobos ni aliños  
se comió á sus propios niños,  
cantos, y otras frioleras.

Al intemperante viejo  
nadie logró poner trabas,  
y fué siempre el tragaldabas  
del Olímpico consejo;

Pues con ciego y torpe afan  
y quijadas de mastin,  
se engullia un adoquin  
cual si fuera un mazapan.

¡Oh! si de la suerte el fallo,  
por inescrutable via,  
te hiciera vivir hoy dia,  
ya te cantara otro gallo!

Que en este siglo de prensa,  
de argucias y discusion,  
hay más letras que jamon,  
más que se come se piensa;

Y así en su apetito inmodico,  
á falta de otros manjares,  
se tragaria á millares  
las bolas de algun periódico.

Cierto fué idea fatal,  
aunque al mito esto no cuadre,

hacer de la Verdad padre  
á un númen de tipo tal;

Ni es bien que de tronco inmundo  
en que impura sávia cunde,  
brote la flor que difunde  
su fragancia en todo el mundo.

Mas aquí la duda entra;  
pues no sé, si bien se mira,  
en un siglo de mentira  
dónde la verdad se encuentra.

El telégrafo sin fin  
victorias nos dá y reveses,  
suben y bajan los treces  
en la bolsa y el bolsin.

Y aunque el asunto no cuaje,  
resultará en puridad  
que fué la electricidad  
cómplice del agiotaje.

En industrias y cocinas,  
en negocios como en pebres,  
muchos dan gatos por liebres  
y acciones en vez de minas.

Y cuando más confiado  
se entrega á sus ilusiones,  
halla el tal que sus acciones  
sólo son papel mojado.

Mas si huyendo de este escollo  
poneis el dinero á rédito  
en algun banco de crédito,  
obrad con pulso y meollo;

Que el nombre en el hecho influye;  
y un refran muy abonado  
dice, que el gato escaldado  
hasta del agua fria huye.

Y hay quien juzga, aunque sea error  
de antieconómica fiebre,  
que si hay banco que no quiebre  
es sólo el del herrador.

Ahora, hablando con lisura,  
voy á dar mi parecer  
acerca de la mujer,  
que Verdad es la hermosura;

Y aunque Dios su frente sella  
con tan raras perfecciones,  
pide al arte nuevos dones  
que la hagan más y más bella.

Si una cana peina ó riza,

del tiempo acude á los daños;  
si alteran su faz los años,  
para eso hay crema de Oriza.

La moda su mente exalta,  
y con ingeniosa obra,  
refrena lo que le sobra  
y suple lo que le falta;

Pues dando en vária ocasion  
rotundidad á su empaque,  
ora acude al miriñaque,  
ora ostenta el polison.

Mas en esto hay reglas fijas,  
pues no habrá mujer que niegue  
es objeto cada pliegue  
de observaciones prolijas;

Que en cuestion de aguja é hilos,  
digna es de fama y de prez  
modista que dá esbeltez  
á un bulto de ochenta kilos.

Pues verás, si es que repasas  
tan complicado sistema,  
que es la mujer un problema  
de cintas, tules y gasas.

Curioso interés me inspira  
tal problema en realidad.  
¿Dónde está aquí la Verdad?  
¿Dónde está aquí la mentira?

El decoro no consiente  
en nuestra moderna Europa,  
que Evas de hoy lleven la ropa  
del tiempo de la serpiente.

Esto un arte hizo nacer  
que dá á la industria fomento;  
la tijera es su instrumento,  
su fin el bien parecer.

Y con ánsia caprichosa,  
y con deseo loable,  
hizo á la fea pasable  
y á la pasable hizo hermosa.

Arte que al placer aspira  
y que es la beldad su norte,  
dá al engaño pasaporte,  
pues tan bella es la mentira.

Mas veo al llegar aquí,  
tras tarea pobre y ruda,  
que es vasta y es peliaguda  
la empresa en que me metí.

Y pues mi mente batalla  
sin agotar el asunto,  
á estos dislates doy punto;  
yo me eclipse y otro talla.

1875.



## CARTA DE ULTRA-TUMBA, (\*)

DIRIGIDA A ROCINANTE

POR EL RUCIO DE SANCHO PANZA.



Desde estos súcios rincones  
donde, pasto de sabuesos,  
ni aun pueden servir mis huesos  
para hormillas de botones,

Dirijo un rebuzno grato  
al que, con amor profundo,  
vivió conmigo en el mundo  
como tres en un zapato.

Por eso que te hable deja  
sin cumplimiento, que al fin,  
no hay de pollino á rocin  
sino un palmo más de oreja;

Y es muy justo que celebre  
cual recuerdo asáz querido,  
el haber ambos comido  
paja en el mismo pesebre;

Y si aun gozas de ese sol  
que el campo manchego tuesta,  
envíame por respuesta  
un relincho en sí bemol.

Mas antes de hablar del hombre  
nuestro insigne coronista  
que hoy tantos lauros conquista  
y tal gloria dió á su nombre,

Quiero que me escuches pio  
cosas que oigo aunque no veo,  
y á la ciencia y buen deseo  
de un amigo fiel confío.

Desque dejé, ya hace años,  
al mundo y á Sancho Panza,  
siempre escucho en lontananza  
rumores y ecos extraños;

Unos parecen ladridos;  
otros cual maullos son,

que en discorde diapason  
atolondran los oídos.

Esto oigo en valles y en cerros,  
y esto en gritos de ira y saña.  
Y pregunto yo:—¿En España  
no hay más que gatos y perros?—

Lo que oigo digo en conciencia  
y de discutir no trato:  
quien sea perro ó quien sea gato  
saque allá su consecuencia.

Otra voz llegué á notar  
agria, bronca, desabrida,  
como la voz que fué en vida  
de mi uso particular;

Y al ver que tanto arreciaba  
su eco rudo, dije así:

—"Sospecho que tengo allí  
más tocayos que pensaba."—

Y puesto que de este punto  
ya hemos hablado bastante,  
te ruego, ¡oh buen Rocinante!  
que pasemos á otro asunto.

Sé por la animal historia  
que en ella hay razas y hay fueros;  
que hay cuadrúpedos pecheros  
y hay bestias de ejecutoria;

Que unos rica cobertura  
ostentan en sus hijares,  
y otros á los muladares  
acarrear la basura.

Tambien el hombre así estima  
al docto y al baladí,  
no por lo que vale en sí,  
más por lo que lleva encima;

Y acata el mundo al que huella  
tapetes de áurea carroza,  
cuando acaso el que así goza  
ir debió tirando de ella.

Ejemplo tenemos fiel  
en tu dueño y mi señor;  
pues siendo de ingenios flor  
nunca pasó de Miguel.

¡Miguel no más, cuando hoy día  
se prodiga tanto y tanto,  
que no hay quien no lleve al canto  
un *don* ó una *señoría*.

(\*) Leída por su autor en el segundo aniversario celebrado en Cádiz por la Asociación de Cervantistas, en el local del Instituto de segunda enseñanza.

¡Un *don!* Sarcasmo cruel  
que yo, asno y todo, desprecio.  
El que es vil, cobarde ó nécio,  
sin *don* lo será y con él.

No hizo falta aquí; que en suma,  
si no tuvo un *don* ni un real,  
Cervántes se hizo inmortal  
por su esfuerzo y por su pluma.

Abandonado á sí mismo  
y sin apoyo en la tierra,  
hiciéronle cruda guerra  
ignorancia y pedantismo;

Y aun alguien hubo que ciego,  
ó ya envidioso ó ya zote,  
llamó al autor del *Quijote*  
por befa: *El ingenio lego*.

Nadie le acudió en sus penas;  
y si hubo próceres tales  
que algo aliviaron sus males,  
no halló entre ellos un Mecenas.

En su favor confiado  
sus nombres libró de olvido.  
Los alabó agradecido,  
empero no remediado.

Y al obrar así no vieron,  
ni aun sospecharon quizás,

que él les daba mucho más  
de lo que darle pudieron.

Por eso en desden profundo  
y de ingrata vida en pós,  
pudo decir:—"Todo á Dios  
lo debo; mas nada al mundo.

"Diz fué el siglo en que escribí  
fecundo en ilustres nombres;  
mas sólo encontré allí hombres  
y en ellos miseria ví.

"Los unos me escarnecieron,  
los otros me despreciaron,  
pocos mi ingenio estimaron  
y muchos no me entendieron.

"Y puesto que aquella edad  
no me quiso comprender,  
el fallo de mi valer  
dejo á la posteridad."—

Y ahora, amigo Rocinante,  
á mi muladar me voy;  
porque no digas que soy  
tras de asno, un asno pedante.

Salud, paz y bienandanza,  
tronchos de col y buen grano,  
te desea á fuer de hermano,  
el rucio de Sancho Panza.



# ROMANCES.



PARA UN ALBUM.

## MI DISCULPA.

Si repito que eres bella  
así en estilo ramplon,  
¿qué digo?... Lo que cien otros  
te han dicho ya antes que yo.

Si en el cielo gaditano  
afirmo que fuiste sol,  
es cosa que ya la sabe  
quien te vió y quien no te vió.

¿Te compararé á la rosa  
por ser la más linda flor?  
No haré tal, que su belleza  
se marchita harto veloz.

¿Diré que oro es tu cabello,  
tu boca nido de amor,  
y que tu tez afrentara  
de la aurora el arrebol?

Verdades de Perogrullo  
fueran las tales por Dios:  
que es como decir á todos  
lo que ninguno ignoró.

¿Pues qué haré? ¿Cantar tus gracias?  
¡Oh, quién fuera ruiñeñor!  
Pero te advierto que canto  
como un bagaje menor.

¿Escribir versos? Los tienes,  
y de veta harto mejor.

Y pues no sé lo que hacer  
en tan crítica ocasion,

Discúlpame si alabarte  
no supo mi humilde voz,  
sino diciendo lo que otros  
te han dicho ya antes que yo.

## EL AMOR VESTIDO A LA MODA.

A UNA SEÑORITA.

Si niña de quince abrilles  
(vayan seis ó siete más)  
pintase al amor, cual ella  
se figura que será,  
de cierto no lo pintára  
niño de menor edad,  
ni ceguezuelo, ni alado,  
ni le diera arco y carcax,  
ni vestido cual se usaba  
en tiempo del padre Adan,  
que esas son de los poetas  
necedades nada más.  
Los niños en el hospicio  
ó en la escuela bien están,  
¿pero qué mujer de forma  
se enamora de un rapaz?  
Si está desnudo, que vaya  
á que lo vista mamá;  
si ciego, venda el diario  
ó la lista general;  
y si ave, ¿quién quiere amante  
tan expuesto á pelechar?  
El amor para una niña  
ha de ser mozo galan,  
con sus botas de charol,  
corbata de seda y frac,  
lustroso y rizo el cabello,  
guante que oprima el pulgar,  
bigote en forma de lezna  
y pera piramidal;  
que salude á la Otomana,  
que galope bien un wals,  
y que en polkas y mazurcas



sude como un ganapan;  
 que use gemelos de á terciá,  
 no tanto para el mirar  
 como porque alguna note  
 que mira al palco en que está;  
 que guiñe al balcon de dia,  
 y en el frontero portal  
 las noches vele, pensando  
 si su hermosa ronca yá;  
 que se ponga colorado  
 si la encuentra faz á faz;  
 con esto y con aire tímido  
 y con lánguido mirar,  
 caten el amor varon  
 como se usa en esta edad.

Y vos, dueña de este album,  
 si amigas teneis, mostrad  
 á sus ojos tal pintura,  
 que entre ellas de cierto habrá  
 más de dos que reconozcan  
 del cuadro el original.  
 Jóven sois como sois bella:  
 si tal vez hallásteis yá  
 al que os pinto, no os fascine  
 la vana exterioridad.

Concluyo perdon pidiendo  
 de esta leccion de moral  
 á vuestra amable indulgencia;  
 pues ambos estamos ya,  
 vos en la edad del amor,  
 yo en la edad de aconsejar.

1852.



## UN AMOR A PRUEBA DE AGUA.

En una noche de Enero,  
 de ese mes lóbrego y frio,  
 que reina entre sabañones  
 como Julio entre mosquitos;  
 un traspillado galan  
 así lamenta desvíos  
 hablando con las ventanas  
 de la que es su dueño esquivo:

—"Un mes hace, ingrata niña,  
 que ante tus rejas tiritó,  
 y envueltos en estornudos  
 ayes desde aquí te envió.

Un mes hace que troqué  
 mi ser de hombre en perro chino,  
 y aún me habrás de ver sorbete  
 á poco que arrecie el frio.  
 Quince catarros de á libra  
 llevo desde que te sirvo,  
 y ya auguro para Agosto  
 otros quince tabardillos.  
 Tal las nubes se desgajan  
 sobre mi flaco individuo,  
 que me faltan para aljibe  
 sólo el brocal y el carrillo.  
 Tú empero dura que dura,  
 mientras yo fino que fino,  
 á coces, que no á desaires,  
 te burlas de mi cariño.  
 Naturaleza, esta vez  
 tan vária anduvo contigo,  
 que te dió en forma de hurí  
 la aspereza del erizo.

Ante anoche me arrojaste  
 desde ese tu tercer piso  
 un gato que hendió los vientos  
 dando espantosos maullidos;  
 mas fué mi suerte tan cruda  
 y fué tan feliz tu tino,  
 que le recibí en mi espalda,  
 dó se asió con tal ahinco,  
 que fué apéndice con uñas  
 y joroba con colmillos.  
 Allí entre el *zape* y el *fú*  
 en palabras anduvimos;  
 mas al ver que en la contienda  
 lo mejor llevaba el *micho*,  
 al fin hube de tomar  
 la calle á escape tendido,  
 sacando cual otro Enéas  
 de Troya allá en el conflicto,  
 en lugar del padre Anquises,  
 aquel fiero animalito.  
 No el tiempo en echarme gatos  
 pierdas, niña; pues te afirmo,  
 que aunque me echés doce perros  
 no me harás que deje el sitio.

Anoche, para enmendarlo,  
 excusando prévio aviso,  
 sobre mí vertiste impía  
 de agua sucia diez cuartillos,

y pareciéndote acaso  
 que era corto el donativo,  
 detrás del negro aguacero  
 la negra vasija vino,  
 poniéndote tu iracundia  
 á pique de un homicidio;  
 mas aunque sobre mí lluevan  
 aguas que son ó hayan sido,  
 y en apestoso diluvio  
 sea yo el Noé del siglo,  
 y mas que sobre mí cáiga  
 la campana de cabildo,  
 he de volver á tu puerta  
 hombre ó trasgo, muerto ó vivo,  
 que áun difunto, haré rabona  
 como la sombra de Nino.

Dí, hiena con miriñaque,  
 oso blanco con zarcillos,  
 ¿por qué me arañas con gatos  
 y me aflijas con desvíos?  
 Si es que te parezco feo,  
 con mil ejemplos colijo  
 que el ser feo nunca fué  
 de calabazas motivo.  
 Herrero, y nada garboso,  
 fué de Venus el marido;  
 ni óbice fué la cojera  
 ni la tizne del oficio.  
 La veneciana Edelmira  
 tuvo de amar el capricho  
 á Otelo, un moro muy bruto  
 de color de vino tinto.  
 Y en fin, tu propia mamá,  
 bella en tiempo del rey Silo,  
 ¿no se casó con tu padre  
 que tiene cara de mico?  
 Mira bien, mírate en ello,  
 no te des tono conmigo,  
 ¿sabes tú lo escaso que anda  
 el género masculino?  
 ¿No sabes que están los novios  
 hogaño por un sentido,  
 porque, así como en las uvas,  
 entró en ellos el oidium?

Leccion te sea, ¡oh mi ingrata!,  
 el escarmiento tardío  
 de tantas como esperando  
 un novio buen mozo y rico

vieron de su mocedad  
 pasar los dias floridos.  
 Surcan arrugas su rostro,  
 sus ojos pierden su brillo,  
 es ya su tez de arpillera  
 si antes fué de raso liso,  
 y la bella melindrosa,  
 trocada en mómia de Egipto,  
 tras el rapé y la calceta  
 sale á pasear sobrinos,  
 ó guardiana de pollitas  
 en las noches del estío,  
 ronca en la plaza al arrullo  
 del palique y del suspiro,  
 siendo *nana* de su sueño  
 la música del Hospicio.

En este espejo te mira  
 que el tiempo corre sin tino;  
 y pues en mí te dá el hado,  
 por inescrutables juicios,  
 amante á prueba de bomba  
 y novio á machamartillo,  
 apresúrate á aceptarme  
 por duro, si nó por lindo,  
 que si aguanta mi pellejo  
 lo que aguanta mi cariño,  
 ha de ser Matusalen  
 un pollo en parangon mio;  
 y si es que llego á morirme,  
 se ha de ver mi nombre inscrito  
 por fenómeno longevo  
 en los cuadros estadísticos."—

Aquí llegaba el galan,  
 cuando observó que improviso  
 un balcon se abre y asoma  
 una mano y un lebrillo.  
 —"Tente,"—grita; no era tiempo,  
 se consumó el sacrificio  
 y del sombrero al zapato  
 sobre él corre el agua á rios.  
 Sacude entrambas orejas,  
 enjuga el rostro mohino,  
 y entre torvo y entre amante  
 exclama, dando un suspiro:  
 —"¡Ay amor cómo me has puesto!"—  
 Mañana será lo mismo.



## LA PASCUA DE NAVIDAD.

Ya entre frios y tormentas  
y entre uno y otro turbion  
llega la anhelada Pascua  
en que nace el niño Dios.  
¿Qué nos trae? El calendario  
responderá por mi voz.  
Menguante la luna en Libra,  
y en Capricornio anda el sol;  
vário el tiempo, en casa ayuno  
obligado de frijol.  
Mas no cuenta el almanaque  
las plagas de Faraon,  
que el año en su despedida  
por recuerdo nos legó.  
No nos dice que los ciegos  
en desapacible son,  
con panderetá la tiple,  
con su violin el tenor,  
entre chillidos y aullos  
os darán concierto atroz,  
y hasta que solteis propina  
no oyen capitulacion.  
No os dice que el basurero  
entre el *arre* y entre el *só*,  
con benévolo gruñido  
felicitá á lo moscon.  
No que, con su usada décima  
puesta en papel de color,  
por un doblez del periódico  
asoma el repartidor.  
No que el nocturno sereno  
dá el *quién vive* en el porton,  
pertrechado de otra décima  
en vez de chuzo y farol.  
No que pobres uno á uno  
y porteros dos á dos,  
á vueltas de un *muy felices*,  
vienen por su refaccion.  
No, en fin, que tantos y tantos  
cual vienen de estos en pos,  
agotaran, no una bolsa,  
mas de una mina el filon.  
Si la Navidad es buena,  
otros lo digan, no yo;

que fiesta en que tantos piden  
y hay que dar, será por Dios  
la mejor para el que lleva,  
para el que dá la peor.

1853.



## LOS DESDENES DE UNA FEA.

A la reja de Petrilla  
Juan, mozuelo deslenguado,  
herido de sus desprecios  
así publica su agravio.  
—"Asómate á esa ventana  
cara de tocino rancio,  
y echen la caja de truenos  
que ya salen tus nublados.  
Deja la mullida cama,  
que entre sus cendales blancos  
parecerás mosca en leche  
ó entre nieve escarabajo.  
Ven que ya sale la aurora,  
y antes que madure el grano  
quiero llevarte á mi viña  
para que espantes los pájaros.  
Ven hocicuda beldad  
á ser gala de los campos,  
donde envidien tu hermosura  
las ranas y los lagartos.  
Mas porque no se imagine  
que por pura pasion hablo,  
voy á pasar en revista  
uno á uno tus encantos.  
Son tus piés tan puliditos,  
que á pesar de los zapatos  
te salen los carcañales  
como espolones de gallo.  
Con dos fundas de escopeta  
te hicistes medias hogaño;  
que tus piernas de cigüeña  
no admiten otro calzado.  
En un cinturon quisiste  
embutir tu talle majó;  
te compraste siete varas  
y no alcanzó para el lazo.  
Tu negro caparazon  
es en sus formas tan vário,  
que si por detrás corcova

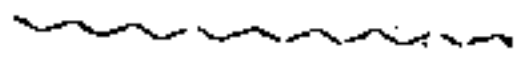
por delante es cielo raso.  
 Es tu cuello de avestruz  
 en lo seco y en lo largo,  
 con una nuez que parece  
 una cebolla de á cuarto.  
 Tu cabeza por lo grande  
 es un farol de rosario;  
 pero lo remedia el cuerpo  
 que no levanta tres palmos.  
 Tu boca de serpenton  
 con belfos en vez de labios,  
 ostenta, entre mella y mella,  
 dos ó tres dientes de ajo.  
 Mas lo suple la nariz  
 que, en el color y el tamaño,  
 por berengena zocata  
 tuviéranla en el mercado.  
 Asoman entre lagañas  
 tus ojillos de marrano,  
 y no hallara el microscopio  
 un pelo en cejas ni en párpados.  
 No ablandan tu pelambreira  
 pomadas ni mucilagos;  
 porque esos no son cabellos,  
 sino crines de caballos.  
 Nada de tus brazos digo,  
 nada digo de tus manos,  
 que si aquellos son alambres,  
 éstas manojos de espárragos.  
 Tampoco nada diré  
 de tu voz ni de tu garbo,  
 que si cantas como un grillo,  
 bailas como el oso blanco.  
 Ve tú zurciendo uno á uno  
 los anteriores retazos,  
 y formarás una estampa  
 capaz de asustar al diablo.  
 Pensaste mal si pensaste  
 pudiera ningun cristiano  
 prendarse de tal bambocha  
 para ser del mundo escarnio.  
 Creiste mal si creiste  
 pueda haber otro tan ganso,  
 que coma paja y cebada  
 teniendo pollos y pavos.  
 Que si yo en pícara hora  
 te hice carocas al paso,  
 fué penitencia que el cura  
 me impuso por mis pecados.

Toma esa tonada allá  
 por más que te duela el chasco,  
 y en tu cabeza escarmienten  
 todas las feas del barrio." —  
 Así cantó por despique  
 el mozo iracundo y vano,  
 y así son, cual más, cual ménos,  
 los amantes desdeñados.

1854.



## DEFENSA DE LOS PEINADOS DE MODA.



CONTESTACION AL REMITIDO  
 INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR DE "LA MODA."

Perdona, crítico amigo,  
 si en la presente contienda  
 con igual fé peleando  
 seguimos no igual bandera,  
 puesto que en el grave asunto  
 que hoy trastorna las cabezas,  
 tú modas nuevas combates,  
 yo defiendo modas nuevas.

De sutil, sobre entendido,  
 nos das en tus versos muestras,  
 porque el agarrarse á pelos  
 es señal de sutileza.  
 Sin embargo, yo animoso  
 me preparo á la defensa,  
 pues aquesto exige el título  
 que mi periódico lleva.

Desde que el mundo fué mundo,  
 desde que hay machos y hay hembras,  
 siempre ellas de ellos gustaron,  
 siempre ellos gustaron de ellas.  
 Y este sentimiento mútuo  
 no te imagines, no creas  
 que en manos de un peluquero  
 le puso naturaleza.

Agrádannos por mujeres,  
 y no me limito á bellas,  
 que no hay quien pueda decir  
 que no gustó de una fea.

La hermosura, la elegancia,  
 son adehalas muy buenas;  
 que si la mujer es miel,  
 tendremos miel sobre hojuelas.

Y pues que pica en historia

la comenzada polémica,  
del tiempo de la creacion  
tomemos nuestra reseña.

Muy hermosa al padre Adan  
pareció la madre Eva,  
sin otro adorno en su cholla  
que sus no peinadas greñas.

Origen de las enaguas  
fueron las hojas de higuera,  
y los que hoy miras brocados  
eran entonces zaléas.

Los peines fueron los dedos  
en aquella edad primera;  
mira lo que hubo que andar  
hasta venir á peinetas.

Y sin embargo, á los hombres  
les parecian de perlas  
manos con las uñas largas,  
piés con callo y sin calcetas,  
y sobre el curtido rostro,  
anárquica pelambreira.

De la civilizacion  
la marcha continúa y lenta,  
cambió á la mujer vestidos  
dándole la industria telas;  
y de entonces paso á paso  
fueron saliendo á luz nueva  
cintas, moños y carambas,  
papalinas, escofietas,  
y en suma, del tocador  
la nomenclatura inmensa.  
La moda, nuevo Protéo,  
sin cesar de formas trueca;  
siendo cada figurin  
archivo de una rareza.

En retratos de otros tiempos  
se vé que nuestras abuelas,  
tal balumba de arrumacos  
llevaban en sus mollerías,  
que de lejos semejaban  
á faroles de retreta.

Algunos años despues  
trasquilaron su melena;  
mas lo que en cola faltaba,  
quisieron echarlo en cresta.

Vino luego, andando el tiempo,  
el peinado á la chinesca,  
do tres mogotes de alambre,

á modo de ratoneras,  
servian á sustentar  
tres colosales potencias.

—”¡Qué figuras!” —Dirás tú.—  
”¡Qué mamarrachos! Qué feas!  
¡Buena burla les harian  
los hombres de aquella época.”—

Te engañas, amigo mio.  
Divinidades, sirenas,  
para los pollos de entonces  
eran las pollitas nuevas.

Aquel peinado, hoy ridículo,  
fué la elegancia suprema,  
y nada se concebía  
que más bello ser pudiera.

¿Y por qué?—En eso está el quid.  
Porque lo llevaban ellas.  
Porque sobre unas caritas  
de esas graciosas y frescas,  
siempre bien habrán de estar,  
no sólo cintas, y trenzas,  
y cocas, y esos *chorizos*  
ocasion de tu anatema,  
mas tambien, si es que me apuras,  
hasta cenachos de empleita  
con moños de ristras de ajos  
y por cófia una cazuela.  
Créeme: los tiempos mudan;  
las mujeres son las mismas,  
y el secreto de que agraden  
está sólo en que son hembras.  
Lo que en España acontece  
acontece allá en Guinéa,  
y el negro encuentra adorables  
las pasitas de su negra.

¿Y por otra parte, dime,  
de que la mujer pretenda  
trocar cada mes peinados  
en incesante tarea,  
qué mal le resulta al mundo?  
¿Qué daño surge á la tierra?  
¿Acaso preferirias  
que hiciesen al hombre guerra  
armadas de escudo y lanza  
cual otras Pentasiléas?  
¿O tal vez que en el congreso  
alguna ley confingieran  
forzando á todo español

á coger puntos de medias?  
 ¿No vale más que en sus casas  
 con sus pelos se entretengan,  
 cual Alcibiades lo hacia  
 con la cola de su perra?

Por todas estas razones  
 probar mi alegato intenta,  
 que aquesta moda flamante  
 es aceptable y es buena,  
 como fueron las pasadas,  
 como serán las que vengan.  
 Si algun vestiglo la usa,  
 vestiglo será con ella;  
 mas si una linda muchacha,  
 linda habrá de ser por fuerza.

Mi conclusion no te admire;  
 porque amor, dulce quimera,  
 cuando de un capricho nace  
 de un capricho se alimenta.

1854.



## CASATE Y VERAS.

RESPUESTA A LOS VERSOS DEL MISMO EPÍGRAFE INSERTOS  
 EN "LA MODA."

Ya que por propio solaz  
 y acaso para el ageno  
 á una controversia y otra  
 vamos dando cordelejo,  
 á tus versos del domingo  
 respondo tambien con versos;  
 pues al ser, como ambos somos,  
 yo casado, tú soltero,  
 tú por los tuyos combates,  
 yo por los míos peleo.  
 Sé bien que en el matrimonio  
 hay su malo y hay su bueno;  
 mas no por tener espinas  
 merece la flor desprecios.  
 Sé que, á tenor del refran,  
 mejor se lame el buey suelto;  
 y que atractivos no faltan  
 á la vida del mancebo,  
 antes de que al santo yugo  
 ofrezca humilde su cuello.  
 La ventaja de ser libre

tan bien como tú comprendo;  
 y aun más que tú, los afanes  
 de los negocios domésticos.  
 Sé cuánto al jóven agradan  
 esos planes de telégrafo,  
 ese amor á volapié,  
 nube en Julio, sol de Enero,  
 que comienza en una polka,  
 que toma en un wals su vuelo,  
 y que viene á concluir  
 en *si te vi no me acuerdo*.  
 Todos por aquí principian,  
 mas guay de jugar con fuego,  
 que si llega al corazon  
 te quemas, ya no hay remedio;  
 porque la *Mutualidad*  
 no asegura de este incendio.  
 Quieres sublevarte entonces;  
 pero amas ya, tienes celos;  
 y así cual la mariposa  
 por más que á diestro y siniestro  
 vuele, irresistible fuerza  
 lleva de la luz al centro;  
 así tú, segun tus brios,  
 luchas más ó luchas ménos,  
 pero al fin pides aláfia,  
 y pides confesion luego,  
 y pides bodórrio, y cádate  
 marido ya hecho y derecho.  
 Entonces un nuevo mundo  
 te brinda placeres nuevos,  
 que el egoismo del célibe  
 no conoce ni dá precio.  
 El alma entonces se abre  
 á más puros sentimientos,  
 que en inefables dulzuras  
 nos ligan al universo;  
 y al partir con una esposa  
 bienes, males, dichas, duelos,  
 tus venturas se duplican,  
 tus sinsabores son ménos,  
 pues la que goza en tus triunfos  
 te dá en la afliccion consuelo.  
 —¿Y si es mala?—dirás tú.  
 Y yo digo:—¿Y si él no es bueno?—  
 ¿Por ventura tiene el hombre  
 patente de ser perfecto?  
 Si las más veces es él

quien loco, imprudente ó necio,  
 provoca en ella deslices  
 que evitar pudiera cuerdo,  
 no de la suerte se queje,  
 mas quájese de sí mismo,  
 que aun el reptil más humilde,  
 si le irritan, muerde el dedo.

Concédote que hay mujeres  
 á quienes tienta sin riesgo  
 un diablo, que es el mundo  
 corredor de galanteos,  
 y alarde del sambenito  
 van por ese mundo haciendo;  
 mas concédeme tú á mí  
 que hay maridos de convenio,  
 que con su honor especulan,  
 que se hacen sordos y ciegos,  
 y á la virtud de una esposa  
 suscitan más de un tropiezo  
 con tal de que sus flaquezas  
 redunden en su provecho.  
 ¿Quién tiene la culpa entónces?  
 ¿Son ellas, dime, ó son ellos?  
 Un carácter iracundo  
 que no refrena el buen seso,  
 basta á que un hombre se dé  
 al diablo con alma y cuerpo;  
 ¿pero esos inconvenientes  
 los dá sólo el casamiento?  
 En la humana sociedad  
 unos de otros dependemos,  
 y el lazo que á ella nos liga  
 nadie es bastante á romperlo.  
 Gefes de condicion acre,  
 parientes de humor avieso,  
 amigos que tal vez gruñen,  
 comensales de mal genio,  
 hallarás á cada paso  
 y en todas partes, á ménos  
 que, por huir de los hombres,  
 te confines á un desierto.  
 Contra esta especie de males,  
 contra este luchar perpétuo  
 no es posible encuentres nunca  
 ni precaucion ni remedio;  
 mas en una eleccion libre  
 no corres el mismo riesgo,  
 y tuya será la culpa

si partiste de ligero.

De nodriza regalona,  
 de niño que á lo sereno  
 todas las noches anuncia  
 que llueve, y no agua del cielo;  
 del sarampion de la niña,  
 del chico torpe ó travieso,  
 haces bien en asustarte  
 y aquí la razon concedo.  
 Mas sabe que de cariño  
 puso Dios tesoro inmenso,  
 puro, hermoso, inagotable  
 en el corazon paterno.  
 Él sacrificios arrostra,  
 él no excusa los desvelos,  
 y él no anhela en sus afanes  
 ni aun la gratitud por premio.

Desengáñate; en la vida  
 pide cada cosa un tiempo,  
 y árbol que en Abril dá flor  
 no dá su fruto en Enero.  
 Hay sazon para maridos  
 como la hay para los peros;  
 si se cogen no maduros  
 tienen un sabor acerbo.

Un dia llega en que agobia  
 de ese celibato el peso,  
 y es fuerza ligarse al mundo  
 por lazos de un doble afecto,  
 que reemplacen con ventaja  
 á otros goces pasajeros.

Cuando ya la edad te ponga  
 en punto de caramelo  
*cásate*, amigo, y *verás*  
 que no es malo el casamiento;  
 pues cuando tantos lo hacen,  
 ó todos han de ser necios  
 ó es forzoso me concedas  
 que algo ha de tener de bueno.

1854.



## EL CARNAVAL.

¡AY QUÉ BONITO!

¡Qué guapas! ¡Qué monas!  
 ¡Qué cucos! ¡Qué lindos!

¡Cuánto y cuánto trapo!  
 ¡Cuánto y cuánto vino!  
 ¿De qué callejuela,  
 de qué baratillo  
 sacan plumas, gorras,  
 sombreros, prendidos,  
 corazas y cascos,  
 túnicas y rizos?  
 ¡Qué piés y qué piernas!  
 ¡Qué manos, Dios mio!  
 ¿Carnaval es este?  
 Pues es muy bonito.

Con poncho y con caña,  
 pescador de oficio,  
 un quidam pasea  
 sacudiendo el hilo,  
 mientras que una turba  
 le sigue de chicos.  
 Sobre él llueven papas  
 y peludos chinos,  
 cáscaras de fruta  
 y huevos podridos;  
 y en chillante solfa  
 con obscenos dichos,  
 van dando al pobrete  
 perpétuo martirio,  
 mientras el cuitado  
 dice entre alaridos:  
 —"¿Y esto es ir de máscara?  
 ¡Vaya que es bonito!"—

Harapo viviente,  
 de mujer vestido  
 sale allí un mozote  
 á echarla de lindo.  
 Lleva el pié sin media  
 por mejor lucirlo,  
 nagua á la rodilla,  
 jubon desteñido,  
 y en súcia manopla  
 bolso y abanico.  
 Al aire vá un brazo  
 donoso, pulido,  
 que por vello tiene  
 cerdas de cochino.  
 Un sombrero ostenta  
 del pasado siglo,

góndola de paja  
 con zagal y tiro,  
 y abajo un pescuezo  
 más negro que un grillo.  
 ¡Vaya si vá mono!  
 Eso es ir bonito.

Tan sólo el que osa  
 arrostrar silbidos,  
 tomates de á puño  
 y piedras cual riscos,  
 es quien desafía  
 el furor impío  
 de esa imberbe turba,  
 de esos diablos niños  
 que en carnestolendas  
 surgen cual mosquitos.  
 Cierto es que el mofado  
 no es siempre sufrido  
 y vuelve las tornas,  
 y hay sopapo limpio,  
 y esgrime un garrote  
 largo como un pino,  
 descargando á bulto  
 con tal furia y brio,  
 que hay en la contienda  
 contuso ó herido;  
 y tal vez sucede,  
 que el golpe mas rígido  
 le toca á algun prójimo  
 que vá muy pacífico.  
 ¿No es verdad señores,  
 que el lance es bonito?

Mas vóime á la Opera,  
 porque allí de fijo  
 no hay trapientas máscaras,  
 ni aullan chiquillos,  
 ni tirarán piedras,  
 ni hay bayas, ni hay silbos,  
 ni se arrojan sacos,  
 ni hay garrote en vilo.  
 Las gentes formales  
 no buscan ruidos,  
 y allí todo es culto,  
 y allí todo es fino.  
 ¿Mas qué es lo que oigo?  
 Trompetillas, pitos;



allí cacarean,  
 suena allá un gruñido,  
 maulla aquí un gato,  
 muge acá un novillo,  
 y á un perro que ladra  
 responde un gorrino.  
 Y en tanto, una á una,  
 en cuento infinito,  
 monteras de á pliego  
 me pone el vecino,  
 y yo no me enfado  
 porque no es bien visto,  
 y aunque allá por dentro  
 me pudro y maldigo,  
 haciéndome fuerza  
 finjo que me rio.  
 ¡Qué solaz tan culto!  
 ¡Cierto que es bonito!

—  
 ¿Mas por qué me quejo?  
 ¿Mas de qué me admiro  
 si sé que en tal época  
 todo es permitido?  
 ¿Vá usted á la calle?  
 Pues sufra un saquillo.  
 ¿Vá usted al teatro?  
 Pues aguante el mirlo;  
 que el público manda,  
 y el público, amigo,  
 pues sobre usted tiene  
 derechos legítimos,  
 puede incomodarle  
 segun su capricho.  
 Para eso usted paga  
 su entrada y su sitio.  
 ¡Carnaval es esto!  
 Pues es muy bonito.

1854.



## LAS NIÑAS Y LA CUARESMA.

Ya, niñas, el Carnaval,  
 pasó cual la flor en Mayo,  
 ya arrumbásteis la carátula,  
 ya el disfraz disteis de lado,  
 y aun ya tal vez la mamá  
 no os permite ir al teatro.

Al tiempo de baile y broma  
 hoy sucede el tiempo santo,  
 y en pos vienen de la máscara  
 el triduo y el setenario.  
 Bellas, si bailais la polka,  
 bellas, en el templo orando,  
 bien pareceis donde quiera,  
 y, como dijo un dramático,  
 —"En la iglesia, á lo divino,  
 y en la plazuela, á lo humano."—

Allí con aire devoto,  
 los ojos al suelo bajos,  
 y envolviendo el talle esbelto  
 entre los pliegues del manto,  
 enumerais las conquistas  
 por las cuentas del rosario;  
 porque al fin el tener novios  
 no lo prohíbe el decálogo.

Segun dice el padre Astete  
 y los comentarios del Mazo,  
 penitencia y matrimonio  
 sacramentos son entrambos.  
 Esto supuesto, mis niñas,  
 nadie tenga por extraño  
 que, mientras allí postradas  
 pedís con fervor cristiano  
 á Dios y su Santa Madre  
 gracia por vuestros pecados,  
 tambien le pidais un novio  
 perfecto, como de encargo,  
 y que venga tan derecho,  
 que en lo que queda de año,  
 sin andarse haciendo el posma,  
 enmaride de contado.

Encareced esto bien  
 porque el género anda escaso,  
 y aunque de vista, es frecuente  
 descubra la hilaza el paño.

Dios os dé buena ventura,  
 y Dios os dé buena mano;  
 que si en culpas reincidís,  
 confesores teneis hartos  
 que con una absolucion  
 bien pueden purificaros;  
 pero no hay quien nos desligue  
 de ese indisoluble lazo,  
 y es penitencia perpétua  
 un marido cuando es malo.

Rogad pues, al que en el cielo  
 tengais por vuestro abogado,  
 os le dé á pedir de boca;  
 mas pedídselo muy bajo,  
 no sea que alguna vieja  
 haga comentarios y cálculos;  
 porque el mundo, que es un necio,  
 y que es tras necio inhumano,  
 murmura al par que esclaviza  
 suponiendo que el recato,  
 no en ser púdica y honesta  
 de alma consiste tanto,  
 cuanto en ir mirando al suelo,  
 fingir mucho y no hablar alto.

Niñas, ya estais en cuaresma.  
 Al sermón, al rezo vamos,  
 que tras ellos vienen días  
 de solaces más mundanos.  
 Devotas y bellas hoy,  
 sereis mañana otro tanto,  
 que dios está donde quiera  
 aunque doquiera está el diablo.  
 Puras llevad, cual al templo,  
 vuestras almas al sarao,  
 y en las borrascas del mundo  
 la conciencia os pondrá á salvo.  
 Lindas aquí como allí,  
 buenas en todos estados,  
 desmintiendo con virtudes  
 las calumnias de algun fátuo,  
 en todas partes mostrais  
 que á vuestra preciosa mano  
 si le está bien el *bouquet*  
 bien le está el devocionario.

1854.



## LA LUNA.

La antigua Mitología  
 hizo á la Luna mujer,  
 por más que la tal no tenga  
 ni derecho ni revés.  
 Como mujer amor tuvo,  
 y prendóse de un doncel  
 que Endimion llevó por nombre,  
 pastor, y no de Belen.  
 Por verle una noche y otra

bajaba aquí pié tras pié  
 de las bohardillas del cielo,  
 cuidándose de esconder  
 en papalina de nubes  
 su caraza de pastel.  
 Nunca del plebeyo amante  
 consintió dejarse ver,  
 y dormido le acechaba  
 temerosa de un desden.  
 Al cabo, tanto la diosa  
 subió y bajó, vino y fué,  
 que Jove su inmortal pata  
 en ello hubo de meter  
 llevando al mozo al Olimpo  
 temeroso de un traspiés,  
 y á la luna de Valencia  
 la Luna quedó á su vez.

No pudiendo su coraje  
 en Jove satisfacer,  
 de entonces contra nosotros  
 se ensañó tal y tan bien,  
 que en toda calamidad  
 su avieso influjo se vé.  
 Lunático el mundo llama  
 al que por h ó por b,  
 perdió el poco ó mucho seso  
 que Dios le otorgó al nacer;  
 y por ende Ariosto cuenta,  
 que cuando hecho un lucifer  
 de celos, perdió la cholla  
 el gran paladin francés,  
 Astolfo buscó en la Luna  
 dos onzas del juicio aquel  
 tan malamente perdido  
 pues se perdió por mujer.  
 Trájoselo acá en redoma,  
 cual purga de maná y sen,  
 y colgósela al paciente  
 á modo de cascabel.  
 Esto os afirma el poeta  
 jurando bajo su fé,  
 que cuanto se pierde aquí  
 allá habrá de parecer.

Atribúyenle jaquecas  
 si creció á todo crecer,  
 y se pudre de contado  
 siempre que se aluna el péz.  
 Cuando la viéreis menguar

no os trasquileis á cercen,  
 ó queda vuestra cabeza  
 como un melon de Añover.  
 Para enumerar sus gracias,  
 por postre diré tambien  
 que al primer mes de la boda  
 le llaman, Luna de miel;  
 de dó es fácil colegir  
 que si sólo en este mes  
 dulce es la Luna, por fuerza  
 los que vengan tras de aquel  
 serán lunas de pepinos,  
 malditos de Dios, amen.  
 Celébrete el sacro vate,  
 encomie tus gracias pues,  
 que por todos tus adobos  
 no daré yo un alfiler.  
 Si diz que es plata tu disco,  
 ilusion del poeta es;  
 pues como en tí no la vea  
 plata aquí no suele él ver.  
 Guarda para éste tus rayos,  
 para éste guarda el riel,  
 que en teniendo yo un candil,  
 tengo cuanto he menester.

Aquesto dijo un vinagre  
 que en ratos de ocio tal vez,  
 con los planetas la emprende  
 si aquí no encuentra con quien.

1854.

### LAMENTOS DE UN AMANTE POSMA.

"Dando aquí diente con diente  
 á modo de perro chino,  
 hace ya un mes, niña hermosa,  
 que ante tus rejas tiritó.  
 La noche paso entre cantos;  
 los días entre suspiros;  
 mas ni los unos te ablandan  
 ni con los otros te obligo;  
 y aunque machaco, es tan sólo  
 machacar en hierro frío.  
 Quince catarros de á libra  
 llevo en el mes que ha te sirvo,  
 y ya espero para Julio  
 otros quince tabardillos.

Si es que te parezco feo,  
 con mil ejemplos colijo  
 que el ser feo nunca fué  
 de calabazas motivo.  
 Venus misma, que valdria  
 mas que tú con tercio y quinto,  
 al patituerto Vulcano  
 no desdeñó por marido.  
 La veneciana Edelmira  
 tuvo el extraño capricho  
 de amar á un moro muy bruto  
 con cara de vino tinto.  
 Y en fin, tu propia mamá  
 bella en tiempo del rey Silo,  
 ¿no se casó con tu padre  
 que tiene cara de mico?  
 Te advierto que soy tenaz,  
 y que espero de mi sino  
 conquistarte por pesado  
 si no puedo por bonito.  
 Anoche de tu ventana  
 me arrojaste á los hocicos  
 aquel gatazo maltés,  
 que con sus uñas de grifo  
 tras de arañarme las barbas  
 me hizo presa en un tobillo.  
 No el tiempo en echarme gatos  
 pierdas niña; pues te afirmo,  
 que aunque me echés doce perros  
 no me harás que deje el sitio.

Anteanoche sobre mí  
 vertistes medio lebrillo  
 de agua sucia, y pareciéndote  
 que era corto el donativo,  
 detrás del negro aguacero  
 la negra vasija vino,  
 poniéndote tu despecho  
 á pique de un homicidio.  
 Mas aunque sobre mí lluevan  
 aguas que son ó hayan sido,  
 y en apestoso diluvio  
 sea yo el Noé del siglo,  
 y mas que sobre mí caigan  
 la catedral y el hospicio,  
 he de volver á tu puerta  
 cuerpo ó sombra, muerto ó vivo!

No séas tonta, mi dueño,  
 no te des tono conmigo,

¿sabes lo que un hombre vale  
en el tiempo en que vivimos?  
Escarmienta en la cabeza  
de tantas como habrás visto  
que escogiendo entre melindres  
un novio buen mozo y rico,  
miran de su juventud  
pasar los días floridos.

Llega ya otra edad, en ella  
no hay de elegir el arbitrio,  
y bien viene cualquier novio  
si es que por fortuna vino.

En fin, rápidos los años  
vuelan, y el ave sin nido,  
entre ilusiones perdidas,  
sale á pasear sobrinos;  
que en esto á morir vinieron  
glorias de su pecho altivo.

Sírvate el ejemplo de otras;  
medita en lo que te digo;  
y puesto que en mí te ofrece  
tal vez el hado propicio  
un novio á prueba de bomba  
y amante á macha-martillo,  
apresúrate á aceptarme  
antes que tu rostro lindo  
marchite el tiempo, y entonces,  
á desaires aburrido,  
sea yo de tu Cartago  
el Eneas fugitivo.

Mas al revés; si en caliente  
obtengo el sí por que lidio,  
para la pascua florida  
me hará el cura tu marido:  
y si dura mi pellejo  
como mi amor, ten por fijo  
que no me pienso morir  
hasta de aquí á nueve siglos,  
siendo en mi longevidad  
viviente mómia de Egipto.”—

Esto á las rejas de Filis  
un amante advenedizo  
ni sé si canta ó si llora  
en mal pergeñado estilo.

Lo que Filis le responde  
á otro romance lo fio,  
que me es forzoso dejar  
para otras materias sitio.

## CONTESTACION

DE LA BELLA DEL GATO MALTÉS

A LAS QUEJAS DEL AMANTE POSMA.

A quien desprecios no bastan,  
á quien no bastan desdenes,  
no hay más medio que agua sucia,  
no hay sino gatos malteses.  
¿De dónde sacó el curson,  
el mala estampa, el pelele,  
que tan sólo porque él quiera  
le han de querer las mujeres?  
¿Somos por ventura potros  
para que á feria nos lleven  
á esperar que cualquier hombre  
nos compre si le conviene?  
Se engaña quien así piensa;  
se equivoca quien tal cree;  
voluntad propia tenemos,  
y alma que á elegir nos mueve,  
y dos ojos para ver,  
y para juzgar, la mente.  
Si por desgracia hay algunas  
que están á mira quien viene,  
dándose por muy servidas  
con el primero que llegue,  
no por esas juzgue á todas;  
que la que en algo se tiene  
ha de escoger á su gusto  
entre muchos que le rueguen.  
Libre el corazon elija  
lo que al corazon le pete,  
y mire bien lo que hace;  
pues la que es honrada debe  
esquivar un compromiso  
que luego llore imprudente.  
No con poca prevision  
de amor en brazos se eche;  
porque ese lazo que anhela  
sólo le rompe la muerte.

Ahora bien, si á fuer de posma  
se imagina que me vence  
y por machacar en frio  
ya me juzga suya en ciernes,  
le prevengo que vá errado,  
que paciencia y tiempo pierde,

y que eche por otra calle,  
 pues en esta no le quieren.  
 Pues que amor no me desvela  
 no con cantos me despierte,  
 que ninguna ocasion dí  
 á que me tache de sierpe.  
 Si á pesar de esto que digo  
 aun persevera en sus trece,  
 vasijas, tejas y gatos  
 le darán respuesta breve,  
 que es bien á golpes entienda  
 el que á razones no entiende.  
 Así, déjeme dormir,  
 no me abrume, no me seque,  
 no me siga á los paseos,  
 no sea doquier mi duende,  
 no entre y salga por mi calle,  
 no mis balcones aceche  
 ni le vean mis esquinas  
 de guardacanton viviente;  
 porque si dá en esa flor,  
 aunque el hacerlo me cueste,  
 emigro y voime á vivir  
 donde no haya mequetrefes.

1854.



## LAS NIÑAS EN EL TEATRO.

Venid, niñas, las de Cádiz,  
 corred, y en placeres vários  
 si ya la tarde al paseo  
 la noche dad al teatro.  
 Ved que ya sus puertas abre;  
 mirad que se os está brindando  
 á que luzcais esas gracias  
 que al cielo plugo otorgaros  
 para cautivar con ellas  
 quince sartas de cristianos.  
 En luneta, si luneta,  
 en palco, si os place el palco,  
 yo os diré lo que buscáis;  
 que la experiencia y los años  
 algo enseñarme debieron  
 por poco que sea el algo.  
 Ver y que os vean, hé aquí  
 lo que por primero hallo.

Mirar y que os miren, esto  
 de lo otro no dista un palmo;  
 mas sabed que en el sinónimo  
 hay su busilis gramático.  
 Veis á todos, mas mirais  
 tal vez á alguno entre tantos;  
 y ese alguno que allí está,  
 sabeis vos muy de antemano  
 que es alma en pena de amor;  
 pues de vuestra calle es trasgo.  
 Allí la moda que os trujo  
 figurin traspirenáico,  
 mejor luce en vuestros cuerpos  
 que en estampas y grabados.  
 —"¡Oh qué linda vá Fulana!  
 Es de elegancia un dechado."—  
 Esto cada cual escucha  
 en boca de más de cuatro;  
 porque donde hay bellas tantas,  
 bien es que haya encomios hartos.  
 Algun apuesto doncel  
 repara en vos, dá en miraros,  
 sus gemelos os asesta  
 y tan cerca os vé, que al cabo  
 llevais un alma prendida  
 de vuestra moña en el lazo.  
 Desde entonces el mancebo  
 es paréntesis humano,  
 é imagina que fué allí  
 sólo para contemplaros.  
 De entonces sólo os vé á vos,  
 las horas vuelan mirándoos,  
 y al observar que las gentes  
 dejan desiertos los bancos,  
 ingenuamente se informa  
 de su vecino del lado  
 para saber si fué aquella  
 funcion de verso ó de canto;  
 de donde el otro colige  
 sin esfuerzo y sin trabajo,  
 que quien tal cosa pregunta  
 ó es amante ó es sonámbulo.  
 Con el rabillo del ojo  
 (si es que el ojo tiene rabo)  
 todo la niña lo advierte,  
 nada le pasa por alto;  
 y así por via de cebo  
 al descuido y con cuidado

la doble máquina óptica  
que ostenta en su linda mano,  
tal vez asesta al mancebo  
con un prudente recato,  
como quien dice: —"Seguid,  
pues ya veis que en vos reparo."—  
Y aquí os advierto, mis niñas,  
que tal no tengo por malo,  
porque amar prójimo á prójima  
es precepto del decálogo.  
Dejemos á esta pareja  
que, haciendo al anteojo labio,  
en la cartilla de amor  
deletrea el silabario,  
y tornad, si así os parece,  
la vista al opuesto lado.  
¿Veis allí á un jóven, que ahora  
se presenta en aquel palco?  
Una señora le ocupa  
con su hija, que es un pasmo.  
Esta de rubor se cubre,  
él se pone colorado;  
lo que os indica que ya  
por los trámites pasaron  
de telégrafo y billete,  
y que hace poco han entrado  
en el segundo capítulo  
del libro de su noviazgo.  
Pues no tenemos qué hacer  
oigamos un poco, oigamos,  
y traslademos la escena  
segun el uso dramático.

*Jóven.* "Señoras...

*Las dos.* Adios, Pepito.

(*La mamá le dá la mano.*)

*Mamá.* ¿Qué tal... le gusta á usted?

*Jóven.* Mucho.

El exorno... el aparato...  
la compañía...

*Mamá.* ¿Y Valero?

*Jóven.* ¡Oh, Valero hace milagros!

*Niña.* Seguro... (¡Qué tarde vienes!)

*Jóven.* (Fué imposible.) en *El tío Pablo*  
me entusiasmó. (No te enojés.  
¿Ignoras cuánto te amo?)

*Mamá.* *El Dominó Azul* me encanta.

*Jóven.* ¡Oh, sí!

*Niña.* (Sabes que te pago.)

Bordan la Emilia y la Isturiz  
el duo del tercer acto.

*Mamá.* ¿Y la romanza de Sanz?

*Niña.* ¡Bien cantada! (Pero extraño  
que sabiendo estoy aquí,  
hagas que te espere tanto.)

*Jóven.* (No lo haré más.)

*Niña.* (No?)

*Jóven.* Becerra  
es un excelente bajo.

*Niña.* (¿Irás á casa mañana?)

*Mamá.* Anoche en la pieza, Capo  
estuvo bien.

*Jóven.* (Voy sin falta.)

Tambien lo estuvo Lozano.

*Mamá.* ¿Cuándo nos dan *El Grumete*?

*Jóven.* Ya le darán: no hay cuidado.

Mucho allí agradó Muñoz.

*Niña.* Es artista muy simpático.

*Mamá.* En fin, todo nos augura  
que será bueno el verano.

*Jóven.* ¿Pues, y del *Valle de Andorra*?

*Mamá.* Amigo, excelente rato.

La Moscoso es una actriz.

*Niña.* Tales fueron los aplausos.

*Jóven.* Mas suena el segundo toque.  
No es bien que nada perdamos.  
Vóime pues. (Adios; mi vida.)

*Mamá.* Adios.

*Niña.* (Oyeme: te encargo  
no mires á nadie.)

*Jóven.* (A ti  
y no más que á tí.)

*Niña.* (Cuidado!)"

Pero ya se alza el telon,  
ya comienza el otro acto,  
y ya vuelven á sonar  
las palmadas y los bravos.  
Brillante es la concurrencia,  
el público está animado  
y los artistas se afanan  
por producir entusiasmo.  
Venid, niñas, venid pues  
á honrar tan bello espectáculo;  
que donde no estais vosotras  
falta allí el mejor ornato.

## TODAS TIENEN SU MÉRITO.

Yo tengo un amigo  
que, al tratar de hembras,  
á todas alaba,  
á todas festeja,  
y algo bueno en todas  
á su gusto encuentra.  
Las lindas por lindas,  
las féas por féas,  
las sábias por sábias,  
las nécias por nécias,  
todas, todas caben  
en su alforja inmensa.

Si acierta por dicha  
á ser larga y seca,  
su estatura encomia,  
dice que es esbelta,  
y que, cual la palma  
sin rival descuella  
dando envidia al bosque  
su erguida cabeza,  
así ella se encumbra  
sobre dos mil éllas.  
En vano le dicen,  
en vano le objetan  
que puesto á su lado  
de lejos semeja  
más que amante, chico  
que lleva á la escuela;  
pues mientras le dura  
la fiebre de aquella,  
su escobon viviente  
sólo le embelesa.

Pásale el capricho,  
y á poco se prenda  
de un duende con náguas  
que, por lo pequeña,  
vista al microscópio  
pulga pareciera.  
Su liliputiense  
reune y compendia  
los primores todos  
que forjó su idea,  
y afirma que nunca  
tan sábia se ostenta

como en lo minúsculo  
la naturaleza.  
Zúmbanle los unos  
y otros le motejan;  
más él no se cura  
de sus chanzas nécias,  
y á cuantos le embroman  
les dá por respuesta  
que ama á lo homeopático  
y el glóbulo es élla.

A una sabihonda  
adora tras ésta.  
Su instruccion, su ingenio  
encomia, celebra;  
dice á sus amigos  
que es la musa décima,  
que en latin escribe,  
que entiende á Avicena  
y que traduce á Safo  
de la Alfa á la Omega.  
¡Cómo compadece  
las vanas molleras  
de esas que en sus moños  
solamente piensan!  
Virgilio y Teócrito  
en sus dulces églogas  
para sus amores  
mil versos le prestan,  
y mientras le dura  
la erudita vena,  
en vez de decirle  
en prosa rastrera  
te quiero, que así  
lo dijo su abuela,  
exclama: ¡oh mi Títiro!  
¡Feliz yo si viera  
que *lentus in umbra*  
de verde arboleda  
tu voz enseñase  
mi nombre á las selvas  
*sub tegmine fagi*  
que cantó el poeta!

Aqueste es mi amigo,  
juzgad por la muestra.  
Ved aquí muchachas  
una conveniencia,  
que hombre de tal corte  
bien viene á cualquiera.

Ninguna se arredre  
aunque fuere féa,  
que á todas alaba,  
de todas se prenda,  
y algo bueno en todas  
á su gusto encuentra.

1854.



## RESPUESTA DE UNA NIÑA

A CIERTAS SATIRAS

INSERTAS EN LOS NÚMEROS DE "LA MODA."

"R. de S., el satírico,  
y otro novel compañero,  
enarbolan duro látigo  
sobre nuestros pobres huesos.  
Ambos, sin pizca de lástima,  
nos dan allí pan de perro,  
sin ver que por cuatro pécoras  
no es bien pierda el sexo entero.  
Mas pues todas somos víctimas  
de los deslices agenos,  
yo por todas aquí lánzome  
á deshacer este entuerto,  
y así la fortuna ayúdeme  
como es justo mi derecho.

Uno y otro allí laméntanse  
del hado triste y adverso  
que á un amigo asaz estúpido  
llevó á infeliz himeneo.  
La que fué paloma cándida,  
mientras él tragaba el cebo  
decís que trocóse en víbora  
cuando vistió el nupcial velo.  
¿Mas por qué, á fuer de verídicos,  
para aclarar el misterio  
no añadís que acaso el cónyuge  
el motivo dió primero?  
¿Quién sabe si el tal gznápiro  
con poca cordura y seso  
en la marital república  
quiso alzarse á tiranuelo?  
¿Y quién sabe si del tálamo  
conculcando los derechos,  
dió á la consorte legítima

tal vez el lugar postrero  
en el prolijo catálogo  
de sus torpes devanéos?  
¿Acaso en el mundo ignóranse  
las mentiras y embelecocos  
que por cohonestar sus trápalas  
difunden falsos y arteros?  
Contra las mujeres míseras  
prorumpen á voz en cuello,  
y esgrimen sus plumas cáusticas  
diciendo: *aquí que no peço.*  
Sus propias faltas achácanos,  
y los demás les dan crédito,  
porque siendo todos cómplices  
su interés los hace crédulos.  
No negaré que haya mácula  
en tal cual femenil pecho,  
mas imparcialmente júzguese  
de lo malo y de lo bueno;  
pues sin andarme en andróminas  
del mundo á la faz sostengo,  
que aun las que valen poquisimo  
más valen que los más de ellos.

No bien la inocente tórtola  
desde el regazo materno  
se lanza á este mundo pícaro  
de engaño y falacia lleno,  
cuando una nube de sátrapas  
en todo lo malo expertos,  
con más concha que galápagos,  
lobos con piel de cordero,  
doquier acechan su víctima,  
en su astucia previniendo  
las uñas á lo cernicalo,  
los picos á lo jilguero.  
Sus bellas frases conmuévenlas,  
véncelas su rendimiento,  
al ardor de alguna epístola  
prende el amoroso fuego;  
corre la influencia eléctrica,  
y en ambos juega el telégrafo;  
mas en pos de ensueños plácidos  
asoma porvenir tétrico,  
y ella conoce entre lágrimas  
que su ilusion llevó el viento,  
pues aquel que amor jurábale  
*si te vi ya no me acuerdo.*  
Y dé gracias al Altísimo,



si al gemir por un protervo,  
supo su virtud incólume  
guardar el honor ileso.

De un desengaño tañ clásico  
nace el primer escarmiento,  
y al ver que amor tan verídico  
burló sin conciencia un pérfido,  
teme hallar en cada prójimo  
las mañas de aquel pretérito.  
En desconfianza tórnase  
la buena fé de otros tiempos,  
y una experiencia tristísima,  
que ulceró sus sentimientos,  
le diz que todos son pícaros  
y que este mundo es perverso.

Entre los nuevos satélites,  
que no le faltan de cierto,  
el que no peca de páparo  
peca de fátuo ó de necio;  
este es sándio, aquel es cócora,  
el otro pollo faldero,  
quién pedante y quién estúpido,  
siendo lo peor del cuento,  
ver que entre tanto fenómeno  
ninguno viene derecho.

Sin embargo, todos tiénense  
por gentes de pró y de mérito,  
y todos con voz unánime  
ponen el grito en el cielo,  
si ella con razon bonísima  
desdeñó tales mastuerzos.  
Si, pues, su álito pestífero  
emponzoñó á nuestro sexo,  
á sí propios ellos cúlpense  
del mal que causaron ellos.  
¡Oh qué lástima de cólera  
para aquel que, loco y ciego,  
vertió en copa salutífera  
una gota de veneno!  
El hombre, pues sabio júzgase,  
mire que el porvenir nuestro  
es la guirnalda de cónyuge  
si no adopta el monjil velo.  
Para esposas, pues, edúquenos,  
en nuestra alma difundiendo,  
no la semilla maléfica  
que al brotar dé fruto acerbo;  
más el grano salutífero

dó coseche sin esfuerzo  
aquellos de virtud ópimos  
que bendicen tierra y cielo.

A los hombres vá mi epístola;  
á los hombres vá el consejo:  
si no lo desechan, fioles  
que ganarán ellas y ellos.”

Una agraviada *usque ad animam*  
nos dió en prosa el peñamiento  
y encomendó á nuestra péñola  
traducirlo en malos versos.

1854.



## EL RABO DEL CÓLERA.

ROMANCE ESCRITO Á NOMBRE Y POR ENCARGO DE UNA SEÑORITA  
SOBRE CIERTOS PUNTOS QUE VERÁ  
EL QUE LEYERE.

Ya se ha cantado el Te-Deum,  
ya se acabó la zozobra,  
y ya la Facultad dice,  
que no tenemos el cólera.  
Aconseja sin embargo  
que, puesto que el mal no es droga,  
se guarden las precauciones  
de que nos dió larga fórmula.  
En entredicho el pimientito  
permanezca por ahora,  
y emigre el verde pepino,  
ya que hoy emigrar es moda.  
No le valga á la sandía  
el ser colorada y gorda,  
y aun el melon vea como  
rehabilita su memoria,  
que muchas muertes le achacan  
tal vez con razon no poca.  
Guardad el pico, nos dicen,  
sobriedad y mucha ropa;  
que aunque la epidemia huyó,  
tal cual *caso* anda á la ronza,  
y es consuelo asaz estúpido  
para aquel á quien le toca,  
considerar que su nombre  
el último fué en la nómina  
de los mil que mandó al hoyo  
la *enfermedad sospechosa*.

Estos prudentes consejos  
 salud á todos abonan;  
 mas yo, pues mujer nací,  
 os los reitero á vosotras.  
 De rebeldes nos motejan,  
 de refractarias nos notan,  
 y suponen que en el mundo  
 no hay fuerza asaz poderosa  
 á meternos en cintura  
 cuando no nos acomoda;  
 que en insurreccion perpétua  
 estamos á toda hora;  
 que leyes y reglamentos  
 son para las hembras coplas;  
 que, indisciplinadas siempre,  
 no hay quien logre de nosotras  
 evitemos lo que daña  
 ni adoptemos lo que importa,  
 siendo ley de nuestro sexo  
 hacer lo que se le antoja.  
 Por eso diz que en su furia  
 esta plaga asoladora  
 por cada víctima macho  
 diez hembras mandó á la fosa.

Demos un mentís, amigas,  
 á esta opinion perniciosa,  
 y cuidense las que quedan,  
 pues no quedamos tan pocas,  
 que es triste perder la piel  
 y tras de la piel la honra.

Pero una vez que el peligro  
 es contingencia remota,  
 al presente y al futuro  
 volved la vista afanosas.  
 Muchas quedaron, os dije,  
 y por tanto muchas sobran,  
 que el género cuando abunda  
 más ínfimo precio toma.  
 Despues la calamidad  
 á todos el vuelo corta,  
 y el hombre meticoloso  
 que dos meses hora á hora  
 temió sentir del azote  
 los calambres y congojas,  
 y cada noche vió en sueños  
 del Santo óleo las estopas,  
 mientras no le pasa el susto  
 nuevos peligros no afronta,

y al ponerse bien con Dios  
 se puso mal con las novias.

Ya veis, mis queridas niñas,  
 que el presente no es andrómína,  
 y que el cariz que descubre  
 no es buen cariz para bodas.  
 Fiad, fiad sin embargo  
 en esa natura próvida  
 que hace al náufrago se olvide  
 de las encrespadas olas.  
 Ama los riesgos el hombre,  
 por eso os ama á vosotras,  
 y á quien le busca está escrito  
 que en él perecer le toca.  
 Cada cual, pues, de su parte  
 aquello que alcance ponga;  
 que hay su pro en el matrimonio  
 aunque tenga muchas contras,  
 si bien el manifestarlas  
 no os está bien á vosotras.

Mas con estas reflexiones,  
 para muchos pura prosa,  
 me alejo de cierto asunto  
 que aquí ventilar me toca.  
 El caso es, que en un periódico  
 cierto remitido encomia  
 la abnegacion, los servicios,  
 la caridad portentosa  
 de este pueblo, siempre grande,  
 de esta ciudad, siempre heróica.  
 A todos allí celebra,  
 en todos virtud pregona;  
 solamente el bello sexo  
 no cabe en su larga solfa.  
 ¿Olvidó ya que al peligro,  
 luchando con fuerzas pocas,  
 las jóvenes gaditanas  
 se lanzaron animosas?  
 A su invitacion responde  
 un pueblo entero, y absorta  
 vé Gades en tales hijas  
 su orgullo, su prez, su gloria.  
 Dios bendice sus tareas,  
 y en abundante limosna,  
 lo que á su justicia cumple  
 templó su misericordia.  
 Aquellas sus blancas manos  
 dan al pobre lecho y ropas,

y acogen al desvalido  
 que en temprana orfandad llora.  
 El mónstruo en derredor de ellas  
 su presa en tanto devora,  
 mas no arredra á aquellas almas  
 en su alta piedad heróicas.  
 Y si, pues Gades les debe  
 esa flor de su corona,  
 ¿por qué un lamentable olvido,  
 con injusticia notoria,  
 les niega aquella alabanza  
 que á otros cien y cien otorga?  
 No pide aquí nuestro sexo  
 galantería ó lisonja;  
 pide lo que todos saben,  
 pide lo que á todos consta;  
 justicia no más, justicia,  
 y esa con razon la invoca;  
 que no es bien el lauro ceda  
 ganado en lid tan gloriosa.

Ved, niñas, cuál anda el mundo,  
 y ved si no es triste cosa  
 que nadie en él nos alabe  
 á no alabarnos nosotras.

1854.



## DISCUSION

ACERCA DE

ALGUNAS MUJERES QUE PASAN POR MALAS.

Hoy que varones tantísimos  
 ponen su meollo en prensa  
 por probar que las mujeres  
 salva excepcion, son perversas;  
 yo, campeon obligado  
 de todo el género hembra,  
 audaz el guante recojo,  
 y armado de pluma y lengua,  
 sostengo á pié y á caballo  
 que muchas hijas de Eva  
 como tradicion ó historia  
 por malas nos enumeran,  
 ó fueron mejor que dicen  
 ó buenas y hasta rebuenas:  
 de esta suerte, si por dicha  
 acertare á defenderlas,

el argumento destruyo  
 de más peso, de más fuerza  
 que dispara contra el sexo  
 la anti-mujeril caterva.  
 —"Abrid los libros, nos dicen,  
 y ved la mujer primera  
 siendo el primitivo origen  
 de una maldicion perpétua.  
 Aun antes de tener naguas  
 dejó las naguas mal puestas,  
 y al pobre género humano  
 llevó en pos de sí á su pérdida."—

Vamos claros, caballeros,  
 la verdad dígase á secas.  
 ¿Si igual fué en ambos consortes  
 el deber de la obediencia,  
 por qué á la mujer se achaca  
 de los dos la culpa entera?  
 —"La esposa, dice San Pablo,  
 al esposo se someta."—  
 Uno y otro desatinan  
 siempre que los frenos truecan,  
 y si ella hace mal, el hombre  
 hace tan mal como ella.  
 Cedió la mujer; es llano;  
 disculpa fué su flaqueza;  
 mas en Adan no hay disculpa,  
 que, pues de fuerte se precia  
 á fuer de varon, debió  
 mandar noramala á Eva  
 y ahuyentar con una tranca  
 la entrometida culebra.  
 No tuvo entónces calzones,  
 y tarde el daño remedia;  
 que al cabo si se los puso  
 fueron de tan sutil tela  
 que, aunque decencia indicaban,  
 no indicaban fortaleza.  
 ¿Crióle Dios por ventura  
 y púsole acá en la tierra  
 para ser de su consorte  
 autómeta ó marioneta?  
 Pues no nos vengais diciendo  
 que si pecó fué por ella:  
 pecó de mándria, pecó  
 de para-poco y babieca.  
 Quede pues aquí sentado  
 que de aquella culpa y pena

ambos á dos fueron parte,  
y en mientes tambien se tenga  
que quien la tuvo mayor  
Adan fué. Ved si os contenta  
remover tan viejos caldos,  
para que por consecuencia  
os den que el hombre primero,  
no bien se miró en la tierra,  
inauguró su reinado  
con una insigne torpeza.

Otra mujer perdió á España  
si aquella al mundo. Tal rezan  
las historias, tal repiten  
los hombres de lengua en lengua.  
Esta mujer fué la Caba,  
moza gentil, goda perla,  
á quien el audaz Rodrigo  
manchó con horrible afrenta.  
¿Mas por qué injustos decís  
que fué causa de tal pérdida?  
Al sufrir el real ultraje  
hizo lo que hacer debiera;  
dar noticia á Don Julian  
de su llanto y de su mengua;  
que á una mujer y vasalla,  
no otro recurso le queda.  
Hizo público su agravio,  
mostró al mundo su vergüenza,  
y no es deshonra en Florinda  
lo que heroismo en Lucrecia.  
Si su padre, ardiendo en ira,  
se lanzó á venganza horrenda,  
la culpa fué del monarca  
y el reino pagó la pena.

Si la Caba á la virtud  
su oído cerrado hubiera  
resignándose tranquila  
á ser del rey la manceba,  
entonces estaba bien  
que alzase su voz la tierra  
contra quien borron tan feo  
arrojó sobre las hembras.

Sed justos, hombres, sed justos,  
no con parcialidad ciega  
achaqueis á las mujeres  
faltas que acaso son vuestras.

Y pues largo vá el romance  
y más largá es la tarea,

quédese por hoy aquí  
hasta otra vez que Dios quiera.

1854.



## LA FERIA DE LOS DESCALZOS.

Cuatro dedos más acá  
del que en tiempos anteriores  
fué almáciga de pimientos,  
vergel de nabos y coles  
cuidados por algun lego  
que, en sus campestres labores,  
remangaba á la cintura  
de Francisco el sayo pobre,  
allí pues, yendo los años  
y viniendo desazones,  
surgió á pujos una calle  
que, en sus dudosos albores,  
esperando á tener casas  
ni aun tiene de calle el nombre.  
Nadie supo qué hacer de ella  
al verla así tan de nones,  
y en dos pozos inquilinos  
buscaron agua *in utroque*,  
dándola el uno abundante,  
si la sogá no se rompe,  
y el otro la busca en vano  
del taladro á puro golpe.  
Allí, repito, en las Pascuas  
una féria trasladóse  
que, por antigua costumbre,  
vivió en la plaza hasta entonces.  
Babor y estribor ocupan  
sus puestos; mas porque notes  
lo que cada cual encierra,  
contémoslo por su orden.

El primero, entre oropeles  
ofrece en sus resplandores  
chinos encaramelados;  
empedernidos turrónes,  
con almendras de metralla  
y mazapanes de bronce,  
para hacer mella en los cuales  
ha menester cualquier hombre  
quijadas de alta presión  
y muelas de émbolo doble.

Pero vamos más allá,  
que en esa barraca informe,  
el ingenio y el trabajo,  
más que se anidan, se esconden.

Aquí cien y cien figuras  
que mueve oculto resorte,  
suben, bajan, vienen, van;  
la infanta pasa en su coche,  
Catana la *Lagartija*  
con Pepillo baila el ole;  
jalea el tío Caniyitas,  
y allá en lo alto de un monte,  
van marchando unos soldados  
con música y con tambores,  
mientras sopla en el portal  
el anafe Maritornes,  
y un ángel mece al Dios niño  
adorado de pastores.

Pero pasemos de largo  
y ved esos puestos, donde  
se amontonan los juguetes  
en ordenado desórden.  
Aquí cuelgan los violines  
entre la alegre cohorte  
de zambombas y matracas,  
cuyos infernales sonos  
convierten la Nochebuena  
en una bien mala noche.  
Allí vereis á Belen  
con azoteas y torres,  
campanarios y veletas  
y murallas y cañones.  
Una venta y un ventero,  
personage de mal porte,  
con su gorro y su candil  
tipo del tiempo de entonces.  
Al lado de éste una Norma,  
y al lado de ella el tío Nones,  
famoso por sus parrillas  
allá en el año de doce.  
Un templario con su casco,  
Malec-Adel, don Quijote;  
y junto al rey Baltasar,  
un torero con su estoque.  
Todo esto, según se vé,  
entre alcuzas y peroles,  
anafes, ollas, cazuelas,  
cafeteras y artesones.

Mas vamos al otro lado.  
¡Puestos de esteras! Pues orze,  
que una estera es poco abrigo  
contra el gris que hogaño corre.  
—¿Tienen cortinas? —Y blancas.  
—En lo de blancas, perdone:  
morenitas, muy ahumadas,  
amen de los lamparones.  
Una colossal sarten  
que chirrea á grandes voces,  
masa en lebrillos, y dentro,  
á los tibios resplandores  
de sucio candil, que vierte  
más aceite que el que sorbe,  
se columbran dos mesillas  
y seis bancos de alto porte  
que hubieran hecho fortuna  
en la exposicion de Londres.

Sigamos. Ratas domésticas  
que viven en trato acorde  
con gatos. ¡La educacion,  
en todas partes dá golpe!  
No viven en tanta paz  
las mujeres con los hombres.  
—¿Qué hay aquí? —Cunas volantes.  
—Que vuelen los gorriones.  
Esta es la feria de Cádiz.  
Si á dicha no la conoces,  
para juzgar la pintura  
véte por allá una noche.

1854.



## A LA PLAZA DE MINA.

### RECUERDO.

¡Oh bella plaza de Mina,  
que en los calurosos meses  
fuiste jardin de doncellas,  
huerto fuiste de donceles!  
Ahora que viuda y sóla  
los aquilones te tienen,  
alternando en sus rigores  
con uno y otro noroeste,  
ven y en sabrosos recuerdos  
pasemos un rato breve,

por más que sea dolor  
 recordar pasados bienes.  
 ¡Ay! yo miré en tu recinto,  
 mezclados en dulce pebre  
 con pollitas de catorce  
 pollitos de diez y siete.  
 ¡Qué de moños, qué de cintas,  
 qué de almidon, que de dengues,  
 y cuantísimo remilgo,  
 y cuánta conquista en ciernes!  
 —Ay, que pasó Fulanito.  
 —Ay, que Mengano no veine.  
 —Amalia, repara tú  
 si el de ayer la cara vuelve.  
 —¿Cómo está tu compromiso?  
 —Anoche me dió un billete.  
 —Pues el mio esta mañana  
 pasó por casa ocho veces.  
 Cuatro cartas me enseñó  
 y en el bolsillo las tiene.  
 Verás como me las dá  
 cuando haya apretón de gente.—  
 Mas mira allí que á otras dos  
 se acerca aquel pollo imberbe.  
 —Muy buenas noches, Pepito.  
 —Estoy á los piés de ustedes.  
 ¿Y la mamá?—Está sentada.  
 —Sí: ya la veo que duerme.  
 —¡Mas cómo, usted con nosotras!  
 ¿No teme usted que le peguen?  
 —Ya: ¿lo dicen por Adela?  
 Por ese lado no hay duende.  
 Troné con ella.—¿Y por qué?  
 —Porque era muy exigente.  
 —¡Qué veleidad!—Nada: un hombre  
 no ha de hacer esos papeles,  
 ni someterse á caprichos  
 habiendo tantas mujeres.  
 —Diga usted que se cansó.  
 ¡Oh, qué tonta es quien los cree!—  
 Otra pareja. ¡Y qué tierna!  
 Dos tortolitas parecen.  
 —¿Me amarás siquiera este año?  
 —¡Qué dices! te amaré siempre.  
 —Jurámelo.—Cada día  
 te lo juro quince veces.  
 ¿Pero y tu mamá?—Se opone.  
 —Esa es fórmula corriente.

No importa: con la constancia...  
 —Y me ha prohibido el verte.  
 ¡Buenos pellizcos me esperan!  
 —¡Qué tirana!—En aceite  
 me dejara yo freir,  
 sabiendo que tú me quieres.  
 —¿Mas nos casaremos pronto?  
 —Muy pronto, el año que viene  
 ya podré matricularme  
 en el primero de leyes.  
 —¿Y es muy larga la carrera?  
 —Vé tú contando, hasta siete.  
 —¿Y qué son nueve ó diez años  
 para almas de nuestro temple?  
 —Dices bien. Diez años son...  
 sólo ciento veinte meses.  
 —Méenos durará tu madre  
 por mucho que á tirar llegue.

Mas dejemos á esas almas  
 que entre ilusiones se mecen,  
 y observemos lo que hace  
 parado allí un mozalvete.  
 Se muerde las uñas. ¡Malo!  
 Gruñe y rechina los dientes,  
 y á fuerza de puñetazos  
 desencala las paredes.  
 Sus torvas miradas fija  
 en una niña, que adrede  
 le dá celos con un cuyo  
 que le deparó la suerte.  
 ¿Es pura coquetería,  
 ó es venganza, ó es que quiere  
 que muerda su anzuelo el pez?  
 Dios sólo saberlo puede.  
 Pero en tanto, observa tú  
 si hay más ridículo ente  
 que un celoso en el acceso  
 de su ridícula fiebre.

Mas dejémoslo por hoy,  
 que hace frio, y no es prudente  
 tomar sereno á deshora.  
 Queda á Dios y él te conserve  
 para ver aquesto mismo  
 allá en el año que viene.



## DECLARACION DE AMOR

A UNA NIÑA DUENDE.

Adorable señorita:  
há tres semanas y media  
que os ví y os amé en un punto,  
allá en la Puerta de Tierra.  
No sé si á mi amor fué agüero  
ser de San Anton la fiesta,  
ni si es fausto para amantes  
dia en que bendicen bestias.

Allí jugábais al toro  
con la perrita faldera:  
ella el pañuelo os mordía,  
mientras yo, envidioso al verla,  
trocara mi ser de macho  
por volverme perro hembra.  
La verdura de aquel sitio,  
la fragancia de sus huertas,  
la amenidad de los rábanos,  
de las coles la belleza  
y el gorgojo de las ranas,  
cisnes de aquellas albercas,  
despertaban en mi pecho  
mil amorosas ideas;  
y el pensamiento os fingia  
la diosa de Citeréa,  
siendo alfombra á vuestros piés  
las lechugas y las berzas.  
Las mansas áuras de Enero  
hasta vos llegaban lentas,  
entre efluvios de espinacas  
y entre perfumes de acelgas.  
¿Cómo yo, flaco mortal,  
de vos defender pudiera  
un corazon que al miraros  
se pronuncia, se subleva?  
Rendile á vuestros hechizos,  
y de entónces, alma en pena,  
deshollinando balcones  
os busco de puerta en puerta.  
Por si vais al jubileo,  
soy monago de la iglesia,  
y anteayer oí tres misas  
por el alma de mi abuela.  
Voy al Circo y al Balon,

y con vana diligencia  
traigo el pescuezo torcido  
de mirar á la cazuela.  
Pregunto á la policia;  
pero con tan mala estrella,  
que de vos ni vuestra casa  
ningun celador dá señas.  
Nunca os encuentro en paseo,  
nunca os encuentro en las tiendas,  
y ni de Alvarez ni el Indio  
vais á ver las vidrieras.

Os busco en misa de tropa,  
y en la calle, y en la feria,  
y os busco en la Tia Norica  
sin que en parte alguna os vea.  
Por si os topo, alguna noche  
me voy á la plaza nueva,  
que amor nacido entre espárragos  
se complace entre habichuelas.  
En vano espurgo ventanas,  
y en vano escudriño rejas,  
y hasta miro en los husillos,  
y hasta husméo en las gateras;  
pues de vos pelo ni hueso  
descubren mis ansias negras,  
siendo cierto que, aun vendado,  
yo sé que os hallára á tientas.

¿En qué pozo habeis caido,  
en qué sima, ó en qué cueva,  
donde á encontraros no alcanzan  
ni mis ojos ni mis piernas?  
¿Sois fantasma, ó sois tal vez  
trasgo de sombras chinescas,  
ú os volvísteis lagartija,  
ú os comió acaso la perra?  
¿O es que mudásteis la cara  
como la piel las culebras,  
y para daros á luz  
esperais á echar la nueva?

¿Así, pues, sol de extramuros,  
lucero de las afueras,  
ya que en vuestro eclipse lloro,  
ya que peno en vuestra ausencia,  
armado con esta carta  
iré de aquí á Galiléa,  
buscándoos pueblo por pueblo,  
mata á mata y yerba á yerba;  
y donde quiera que os halle

os la espeto vía recta,  
mas que vayais con mamá,  
y papá y la parentela,  
y despues que os la haya dado,  
salga el sol por Antequera,  
que el quedarse así, es quedarse  
á la luna de Valencia.

Ved que si os hallo, no os suelto;  
que en eso soy sanguijuela,  
y es malo que se me ponga  
algo á mí entre ceja y ceja.

Mi padre fué vizcaino,  
mi madre fué aragonesa,  
catalanes mis abuelos  
y mi nodriza gallega.  
Considerad, pues sabeis  
que hay sangre tal en mis venas,  
si podrán á mí arredrarme  
ni los duendes ni las *duendas*.

Yo estoy por vos hecho un ascua;  
mi corazon es un Etna,  
y tan sólo me alimento  
de amor y orchata de almendras.

Mi estampa, vos la vereis:  
no sé si es mala ó si es buena;  
mas si os sirve, soy marido  
desde la cruz á la fecha.

Mi peculio es el bastante  
para ambos y los que vengán;  
pues si no hay para pichones,  
bien habrá para lentejas.

¡Oh, qué de venturas brinda  
del himenéo la tea,  
cuando amor bajo sus alas  
cobija dichas domésticas!  
¿Qué falta para que alcance  
el bien que soñó mi idea?  
¿Qué falta?... Sólo una cosa,  
y es que la novia parezca.

1854.



## EL CARNAVAL.

SAQUILLOS Y MASCARAS.

Ya llegó el ansiado día  
de la gragea y del agua,

de los polvos y saquillos,  
del frijol y de la *guasa*.

Ya coronan los balcones  
las viejas y las muchachas,  
los obuses previniendo  
para arrojar su metralla.

Allí cascabeles suenan;  
aquí cintas se preparan,  
y un muñecon de diez libras  
acullá asoma la gaita.

Mas ved que viene un pobrete  
sin saber lo que le aguarda,  
y entre Caribdis y Scila  
descuidado se adelanta.

Porque mejor trague el cebo  
se esconden todas y callan,  
quedando tal cual vigía  
para dar la voz de alarma.

Llega en efecto mi hombre,  
y cuando ménos se cata  
oye que cien voces gritan:  
—"¡A él, á él! ¡caiga, caiga!"—

El hecho sucede al dicho;  
y al son de las carcajadas,  
con estrépito un saquillo  
de un tercer piso se lanza,  
convirtiéndole el sombrero  
en montera segoviana.

Atortolado el paciente  
no acierta á mover la planta,  
creyendo cayó sobre él  
el omnibus de Chiclana;

y entretanto que en cuclillas  
el cuerpo encorva y agacha,  
defendiendo con las manos  
la cabeza magullada,

nuevo saquillo descende  
y las narices le aplasta,  
mientras un tercer mayúsculo  
le santigua las espaldas.

¡Qué aplausos! ¡Qué gritería,  
qué alborozo! ¡qué algazara!

Ellas chillan, él reniega,  
los perros del barrio ladran,  
y la víctima por fin,

que á pié vino y vuelve á gatas,  
como Dios le dá á entender  
llega molido á su casa,



donde el Carnaval celebra  
con unguento y cataplasmas.  
Allí, el rostro envuelto en trapos,  
maldice desde su cama  
al contundente saquillo  
y á las manos que le fraguan,  
y á la bestia que lo arroja,  
y al que celebra la chanza,  
y á la culta diversion  
que en ageno mal se sácia.

Dejemos que se lamente,  
pues que tiene ocasion harta,  
y busquemos el solaz  
que ofrecen calles y plazas.  
¡Cuánta gente aquí! ¿qué espera?  
Ya comprendo: espera máscaras.  
Allí vienen dos. ¡Qué lindos!  
Un viejo con una esclava.  
El lleva calcetas sucias,  
calzon corto, chupa larga,  
peluca antigua de estopa,  
nariz de papel de estraza,  
y en la mano por baston  
una formidable tranca.  
Ella pantalon cosaco,  
tonelete á la otomana  
con lentejuelas mohosas  
en fondo ciruela pasa,  
esposas en ambas manos,  
cadenas de hoja de lata,  
turbante color de níspero  
que adornan plumas de pava,  
y la liendrosa melena  
columpiándose á sus anchas.  
¡Preciosos los trages son!  
¡Qué riqueza! ¡Qué elegancia!  
La callejuela de Soto  
se ha lucido con sus gangas.

Pero allí, si no me engaño,  
vienen en son de comparsa  
seis parejas, y delante  
un moro con su guitarra.

Del brazo van por primeros  
Malec-Adel y una maja  
y un Templario (¡Dios me asista!)  
y una Norma (¡Dios me valga!)  
Un marinero con gorro  
vá al lado de una beata

que con casero disfraz,  
viendo que el tiempo le falta,  
busca en el cofre su avío  
con un par de naguas blancas.

Así al compás del rin rin  
se pasean hasta el alba,  
muy graves y muy bonitos  
sin hacer corro ni pausa,  
y viendo ya entrado el sol,  
cada cual vuelve á su casa  
procurando persuadirse  
de que en el mundo no hay nada  
tan bello y tan divertido  
como una noche de máscara.

Cierto es tambien, que no siempre  
sin desliz la cosa marcha;  
porque el diablo á lo mejor  
tal vez mete aquí la pata,  
y un mojicon ó un trancazo  
son episodios del drama.  
Acaso tambien el Norte  
sopla en Febrero que rabia  
penetrando el cordoban  
de las desnudas gargantas,  
y hay que acudir luego al tarro,  
y al lamedor y las malvas.  
¡Mas quién se arredra por eso?  
¡Qué mujer es tan pacata  
que por adornarse un dia  
no se expone á un mes de cama?

Lo demás que en Carnaval  
por uso y costumbre pasa,  
dirá el romance otro dia  
que hoy espacio y humor faltan.

1854.



## LAS SIETE NOVIAS DE BLAS.

Siete amores tuvo Blas  
desde Enero á Navidades,  
siete, como siete son  
los pecados capitales,  
y cual las siete cabrillas,  
y los siete años del hambre,  
y tambien los siete infiernos  
que en verso nos pinta el Dante.

Fué su primera conquista  
una mozota á lo jaque,  
de rodete en el cogote,  
záfia en habla y en modales,  
destilando blandurilla  
por sus greñas de azabache;  
de esas que si las requiebran  
disparan coces á pares,  
y que se fingen hurañas  
por disimular lo fáciles.

Fué la segunda en la nómina  
una erudita pedante,  
verbos toda y participios,  
muy dada á cuestiones graves,  
que disertaba en latin,  
que discutia en romance,  
y aunque muy fuerte en los puntos  
del estilo y del lenguaje,  
en los puntos de sus medias  
no quiso nunca mezclarse.

La tercera fué una hembra  
de condicion tan suave,  
que á la más leve disputa  
sobre si fuiste ó miraste,  
el cuerpo del pobre Blas  
brotaba á arañazos sangre;  
y aun es fama que en paseo  
por un saludo una tarde,  
arrancóle de un tiron  
ambos faldones del fraque.

Huyendo de aquesta arpía  
en opuesto extremo cae,  
pues fué la cuarta tan dulce,  
tan merengue, tan hojaldre,  
que al más goloso era fuerza  
que al cabo le empalagase.  
Con igual cara de almíbar,  
con palabras siempre iguales  
le recibia en su casa  
yá fuese temprano ó tarde,  
ó yá no fuese en un mes,  
ó yá á sus citas faltase,  
ó yá le viese con otra,  
ó yá la aspara á desaires:  
y aquesto no por pasion  
ni por bondad de carácter;  
sino por afan de novio,  
porque, despues como antes,

lo que hizo con Blas, lo hizo  
con dos docenas de Blases.

La quinta fué una romántica  
de aquesas de alma insondable,  
volcánica, vaporosa,  
espeluznada y contráctil.  
—"Si en tu pecho, le decia,  
no cual en el mio arde  
esa sed inextinguible  
de sensaciones voraces,  
si nó hidrópico, cual yo,  
de pasion inmensa, osáses,  
nuevo Enéas de esta Dido,  
violiar promesas de amante,  
te juro que despechada  
en tí un estrago tan grande  
haré, que con alto horror  
lo recuerden las edades;  
que para estos casos son  
los venenos y puñales."—  
No hay que decir que, asustado  
de su amor horripilante,  
si bien con médrana, Blas  
no volvió á pisar su calle;  
mas fué vano su temor;  
que á los tres dias cabales,  
ella endosaba á otro prójimo  
una arenga semejante.

La sesta, que fué el bordon  
de esta guitarra sin trastes,  
era una moza fornida,  
colorada, de buen talle,  
mirar firme, séria en rostro,  
y en palabras terminante.  
La primera vez que Blas  
logró á solas declararse,  
le contestó:—"Caballero,  
usted es hombre y se sabe  
que todos los hombres son  
muy falsos y muy tunantes.  
Yo soy honrada y no tengo  
más guisado que casarme.  
Si esas son sus intenciones  
bien está, á mi gente hable;  
si no lo son, por la puerta  
dicen que se vá á la calle."—  
En vano Blas le repite  
que una boda no se hace

como quien frie un buñuelo,  
y que es fuerza saber antes,  
pues es lazo indisoluble,  
si congenian ambas partes.  
Nada, de aquel ultimatum  
la niña no cede un ápice,  
y él, por no tomar iglesia,  
se marcha á tomar el aire.

No tardó en buscar la sétima  
el buen Blas, y fuéle fácil,  
que halló pronto cierta jóven  
de dulce voz, de ojos árabes,  
toda quiebros, toda mimos,  
toda risas, toda sales.

Ya de veras comenzaba  
el pobrete á enamorarse,  
cuando por su desventura  
quiso acompañarla á un baile.  
No bien entra, veinte pollos  
la rodean pertinaces,  
y ella á todos les sonrie,  
y todos sóban su guante,  
y á todos dice ternezas,  
y entre polkas y entre walses,  
hay apretones de manos  
y miradas insinuanes.

Ya se puede suponer  
que no hizo al tal buena sangre  
lo que vió ni lo que oyó,  
y corriendo á todo escape  
fuese á casa, á Dios pidiendo  
que de la octava le guarde.

1855.



## CONSECUENCIAS

DE

### UN BAILE DE MASCARAS.

QUEJAS DE UN AMANTE COMIDO Y OLVIDADO.

Oh niña de mis pecados,  
nata y flor de la Camorra,  
que al andaluz contoneó  
uniendo las blancas tocas,  
si maja por el revés,  
fuiste por delante Norma,  
¿por qué desde aquella noche

en que fuimos cuerpo y sombra,  
de tí ni pelo ni hueso  
volví á saber hasta ahora?  
¿Posible es que así olvidaste  
aquellas danzas sabrosas  
que no se bailan mejor  
ni en el país de las monas?  
¿Cómo, díme, no recuerdas  
aquella polka ¡y qué polka!  
bailada á lo perro en pié  
segun allí es nueva moda?  
¿Tan pronto, ingrata druida,  
huyeron de tu memoria  
aquellas horas de encanto  
aquellas rápidas horas  
que pasamos mano á mano  
entre pláticas sabrosas?  
Recuerdo que me decias:  
—"Sé que en quererte soy tonta:  
á mí me hablaba otro hombre  
cuando me puse tu novia,  
y me hablaba con buen fin;  
pero me hiciste carocas,  
y este jueves de comadres  
en casa de mi tia Antonia,  
sentada á la vera tuya,  
te dí palabra de esposa,  
y con ella mi querer  
que es más firme que una roca."—  
Yo en éxtasis delicioso,  
entre babas amorosas,  
te repetía mil veces  
que eras mi encanto y mi gloria;  
y al escuchar que me amabas,  
bendije veces no pocas  
las cédulas de tu tia  
y el baile de la Camorra.  
¿Si nada de esto recuerdas,  
tambien para tí fué droga  
el jamon que te comiste  
y el pato con zanahorias  
que cenaron tú y tu tia  
y cuatro primas gorrondas,  
y los cuatro novios de estas,  
y otros tres amigos moscas,  
y aquel sobrinito hambro  
con cara de zampatortas  
que las idem engullia

sin mascarlas como sopas?  
 Yo en tanto, allí devorado  
 por tus cien culebras bobas,  
 sólo pesqué una aceituna,  
 media yema y dos anchoas;  
 y eso que todo aquel gasto  
 lo pagó mi triste bolsa.  
 Cara entonces me costaste;  
 muy bien llenásteis la andorga;  
 y eso me prueba, querida,  
 que ó tienes buchets de mona,  
 ó sinó, que por estómago  
 te ha dado el cielo una alforja.  
 Y pues en aquella noche  
 aquesto aprendí á mi costa,  
 juzgo que tu corazón  
 tiene la medida propia  
 y que cabremos en él  
 cuatro ó seis sin gran zozobra.  
 Para aplacarte las muelas,  
 siquiera con mazamorra,  
 has menester un marido  
 que venga de California.  
 Desde entonces, niña mia,  
 de tí no supe ni jota,  
 ni ví más, no ya tu cara,  
 mas ni el pelo de tu ropa.  
 Tu calle en vano paseo,  
 niégaseme tu tía Antonia,  
 y hasta el estúpido niño,  
 el que se comió mis tortas,  
 me vé, me saca la lengua  
 y me hace el bú y la mamola.  
 ¿Es que del hartazgo aquel  
 reventaste como bomba,  
 ó es que aun digiriendo estás  
 el jamon y las tres roscas?  
 ¿O es que aquel tan firme amor  
 era, mi niña, hambre sóla,  
 y tomé yo por suspiros  
 los bostezos de tu boca?

Mas, pues me dicen las señas  
 que fué engaño tu parola,  
 arrepentido de bobo  
 canto aquí la palinodia.

Yo una albarda merecí  
 por fiarme de busconas;  
 mas si yo albarda, en justicia

tú mereciste coroza.

Aprended, aprended, hombres,  
 y sirva mi triste historia  
 á los unos de escarmiento,  
 y á los otros de chacota.

1855.



## RESPUESTA DE LA NIÑA

### DE LA CAMORRA

A LAS QUEJAS DEL AMANTE COMIDO.



Señor don Cursi, el del baile,  
 que por hacerse la pieza  
 se nos viene usté en *La Moda*  
 con sus lamentos y quejas;  
 yo soy por la que pregunta,  
 yo soy, sí señor, la misma  
 á quien pone en el diario  
 por ver si alguno me encuentra,  
 cual si fuese esta persona  
 su perrito ó su maleta.  
 Lástima es que por mi hallazgo  
 en el anuncio no ofrezca  
 dar al que conmigo diere  
 los lentes de asta que lleva  
 á caballo en las narices  
 con dos cristales de puerta.  
 ¿A qué asunto tal pregon?  
 ¿Quién para esto le dió vela?  
 ¿O cree usté por lo visto  
 que me ha comprado en la fèria?

Hablemos claro: sin duda  
 se tomó en plata el babeiaca  
 lo que no pasó de ser  
 broma de carnestolendas.  
 —"Todo este monte es orégano,  
 dijo para sí: esta hembra  
 es mi conquista, y me adora  
 á poco que le dé cuerda:  
 y es muy natural, que soy  
 un mozo como una perla."—

Y ahora le pregunto yo:  
 ¿en su casa ó en la agena,  
 no se ha visto en el espejo  
 aquesa estampa tan fea?  
 ¿No ha visto allí que por ojos

le dió el cielo dos almejas,  
y por nariz un tomate,  
y en vez de boca una espuerta?  
¿No vió que su tez es corcho,  
y su color berengena,  
y su cabello un felpudo,  
y sus bigotes dos leznas?  
¿No miró que tambien tiene  
dos babuchas por orejas,  
y la talla de un pepino  
y dos trinchantes por piernas?  
Pues si es tan triste su facha,  
si su figura es tan perra,  
¿cómo imagina el menguado  
que á nadie conquistar pueda?  
Bien es verdad que lo suplen  
su buen talento y su renta;  
porque si es flaco de bolsa,  
es más flaco de mollera.  
Usté me echa en cara aquello  
de la noche de la cédula,  
y yo quiero confesarle  
que allí anduve algo de priesa;  
mas así solemos ser  
más de dos y más de treinta;  
pues, por temor de quedarnos  
perpétuamente doncellas,  
nunca damos de desecho  
á ningun novio que llega.  
Un *sí* no es una escritura  
ante escribano: si peta  
para marido el que viene,  
Dios se la depare buena;  
si nó, quedamos en paz,  
y viva la independencía.  
Quien solo á un hombre hace cara  
que no escoge es cosa cierta:  
tenga muchos, porque elija,  
si no con razon, con cuenta.

Quédanos por solventar  
el desplante de la cena,  
que como cursi pregona  
y como andaluz pondera.  
Recuerde que él fué tan sólo  
quien, por pintar la cigüeña,  
nos rogó una y muchas veces  
admitiéramos su oferta;  
y recuerde con qué instancias

nos llevó casi á la fuerza,  
convidando á esos amigos  
que ni supe quiénes eran.  
El jamon tan cacareado  
fueron seis lonjas estrechas,  
la mitad tocino puro  
y la otra mitad oblea.  
El pato con zanahorias  
no nadó en ninguna alberca;  
pues fué, valga la verdad,  
sólo una pollita, y ética,  
caparazon toda y zancas;  
pechuga, ni que la huela.  
Siendo ellos tantos, y siendo  
la comida tan espléndida,  
no seria cosa fácil  
me indigestase con ella.  
Convite de aquesta estofa  
tiene otro nombre en mi tierra;  
pues aquí hace mucho tiempo  
que al no comer llaman *dieta*.

En punto á dulces y pastas,  
las hubo, sí... en otras mesas;  
porque tales gollerías  
no estaban bien en la nuestra.  
Y sin embargo, usté afirma  
se comieron á docenas;  
de todo lo cual deduzco,  
que esos sus lentes aumentan,  
y cada miga de pan  
lo creyó pastel de crema.

Visto, pues, que tal obsequio  
ni aun á gratitud me fuerza,  
nada nos debemos, nada;  
cada cual siga su senda,  
y si es que me halla, figúrese  
que no me ha visto siquiera.

Mi don Guindo, así es el mundo;  
á ellos, lo mismo que á ellas,  
aun no les ponen zapatos  
y ya les ponen careta.  
Muchos siglos há que duran  
aquestas carnestolendas,  
y aquí donde nadie hay cuerdo  
no he de ser yo sólo cuerda.



## EL NO SÉ QUÉ,

Ó SEA EL PODER DE UNAS COCAS.

Yo no sé por qué te quiero  
ni sé por qué soy tu sombra;  
pues tienes, y tú lo sabes,  
más faltas que una pelota.  
No es la esbeltez de tu talle  
la que mi afecto aprisiona,  
siendo por lo chiquitita  
frailecillo de bellota.

Ni tampoco tus colores  
podrán ser los que te abonan,  
que el fondo es verde pepino  
con vetas de ala de mosca.  
Tienes ojos de alcancia,  
tienes de rape la boca,  
y por narices ostentas  
el fuerte de Torregorda.  
En fin, del cabello al pié,  
no se encuentra en tu persona  
motivo para que un hombre  
sea por tí macho de noria.

Bien es verdad que tu genio  
suple por tus faltas todas,  
que eres un gato montés  
en lo huraña y en lo hosca.

De lo pobre, no se diga:  
tu papá es cesante, y sobra,  
que es síntoma de arranquera  
esta circunstancia sóla.

Pues con tantísimas tachas,  
¿díme, el quererte no es droga?  
¿En dónde el mérito tienes,  
que no hay quien dé golpe en bola?

¡Oh valor del *no se qué!*  
todos ante tí se postran:  
tú haces á la hermosa fea  
y á la fea haces hermosa.  
Por tí dragones con naguas,  
por tí escuerzos, bichos, monas,  
que ni áun de mujeres tienen  
símil, apariencia ó forma,  
hallan maridos y amantes  
que las miman, que las popan,

y no envidian al gran turco  
su provision de Georgia.

Favor especial es este  
que nos dá natura próvida,  
porque en efecto, ¿no veis  
fuera el mundo una Liorna,  
si igual gusto, iguales ojos  
tuviesen todos, y todas?

Quien echó á este triste suelo  
tantas feas, algo diólas  
que pudiera compensar  
lo que les falta ó les sobra.

Y sin embargo, es lo cierto  
que, aunque alguno ese algo ignora,  
no por eso el *no sé qué*  
es la palabra más propia.  
Unas por el pié conquistan,  
otras por la mano arroban,  
quién por el cabello, y quién  
por su lábia y su parola.  
Hombres hay que se extasían  
ante unas piernas muy gordas,  
y hombres que se vuelven locos  
en viendo una nariz roma.

Yo, despues de meditar  
pelo á pelo y borra á borra,  
acerca de esos hechizos  
que así mi pasion provocan;  
despues de contar tus tachas  
como á burro que se compra,  
no hallando una perfección  
aunque estire la lisonja,  
vine á dar con el busilis  
de este amor que el alma adoba,  
cayendo en que lo que adoro  
en tí, oh Juana, son tus *cocas*.  
Por ellas, sólo por ellas  
rondo tu calle á deshora,  
y por ellas soy el émulo  
del bruto de Babilonia.

Y pues tus peinadas crines  
son mi encanto, son mi gloria,  
para que mi amor no pase  
ruega no pase la moda.



## PROCLAMA A LAS MUCHACHAS

CON OCASION

DEL PRESENTE DOMINGO DE RAMOS.

—"Pasaron las diversiones,  
los saraos y las fiestas,  
que cada cosa en el mundo  
su sazon tiene y su época.  
Si ayer os miró el Casino  
alegres, pero modestas,  
modestas y recogidas  
esta vez el templo os vea.

Con sus sagrados misterios  
hoy os convida la iglesia:  
á ellos venid, ya que sois  
un misterio cada hembra.

De immaculado Cordero  
allí el sacrificio os muestra;  
sea el ejemplo eficaz  
y sea eficaz la enmienda,  
que no os suelen faltar máculas  
y no todas sois corderas.  
No vayais á ver al novio  
al miserere ó tinieblas,  
y si allí le veis, vedadle  
que se os cuelgue de la oreja,  
que el ayunar de palique  
es parte de penitencia.

Sabed que es vulgaridad,  
tan nociva como vieja,  
suponer que esté domingo  
(el de Ramos por más señas),  
ó no habeis de tener manos  
ó algo hay que estrenar por fuerza.

Este adagio maldecido,  
más dañoso que saeta,  
más calamidad que el cólera,  
más atroz que hambre y que guerra,  
no le inventó ningun hombre  
ni se impuso á Adan ni á Eva,  
que ese debió ser invento  
de modistas ó bateras  
para hacer en tiempo santo  
de sus almacenes fêria.

Bufa papá de corage

y chilla que se las pela,  
viendo que la hija mayor,  
para el dia que se acerca,  
le pide un vestido nuevo  
que le hará la costurera;  
porque aquel de Carnaval  
lo tuvo puesto hora y media,  
y en fin, cosa ya estrenada  
claro está que no se estrena.  
Sácale la otra los ojos  
por capota y manteleta,  
que ella no es ménos que nadie  
y su hermana estrena prendas.  
En fin, la menor de todas  
tambien le hostiga y pleitea  
por tener devocionario  
como su amiguita Petra,  
y dice que son muy lindos  
los de la Revista Médica.

La costumbre es ley del mundo:  
papá al principio se niega,  
mamá, aunque tibia, le apoya,  
luego ya vacila y ceja  
y concluye por ponerse  
de parte de todas ellas;  
de modo que el pobre padre,  
viéndose sólo, flaquea,  
y una á una, éntre suspiros,  
vá aflojando las pesetas.

¿Y es posible que los hombres  
se pronuncian, se sublevan,  
por derrocar á un ministro,  
por esta opinion ó aquella,  
y jamás se les ocurre  
que hay exacciones domésticas,  
no votadas en las córtes,  
más onerosas y acerbas  
que el tanto sobre consumos  
y los derechos de puertas?  
Si un recibo causa fiebre  
y si un lechuzo molesta,  
quien tiene tantas lechuzas  
en casa cuantas hay hembras,  
cómo es que vive y que bebe  
y de un árbol no se cuelga?  
Los abusos, las rutinas,  
tiempo es que desaparezcan,  
y nunca mejor que en este,

puesto que lo es de abstinencia.

El lujo es gula exterior,  
como el faisán gula interna,  
y mal se aviene un potaje  
con terciopelos y sedas.

Reflexionad esto, niñas,  
y tened por cosa cierta  
que el mundo, tal como vá,  
no tiene para exigencias,  
y el que hoy aun suda, mañana  
tendrá que hacerse de pencas.

Yo me daré por contento  
si mi plática aprovecha,  
aunque al oírla vosotras  
no quedeis de mí contentas."—

Esto dijo un homeopático  
del doméstico sistema.  
Si habló bien ó si habló mal,  
discúrralo quien lo lea.

1855.



## UN NOVIO AL MEJOR POSTOR.

Niñas, las que ansiais novio,  
yo me doy casi de balde;  
acudid á la subasta,  
que se apercibe el remate.  
Ved que muchas van llegando;  
pujadme, niñas, pujadme,  
y que buena pró le haga  
á la feliz que me alcance.  
Salgo á vistas, porque luego  
ninguna á engaño se llame;  
pelo á pelo y uña á uña  
examinen rostro y talle,  
y ved bien todas mis tachas,  
porque lo merece el lance.  
Mas como la condicion  
á la faz rara vez sale,  
exige la buena fé  
que conozcais mi carácter.

Quiero que mi novia sea,  
no pido cosa, constante  
por seis meses... Qué! ¿hay murmullos?  
sean tres. ¿Pasan? Pues pase.  
Item. Quiero que sin mí

no salga nunca á la calle,  
y ni sin mí ni conmigo  
vaya á máscaras de trage.  
Hola! Hola! cuchicheos?  
¿Poneis gesto de vinagre?  
Pues hijas, no capitulo;  
buscad otro si no os place.

Si es que nos casamos, quiero  
que esté con su esposo amable,  
que no le riña si tarda  
y que donde vá no indague.  
Que no reciba á moscones  
con visita perdurable,  
ni tenga amigos perpétuos  
que doquiera la acompañen.  
Que no revuelva diez tiendas  
por curiosear los trages,  
cuando sólo vá á comprar  
dos varas de miriñaque.  
Que jamás pisen su estrado  
vendedoras trashumantes,  
porque á veces en sus lios  
á casa otros lios traen.  
Que no me sea chismosa,  
ni murmure entre comadres,  
ni haga platillo con ellas  
de lo que en casa se hace.  
Que al que le diga un requiebro  
una coz ó dos dispare,  
y mejor pase por záfia  
que no por coqueta pase.  
Quiero que vista decente  
segun á mis medios cuadre;  
y pues siempre anduvo á pié,  
no pida ahora carruaje.  
De hacendosa y de casera  
haga con razon alarde,  
pues con buena economía,  
si no sobra, hará que alcance.  
Esto ofrezco; quien me quiera,  
en ello mírese antes:  
poca seda y mucho coco,  
ménos pavo que potaje,  
de Ramos á Pascuas ópera,  
y eso en cazuela, y Dios sabe,  
y en punto á los cuadros vivos,  
mire no haga yo el *del hambre*.  
Mas ¿qué es esto? ¡Mi auditorio



vá menguando!... Muy bien hace.  
 Muchas al pregon vinisteis  
 y pocas luego quedásteis;  
 pero aún con esas que quedan  
 para escoger hay bastantes;  
 que un novio, aunque malo, es novio  
 y al fin casarse es casarse.

Siga la puja, y pues veis  
 que me doy casi de balde,  
 acudid á la subasta  
 que se apercibe el remate.

1855.



## EL JUICIO DE PÁRIS.

Mientras las bodas de Tétis  
 juntos los dioses celebran,  
 una manzana de oro  
 la Discordia echó en la mesa.  
 Aunque eran los convidados  
 personajes de gran cuenta,  
 al ver brillar una cosa  
 cien manos fueron sobre ella.  
 En medio de la disputa  
 de si es manzana ó si es pera,  
 alguno allí más goloso  
 le hincó el diente y no hizo presa.  
 Viendo tal, el padre Jove  
 se amosca, frunce las cejas,  
 y echando un taco les dice:  
 —"Nadie se me haga de pencas  
 ó, por vida de mi abuelo,  
 que aquel que no me obedezca,  
 con este cetro que empuño  
 le daré donde le duela.  
 Ese cuerpo del delito  
 tráiganmelo á mi presencia,  
 que yo proveeré sobre él  
 segun como me parezca."—

Hizose así: el dios del trueno  
 sacó de la faltriquera  
 sus mohosas antiparras,  
 y vió que allí letra á letra  
 grabó una incógnita mano  
 este mote: *à la más bella*.  
 Gran zipizape se armó

al oír la tal leyenda,  
 y no hubo diosa en el corro  
 que dudara el merecerla.  
 Sus inconcusos derechos  
 cada cual chillando alega  
 entre arañazos, pellizcos,  
 y arrancamientos de greñas.  
 Llámalas en vano al órden,  
 agitando la cencerra,  
 Júpiter, y al fin subido  
 de patas sobre la mesa  
 exclama:—"Tengan más modo  
 y cállense las muy puercas,  
 que soy quien soy y sabré  
 dar en ello providencia.  
 Vénus, que al cabo aquí pasa  
 por diosa de la belleza,  
 Juno, por ser mi mujer,  
 aunque me salió algo nécia,  
 y en fin, porque no haya piques,  
 la sabihonda Minerva,  
 son las que en esta piára  
 tengo por ménos malejas;  
 pero como con los años  
 no entiendo mucho de hembras,  
 resuelvo que todas tres  
 á otro juicio se sometan.  
 Juntas id al monte Ida,  
 que por fortuna está cerca;  
 buscad á París, un mozo  
 que ganados apacienta,  
 y pues es inteligente  
 en cabras, segun las señas,  
 él sabrá al veros, el pié  
 de que cada cual cojéa.  
 No hay apelacion, marchad  
 en mal hora, que no en buena;  
 de nó, juro por mis barbas  
 que os hago cortar la lengua."—  
 Aplaudió el Olimpo unánime  
 de Júpiter la elocuencia,  
 y mientras éste al coletto  
 se echó diez cañas de néctar,  
 las tres diosas cabizbajas  
 subian de Ida la cuesta.  
 Llegadas junto al mancebo  
 cada cual hizo su arenga:  
 Juno ofrecióle poder,

ofrecióle la otra ciencia,  
y Venus hacerle dueño  
de una mujer hechicera.  
Páris, despues de escuchar  
de todas tres las ofertas  
se caló el gorro, y así  
dió principio á su respuesta:  
—”Bien sabeis que es muy prudente  
cuando se compra una bestia,  
(y valga el símil) quitarle  
la albarda si es que la lleva,  
que hay aparejo que oculta  
mataduras á docenas.  
Arréos son los vestidos,  
albardas son esas telas,  
y sólo viéndoos en pelo  
podré dar voto en conciencia.  
Si á la manzana aspirais,  
buen ánimo, y ropa fuera;  
que eso de gato por liebre  
no lo tomo yo á sabiendas.”—

—”¡Cálle, cálle el záfio estólido!  
gritó al oírle Minerva.

¡Cómo osó mi oído púdico  
herir con tal indecencia!  
¡Yo que nací sin comadre,  
producto de una jaquéca  
de papá, y salí vestida  
y con lanza de sus greñas,  
había de consentir  
el ver mi persona expuesta  
á las miradas de un rústico  
siendo como soy doncella?  
Guárdese pues su manzana,  
que aunque una sandía fuera,  
renunciárala gustosa  
por no sufrir tal afrenta.”—  
Juno vaciló algun tanto;  
pero venció al fin en ella,  
si no el pudor, el orgullo,  
y quedó sin competencia  
Venus, que á lances como este  
ya estaba de antiguo hecha.  
Como salió de la espuma  
vió el pastor á Citeréa,  
y entrególe la manzana  
por la de ménos vergüenza.  
Juno mostró dignidad,

y mostró pudor Minerva;  
Venus alcanzó la poma  
valiendo ménos que ellas.  
De Páris el juicio insano  
hace que muchos prefieran  
las fáciles medianías  
á la hermosura modesta.  
La impudicia y el descoco  
triunfan de sólidas prendas,  
y mayor fama consigue  
la que más sus carnes muestra.  
Ved hombres que vais herrados  
si seguís por esa senda;  
no imiteis al pastor de Ida  
en su eleccion torpe y ciega,  
si es que no quereis ser Troyas,  
de esas fatales Helenas.

1855.



## UN PRETENDIENTE MODESTO.

Yo, señora, soy un mozo  
tan lindo y tan tarantan,  
que ha de tener muy mal gusto  
quien no me llegue á adorar.  
Quince años y cinco meses,  
salvo yerro, cuento ya,  
y dice abuela que soy  
más hombron que mi papá.  
De las pasiones volcánicas  
llegué cual veis á la edad;  
soy romántico y greñudo,  
y no me pienso afeitar  
cuando me salgan las barbas,  
que juzgo no tardarán,  
pues de ellas son precursores  
los barrillos de mi faz.  
Ya tengo sombrero alto,  
y me han achicado un frac  
casi nuevo, que por Pascua  
me regaló mi tío Blas.  
Sólo porque á mí me miren,  
que no para yo mirar,  
uso lentes, aunque tengo  
más vista que un alcotán.  
Danzas bailo en la Camorra,

polkas en el Principal,  
 y canto *La donna è mobile*  
 mejor que el mismo Belart.  
 Me acuesto á la madrugada,  
 duermo hasta las doce ó más,  
 y paso el resto del día  
 en atusarme y fumar.  
 Es mi carrera el correr  
 calle á calle la ciudad,  
 poseo en Bornos dos casas,  
 aunque hoy en alberca están,  
 y si bien tierras no tengo,  
 no me falta el singular,  
 pues tengo tierra.... en las botas,  
 si ando por un arenal.

Desde mis primeros años  
 me lancé á la sociedad  
 emancipando mi cuello  
 del yugo de mi mamá;  
 y como nada á los hombres  
 ilustra como el viajar,  
 un día me fui solito  
 en un bote á Puerto Real  
 arrostrando los peligros  
 de aquel proceloso mar.

Tal es, pues, mi posición  
 y mi carácter es tal:  
 en cuanto á figura, siento  
 que dé la casualidad  
 de ser yo quien á mí mismo  
 por fuerza me he de juzgar;  
 mas si la modestia es buena,  
 aun más buena es la verdad.

Tipo griego, ojos de águila,  
 el perfil monumental,  
 color pálido, que indica  
 distinción, según Dumas,  
 aunque así me quedó á mí  
 desde el sarampión acá;  
 el cuerpo enjuto y nervioso,  
 la fibra seca, señal  
 que indica un temperamento  
 impresionable y fugaz;  
 elegante en las maneras,  
 persuasivo en el hablar,  
 con grande idea de mí  
 y poca de los demás.  
 Hablo de lo que no entiendo,

y eso por necesidad,  
 que á hablar sólo en lo que sé  
 muriérame sin chistar.  
 Soy decisivo, incisivo,  
 agresivo y lenguaraz  
 y tengo osadía, dote  
 el mejor para medrar.  
 Con todas estas ventajas  
 que natura á pocos dá,  
 ¿fuera yo á hacer lo que tantos  
 mozalvetes de mi edad  
 que al trabajo y al estudio  
 se dedican con afán?  
 El vulgo los llama pollos,  
 y yo, en todo excepcional,  
 desde que nací fui gallo  
 de primera calidad.

A mi juventud le falta  
 sólo un amoroso plan,  
 y eso quiero, y eso pido  
 con mucha necesidad;  
 que una novia de gran tono  
 es condición *sine qua*.

Yo no estoy enamorado  
 de vos ni de otra que tal,  
 que esa esclavitud amengua  
 del hombre la dignidad:  
 más bien es que en el paseo  
 me vean de vos á par  
 con un cigarro en la boca,  
 aunque él apeste á alquitran,  
 y digan:—”¡Hola! Fulano  
 ya tiene novia.—Hace mal.  
 —Hace bien, que es linda chica.  
 —El es mejor.—Sí será;  
 pero al fin no se malogra,  
 porque ella tiene caudal.”—

Este soy y esto pretendo;  
 si os acomodo mirad,  
 y enviadme la respuesta  
 auténtica y oficial  
 en carta franca de porte  
 á donde el papel dirá.  
 Si me admitís, cual no dudo,  
 andando el tiempo, quizás  
 llegue á quereros un poco,  
 y entonces,—¡feliz mortal!  
 todas las bellas de Cádiz

vuestra dicha envidiarán.  
Mas si teneis el mal gusto  
de no quererme aceptar,  
aunque algo en ello yo pierda  
vos perdereis mucho más.

1855.



## UNA SENTENCIA DE PLUTON.



Erase un dia de Agosto  
y estaban en el infierno  
Proserpina con Pluton  
mano á mano departiendo.  
Dábase el dios á los diablos  
sentado en un sillón negro,  
y ponderaba el mal clima  
de aquel su pícaro reino,  
mientras á su augusta esposa,  
presa del aburrimiento,  
con abanicos de empleita  
dos diabras le echaban fresco.  
—”¡Por vida del rey de copas!  
(decia con tono acerbo  
Pluton) que mi hermano Jove  
me dió aquí un lucido imperio.  
Lo peor de cada casa  
sólo por súbditos tengo,  
y ni me aprovecha el látigo  
para hacer que anden derechos.  
Con tan mala sociedad  
no quiero vivir, no quiero,  
y voy á hacer dimision  
de mi corona y mi cetro.  
Pediré mi cesantía  
y al mundo nos volveremos,  
que si hay canalla en los vivos  
son más canalla estos muertos.”—

Oíale Proserpina  
é interrumpióle diciendo:  
—”Marido, no seas estúpido,  
esposo, no seas nécio.  
Sé que es duro de roer  
este turrón que nos dieron,  
mas aun así puedes darte  
con dos cantos en los pechos.

Aquí reinas y gobiernas,  
cosa rara en estos tiempos,  
y una vara de acebuche  
es todo tu ministerio.  
Mira que si el cabo sueltas,  
pretendientes habrá á cientos  
que codicien este mando  
que hoy te causa tanto tédio,  
y lloverán memoriales,  
y se cruzarán empeños,  
que hay quien por ser archidiablo  
llevará alegre los cuernos.”—

Aquí llegaban, cuando entran  
precedidos de maceros,  
Radamanto, Eaco y Minos,  
todos tres con espejuelos,  
y supongo sabreis ya  
que aquestos tres caballeros  
forman la sala del crimen  
de la audiencia del infierno.  
Hecha pues la reverencia,  
—”Gran señor, dijo el más viejo,  
dos mortales ya difuntos  
hoy por el buzón cayeron,  
provistos de pasaportes  
de sus respectivos médicos.  
Uno de los dos es macho  
y el otro del bello sexo;  
pero aunque en su culpa estamos  
conformes los compañeros,  
no en la pena; con que así  
á vos toca de derecho  
dar sentencia, que será  
digna del cacúmen vuestro.”—  
—”Daréla, dijo Pluton,  
y tan bien como el primero;  
que pues mando aquí, está claro  
que debo tener talento.  
Traíganme ese par de mozos  
asidos por el pescuezo,  
digan sus bellaquerías  
y yo proveeré sobre ellos.”—

Hízose cual lo mandó,  
y allí dos diablos trajeron  
á una dama toda mimos,  
toda dengues, toda quiebros,  
dando el interrogatorio  
de esta manera comienzo:

—“¿Quién eres?”—“Una señora.  
 ¿No lo mira el muy grosero?”—  
 —“Cállese la tal por cual  
 y responda sin rodeos.  
 ¿Qué estado tienes?”—“Casada.  
 Por amor me uní á un mancebo;  
 pero natura dotóme  
 de un corazon todo fuego,  
 de alma sensible, volcánica,  
 é hidrópica en sentimientos.  
 Lanzóme un hombre un suspiro,  
 cayó su voz en mi pecho,  
 hice como que tenia  
 de oirle remordimientos,  
 hice como que luchaba  
 por guardar mi honor ileso;  
 pero esto era pura fórmula  
 para sazonar el cebo.  
 Irritóse mi marido;  
 yo invoqué de amor los fueros,  
 que entre amante y entre esposo  
 el amante es lo primero.  
 Así pasion tras pasion  
 algunos años corrieron,  
 sin dárseme ni un ardite  
 de aqueso que el mundo nécio  
 llama conyugal deber  
 y los bobos Sacramento;  
 pero el penúltimo amante  
 tuvo del último celos,  
 y una noche descargóme  
 tal trancazo en el cerebro,  
 que sin decir agua vá  
 rodé aquí donde me veo.”—  
 —“¿Y tu marido?”—“Allá queda  
 dando brincos de contento,  
 segun parte que me dió  
 por el telégrafo eléctrico.”—  
 —“Espera en esa zahurda  
 y sabrás tu suerté presto.”—

Hecho tal, otros dos diablos  
 guiaron á un caballero  
 con sus botas de charol  
 y en la nariz sus quevedos.  
 Repitióse la pregunta,  
 y él con sobrado despejo,  
 habló así: —“Señor Pluton,  
 yo fuí casado en efecto,

y el dote de mi mujer  
 derroché en mozas y en juego.  
 Con esa perra taimada  
 que has visto, tuve embelecocos,  
 y al verme sustituido,  
 no por amor, por despecho,  
 le dí el trancazo de marras;  
 pero quiso el hado adverso  
 que el amante, á quien pedí  
 satisfaccion en un duelo,  
 con una estocada en cuarta  
 me dejase patitieso.  
 No ha de llorarme mi esposa,  
 ni mis hijos, que no tengo;  
 de modo que allá mi muerte  
 será la muerte del puerco.”—

Hecha una seña, allí al punto  
 á la mujer condujeron,  
 y entonces á los tres jueces  
 el rey de las sombras vuelto,  
 dijo: —“Sois unos petates,  
 pues no veis como yo veo,  
 cuál es el mejor castigo  
 que ambos á dos merecieron.  
 Yo el hermano del dios Júpiter,  
 señor del oscuro averno,  
 por aquesta mi sentencia  
 á que se casen condeno  
 á estos dos, y al mundo vuelvan  
 para que en nudo protervo  
 por muchos años aún  
 uno de otro sean tormento.  
 Vivan y mueran allí  
 cual vivieron y murieron,  
 y aquí para entonces tengan  
 prevenido alojamiento  
 por nuestro aposentador  
 el digno *Pero Botero*.”—  
 —“No me conformo”—“Abrenuncio!”—  
 Gritaron los dos á un tiempo.  
 —“Yo, que de tantas y tantas  
 fuí admiracion y modelo  
 por mi sublime energía  
 y vigor de sentimientos,  
 viera mi orgullo humillado  
 ante aqueso mundo mesmo  
 por un cafre que daráme  
 poco pan y buen solfeo!

Mejor es quedarme aquí  
 que aqúeste es neutral terreno  
 y como estamos á oscuras  
 ninguno nos conocemos."—  
 —"¡Yo ir á ser, (decía el hombre)  
 lo que por mí tantos fueron!  
 Dirán las gentes de tono  
 que en ridículo me he puesto  
 echándome por mujer  
 mujer tan dada á los perros.  
 Dejadme, señor Pluton,  
 que quedarme aquí prefiero,  
 aunque por vuestro mandato  
 me conviertan en torrezno."—  
 —"No hay que hablar, dijo el monarca;  
 y sabed, pues os lo advierto,  
 que si nada hay en el mundo  
 como un matrimonio bueno,  
 un mal matrimonio, es  
 anticipo del infierno.  
 A los casados del mundo  
 dad en mi nombre un consejo.  
 Miren bien lo que se hacen,  
 que en elegir está el cuento,  
 y sobrellévense faltas  
 pues que no hay mortal perfecto.  
 De nó, vendrán por acá  
 como ya tantos vinieron."—

1855.



## LOS POLLOS.

Militan los hombres  
 en opuestos bandos;  
 los unos son pollos,  
 los otros son gallos.  
 Aquestos y aquellos  
 su pendon alzando,  
 se punzan sañudos,  
 se muerden airados,  
 y nó ven, ¡oh necios!  
 que al postre y al cabo  
 la cuestion tan sólo  
 es cuestion de años.

Dicen á los nuevos  
 los ya veteranos

que, no bien el bozo  
 sombrea sus labios,  
 ya se hacen personas  
 y fuman cigarros,  
 y ya tener quieren  
 planes y noviazgos.  
 Lo que haya de cierto  
 en esto no indago;  
 mas no es bien que sufran  
 todos el sarcasmo,  
 que hay pollos muy buenos  
 y hay pollos muy malos.

Búrlense en buen hora  
 del necio, del fátuo  
 que de cien conquistas  
 hace alarde vano,  
 y nuevo Tenorio,  
 corazon gastado,  
 dándola de escéptico  
 á los quince años,  
 de triunfos que sueña  
 vá un pregon echando,  
 mientras que otros pollos  
 celebran ufanos  
 lo que vale un hombre  
 de experiencia y garbo;  
 mas si asoma el dómine  
 con palmeta en mano,  
 todos los don Juanes  
 huyen aterrados.

Sacudan el polvo  
 á aquellos zanguangos  
 que, doquier bullendo  
 y doquier zumbando,  
 cual nube de moscas  
 que abortó el verano,  
 chocan por audaces,  
 cansan por pesados,  
 y por tontos secan,  
 y aburren por sándios,  
 si no es que soeces  
 y torpes y záfios,  
 por soltar un chiste  
 jugando el vocablo,  
 sueltan una papa  
 como un campanario.

Mas por unos pocos  
 no es bien pierdan tantos

sumisos, atentos  
y bien educados  
que ó cursan las aulas  
celosos del lauro,  
ó su afan consagran  
con honra al trabajo  
para ser un dia  
buenos ciudadanos.

No tildeis en ellos  
lo que vos acaso  
hicisteis un dia  
tal vez no lejano.  
Si calles pasean,  
si rondan cuitados  
á alguna polluela  
que á luz salió hogaño,  
si haciendo telégrafos  
con que rie el barrio,  
en aquella esquina  
los veis madrugando,  
sin ser poderosos  
de su puesto á echarlos  
los frios de Enero,  
de Julio los rayos,  
decid: ¿qué os importa?  
¿qué mal ni qué daño  
causar puede aquesto  
en el vecindario?  
¿Si ellos no lo hacen,  
decid, mentecatos,  
haréislo vosotros  
á los treinta y tantos?

Cada edad sus goces  
tiene y sus cuidados;  
lo que en una aburre  
es de otra el encanto,  
y es punto inconcuso,  
si bien olvidado,  
que un tiempo fué pollo  
el que hoy ya es anciano,  
y gustó de bailes,  
y fué enamorado,  
y escribió billetes,  
y de claro en claro  
se pasó las noches  
la pava pelando,  
con alguna linda,  
entonces un pasmo,

que será á esta fecha  
tal vez un endriago.  
Sed, pues, indulgentes,  
mis señores gallos,  
que el ser grave sienta  
á otra edad y estado,  
y no busqueis esto  
en quien es muchacho.  
Yo más bien prefiero  
verlos casquivanos  
que verlos pedantes,  
tiesos y espetados,  
juzgándose doctos,  
creyéndose sabios;  
porque este defecto  
crece con los años  
y á aquel lo disipan  
tiempos y quebrantos.  
Guerra, cruda guerra  
á los monicacos,  
y paz á los pollos  
modestos y honrados.  
Aquesto es lo justo,  
aquesto es lo santo,  
y á aquesto os exhorta  
uno que ha pasado  
por pollo, primero,  
más tarde, por gallo,  
y hoy aun él ignora  
que cásta de pájaro  
prestarle podria  
un nombre adecuado.

1855.



## DIANA Y ACTEON.



FÁBULA MITOLÓGICA.

Diana, la hija de Jove,  
diosa de mentirigüela,  
númen *in utroque jure*,  
ésto es, de caza y de pesca,  
fué fruto de un *lapsus linguae*  
del excelso hijo de Rea;  
cosa no rara en papá,  
señor muy dado á flaquezas.

Afirman historiadores  
 nació con dientes y muelas,  
 en surna, lo que se llama  
 ya mujer hecha y derecha.  
 Mas para que en todo fuese  
 su bizarría completa,  
 quiso que el *statu quo*  
 siempre se guardase en ella  
 no casándose jamás  
 ni de bromas ni de veras;  
 á lo cual accedió el padre,  
 si bien lo hizo á duras penas,  
 y la hija declarada  
 fué, de real órden, doncella,  
 salvo siempre su derecho  
 de renunciar la prebenda  
 si andando el tiempo topase  
 con alguna conveniencia.  
 Desde entonces, arco en mano,  
 trepó montes, cruzó selvas,  
 sin dejar conejo á vida  
 ni liebre en su madriguera,  
 y sin valerle al cervato  
 sus largas y ágiles piernas.

Servíanla en su ejercicio  
 de ninfas cuatro docenas,  
 con otros tantos cuadrúpedos,  
 no sé si perros ó perras,  
 que no hila tan delgado  
 la historia que aquesto cuenta.

Pues señor, yendo y viniendo  
 sucedió que cierta siesta  
 en la que Febo su hermano,  
 el de rubia cabellera,  
 con sus rayos más ardientes  
 abrasaba la ancha tierra,  
 tuvo Diana calor,  
 como lo tiene cualquiera,  
 y hallando allí á mano un río  
 que apacible el prado riega,  
 en un santiamén la túnica  
 de un árbol cercano cuelga,  
 corre al agua, brinca y.... ¡zas!  
 se zambulle de cabeza,  
 mientras hace con los piés  
 en el aire zapatetas.  
 Con iguales ceremonias  
 la imitan sus compañeras;

todas chillan al sentir  
 la impresion del agua fresca,  
 y luego nadan cual barbos,  
 chapuzan, gritan y juegan.  
 Huyen de susto los peces,  
 azorada el ave vuela,  
 y el verdinegro lagarto  
 corre á ocultarse en la yerba.

Acteon, que andaba á caza  
 de gangas y gallinetas,  
 oyendo tal zipizape  
 acudió allí á todas piernas,  
 por si era pronunciamiento  
 de anguilas ó de lampreas.  
 A las matas de la orilla  
 con mucho tiento se acerca,  
 y encontró que eran faisanes  
 las que él juzgara cornejas.  
 No tuvo que adivinar  
 nada el hombre de las selvas,  
 pues no se usaban entonces  
 peinadores de bayeta,  
 y así por puntos y comas  
 uña á uña y ceja á ceja  
 ya al derecho y ya al revés,  
 á todas tomó las señas.

Apercibióse Diana,  
 si bien tarde, de la treta,  
 y dando á la espalda nítida  
 por velo la áurea melena,  
 apostrofa de grosero,  
 de mal criado y de bestia  
 á Acteon, el cual confuso  
 disculpa halla valedera  
 negando hubiese pragmática  
 que vedar á un hombre pueda  
 el ver, pues para esto sólo  
 le dió ojos naturaleza.

La diosa tales razones  
 no quiso tomar en cuenta,  
 y usando de aquel poder  
 que su alta alcurnia le presta,  
 al cazador trocó en ciervo;  
 si bien más lógico fuera  
 que, pues por ver delinquirió  
 y el topo distingue apénas,  
 en topo le convirtiese  
 quedando á oscuras *in sacula*.



Pero Diana sin duda  
por vengarse á la moderna,  
prefirió ponerle astas.  
¡Qué cosas tienen las hembras!

Acteon, no bien sintió  
aquel peso en la mollera,  
dió un brinco y dióse á correr  
más veloz que una saeta;  
sin embargo, no bastaron  
ni su fuga ni sus piernas  
á impedir que la trailla  
muy pronto de él diese cuenta,  
ofreciendo su cadáver  
á Diana satisfecha.

Vosotras, las que pasais  
el día tras de la reja  
mirando si la vecina  
sube ó baja, sale ó entra;  
las que en perennal acecho  
dais al vecindario alerta  
comentando á vuestro antojo  
cuanto ocurre en casa agena;  
las que al mozo interrogais,  
sonsacais á la niñera,  
y os haceis contradizas  
tal vez con la cocinera  
para indagar si en tal casa  
comen pollo ó comen berza,  
si la señora es roñosa,  
si tiene el amo manceba,  
si el ama, por no ser ménos,  
le paga en igual moneda,  
y en fin todo cuanto dicen,  
cuanto hacen y cuanto sueñan;  
á todas vosotras, pues,  
aquesta fábula os muestra  
que esa curiosidad nímia  
puede tener consecuencias;  
aunque no hayan de llegar  
á punto de una tragedia.

¡Oh! si el cielo otra Diana  
mandar por acá quisiera,  
antes de un mes de seguro  
se poblarian las selvas  
de curiosos y curiosas  
cada cual con piel diversa.  
Mujeres á centenares  
viéranse con forma nueva

trastrocadas en cotorras;  
cambio que mudara apénas  
á no pocas, siendo plumas  
lo que hoy son lanas y sedas,  
pero conservando siempre  
las uñas de hoy y la lengua.

Lectores, si por desgracia  
teneis vecina que acecha,  
leedles este romance  
por ver si alguna se enmienda.

1855.



## DEFENSA DEL MIRIÑAQUE.

A LOS HOMBRES.

—”¿Por qué en palabras y en plumas  
y en abanicos y en coplas  
soltais contra el miriñaque  
tanta sátira burlona?

¿Es de peor condicion  
aquesta reciente moda  
que esas mil que cada día  
sin cesar surgen y brotan?

Hubo un tiempo (cuenta que esto  
por la tradicion nos consta)  
que las mujeres usaban  
saya tan estrecha y corta  
que de lejos parecian  
más que mujeres peonzas,  
y para que más ciñesen;  
les ponian por la orla  
perdigones que bastaran  
para cazar treinta tórtolas.

No sé si por más galantes  
ni sé si por ménos cócoras,  
los pollos de aquella época  
hallaban aquellas pollas  
con semejante envoltura  
sublimes, encantadoras.

Usáronse luego mangas  
de tan colosales formas,  
que cada mujer tenia  
en cada hombro una joroba.

Pareció esta novedad  
tan elegante y pasmosa,

que aumentándose por grados  
aquel volúmen de estopa,  
el bulto que fué puchero  
llegó á convertirse en olla.

Pues con toda esa balumba  
y con esa mole toda,  
á los hombres de su fecha  
les parecian preciosas,  
y á no ser para alabarlas  
ninguno osó abrir su boca.

Con el traje corto ó largo,  
encanutadas ó fofas,  
en todo tiempo á los hombres  
parecimos bien nosotras,  
sin cuidar de si llevábamos  
muchas enaguas ó pocas;  
mas hoy el hombre, avezado  
á las políticas fórmulas,  
discute nuestros vestidos  
á falta de mejor cosa,  
y al ver un ahuecador  
pide la palabra en contra.

Dejen pues á cada cual  
vestir como se le antoja,  
puesto que ellos á su vez  
van como les acomoda;  
que es por cierto mucha gaita  
y es en verdad mucha droga,  
sacar nuestros miriñaques  
en abanicos y en coplas.”—

Esto dijo una pollita  
llena de rabia y de cólera,  
mientras con la bandolina  
se daba lustre á las cocas.

1856.



## AYES DE UN AMOR

NACIDO EN LA PUNTA DE LA VACA.

Un mozo de tres al cuarto  
solemnísimo babieca,  
la siguiente carta escribe  
á su cruda Dulcinea.

—”Señorita, por quien peno  
hace ya semana y média

con fatigas que no sé  
si son blancas ó son negras,  
para alivio de mis ánsias  
os envío esta jaqueca  
adobada de suspiros  
y en una epístola envuelta.  
Si es que os estorba lo negro,  
haced que el mozo os la lea,  
aunque el mandado os apunte  
en el libro de la cuenta.  
Serviráme ella de récipe,  
pues en males que así aquejan,  
antes de tomar la quina  
conviene echar humor fuera.

Era un mártes, día aciago,  
cuando en su tarde serena,  
por ver el ferrocarril,  
salí á la Puerta de Tierra.  
Allí al través de las pitas  
os descubrí en una huerta  
triscando sobre las coles,  
retozando entre las berzas.

No de las blancas espumas  
del reino de las lampreas  
surgió con más atractivos  
la divina Citerea,  
cual vos de la verde alfombra  
de espinacas y de acelgas  
surgisteis á ser de entonces  
la Venus de las afueras.

Párome estático al veros,  
y mis ojos se pasean  
de la trenza al miriñaque,  
del miriñaque á la trenza:  
y aunque apartarlos procuro,  
vuelven, por más que no quiera,  
*de la tienda á la garita,*  
*de la garita á la tienda.*

¡Qué mucho, si á festejar  
vuestra gracia y gentileza  
parece que toma parte  
cuanto os mira y os rodea!

Las pintadas lagartijas,  
saliendo de entre la yerba  
para mejor contemplaros,  
sobre las cañas se trepan;  
sus cuernos los caracoles  
van sacando á la vergüenza

y la baba se les cae  
al ver á tan linda huéspedá;  
cantan gozosas las ranas  
en el fondo de la alberca,  
y hasta el macho de la noria  
aguza entrambas orejas.

¡Oh amor, bien dijo el que dijo  
que en los campos te recreas,  
porque el huracan del mundo  
tus flores marchita y seca!

Yo que arrostré impunemente  
del Perejil las bellezas;  
yo, que en la plaza de Mina  
de diez Didos fui el Eneas,  
cuando ménos lo pensaba  
probé de amor la saeta,  
asestada entre lechugas,  
zanahorias y habichuelas.

El sol se puso, tocó  
á recoger la corneta,  
y emprendió la retirada  
con vos la familia entera.

Ibais delante, en seguida  
la mamá, segun las señas,  
morcon del siglo pasado,  
mala facha y peor fecha.

Perdonadme esos piropos  
que mi cariño revelan,  
que es bien hable como yerno  
quien aspira á tanta suegra.  
Ibamos, cual dije, en sarta,  
vos delante, tras vos ella,  
tras de mamá una perrita,  
y yo detrás de la perra.

Por más que mamá forzaba  
de su vapor las paletas,  
tan sólo en un tris estuvo  
que no cogiésemos puertas;  
mas al fin por el cañon  
entramos á duras penas,  
y aunque en mí no reparábais,  
en cambio vuestra Diamela,  
que sin duda olió mi amor  
y que en lo arisca os semeja,  
gruñendo hácia mí volvía  
su hocico airada y aviesa  
enseñándome los dientes,  
cual si advertirme quisiera

que, animal por animal,  
primero que yo era ella.

Llegamos á vuestra casa,  
y desde aquella hora mesma,  
sin que seais coronel  
os hago la centinela.

Debajo de esos balcones  
aprovecho vía recta  
la basura del barrido,  
el polvo de las esteras,  
el alpiste del canario  
y el agua de las macetas.  
Empero nunca consigo  
por más que el pescuezo tuerza,  
ver asomar vuestra cara  
por ventana ó por gatera.  
Hacedlo una vez, señora,  
ya que dinero no os cuesta,  
y mirad mi *coram vobis*  
por si acaso el novio os peta.

En exhibicion me pongo  
cual mulo que sale á feria,  
que es de amor comun milagro  
trocar los hombres en bestias.

Si de mis cargos y empleos  
quereis saber cosa cierta,  
os diré soy inspector  
de calles y de alamedas;  
y no se pone adoquin,  
ni en obras se alza una piedra,  
ni un tubo de gas se empalma,  
que yo no escudriñe y vea.  
Y aunque hasta ahora el municipio  
estos servicios no premia,  
en el ramo de empedrados  
ha de emplearse cuando sepa  
no hay pison que más trabaje  
que de mis botas las suelas.

Tambien algun dia espero  
tener mi poco de tierra....  
cuando me la echen encima,  
después de que yo me muera.  
Tal soy de levita adentro:  
vedme de levita afuera,  
y apechugad con mi bulto  
si hambre de palique os ciega.

Partido no soy, ni quiero,  
porque vivo en la creencia

que más que un hombre partido  
vale un hombre en una pieza.

Si me quereis, vuestro soy,  
cerrad los ojos y á ella;  
sinó, dos cuartos de fósforos  
pondrán fin á mi existencia;  
y haré que un amigo escriba  
con carbon sobre mi huesa:

—"No á la Punta de la Vaca  
os desliceis, ¡oh almas tiernas!  
porque amor en aquel sitio  
tira cornadas por flechas.

Ni esparzais sobre mi tumba  
la siempreviva y la adelfa;  
mas flores de calabaza,  
que son las que á un desden sientan."—

1859.



## UN NOVIO EN SUBASTA.

Yo, soltero como un hongo,  
viendo por mis almanaques  
que á más andar se me cuele  
la edad de los alifafes,  
renuncio mi doncellez  
y me doy casi de balde,  
segun verán por mis prendas  
las que quieran escucharme.

Echóme mi mamá al mundo  
cuando la epidemia grande;  
por eso desde el nacer  
todo fuí calamidades.

Siempre con muy malos ojos  
me miró mi señor padre;  
(era lagañoso, y nunca  
pudo con buenos mirarme.)

Yo saqué de su merced  
ese rasgo culminante.  
Papá abuelo era lo mismo:  
es sello de mi linage.

De chico tuve viruelas,  
y mi faz, que era de un ángel,  
como un rallador de queso  
la dejaron las señales.

De once años fuí á la escuela,  
porque mi señora madre

no me dió estudio hasta entónces  
temiendo me malograrse.

Fueron mis disposiciones  
tan raras y tan notables,  
que me aprendí la cartilla  
en tres años no cabales;  
y á los trece de mi edad  
eran mis alientos tales,  
que me echaba á hacer palotes  
con todos los de mi clase.

Viéndome con tal talento  
pensaba hacerme mi padre  
abogado, mas murióse:  
allá por siglos me aguarde.

Dejóme un trozo de viña  
y una casa, lo bastante  
si ya no para echar coche,  
para no morir de hambre;  
mas fuíme á Madrid, y al año  
le dí á mis cepas tal mate,  
que sobre un tapete verde  
ví de todas el desastre.

Viéndome sin un real,  
lancéme perseverante  
á pretender, porque en mi alma  
surgió el deseo laudable  
de utilizar mis talentos  
en pró de mis semejantes,  
y al servicio de la patria,  
como bueno, consagrarme.

Solicité una intendencia;  
¿mas el mérito qué vale  
sin el favor? Al fin hube  
de aceptar, y eso Dios sabe  
si fué con abnegacion,  
un estanco en Castrourdiales.

Tal principié mi carrera  
en Hacienda. Un mi compadre,  
andando el tiempo, llegó  
á ser todo un personage:  
por él salí del rapé;  
hasta que años adelante  
la espantosa cesantía  
vino á dejarme en la calle.

Ya que no tengo que hacer  
juzgo lo mejor casarme,  
y en licitacion me pongo:  
pujen pues para el remate.

Voy con el siglo; la fecha  
no es asunto que os alarme,  
que en quien se casa, las hembras  
no han de mirar navidades.

El haber de cesantía,  
si no dá para faisanes,  
podrá dar para frijoles,  
que es comida más suave.

A mi esposa diversiones  
le daré con que se harte,  
que no habrá en lo complaciente  
marido que á mí me iguale.

Oiremos ambos la ópera,  
se entiende, desde la calle,  
que guerra y música, lejos  
han de verse y de escucharse.

Cuando llegue el carnaval  
ó piñata, y haya baile,  
yo la llevaré á la puerta  
á observar quien entra ó sale.

Si acaso hay fiestas de toros,  
iremos todas las tardes  
para ver los arrastrados  
cuando del circo los saquen.

Si es aficionada á modas,  
porque su gusto se sácie,  
la llevaré á ver por fuera  
LA EXPOSICION y EL PASAGE.

Si observo que á mi mujer  
las golosinas le placen,  
no habrá vidriera de dulces  
adonde yo no la pare.

Con esto, y con un vestido  
de coco de á dos reales,  
y un ahuecador de empleita,  
y un pañuelo de lunares  
de los que hay en el mercado  
entre acelgas y tomates,  
no sé qué más pedir pueda  
la que conmigo se case.

Solteritas y viudas  
á la que esta ganga cuadre,  
ya la subasta está abierta  
y se apercibe el remate.

## RESPUESTA AL NOVIO EN SUBASTA.

Yo, en nombre de las que aquí  
acudimos al reclamo  
de la subasta de un novio,  
que fué peregrino chasco;  
despues de pedir la vénia,  
como es uso en tales casos,  
rompo á hablar, porque reviento  
si un minuto más me callo.

¿Cómo, pues, viejo estantigua,  
pudo usted ser tan osado  
que en licitacion se ponga  
con tal facha y con tal garbo?

Hiciéralo algun buen mozo  
de crespo bigote y áspero,  
hombre de altivez y empuje,  
mofletudo y colorado;  
muelas á prueba de nueces,  
salud á prueba de callos,  
y que si estornuda, suene  
á cañon de á veinticuatro;  
en fin, uno de esos hombres  
que pueden tirar de un carro:  
pues con esto y diez cortijos,  
y un agujero en las manos  
por donde derrame onzas  
cual otro pudiera ochavos,  
en gracia de estampa y rumbo  
pasárasele lo fátuo.

Pero usted, que sólo tiene  
cuatro pelos, y esos canos,  
debajo de los que esconde  
sus seis docenas de años;  
usted, con cara de alcuza,  
con tez color de lagarto,  
y cuyo garboso cuerpo  
es de una etcétera el rabo;  
usted, y esto es lo peor,  
pobreton tras de lo asmático;  
¿por qué en vez del cementerio,  
donde há tiempo que archivado  
debiera de estar su bulto,  
se atrevè á buscar el tálamo?

¿Pues qué, tan poco valemós?  
¿Pues qué, tan de sobra andamos



que á todo el que diga ENVIDO  
hemos de alargar la mano?

Yo sé bien que las mujeres  
no tienen otro guisado;  
mas vale más quedar crudas  
que servir para tal plato.

La que por amor se casa  
con un pobre, de antemano  
vá resignada á sufrir  
de la pobreza los daños:  
si ellos la afligen, para eso  
lo compensa el tierno halago  
de aquel su mútuo cariño  
que es de sus almas encanto.  
La que unió su suerte á un hombre  
por interés ó por cálculo,  
si males ó contratiempos  
le dan sus frutos amargos,  
justo es los conleve, en gracia  
de los goces disfrutados;  
que quien está á las maduras,  
que esté á las duras es llano.

¿Pero usted, qué nos ofrece  
de nuestra aquiescencia en cambio?  
Su cesantía, que es hambre,  
su persona, que dá asco,  
sus alifafes, que es peste,  
su ruindad, que pone espanto;  
en fin, un novio de pega,  
que ni es carne ni es pescado.

Sus lacras, sus mataduras,  
hijas de vicios de antaño,  
y que adquirió siendo pollo  
en tiempo de Cárlos cuarto,  
él sólo allá se la sufra;  
mas no busque el mentecato  
una mujer que le sirva  
para arroparle el catarro,  
ponerle las cataplasmas  
ó darle unto al espinazo.

Solteron impenitente,  
que tras correr tu caballo  
por medio siglo, hoy te vés  
viejo, pobre, feo y magro,  
¿crees tú que el matrimonio  
es algun cuartel de inválidos?

Y aun pase lo de la tos,  
lo del asma y lo del flato,

si tras de aquesto asomaran  
lujo, carruages, teatros,  
gran casa, siete modistas,  
buena mesa y barro á mano,  
que á BUEN BOCADO BUEN GRITO,  
dice un español adágio.  
Mas por toda perspectiva  
nos ofreces, ¡de ira estallo!  
para el estómago, alúvias,  
con entremés de gazpacho;  
para la decencia, coco,  
y ese á diez y siete cuartos;  
pasteles que otros digieran,  
y el olor de los saraos,  
que es llegar y no pegar  
como el suplicio de Tántalo.

Purgatorio que no espera  
la gloria tarde ó temprano,  
es infierno, en el que usted  
haria el papel del diablo;  
y en verdad que para serlo  
no le falta más que el rabo.

Déjese pues de bodórrio;  
y si el ócio le dá enfado,  
en vez de buscar esposa  
váyase á espulgar á un galgo.

Sexo, tú, que eres del hombre  
la delicia y el regalo;  
tú la más dulce y más bella  
mitad del género humano;  
tú que con santas virtudes  
eres del hogar encanto;  
con indignacion rechaza  
á todo aquel insensato  
que considerarte ose  
cual prenda vil de mercado.

Obtenga tu corazon  
quien el suyo te dé en cambio;  
pero eso de que un cualquiera  
por sólo ser hombre, ufano  
piense que á la voz de boda  
se irán trás él al reclamo,  
y no habrá sino escoger  
como peras en canasto;  
eso, compañeras mias,  
nunca debeis tolerarlo.

Alzad contra esta injusticia  
el grito: mas consolaos

al ver que así de vos piensan  
los necios sólo y los fátuos.

1861.



## LOS CUATRO NOVIOS DE JUANA.

De la lista de mis novios  
quieres, amiga Ruperta,  
que con notas de servicios  
te dé minuciosa cuenta.  
Haz, pues, un breve paréntesis  
al zurcido y la calceta,  
y allá van puestos en sarta  
como buñuelos de féria.

No bien de niña zancuda  
ascendí á pollita tierna,  
y soltando los calzones  
dí á la enagua alargaderas,  
cuando anhelosa de hacer  
mi *debuto* en toda regla,  
la suerte me trajo un pollo,  
de los de tres en cazuela.  
Era chiquito y enclenque,  
muy peludo de mollera,  
pero, al contrario, la cara  
más monda que una habichuela.  
A caballo en la nariz  
quevedos de vidriera,  
y en oyendo tocar polkas  
le bailaban ambas piernas.  
Miróme, miré; siguióme,  
y una tarde en la alameda  
me hizo su declaracion  
con voz de polichinela.  
Mamá, que escuchaba al paño,  
largó una andanada récia;  
él se escabulló, y en mí  
vino á estallar la tormenta.  
Con argumentos de uña  
quiso esforzar su elocuencia,  
y cada pellizco suyo  
me hacia ver cien estrellas.  
Sus razones me escocieron,  
y al cabo pensé discreta  
que un amor con cardenales,  
más que amor, cónclave era.

De pollos escarmentada  
quise echar por otra senda,  
y acepté un gallo maduro  
que se me entró por las puertas.  
¡Gran mozo! Negro el cabello,  
por patillas dos zaleas,  
encerillado el bigote  
y un escobillon por pera.  
Hablóme de sus cortijos,  
de sus casas, de sus tierras,  
de un tio conde, del cual  
título heredaba y rentas,  
y añadióme que tenia  
seis contratas con la Hacienda.  
Y luego ¡qué entretenido!  
como por mar y por tierra  
corrido habia el mapamundi,  
me contaba mil lindezas.  
Decíame que en París  
se cojen muchas ballenas;  
que en Londres se crían loros  
que bailan la tarantela;  
me hablaba de las sardinas  
que en Despeñaperros pescan;  
de las monas en que abunda  
todo el golfo de las Yeguas;  
del rio Nilo que corre  
junto á Alcoy, y de Siberia,  
país donde se disfruta  
de una primavera eterna.  
Pero ¡qué chasco! mi novio  
averiguóse que era  
un caballero de industria  
y embrollon de siete suelas.  
Con escolta de civiles  
lo embarcaron para Ceuta,  
y el que debió ser *condado*  
vino á resultar *condena*.  
Si dió que hablar este lance  
tú, amiga, allá te lo piensa;  
á mi costa todo el pueblo  
se rió semana y media;  
mas yo que en el buscar novios  
he sido siempre impertérrita  
me dije: valor y á otra,  
ya que la de hoy salió huera.

Un militarón muy tieso  
con bigotes como leznas,

cuadrado al frente, faz hosca,  
 cortada la pelambreira  
 al último figurin  
 del cuartel de Santa Elena,  
 me echó á su modo miradas,  
 y á su modo me hizo señas,  
 y aún me requebró al pasar  
 con el tono de voz mesma  
 con que á su tropa mandara  
 variacion por la derecha.  
 Ya sabes que desde niña  
 fui muy dada á charreteras,  
 porque papá fué sargento  
 de nacionales en Écija;  
 pues bien, yo que me coloco  
 siempre al nivel de mi época,  
 hoy en viendo un poncho, un ros,  
 y en la manga tres estrellas,  
 las del cielo me parecen  
 segun el alma me alegran.  
 En un mes de novio, el tal  
 no desarrugó las cejas;  
 tratábame á lo recluta,  
 y me arrestaba en banderás,  
 y me hacia observar consigna  
 cual si fuese centinela;  
 y hasta un dia, que salí  
 sin pedirle antes licencia,  
 me amenazó con ponerme  
 en el cepo de cabeza.  
 Sujeta á ordenanza estuve  
 sin tener filiacion prévia,  
 y con las leyes penales  
 durante un mes siempre á cuestas.  
 Al fin marchó el batallon:  
 mas no bien llegó á Antequera,  
 me envió mi capitán  
 por cumplida mi licencia.  
 Desde entonces en oyendo  
 un tambor ó una corneta,  
 de miedo me esconderia  
 en el centro de la tierra.

A las dos ó tres semanas  
 recibí por la estafeta  
 una carta de un marino  
 que aquí te copio á la letra:  
 —"Señorita, vuestros ojos  
 como si *metralla* fueran,

me han destrozado la *jarcia*  
 y deshecho la *obra muerta*.  
 Si no me dais un *remolque*  
*irme á pique* será fuerza,  
 que tengo de ayer acá  
 tres piés de agua en la *bodega*,  
 y es tal mi amor, que no aguanta  
 dos *singladuras* como esta.  
 No *orce* usted, si le doy *caza*,  
 que es de novio mi *bandera*;  
 ni si tomo el *barlovento*,  
*vire* forzando de *vela*.  
 Póngase en *facha* á la voz  
 esta noche, y haga espera  
 junto á la *porta de luz*  
 que cae á la callejuela.  
 Yo aguardaré *bordeando*  
 la señal de inteligencia;  
*ize*, que yo *arribaré*,  
 y si como yo *marea*,  
*rendiremos* este viaje  
*tomando puerto* en la iglesia."—

Un primo mio piloto  
 me tradujo aquesta jerga:  
 acudí, nos entendimos,  
 y cuando más satisfecha  
 estaba de mi conquista,  
 hizo rumbo su corbeta  
 á Manila, y me quedé  
 anclada y llorando ausencias,  
 siendo ésta la hora en que de él  
 ni oí razon ni ví letra.

Tal es mi historia hasta aquí;  
 no envidiarás mi cosecha,  
 pues tras de ser poco el grano,  
 la calidad fué perversa.  
 En los cuatro he recorrido  
 la escala social entera,  
 y paisanos, militares,  
 pollos, gallos, mar y tierra,  
 haciéndome suspicaz,  
 que es suspicaz la experiencia,  
 me han hecho ver que de ciento  
 han de fallar los noventa.  
 Unos, porque aun están verdes;  
 otros, porque, por la inversa,  
 de puro tuno se caen  
 del árbol con gusanera,



y otros en fin, porque fieles  
 á la novísima escuela,  
 el si te ví no me acuerdo  
 han adoptado por lema.  
 Sé bien, y en eso confío,  
 que no hay sin escepcion regla;  
 pero en tanto que la hallo  
 el irme con tiento es fuerza,  
 que no hay precaucion que sobre  
 si con fulleros se juega.  
 Y pues me enseñó un marino  
 los términos de la ciencia,  
 diré que la que en el mar  
 de los amores navega,  
 mientras tan sólo un celage  
 en el horizonte vea,  
 lleve siempre média máquina  
 ó poco trapo en las vergas.

1862.



## LAS DOS ÉPOCAS.

I.

23 DE ABRIL DE 1616.

En una triste morada  
 que entre sus calles esconde  
 la ilustre villa que ciñe  
 corona de régia corte;  
 al opaco resplandor  
 de amarillentos blandones,  
 sin más lecho que una estera,  
 se vé el cadáver de un hombre  
 al que sirve de mortaja  
 de Francisco el sayal pobre;  
 del hábito la capucha  
 oculta su frente noble,  
 dó larga huella estamparon  
 años y acerbos dolores.  
 No su muerte la campana  
 anunció en fúnebre doble,  
 ni túmulo suntuoso  
 para él el templo dispone,  
 ni en privada sepultura  
 una losa dirá el nombre  
 del que ha de llenar un dia  
 con su fama todo el Orbe.

La huesa comun le espera,  
 por que allí en polvo se torne  
 el cuerpo que encerró un alma  
 que, entre angustias y aflicciones,  
 un libro legó á la historia  
 tal, que él sólo le corone  
 por el más insigne ingenio  
 que en letras laureles goce.  
 Ese que veis fué soldado,  
 mas le negó sus favores  
 la fortuna, y cicatrices  
 en vez de riquezas dióle.  
 Mazmorras halló en Argel  
 y en su patria halló prisiones,  
 y en la ignorancia y la envidia  
 todo un mar de sinsabores.  
 Luchó en vano con la suerte,  
 pobre vivió y murió pobre.  
 Tal fué Miguel de Cervántes  
 el gran autor del *Quijote*.

II.

23 DE ABRIL DE 1872.

Cual Fénix que nunca muere  
 y al consumirse en la hoguera  
 de sus cenizas recibe  
 nuevo ser y vida nueva,  
 así Miguel de Cervántes  
 despues que bajó á la huesa  
 con nuevas alas se encumbra,  
 con nuevas glorias se ostenta.  
 Por los ámbitos del mundo  
 su fama se extiende y vuela,  
 y cien distintos países  
 en cien diferentes lenguas,  
 al manchego hidalgo aplauden  
 y sus locuras discretas.  
 Su libro al vulgo entretiene,  
 su libro al docto recrea,  
 los eruditos lo anotan  
 y los sabios lo comentan.  
 A su autor alza Madrid  
 estatua de bronce y piedra,  
 con su nombre honra sus calles,  
 y un bruñido mármol muestra  
 la casa que le dió abrigo  
 en sus horas postrimeras.

De su muerte aniversario,  
 en suntuosas exequias  
 hoy la piedad gaditana  
 sus preces al cielo eleva.  
 Cervántes, casi ignorado,  
 pobre, abandonó la tierra  
 sin que una lágrima amiga  
 en su tumba se vertiera.  
*Hoy le glorifica España.*  
*Comparad época á época.*

1872.



## LOS GALEOTES. (\*)

Caminaba Don Quijote  
 por las llanuras manchegas  
 en demanda de aventuras,  
 cuando por la propia senda  
 vió venir algunos hombres,  
 de ellos hasta una docena,  
 cuyos rostros y pelages  
 daban evidentes señas  
 de haber remado en gurapas  
 y haber probado las pencas.  
 Sin duda por ende iban  
 ensartados como cuentas  
 y llevando todos ellos  
 ceñidas á ambas muñecas  
 lo que con un nombre mismo,  
 aunque en excepcion diversa,  
 si en el presidiario *esposa*  
 es en la dama *pulsera*.

Mas suspendo aquí el discurso,  
 y pidiendo vuestra vénia  
 un poco reflexionemos  
 antes de entrar en materia.

Esposa y presidio dige,  
 y á fé que son dos ideas  
 que en una sóla palabra  
 no parece que cupieran.

La esposa de carne y hueso  
 debe ser, aunque no sea,  
 en desgracias como en dichas  
 del hombre fiel compañera,

que una sóla le consiente  
 con razon la Santa Iglesia.

Sé que hasta cuatro permite  
 el mahometano á su secta,  
 mas para el buche de un turco  
 cuatro son parva materia,  
 y así para su uso diario  
 tiene el Gran Sultan doscientas;  
 pero en esto hay ilusion,  
 que esas mugeres de ancheta  
 no son mugeres, son bultos  
 que se venden y se mercan,  
 luego en el haren las guardan  
 como frascos en conserva;  
 mas no digais que allí habitan,  
 sino que allí se almacenan  
 hasta que en el excluido  
 se las deseche por viejas.

En una doble excepcion  
 la voz de esposa se emplea;  
 la una es un ser racional,  
 la otra una sustancia férrea.

Es cierto que ambas á dos  
 al más indócil sujetan,  
 que el buey suelto halaga á muchos,  
 aunque lamerse no puedan,  
 que eso de yugo es palabra  
 que al hombre asusta y subleva,  
 pues ven en ello alusiones  
 muy propias de una dehesa;  
 mas no siempre son de hierro  
 esos grillos y cadenas,  
 que es de rosas ese yugo  
 que sin causa os amedrenta,  
 y que aun el alma más dura  
 culto rinde á la belleza.

De tales rancias premisas  
 saquemos la consecuencia.

La poligámia es á un tiempo  
 torpe vicio, inmoral féria  
 y lujo insensato, cosas  
 las tres á cual más perversas.  
 Sobra una muger, si es mala,  
 basta una muger, si es buena.

Mas reanudando el asunto,  
 diré que esos que ahora llegan

(\*) Leida por su autor en el tercer aniversario de Cervántes, celebrado públicamente en Cádiz en el Salon de la Casa Ayuntamiento.

son bellacones de á fólio  
condenados á galeras  
á donde van con escolta,  
y siendo ellos gente aviesa  
tienen que ir como en trailla,  
que de otra suerte no fueran.

Saber quiso Don Quijote  
la causa de sus condenas,  
y otorgada la demanda,  
dijo el primero que era  
por enamorado, pues,  
para dar de su amor prueba,  
quiso tanto á una canasta  
de colar, de ropa llena,  
que á impulsos de su cariño  
la abrazó con tanta fuerza,  
que á no ser por la justicia  
jamás soltado la hubiera.

Y yo digo que no extraño  
tal amor, pues cosa es cierta  
que donde quier que vayais  
vereis hombres á docenas  
que por la ropa tan sólo  
suelen irse tras las hembras.  
Empero no se confunda  
lo que es real ó es apariencia,  
que una cosa es la muger  
y otra la engrudada tela.

Despojad á la alcachofa  
una á una de sus pencas,  
y muchas veces vereis  
que en espárrago se trueca.

Mas no os metais en honduras  
de averiguaciones nécias.  
Bien es lo que bien parece;  
y por eso un gran poeta  
dijo que ese cielo azul  
que tanto al mortal recrea,  
ni es azul, cual veis, ni es cielo,  
y sin embargo embelesa.

Así, pues, que la verdad  
suele ser amarga y fea,  
acéptese la mentira  
cuando la mentira es bella.

El segundo de la sarta  
no habló, tal vez por modestia;  
mas lo hizo otro galeote  
diciendo que su sentencia

fué por músico y cantor.

Asómbrame tal respuesta,  
pues no sé yó que haya código  
ni provision ni Real Cédula,  
que prohiba ó que castigue  
á un bemol ó á una corchea.

¿Qué tiene que ver un juez  
con ningun compás de espera,  
ni qué con un dó de pecho,  
ni con *andantes* ni *estretas*?

Yó sé, que al que desentona  
le silban y hasta le befan;  
mas nunca ví que por eso  
manden á un hombre á galeras.

El galeote explicó el caso,  
y, segun Hamete cuenta,  
el ser músico y cantor  
es confesar en la trena,  
que entre gente de esa estofa  
no es el delito el que afrenta,  
sino solamente es  
del que el delito confiesa.

Luego á otro tocó la vez,  
y entre burlas y entre veras  
algo habló de ciertas primas,  
mas no primas de vihuela;  
pero viendo que el asunto  
llevaba trazas y muestras  
de ser duro de pelar,  
y á más de índole doméstica,  
eché un velo á esta aventura,  
y otro á las demás que quedan,  
que harto he fastidiado yá  
con mi charla tosca y nécia  
al benévolo auditorio  
que hora su atencion me presta.

Perdona tú, oh gran Cervántes,  
si osé tocar las lindezas,  
las maravillas de un libro  
de fama imperecedera.

Perdona si me atreví,  
aunque por loarte sea,  
con mi pluma de avestruz  
desaliñada y grosera  
á manchar esa tu historia  
do es cada línea una perla,  
cada concepto un diamante  
y un mundo cada sentencia.

Para tí nació el Quijote:  
nadie profane tu huesa,  
que si único en el ingenio,  
única ha de ser tu péñola.

1876.



## A DULCINEA

CON OCASION DE SU ENCANTAMIENTO. (\*)

¡Oh tú, gloria del Toboso,  
lugar al que fama dieran  
sus robustos tinajones  
de antidiluviana fecha!

¡Tú, amor del manchego insigne  
cuyo nombre el mundo llena  
con sus sazonadas burlas,  
con sus ingeniosas veras!

¡Tú, á quien en mejores tiempos  
dotó la naturaleza

de tan raras perfecciones,  
de tan relevantes prendas,  
que á ser hoy lo que antes fuiste,  
aspirar á ser pudieras,  
si no en Golconda diamante,  
en la Mancha gorda perla!  
Atiende á mi voz verídica,  
aguza entrambas orejas,  
ya que la inconstante suerte,  
en sus varias peripecias,  
quiso ayer darte faisanes  
y hoy potage de lentejas.

Fuiste dama principal,  
y segun la historia cuenta,  
ilustre por tu abolengo  
y sin par por tu belleza;  
mas héte aquí que la envidia,  
siempre al daño ageno atenta,  
usando de malas artes  
trocó tu naturaleza  
de modo que al poco tiempo,  
por transformacion completa,  
la madre que te parió  
conocerte no pudiera.

Záfia y soez te volviste,  
antes siendo mansa oveja,  
y hoy con una coz respondes  
al patan que te requiebra.

Tú, que ayer te solazabas  
enhebrando blancas perlas

ó cogiendo en tus jardines,  
seguida de tus doncellas,  
la temprana flor que Abril  
regaló á la primavera,  
hoy en inmundo corral  
dó tus pulgas almacenas,  
provista de harnero y criba  
el grano limpias y aechas.

Tu aliento, de dó brotaban  
perfumes de la azucena,  
y que en la fragante rosa  
condensaba sus esencias,  
(no hablando aquí del pachúli  
que es invencion más moderna),  
lanza hoy eflúvios groseros  
que la presencia revelan  
del ajo y de la cebolla,  
que suben por vía recta  
al olfato, y en su curso  
dan el quien vive á seis leguas.  
Aquella tu tez que un dia  
envidia fué de la seda,  
tez que por lo limpia armiño  
si espejo fué por lo tersa,  
hoy ese sol de la Mancha,  
que hasta los guijarros tuesta,  
natural es que ahora tueste  
tu piel y sus entretelas,  
en tanto que acre sudor,  
que tufó hombruno en sí lleva,  
no en gotas, sino en raudales,  
de apestosa procedencia,  
con su rancio aceite tiñe  
tu faz y sus adyacencias.

Tú, cuyas manos de nieve  
bordaban cifras y empresas,  
hoy dos costales de trigo  
cargas á pulso en tu acémila,  
y aun sin esfuerzo podrias  
tirar tú de una carreta.

Tal fuiste tú cuando hermosa;  
tal eres hoy cuando fea;  
que un maligno encantador  
mudó tu naturaleza

y hoy es Aldonza Lorenzo  
la que antes fué Dulcinea.

Y así al verte y al oírte  
dirá quien te oiga y te vea:

—"*Oh, quam mutatus ab illo!*"—  
como allá cantó el poeta.

1877.

(\*) Leída por su autor en el *Gran Teatro*, en celebracion del aniversario de Cervantes.

# APÉNDICE.<sup>(\*)</sup>



## EN LA MUERTE DEL MAGISTRAL CABRERA.

### ELEGIA.

¿Por qué cubre doquier fúnebre velo  
el Templo del Señor, y á par del llanto  
preces de eterna paz suben al cielo?  
¿Por qué la voz se niega al triste canto,  
y el eco torna sólo el ¡ay! doliente,  
moviendo el alma á religioso espanto?  
Absorto miro la afligida gente  
que al pié de los altares corre ansiosa,  
ceñida de ciprés la mustia frente:  
Y ante el ara, do al mundo tenebrosa  
divinidad se envuelve en el misterio  
que la fé adora y penetrar no osa;  
Allí dó el Númen santo, cuyo imperio  
dirigé de los orbes la armonía,  
cumplió de redencion el ministerio:  
Su humilde ruego al alto trono guía,  
y pide á Dios el sobrehumano aliento  
que en la tribulacion al hombre envia.  
¿Mas quién, oh Gades, ahuyentó el contento  
que ayer cubrió tu faz? ¿Cuál diestra fuerte  
las flores de tu sien arrojó al viento?  
¡Ah! Que al tremendo fallo de la muerte  
el mundo resistir procura en vano:  
sólo llorar le reservó la suerte.  
Ya no existe Cabrera; ya su mano  
del infeliz no aliviará el destino:  
perdió ya el pobre su amoroso hermano;  
Aquel que de piedad el don divino  
doquier vertiera, y cuyo santo anhelo  
hambre y miseria y desnudez previno.

---

(\*) Estas poesías no pudieron insertarse en sus lugares respectivos, por haber sido habidas despues de tirados los pliegos anteriores.

De nuestros ojos en infausto vuelo  
 le arrebató la muerte, y llanto y luto  
 dejó por siempre al angustiado suelo.  
 Tú, ¡oh patria! le admiraste: ópimo fruto  
 de su virtud cogiste y de su gloria;  
 tú le diste de lágrimas tributo.  
 Su nombre puro guardará la historia,  
 y el agradecimiento ora te pide  
 inundes en la pena su memoria.  
 La Cátedra Sagrada, do reside,  
 cual en su trono, la verdad augusta,  
 no ya de inspiracion rayos despide:  
 La Parca marchitó con mano adusta  
 los brillantes laureles que elocuencia  
 al ilustre varon ciñera justa.  
 Cual del astro benigno la influencia  
 vivifica los dones de natura,  
 así brilló su gran beneficencia;  
 Que ora del Evangelio en la luz pura  
 patentiza el error; ora consuelo  
 dá al que siguió tal vez su huella impura,  
 O de impiedad el horroroso velo  
 las eternas verdades le ocultara  
 que sólo á humilde fé revela el Cielo.  
 En tanto, de fatigas siempre avara  
 su piedad santa, al lecho do entre penas  
 gime la humanidad, raudo volara,  
 Y el manjar de salud, á manos llenas  
 grato reparte: intrépido, sereno,  
 ni en su afliccion olvida las ajenas;  
 Que el temor desoyó, cuando en el seno  
 del triste pueblo, en su furor vertiera  
 mortífero contagio su veneno.  
 Mas no tan sólo el Cielo hollar le diera  
 la senda de virtud consoladora;  
 vuela su ingenio á más sublime esfera,  
 Y allí las ciencias busca: ya de Flora  
 el pueblo hermoso, muestra de su empleo  
 la propiedad nociva ó bienhechora;  
 Nuevo tesoro ostenta á su deseo:  
 y Europa le admiró, y entre sus hijos  
 le venera la patria de Linneo. (\*)  
 Ya en los principios que por siempre fijos  
 dirigieron la mano de natura  
 instruye al labrador, y á sus prolijos

---

(\*) El Doctor Cabrera fué individuo de la sociedad botánica de Lunden en Suecia, patria de Linneo.

Afanes, la olvidada agricultura  
 bella esperanza torna al patrio suelo  
 y riqueza en sus fuentes le asegura.  
 Ya su ilustrado é incansable celo  
 multiplica el insecto que naciera  
 bajo remoto y abrasado cielo,  
 Do al par del oro que su seno hinchera  
 le precia el nuevo mundo, y que algun dia  
 suyo le hará tal vez España entera.  
 Ya de las lenguas por la incierta via,  
 entre penoso afan, correr osara,  
 siendo el ingenio á la constancia guía;  
 Y ante las luces de su ciencia clara  
 la tiniebla cayó, dó misteriosa  
 antigüedad del mundo se ocultara.  
 Que vanamente en nube tenebrosa  
 los siglos envolvieron el sagrado  
 lenguaje que Sion habló orgullosa;  
 Y el que Homero ilustró: ni le fué dado  
 al Arabe ocultar en sus desiertos  
 el que fué de sus padres venerado:  
 De allí le arranca, y al profano abiertos  
 vé el oscuro Islamismo sus errores  
 de falso brillo y de laurel cubiertos.  
 Mas de herido metal tristes clamores  
 anuncian ya desde la torre altiva  
 de eterna despedida los horrores.  
 Ya aquella faz, que tanto amara viva,  
 contempla el pueblo por la vez postrera.  
 ¡Recuerdo de dolor que el llanto aviva!  
 Y tú, ¡oh Señor! que hundiste en pena fiera  
 á tus humildes hijos, si su acento  
 penetra acaso la celeste esfera;  
 Si á tu trono, que adora el firmamento,  
 llegan tal vez nuestras devotas preces  
 sobre las alas del piadoso viento:  
 Temple tu mano las amargas heces  
 del caliz de dolor; vierta en el seno  
 la uncion con que los males adormeces;  
 Y el que hoy lloramos, de tu gloria lleno,  
 goce de paz el venturoso dia  
 en la mansion que destinaste al bueno.  
 En tanto ya la ceremonia pia  
 concluye sus deberes funerales:  
 cae la losa, y en la tumba fria  
 repite el eco los eternos vales.

A LA DIGNA MEMORIA DE MI CARO AMIGO

EL DOCTOR

DON JOSÉ GARCIA DE ARBOLEYA.

---

Sombra querida del modesto sabio,  
espíritu inmortal de ilustre fama,  
¡oh! ¿quién me diera tu elocuente labio?  
¿quién un destello de tu estinta llama?  
Digno del que me inflama  
objeto sacro, digno de tí en suma  
yo mi cantar entonces alzaria;  
y los que hoy rasgos son de débil pluma,  
con impulso potente,  
tu alto nombre llevaran á porfía  
de confin en confin, de gente en gente.

Mas no á tal lauro mi flaqueza osa,  
no á tanta empresa en mi humildad aspiro;  
sólo una pobre flor daré á tu losa,  
flor mecida en las auras de un suspiro.  
Del astro al nuevo giro  
marchita, sin colores, sin encanto,  
el cierzo quebrará su tallo inerte;  
que nunca dió la suerte  
más vida á pobre flor regada en llanto  
y á quien oréa el soplo de la muerte.

¡Ay! Yo sé que contó la Providencia  
los dias del vivir á su criatura;  
mas sé que á la virtud, sé que á la ciencia  
vida otorgó que á par del mundo dura.  
Bella, esplendente, pura,  
luz cuya llama el tiempo no consume,  
resplandece en los siglos su memoria;  
que si aun muerta la flor queda en perfume,  
queda el hombre en perfumes de su gloria.

Tú tambien quedarás. Grande, fecundo,  
de esa semilla surgirá mañana  
sacro laurel á revelar al mundo,  
los timbres de la escuela gaditana.



Cual en edad temprana  
 seguir supiste la gloriosa huella  
 de una y otra sin par fúlgida estrella.  
 Así á tu imitacion nuevos campeones,  
 del estudio en la liza,  
 se lanzarán á conquistar blasones;  
 y cuando á tocar llegue su ardimiento  
 corona que altos nombres eterniza,  
 el que es luz del humano entendimiento  
 la ciencia les dará; libro infinito  
 que el arcano sondea y patentiza,  
 que el velo de natura rasga y hiende;  
 libro por Dios escrito  
 y que tan sólo el sabio le comprende.  
 La fama viene en pos, sueño del hombre,  
 honroso galardón por que suspira;  
 por él se lanza á conquistarse un nombre  
 que ya en los siglos venerado mira.  
 A otro más alto aspira  
 empero la virtud. Tú la fé santa  
 del encarnado Verbo profesaste;  
 de la impiedad la venenosa planta,  
 que se alza allí donde la duda empieza,  
 nunca en tu puro seno alimentaste,  
 y de Dios contemplando la grandeza  
 creiste humilde, férvido esperaste.

Aquese inmortal premio, aquesa palma  
 la Providencia en tu penar te augura;  
 ella probó por el dolor tu alma:  
 ella purificóla en la amargura.

La celeste ventura  
 á las dichas del mundo mal se aviene,  
 y con su ejemplo el Redentor pregona  
 que si corona el cielo le previene,  
 de espinas fué en la tierra su corona.

Tal vivió, tal en fin bajó á la huesa  
 el que sabio, leal, virtuoso, humano,  
 á los tiempos legó su fama ilesa  
 para orgullo del nombre gaditano.  
 Lloradle, sí; mas vano  
 ese llanto no sea.  
 Imitadle también. Grande, sublime,  
 si difícil al par es la taréa.  
 Hónrele así quien su memoria estime.  
 Honre su tumba quien saber le pida,  
 ya que el Sumo Hacedor le dió por suerte,  
 el enseñar con la palabra en vida,  
 el enseñar con el ejemplo en muerte.

CON OCASION DEL BANQUETE DADO

AL SEÑOR

DON RAFAEL SANCHEZ DE MENDOZA

POR

LOS SEÑORES SOCIOS DEL CASINO GADITANO.

---

O D A .

¿Por qué de bellas flores noy corona  
su pura y noble frente  
esa que veis espléndida matrona?  
Tan gentil nunca, nunca tan riente  
admirarla os fué dado. ¡Oh patria mia!  
Yo tu gozo comprendo  
en este para tí felice dia.  
Yo en torno mio la mirada tiendo:  
patriotismo, saber, virtud, riqueza,  
cuanto á un pueblo sublima y ennoblece,  
cuanto es de un pueblo orgullo y fortaleza,  
cuanto su brillo y su esplendor acrece  
miro en mi derredor. Cien corazones  
aquí laten por tí, leales todos.  
Y si por viles modos  
hay quien osado amengüe altos blasones  
timbres de tu heroismo y tu constancia,  
nunca á tu enseña faltarán campeones;  
y en esos que aquí vés tus ojos fijos  
al mundo dí:—"Gloriosa es la arrogancia  
en quien, cual yo, contempla tales hijos."—  
Y ellos te salvarán. Nunca otras sienes  
ceñirán la diadema de los mares.  
No los ferrados trenes  
en otras playas para mengua tuya  
verterán á millares  
los tesoros del orbe, mientras huya  
de tí prosperidad, y en largo duelo  
mires desierto el mar, desierto el suelo.  
Echada está tu suerte:  
la ocasion hoy cual nunca te convida:

la incuria, la flaqueza: esa es tu muerte.  
El ardor, la constancia: esa es tu vida.

Y vivirás, lo sé, que á empresa tanta  
se alza un noble patricio.

El triunfará, porque su causa es santa,  
él á todos os dá parte en la gloria,  
parte en la gratitud del beneficio;  
comun será la afrenta ó la victoria.

Mas no. ¿Qué digo? ¡Afrenta!

El justo galardón de sus sudores  
le espera al fin. El con vosotros cuenta,  
cuenta con los heróicos moradores  
de la ínclita ciudad que le dió cuna,  
cuenta con su justicia y su derecho,  
y en fin, con todo aquel que por fortuna  
corazón español lleva en su pecho.

Yo sé que un día la discordia fiera  
agitó, cual á todos, á este suelo,  
y á encontrada bandera,  
sus hijos vió correr con leal celo.  
No la temais aquí. Si ilustres nombres  
escritos visteis bajo opuesta enseña,  
ninguno á Cádiz en su gloria empaña,  
ninguno por su madre la desdeña;  
lucharon con tesón, pero sin saña;  
pudieron discordar, porque son hombres;  
mas en pró de intereses gaditanos  
se entienden siempre, porque son hermanos.

Y ora vosotros, que al varón preclaro  
ofreceis este espléndido tributo,  
su mente secundad, que nunca avaro  
el cielo al noble afán esconde el fruto.  
Trueque el pasado luto  
nuestra madre querida: de guirnaldas  
ornad su hermosa frente,  
y cuando sobre un trono de esmeraldas  
reina del mar atlántico se ostente,  
unido al nombre en quien su dicha fia  
los nombres vuestros legará á la historia;  
porque otros nuevos hijos allá un día  
exclamen envidiando vuestra gloria:  
—"¡Orgullo fueron de la patria mía!"—



## LIGERAS OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE LAS

### OBRAS DRAMATICAS DE D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

Aun jóven y de ilusiones  
el alma entusiasta llena,  
por su saber en la escena  
una corona alcanzó.

Corona hermosa, envidiable,  
que jamás vió marchitada;  
antes bien engalanada  
su sien con otras miró

. . . . .

Elige cualquier asunto,  
lo estudia bien, lo comenta,  
y lo agota y lo presenta  
en toda su desnudez;

Mas si tiene que tratarlo  
en ocasiones distintas,  
con nuevas y bellas tintas  
nos lo expondrá tal cual es.

. . . . . (\*)

Hallábase nuestra escena al empezar el siglo XIX, y ya apaciguadas las convulsiones políticas que agitaron á España durante su primera veintena, en manos de levantados ingenios que, despues de haber sido valerosos campeones de la libertad y del progreso en el órden de la política, se determinaban á alistarse como soldados generosos y decididos en las brillantes bánderas de Euterpe y Talía, las que preparaban dias de gloria para nuestra dramática y coronas inmortales para los ingenios españoles.

Resucitaba el romanticismo, ya despojado de su pavoroso ropage y aterrador atavío, como manifestacion del espíritu innovador, proponiéndose ofrecernos nuevos ideales que pudiesen ser más fácilmente aceptados, nuevos recursos que llevasen al arte dramático á una grata regeneracion y nuevas creaciones que reflejasen de un modo más claro y acabado la vida nacional y fuesen por tanto saludadas con mayor entusiasmo y gozadas con más seguro provecho.

Y por si la generalidad de los ingenios ó las impotentes aspiraciones de las pequeñas musas, amenazaban nuevos extravíos y exponian á la reproduccion de los delirios, templada la entonacion y moderado el vuelo, bien pronto á la alta tragedia, al encopetado drama histórico y aun á la pretenciosa y complicada comedia, sustituyeron las obras de risa; las

---

(\*) De una semblanza publicada por autor anónimo en el número 330 de *La Moda*, correspondiente al Domingo 6 de Agosto de 1848.

fábulas de costumbres, las invenciones de gracia, las agudezas de la intriga y de vez en cuando las obras sentimentales y los engendros de la pasión.

Nada libró de nuevas heridas y nueva postración á la literatura dramática, si bien no llegaron esta vez el abatimiento y la aberración á ser tan completos, que no se neutralizasen por los atinados esfuerzos y bellos ejemplos de los sostenedores del buen gusto y de la originalidad, del decoro de la escena y del respeto á nuestras famosas tradiciones dramáticas.

Hartzenbusch, García Gutierrez, Vega, Zorrilla, Tamayo, Diaz, Sanz, Hurtado, Escosura, seguidos de cerca por Nuñez de Arce, Fernandez y Gonzalez, Asquerino, la Sra. Gomez Avellaneda, hasta Palou, Santibañez, Zapata, Coello, Balaciart, Sanchez de Castro y Echegaray, fueron al drama, lo que Breton, Rubí, Ayala, Eguilaz, Serra, Campoamor, Perez Echevarría, Retes, Gaspar, Olona, Larra y Flores Arenas, fueron á la comedia: es decir, sostenedores de los principios del arte cómico, amantes del buen gusto y de la dignidad escénica, maestros al par de la literatura y de las costumbres, modelos para artistas y públicos, defensores de los fueros escénicos y de los principios morales y amantes de la sencillez de la idea y de la belleza de la forma.

Y no era sólo contra enfermizas imaginaciones y débiles ingenios, contra los que habia que luchar; otro enemigo más poderoso y más respetable alzabase al paso de la dramática española, para disputarle, con el dominio de la escena, el imperio sobre el gusto popular arrastrado por la moda y por la afición general á lo nuevo y muy particular á lo extranjero.

Nos referimos á la esplendente y bulliciosa aparición de la lírica italiana entre nosotros.

Luchar contra los encantos de la música no era fácil, ni aun quizás debido; mas abandonar desdeñosamente por un arte extranjero, el arte nacional, ofender las tradiciones más bellas y gloriosas y renunciar por completo á lo que mejor nos caracterizaba y más innegables títulos de respeto y aprecio universal nos habia procurado, era tambien el colmo de la ingratitude y de la injusticia. Flores Arenas quejábese de esto refiriéndose á los coliseos gaditanos, en los que, como en todas las provincias españolas, se habia aposentado triunfante la ópera italiana.

Hé aquí lo que escribía en *La Moda Elegante* el año de 1864, recogido de un artículo titulado *Del estado de los teatros en España*:

"Si hemos de juzgar del porvenir de los teatros en España, por el estado en que hoy se encuentran, fuerza es que convengamos en que el tal porvenir no puede presentarse más deplorable...."

...."No es ciertamente lo que falta el amor al arte, el estudio, el talento; pero falta aquello sin lo cual todas estas condiciones no pueden ménos de quedar estériles; falta el estímulo, falta el aliciente del favor público, falta en él el gusto á los espectáculos dramáticos: y si tal vez este ó aquel público se dejó arrastrar por sus impresiones, si demuestra que goza, si aplaude, si se entusiasma, esto lo hace de un modo fugaz y hasta vergonzante, porque la moda y lo que se llama el buen tono prescriben que no agrade, que no se aplauda sino la ópera italiana, que sólo ella tenga el privilegio de atraer á los coliseos á la sociedad más escogida, que sólo allí resuenen los entusiastas bravos, las atronadoras palmadas, que para esta especie de espectáculos se prodigue el oro, y que para esta especie de artistas se haga ostentacion de riqueza en el esplendor de las ovaciones y en la magnificencia de los regalos. Hacer mucho ménos que eso con artistas dramáticos españoles, se tendrá como de mal tono, y ni aun se pudiera concebir que hubiese quien pudiera intentarlo, y ménos quien se atreviera á proponerlo. ¡Qué horror!..."

Y más abajo añade:

...."Nosotros somos entusiastas por todas las artes; pero por eso mismo no quisiéramos que entre ellas se levantasen preferencias odiosas, y más todavía que odiosas, absurdas: no queremos que el arte dramático sea el pária desheredado, al que se pretenda vestir de harapos, mientras que al arte lírico se le engalane con armiños y se cubra con oro su cabeza. Semejante sinrazon nos subleva."

"¿Pero hay algo que pueda explicar estas nuevas tendencias del público? ¿Podrá hallarse alguna razon para ese exclusivismo de que nos lamentamos? Probemos á encontrarla."

"Nuestro siglo es harto más dado á los goces materiales que á los placeres del entendimiento; en la ópera se siente, pero no se piensa; ella nada nos enseña, y los hombres de hoy no están dispuestos á aprender sino aquellas cosas que pueden producirles alguna utilidad. Van, pues, al teatro á recrear sus oídos ó su vista, y prescinden por completo de lo que puede hablar á la razon. Véase, por qué los principales teatros de Europa son todos líricos, por más extraño que parezca el que los teatros verdaderamente nacionales, los que conservan el depósito sagrado de las glorias literarias de un país se vean en todas partes pospuestos á teatros extranjeros, que en la imposibilidad de pagar los exorbitantes y fabulosos sueldos de sus artistas, solicitan y por lo comun obtienen abundantes subvenciones, ya de los gobiernos, ya de los particulares."

Hé aquí la mesurada voz del crítico prudente, que despues de haber

asistido con entusiasmo á la regeneracion de la dramática, y despues de haber llevado á tan patriótica obra una preciosa si bien pequeña colaboracion, lamenta primero los golpes que el extravío y la impotencia asentan contra la naciente empresa, y se queja despues del arrogante enemigo que le sale al paso para impedir su desarrollo y esterilizar sus esfuerzos.

Afortunadamente no hemos de seguirle por este camino, en el que tras él no nos atreveríamos á adelantar un paso. Tarea más grata nos aguarda, y es la de enumerar las obras con que contribuyó al encauzamiento del arte cómico por los canales trazados por Moratin y francamente abiertos por Breton de los Herreros, y al enaltecimiento de la literatura dramática en Cádiz, ciudad que honró con sus talentos y engalanó con sus virtudes.

El primer ensayo dramático de D. Francisco Flores fué un pequeño arreglo del francés titulado *El Ecarté*: cumplia á su modestia pedir á extraño ingenio que lo presentase al público escudado con su concepto y cuadraba á sus estudios lingüísticos de aquellos tiempos el ensayo de una traduccion. Mas los espíritus llenos de originalidad y de inventiva se engañan á sí propios dentro de su misma humildad. Flores no traducia, sino que confeccionaba forma nueva sobre el patron de agena idea: así es, que de su pequeño trabajo resultó un lindo cuadro de costumbres privadas, fraguado con bellísimos caractéres, narrado con una versificacion fluida y agradable y coronado con un propósito saludable de moral que el público recibió con gusto y la amistad con afecto y estimacion.

*El Ecarté* se estrenó en el teatro Principal de esta ciudad, el 12 de Julio de 1827.

Tras este juguete, el poeta dió al teatro su primera comedia original en 1831, titulada *Pagarse del exterior*: el ejemplar que tenemos á la vista lleva fecha de 1851.

En ella, como en las que habian de seguirla, obsérvase bien marcadamente un amor al clasicismo y un respeto á las reglas tradicionales que caracterizan, con la sencillez de los argumentos, la naturalidad del desarrollo, y las bellezas de locucion y de ingenio, las producciones de nuestro amigo.

La recta intencion del pensamiento y la chispeante gracia del lenguaje, descubren desde luego al delicado y perspicaz crítico; la sencillez

de recursos, la simplicidad del plan y la oportunidad del desenlace, sus aficiones moratinescas y bretonianas; la verdad y viveza de los caracteres, la acertada eleccion de las figuras y la disposicion y pintura de los incidentes, el conocimiento de la sociedad en que vivia y de la vida familiar que retrataba; y la correccion del lenguaje, la urbanidad y agudeza de los chistes, la templanza y adaptacion del estilo á cosas y personas, el estudio detenido de los buenos poetas y la observancia de los preceptos aristotélicos y horacianos.

A esta comedia sigue de cerca la denominada *Hacer cuenta sin la huéspedada*, que mereció el honor de inaugurar las tareas dramáticas del teatro Español en 1833, donde funcionaban eminencias artísticas tales como las Sras. D.<sup>a</sup> Bárbara y D.<sup>a</sup> Teodora Lamadrid, la Srta. Noriega y los Sres. Guzman, Valero, Ossorio, Sobrado y Boldun, que fueron los encargados de arrancar para el ingenio gaditano estrepitosos aplausos del público madrileño.

Tampoco hemos podido encontrar un ejemplar de esta obra anterior á 1852.

Inferior esta obra á la primera en nuestro concepto, distínguese por la pintura de los caracteres, por la gracia de las descripciones y por las cualidades de diction y estilo.

Pero la comedia que ha dado más fama al Sr. Flores Arenas y que en efecto aparece muy superior á las dos que la antecedieron, fué la intitulada *Coquetismo y presuncion*. Sencillo cuadro de familia y peripecia de la vida del hogar, como las anteriores, las aventaja en la verdad y maestría con que se dibujan los tipos, en el gracejo y suave encanto del diálogo, en la propiedad y sencillez de los recursos y en la facilidad y dulzura con que se desliza su fábula, sin producir hondas conmociones de dolor ni placer, pero ocasionando un delicioso halago en el alma y una saludable influencia en el corazon.

La fecha de la aparicion de esta comedia sobre la escena, que nos fué procurada, como las anteriores, por el mismo autor, es de 1851, aunque el ejemplar que poseemos se adelanta hasta 1867.

Las obras dramáticas del Sr. Flores Arenas, pertenecen, pues, al género medio, cuyo escenario natural es el hogar doméstico y cuyo pensamiento está recogido en ese delicioso cuanto saludable vergel de la belleza y la virtud.



Tal vez el público moderno hallará algo pálidas esas delicadas pinturas ejecutadas con los ligeros pinceles de la verdad y la gracia; mas no porque los gustos populares hayan cambiado y estragádose por desgracia, deja de ser suave y dulcísimo el manjar que nos ha ofrecido el poeta gaditano.

Aun en nuestros dias hemos asistido á la reproduccion de estas comedias; y aunque los artistas, presa de la general corriente y educados en las modernas exigencias, no han acertado á reanimar con toda su apacibilidad y donaire, ni aquellos tipos, ni aquellas escenas, no obstante, el placer y la enseñanza se han sentido, y el aplauso popular primero y la crítica literaria despues, han premiado el mérito del autor y formulado nuevos elogios para su agudeza y su moralidad.

La correccion de vicios, la ridiculizacion de los defectos, la fotografía de los tipos sociales, la traslacion á la escena del realismo apacible casero, y la reprension dulce y amabilísima de los extravíos de la educacion y de las excentricidades del carácter, constituyen la finalidad moral y la trascendencia pedagógica de estas comedias: y á la sencillez del argumento, y trascendencia moral de la idea, corresponden un desarrollo natural y simplísimo, unos accidentes comunes y fáciles, un desenlace lógico y adecuado y sobre todo una forma literaria bellísima, en que, á la gracia de las descripciones y á la oportunidad de los pensamientos, se unen una diction correcta, un diálogo encantador y un estilo llano, igual y propio: todo un arte, en fin, perfectamente ajustado al fondo de la obra, á las exigencias de la escuela y á los gustos del teatro cómico de aquellos tiempos.

Nada ha corrido tan de prisa como nuestra vida artístico-teatral; nada revestido más ni mas variadas formas como nuestra dramática, en la primera mitad del presente siglo. Del sainete á la pieza, de la tonadilla á la zarzuela, de la comedia casera al alto drama doméstico, del realismo social al romanticismo pasional, y del género urbano y pedagógico, al bufo inmoral y desatinado, todo lo ha recorrido con vertiginoso vuelo nuestro arte escénico, si bien no ya conducido por la ley progresiva pero prudente de nuestro desarrollo literario y de nuestro carácter original y propio, sino empujado unas veces y arrastrado otras por los ejemplos transpirenaicos, siempre deslumbrantes y seductores, aunque por lo comun falaces y funestos.

Mas D. Francisco tenia sobre sus gustos y sus condiciones el deber de llevar la crítica al teatro en el tono mesurado y amable, con que la ejercia como censor de ajenas obras.

Desde Abril de 1847 ocupaba en los teatros gaditanos el honroso puesto señalado al ilustrado Aristarco: y con tal mesura y tino hubo de desempeñar siempre su difícil cometido, que su esfera crítica fué ampliamente extendida en 1852 á obras é impresos, y en Julio de 1857 á las novelas que se publicasen en la provincia.

Discrecion y tino, indulgencia y justicia, inflexibilidad y gracia, enlazábanse en sus juicios y rebosaban en sus críticas, lo mismo dramáticas que sociales, de que nos ha dejado tantos y tan bellos modelos, y con los que, sin perder un amigo, llegó á conquistarse tantos admiradores.

Mas ya llevo al dintel de ajenos dominios y debo poner punto final á mi trabajo: más que todo él, habrá de decir la lectura de sus comedias á que estas palabras sirven de introduccion; yo sólo he querido rendir un tributo más de admiracion á sus talentos y de gratitud á sus favores.

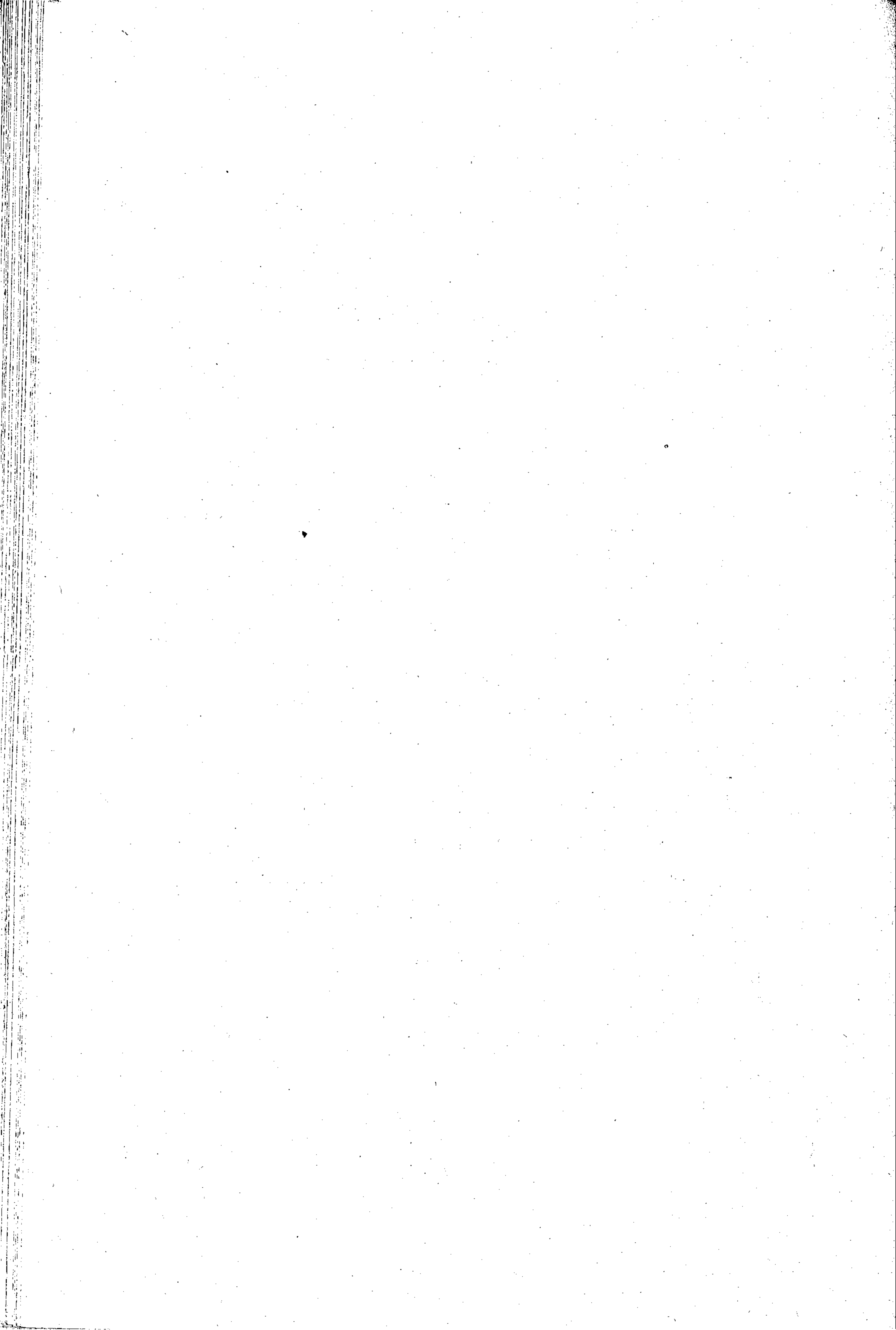
Termino, pues, insertando otras cuatro estrofas de la semblanza antes citada, en que se le dibuja como crítico, tanto de teatros como de costumbres.

De claro juicio dotado,  
compara, observa, analiza;  
sus escritos ameniza  
con chistes y buen decir;  
y si cual crítico tiene  
el látigo levantado,  
suele ser más moderado  
que incisivo al escribir.  
Con pinceladas brillantes  
retrata, ya los abusos,  
ya los ridículos usos

de nuestra actual sociedad.  
Y los cuadros que presenta,  
trazados con armonía,  
revelan su maestría,  
su ingenio y facilidad.  
Nunca tenaz ó severo,  
en su crítica fundada,  
corrió su pluma mojada  
en amarguísima hiel:  
que no se avino su génio,  
sóbrio y lleno de nobleza,

decir por una agudeza  
algun sarcasmo cruel.  
Didáctico consumado  
y lógico asaz perfecto,  
es su estilo tan correcto  
como donoso y feliz;  
siempre animado y fecundo,  
este escritor ilustrado  
es de todos celebrado  
por su gusto y buen decir.

ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.



OBRAS DRAMÁTICAS.



# EL ECARTÉ

Ó EL DIA DESPUES DE UN BAILE.



*Pieza en un acto arreglada al Teatro Español por D. Francisco Flores Arenas,  
representada por primera vez en el Teatro Principal de Cádiz el 12 de Julio 1827.*

DON EUGENIO, rico comerciante.  
CARLOS, su hijo.  
EMILIA, su hija.  
DON FELIPE, cajero de Don Eugenio.

ANDRÉS, criado de Don Eugenio.  
EL CAPITAN MENDOZA, amigo de Carlos.  
RODRIGUEZ, su asistente.

*La escena es en Cádiz, en casa de Don Eugenio.*

*El teatro representa un cuarto de escritorio: mesa con recado de escribir á la izquierda, y á la derecha carpeta con libros de caja, facturas, etc.*

## ESCENA PRIMERA.

*Don Felipe solo, levantándose de la carpeta y mirando el reloj.*

Son las ocho, y en la casa todos duermen... no es extraño; el baile duró hasta el día y es fuerza que los criados descansen. Tan sólo yo con el maldito cuidado de la caja, no he podido cerrar los ojos un rato. ¿Mas qué se ha de hacer? Preciso es madrugar, que este cargo, en casa de tanto giro, es perdurable trabajo. Mi principal Don Eugenio es tan poco aficionado como yo, á pasarse en fiestas las noches de claro en claro: nuestra malilla á las once se acaba, y há muchos años que esta sólo diversion es nuestro pan cotidiano. Se habla del palo campeche, de los bonos mejicanos,

de si tal género tiene dos por ciento de recargo, y otras cosas que amenizan el juego; luego nos vamos á cenar, y por supuesto á la cama de contado. ¡Ah! quién la hubiera cogido anoche tambien, que al cabo para lo que divertirse puede un viejo, lo más sano es dormir. Ello es muy cierto que Don Eugenio ha brillado con su fiesta, y que el motivo no le puede ser más grato. Casar su querida hija, y casarla á gusto; vamos que es una especulacion de mil por ciento; si el caso no es para bailar, no sé cuando lo será. (Llaman.) ¿Me engaño? Parece que oigo llamar. ¿Quién podrá ser tan temprano?

## ESCENA II.

*Dicho y Mendoza.*

MEND. Rodriguez... buena manera de esperar... ¿Mas cómo así? Don Felipe, yo creí que aún en la cama estuviera.

D. FEL. ¡Ojalá! Sólo á los veinte  
tal vez en velar se goza.  
Pero V. señor Mendoza,  
¿á quién llama?

MEND. A mi asistente.  
Aquí le mandé venir.

D. FEL. Lindo secreto os guardaba,  
ya durmiendo le juzgaba.

MEND. Tiempo há, que me pensé ir,  
Cansado del Ecarté  
y bostezando en la silla  
fui á ver jugar la malilla;  
pero no me pesó á fé;  
pues fué, aunque no sé jugar,  
tal lo que me divirtió,  
que el sueño al fin me rindió  
y acabo de despertar.

D. FEL. No parece en el color  
que ha bailado V. por cierto.

MEND. Fuera extraño desconcierto.  
¡Yo bailar! ¡Qué! no señor.  
En la tímida esperanza  
de los primeros amores,  
son dos grandes protectores  
el wals, y la contradanza.  
Por ejemplo: un apretón  
de manos en la cadena,  
suele declarar la pena  
de un novato corazón.  
Mas fuera extraña locura,  
que ya á mi edad no competé,  
hacer yo ahora el cadete  
con una niña hermosura.  
Así no quiero bailar  
que sin objeto me apesta.

D. FEL. Dice V. bien. ¿Y la orquesta?

MEND. En eso hay mucho que hablar.  
¿Qué aficionado no gime  
cuando en un wals llega á ver  
de Rossini ó Mayerbeer  
la música más sublime?  
¿No quereis que pierda el tino  
si ayer convertida hallé  
en un alegre *chassé*  
la grave sombra de Nino?  
¿Si al son de un himno de muerte  
bailar una inglesa veo,  
y si miro el canto hebreo

que en *balancé* se convierte?  
Cierto es cosa de rabiarse  
con esta profanación:  
veremos en rigodon  
hasta el *requiem* de Mozart.

D. FEL. Sin embargo, es mercancía  
que en sí la ventaja lleva;  
pues se paga como nueva  
á pesar de la avería.  
Supongo habrá V. jugado,  
pues no bailó.

MEND. Sí, señor.

D. FEL. A los cientos, mediator,  
ú otro juego carteadado.

MEND. ¡Hombre, está V. en su juicio!  
aquesa moda ya fué.  
Ahora sólo el Ecarté  
es el que está de servicio.

D. FEL. Ya callo, pues es así.

¿Y acostumbra V. ganar?  
MEND. Hoy no me puedo quejar.  
Mas Rodriguez viene aquí.

### ESCENA III.

*Dichos y Rodriguez.*

MEND. Acabáras de llegar.

ROD. Señor, si esperando estoy  
desde las cinco.

MEND. Allá voy.  
Mas... ya se me iba á olvidar;  
¿podrá V. por un instante  
darme avíos de escribir?

D. FEL. ¿Pues se debe eso pedir  
en casa de un comerciante?  
Eso pronto se remedia:  
ahí de todo encontrará.

MEND. Rodriguez, ¿qué hora será?  
(*Se sienta á escribir.*)

ROD. Aun no son las ocho y media.

D. FEL. San Antonio vá atrasado,  
tiene ese maldito vicio.

ROD. Yo voy bien con el Hospicio.

D. FEL. Y yo con el Consulado.

MEND. Suplico á V. el favor (*Se levanta.*)  
de que á Carlos luego dé  
esta esquila.

D. FEL. Sí lo haré.

¿Se vá á dormir?

MEND. No, señor:  
 el velar ya casi es moda,  
 que, por fuerza ó por deseo,  
 el imperio de Morfeo  
 en muy pocos se acomoda.  
 Por bailar su cama deja  
 contento el aficionado,  
 y el paciente enamorado  
 trueca el lecho por la reja;  
 entre versos, al autor  
 encuentra la luz del día,  
 y dando lado ó judía  
 amanece el jugador:  
 ni á sólo el día limita  
 su afán soldado y marino,  
 que aun de noche su destino  
 les dá cubierta y garita:  
 el subsidio y los corsarios  
 al comerciante desvelan,  
 y por los enfermos velan  
 médicos y boticarios,  
 y pues que en tanta manera  
 con el sueño están reñidos,  
 juzgo que á no haber maridos  
 nadie en España durmiera.  
 Adios Don Felipe, amigo.  
*(Don Felipe quiere acompañarle.)*  
 No se moleste le ruego.  
 Descanse V. y hasta luego.  
 D. FEL. Mil gracias: lo mismo digo. *(Vánse.)*

#### ESCENA IV.

*Don Felipe solo.*

¡Qué cabeza! Ciertamente  
 no me gusta su amistad  
 con Carlitos.... En verdad  
 que ya me tiene impaciente  
 este diablo de papel. *(Mirando el sobre.)*  
 Y que es urgente previene...  
 Pero Carlos aquí viene;  
 saberlo espero por él.

#### ESCENA V.

*Dicho y Carlos.*

D. FEL. Cómo! Levantado ya?

CAR. Sí, señor, en vano ha sido

querer dormir... el cansancio...

D. FEL. Esta esquelita me ha dicho  
 el capitán diese á V.  
 CAR. Quién!... Mendoza? *(Sorprendido.)*  
 D. FEL. Pues, el mismo:  
 una partida de campo... *(Lee.)*  
 CAR. Su genio afable y festivo *(Turbado.)*  
 me agrada tanto, que es uno  
 de mis mejores amigos.  
 D. FEL. ¿Los cuenta V. por docenas?  
 CAR. Fuera agravio conocido  
 el no hacerlo así.  
 D. FEL. Me alegro;  
 mas yo que mis cuentas tiro  
 de otro modo, siempre hallé,  
 que en la factura de amigos  
 si se trata de saber  
 cuál es el producto limpio,  
 dá cero, si es que no dá  
 alcance contra el bolsillo.  
 CAR. Siempre moral de escritorio.  
 D. FEL. ¿Qué quiere V? Es mi oficio;  
 mas no creo necesite  
 por ahora los avisos  
 de mi experiencia, bien sé  
 que, si juega, no es por vicio,  
 si sólo por distracción.  
 ¿No es verdad?  
 CAR. V. amigo  
 juzga demasiado bien  
 de mí y quizá...  
 D. FEL. No, Carlitos.  
 V. no olvida prudente  
 llevar en justo equilibrio  
 el cargo y data, y así  
 en sus fondos nunca ha habido  
 un déficit.  
 CAR. Ciertamente,  
 hasta aquí nunca habia visto  
 que el balance de mi juego  
 no estuviese á favor mio;  
 pero anoche...  
 D. FEL. Y bien, anoche?...  
 CAR. Con el Ecarté maldito...  
 En fin, Sr. D. Felipe,  
 tan sólo á V. lo confío;  
 no solamente perdí  
 cuanto habia en mi bolsillo,



mas tambien doscientos duros  
que debo pagar hoy mismo.

D. FEL. ¡Grande partida de cargo  
sobre el fondo de imprevistos!

CAR. Ya vé V., ninguno quiere  
parecer ménos; el hijo  
de familia, solamente  
á su mesada atenido,  
juzga que está desairado  
si no juega como el rico,  
y despues....

D. FEL. Ya, ya lo veo.

CAR. Don Felipe, V. me ha visto  
nacer, y no me abandone  
le ruego, en tal compromiso.

D. FEL. Con mi amistad cuenta V.  
pero no con mi bolsillo.

CAR. Pues estoy fresco.

D. FEL. V. libra  
contra mí á la vista, amigo,  
mas yo protesto la letra.

CAR. ¡Habrà viejo más mezquino! (*Aparte.*)  
Si se pudiera tomar  
de la caja, yo le afirmo  
que dentro de pocos dias...

D. FEL. Pues qué, Cárlos, ¿tan indigno  
me juzga, que así me preste  
á tamaño desvarío?  
El depósito sagrado  
que á mi celo y mis servicios  
encomienda D. Eugenio,  
¿se atreve á esperar su hijo  
que osado toque, tan sólo  
por satisfacer caprichos?

CAR. Mas, si el capitan me escribe  
que debe volver hoy mismo  
por su dinero, que él fué  
quien me lo prestó...

D. FEL. Preciso  
será que espere.

CAR. No sé  
si el querrá pensar lo mismo.  
Por otra parte, las deudas  
en el juego, es bien sabido,  
tienen tan sólo de plazo  
veinticuatro horas.

D. FEL. Digo,  
que la letra vence pronto.

Yo, en fin, no veo camino  
más seguro, que el de hablar  
al papá.

CAR. Lo he discurrido;  
mas, aunque amable, es severo  
tambien y temo...

D. FEL. Carlitos  
tengo que hacer: hasta luego.

CAR. Pues he quedado lucido!  
¿Con que así me deja V?

D. FEL. ¿Y yo para qué le sirvo?

CAR. Está bien: yo buscaré  
recursos en mis amigos,  
y me servirán.

D. FEL. Lo dudo.

CAR. Que hallaré en ellos confio  
más que necesitar puedo...  
Mas me parece que he oido  
la voz de mi padre: sólo  
que nada le diga, exijo.  
(*Se vá por la parte de á fuera.*)

## ESCENA VI.

*Don Eugenio y Don Felipe.*

D. FEL. Buenos dias.

D. EUG. Muy felices.  
Seguramente he dormido  
muy bien y debe ser tarde.

D. FEL. Ya son las ocho y tres quintos.  
(*Mirando el reloj.*)

D. EUG. Mi querido D. Felipe  
¡cuán deliciosa me ha sido  
la noche de ayer!

D. FEL. Sin duda.  
Presto habrá baja. (*Aparte.*)

D. EUG. Imagino  
que no hay más puro placer.  
En medio de los amigos  
se pasa alegre la noche;  
se bebe, se brinda, el vino  
enardece las cabezas  
y hay versos, que es un prodigio,  
tal vez sin gracia, sin rima;  
mas allí siempre son lindos:  
todos alaban el baile,  
todos hallan exquisito  
el ambigú, finalmente

todos celebran conmigo la felicidad de Emilia. Yo la espero. Hoy he tenido carta del padre de Enrique. Sus negocios y el gran giro de su casa, no le dejan acompañar á su hijo como quisiera. Me dice que ya habia el novio salido de Barcelona, y pensaba detenerse lo preciso en Madrid para un negocio; y cuando esté concluido tomará la diligencia. Tambien Enrique me ha escrito que salia de Madrid el lunes; con que imagino llega mañana á Sevilla. Cierto que se me hace un siglo lo que he de tardar en verle. ¡Cuánto le amo! un jóven rico, amable y que tantas pruebas ha dado de su cariño á la que será su esposa, sin duda no dá motivo para obrar de otra manera. Sí, yo hallaré en él un hijo tan juicioso como Cárlos.

D. FEL. ¡Si supiera cuán distinto es el cambio de la plaza! (*Aparte.*)

D. EUG. Creo estuvo concurrido tambien el cuarto del juego. En una fiesta es preciso divertir á todo el mundo.

D. FEL. Me parece que Carlitos se encargó del Ecarté.

D. EUG. Es verdad, fuerza habrá sido, que es juego de juventud.

D. FEL. Y mientras que allá los niños jugaban, V. y yo ocupábamos su sitio en la sala. Ciertamente que las damas han perdido más de un cincuenta por ciento en este cambio, y me admiro de que se prefiera un as á ver unos ojos lindos, sin considerar que el trueque

sirve á todos de perjuicio; pues ellas pierden su tiempo, y ellos pierden su bolsillo.

D. EUG. Qué quiere V. Don Felipe? Hoy dia, á los veinticinco ya son unos hombres hechos.

D. FEL. Y tan hechos. Yo imagino que antes de madurar ya suelen estar podridos.

D. EUG. Vaya que V. es severo en demasía. ¿Mi hijo, por ejemplo, me dá acaso ni aun el más leve motivo de disgusto? ¿Si le sobra tal vez algun dinerillo de su mesada, qué importa que juegue, si no es por vicio?

D. FEL. Pues señor, será virtud; mas lo que yo á V. le digo es, que está muy atrasado de noticias: que el cariño de padre quizá le ciega, hasta creer un bendito al muchacho. Yo bien sé que es humilde, que es sencillo; mas dice un refran, que es bueno tener tambien su poquito del diablo, y aqueste diablo es lo que le falta al chico para acabar de ser bueno: para ser hombre, no un niño. Y pues se me fué la mula, aunque callar he ofrecido á Cárlos, fuerza es decirle, con gran sentimiento mio, todo el caso. Sepa V. (y diga si esto no es vicio) perdió anoche al Ecarté cuanto tenia.

D. EUG. ¿Mi hijo?

D. FEL. Y doscientos duros más que debe aún. Cárlos mismo me lo contó esta mañana, y contando con mi auxilio, quiso crédito le abriese; mas yo me negué advertido á firmar la obligacion de empréstito. En tal conflicto,

me encargó nada dijese  
á V., y ahora busca arbitrios.

D. EUG. ¡Y será posible! ¡Cárlos  
á su funesto delirio  
unirá el de publicar  
su error! Acaso ahora mismo  
disculpas y humillacion  
halla sólo en sus amigos,  
y yo en tanto... Sin embargo,  
á no ser que haya querido  
su pérdida reparar,

y tal vez en un garito...

D. FEL. No señor, de él no lo creo.

D. EUG. Ni yo: su falta de juicio  
no le cegará á tal punto.  
El conoce los peligros  
de tales casas; él sabe  
que aun el pisarlas es vicio,  
y que un sabio en estos versos  
sus horrores ha descrito:

"Observa en derredor de esta morada  
tres puertas: esperanza, infamia y muerte.  
"La primera á entrar sólo destinada;  
"La salida á las otras dió la suerte."

D. FEL. Dijo muy bien ese sabio.  
¿Pero en tanto, qué partido  
tomará V. en tal lance?  
Yo no veo otro camino  
que el de observarlo, y no más;  
que al cabo al cabo, es preciso  
venga á presentarse en quiebra.

D. EUG. Tan sólo eso es lo que pido.  
El bochorno de tener  
que confesar su extravío,  
para el pundonor de Cárlos,  
será mucho más castigo  
que mis paternos sermones.  
Sí, que jamás los avisos  
de agenas luces, al hombre  
llevaron por el camino  
del áspero desengaño.  
De la moral los principios  
errando sólo aprendemos:  
y pues que la suerte quiso  
fuera la propia experiencia  
de la enmienda el sólo libro,  
ella enseñará á mi Cárlos.

D. FEL. Don Eugenio, él llega; chito.

D. EUG. Ojalá que en mi semblante  
no note lo que he sabido.

## ESCENA VII.

*Dichos y Cárlos.*

CAR. Que no se halle un hombre creo  
de fortuna más escasa; (*Distraido.*)  
hoy que apurado me veo  
y á mis amigos empleo,  
á ninguno encuentro en casa.

D. FEL. Sospecho no halló fianza. (*Aparte.*)

D. EUG. ¿Y tu padre solamente (*Aparte.*)  
no te mueve á confianza?  
¿Y abandonas la esperanza  
de hallarle siempre indulgente?  
¿Cómo tan madrugador? (*Alto.*)

CAR. Hace un rato que no duermo.

D. EUG. ¿Y has salido?

CAR. Sí, señor,  
fui á casa de un corredor  
amigo, que estaba enfermo.

D. EUG. Muy cumplido eres á fé:  
mas á otra conversacion.  
¿Anoche que tal te fué?  
¿Te divirtió el Ecarté?

CAR. ¿A mí?... sí... por distraccion.  
Y diga V. ¿de mi hermana  
será pronto el casamiento?

D. EUG. En la próxima semana.  
Mas tu pregunta no es vana,  
y yo sospecho tu intento.

CAR. ¿Mi intento?

D. EUG. Sí, una expresion  
hacerle, ó un regalillo:  
¿no es verdad?

CAR. Linda ocasion. (*Aparte.*)

D. EUG. Mas para tal prevencion  
no creo esté tu bolsillo.

CAR. Ojalá verdad no fuera. (*Aparte.*)

D. FEL. El presupuesto es fatal. (*Aparte.*)

D. EUG. Y cierto que lo sintiera;  
pues no puedo, aunque quisiera,  
adelantarte un real.

El gasto que se prepara  
con la boda, me amedrenta.

CAR. ¡Se vió desdicha más rara! (*Aparte.*)

D. FEL. Más bien él necesitara

un semestre á buena cuenta. (*Aparte.*)

D. EUG. Adios, Cárlos, tu cuñado  
de un dia á otro se espera  
y nada está preparado.

Sígame V. (*A D. Felipe.*)

D. FEL. Bien pensado.

CAR. Yo decir á V. quisiera...

D. EUG. No, ya sé lo que querrás:  
algun frac, algun sombrero  
ú otras frioleras más.  
Bien, cuanto gustes tendrás;  
mas será con tu dinero. (*Vánse.*)

### ESCENA VIII.

*Cárlos solo.*

El caso es para embromar.  
Primero que á sucederme  
vuelva tal cosa, permito  
que me ahorquen siete veces.  
Pero en tanto ¿qué hago yo?  
mi apuro por puntos crece,  
y Mendoza es regular  
que á buscarme venga en breve.

### ESCENA IX.

*Cárlos y Emilia que entra sin ser vista y  
oye las últimas palabras.*

EMI. ¿Qué dice del capitán?

CAR. El honor habla, y sus leyes  
arreglarán mi conducta.  
Pero, Emilia, ¿tú á qué vienes?

EMI. Sólo á confirmar mis dudas.  
El te escribió... su asistente  
entró esta mañana... y luego  
tú saliste... ¿te parece  
que deberé estar tranquila?  
¿Qué negocio tan urgente  
puedes tener con Mendoza?

CAR. Aun más de lo que tú crees.

EMI. ¿Sin duda algun desafío?  
Ya es mi sospecha evidente.  
¿Y así, mi querido Cárlos  
acibararme pretendes  
los más felices momentos  
de mi vida? No lo esperes.  
Voy á enterar á papá

de todo el caso y...

CAR. Detente.

¿Hermana, que vas á hacer?

EMI. El te lo impedirá.

CAR. Advierte

que yo no pienso en batirme  
ni hay tal cosa.

EMI. ¿Me prometes  
no engañarme?

CAR. Sí, á fé mia.

EMI. Pues entonces, dí, ¿á qué vienen  
tu salida y las esquelas?

CAR. Anoche jugué, y mi suerte  
me hizo perder y entraparme  
con el capitán. Hoy quiere  
lo que me prestó y no tengo  
un real.

EMI. ¿Y solamente  
por un poco de dinero  
te apuras?

CAR. Ya, como él fuese  
tan poco como tú juzgas,  
no hay duda, mas no es tan leve,  
que sube lo que le debo  
á doscientos pesos fuertes.

EMI. Doscientos! Tanto dinero,  
con mucho, á mi bolsa escede.

CAR. Si hallase quien me prestara  
para poder devolverle  
á Mendoza su dinero  
hoy mismo, confio en breve  
pagar, sin que nuestro padre  
nada de esto á saber llegue.

EMI. Si Don Felipe quisiera...

CAR. El, sí, á buena parte vienes.  
Antes de dar un ochavo,  
se deja arrancar un diente.

EMI. Yo voy á hablar á papá,  
y verás que...

CAR. No lo esperes.

Todo es en vano. Me ha dicho  
que adelantarme no puede,  
aunque quisiera, ni un cuarto  
para gastos de otra especie,  
¿Y pagará ahora mis trampas?  
Y despues, ninguno quiere  
el pasar por un bochorno.

EMI. Hallo un medio, que bien puede

sacarnos de tanto apuro.

CAR. ¿Cuál es?

EMI. Oye: en las mugeres suele ser esto de antojos enfermedad muy corriente. Fingiré ví una mantilla, un necesér ú otro mueble que valga esa cantidad; lo alabaré, me lo ofrece papá, le digo que sí, me dá el dinero, y tú puedes salir con él del apuro.

CAR. No, Emilia, fuera traerle un gasto más, en el punto que tantos sobre sí tiene con tu boda.

EMI. Nueva idea: pues mi futuro no viene hasta de aquí á algunos dias, nos dá tiempo suficiente para empeñar mi aderezo de novia, si tú me ofreces sacarle pronto.

CAR. No, no, que en eso te comprometes y luego...

EMI. ¿Tú no lo harías si en mi lugar estuvieses?

CAR. Ya, pero...

EMI. El tiempo se pasa, y es mayor inconveniente, por ver si se halla camino mejor, huir del que puede sacarnos de tal pantano. Andrés, Andrés.

#### ESCENA X.

*Dichos y Andrés.*

AND. ¿Qué me quiere V. señorita?

EMI. Sólo que aquí un instante me esperes.

AND. Está bien.

EMI. Tú pon las señas (*A Carlos.*) de la casa á donde debe llevarse, mientras yo voy en un momento á traerle. (*Se vá y Carlos se sienta á escribir.*)

#### ESCENA XI.

*Andrés.*

Algun diablo anda en la casa. ¿Y seré yo tan zoquete que siendo criado viejo se me escabulla este duende? ¿Y yo, que soy más curioso que pueden ser diez mugeres, dejaré pasar un chisme sin que al momento le lleve á la cocina? Ya vá.

Pues si allí es donde se cuecen aun más enredos que ollas; pues si el fregadero entiende en las faltas de los amos, por derecho de su especie: pues si allí... Pero mi ama con la embajada aquí vuelve.

(*Emilia sale con una caja de aderezo envuelta en un pañuelo. Carlos se levanta, le dá un papel y se vá.*)

#### ESCENA XII.

*Emilia y Andrés.*

EMI. Andrés, de tí necesito, y es forzoso que hoy me pruebes tu celo y fidelidad.

AND. Señorita, V. no debe dudar un punto de mí.

EMI. Pues oye: mi encargo es este. Llevarás luego esta caja adonde el papel contiene; la contestación esperas y el dinero que te dieren al punto lo entregarás al señorito. ¿Lo entiendes?

AND. Ya se vé. Mas yo queria decirle á V. que si puede á otro dar la comision...

EMI. Pero tú, ¿por qué no quieres?

AND. Porque temo equivocarme, y que el pobre Andrés se lleve despues todas las pedradas; que al cabo...

EMI. Si no es más que ese tu escrúpulo, nada temas; además fuera imprudente fiarme de otro que tú.

No ignoras, Andrés, que siempre entre todos los criados te he preferido. Tú tienes discrecion, y yo te ofrezco cumplir generosamente contigo, si es que me sirves.

¿Conque en fin, no te resuelves?

AND. Qué he de hacer? Con esos modos á cualquiera se convence. Venga la caja.

EMI. No tardes, que bien cerca está.

AND. Se entiende...  
(*Se vá por la parte interior.*)

### ESCENA XIII.

*Emilia y Cárlos.*

EMI. Cárlos. Hablé con Andrés y ya todo está corriente: él te entregará el dinero. Mas, puesto que ya no temes quedar mal en este asunto, dime, si saberse puede, cómo fué el caso.

CAR. Sí, Emilia. Quiso mi maldita suerte que aquel diablo de Don Gil, (y no el de las Calzas Verdes) que amarra más que un cordel, más griego que un ateniense, en descuento de mis culpas, vino á sentárseme enfrente. Me dió más de quince bolas; marcó diez y siete reyes, mientras yo, picado y ciego, imagino hacerle frente; pero en vano. Imperturbable, cual si clavado estuviese en la silla, un: *juegue V.* ó un: *propongo*, es solamente lo que sale de su boca: pierdo el dinero, me ofrece el capitan su bolsillo, y yo le admito imprudente sin reflexionar no tengo medio de satisfacerle.

EMI. Feliz será tu imprudencia

si ella á la enmienda te mueve. Adios, que diera sospecha á papá, si aqui me viese... (*Se vá.*)

### ESCENA XIV.

*Cárlos solo.*

Sí, me enmendaré, lo juro. Por primera ha sido fuerte la leccion para olvidarla tan pronto. Ya venir puede cuando guste el capitan por su deuda. Mas él viene.

### ESCENA XV.

*Dicho y Mendoza.*

MEND. Dispense, amigo, si llego á incomodarle tal vez por aquella pequeñez.

CAR. Nada de eso. Pensé luego enviársela.

MEND. Le ruego que, á hacerle falta, formal me lo diga.

CAR. No, no tal.

MEND. Consiento, pues así es.

CAR. Pero ya se tarda Andrés: ¿se vió mayor animal? (*Aparte.*)

MEND. Sin duda falta me hacia, pues con ello me prometo seguir un curso completo de fina galantería. A la que obsequio en el dia V. la conoce.

CAR. Yo?

Pues no caigo.

MEND. Cómo no?

Es una tal Isabel...

CAR. ¿Viuda de un coronel, á quien nadie conoció?

MEND. Sí, y aunque sentimental, desinteresada y vana, me cuestan cada semana los obsequios un caudal. Y por otra parte es tal de amor la llama violenta, que hallo al ajustar mi cuenta, sin que á corregirme baste,

que no hay bolsa que más gaste,  
ni corazón que más sienta.

CAR. Ya. *(Impaciente.)*

MEND. A juego y damas limito  
mi afán, lo demás me seca,  
y luego, me dá jaqueca  
en leyendo un sobrescrito.

CAR. Señor, este Andrés maldito!... *(Aparte.)*

MEND. ¿De Carlos la compañía  
hoy me honrará?

CAR. Fuera mía  
la honra; mas es imposible.

MEND. ¿Cómo así?

CAR. Me es muy sensible.

MEND. Oiga V. el plan del día:  
nos vamos en derecha  
á Casati; habrá jamon,  
almejas en pimenton,  
pollo en arroz y asadura.  
Se bebe, mas con cordura,  
que el mucho vino harto pesa;  
se juega de sobremesa,  
vuela alegre la mañana,  
y en haciendo buena gana  
vamos á la fonda inglesa.  
Allí la mesa adivino,  
y veo que á buena ley  
nos dan en asado un buey,  
manteca y papas, sin tino;  
viene entre cerveza y vino  
el *púding*, nunca olvidado;  
al café puro y cargado  
sigue el cigarro y la broma,  
y mientras el *plus* se toma  
es hora de ir al *cruzado*.

Vamos; se acaba el final,  
al punto el café se llena,  
y allí en sociedad amena  
del prójimo se habla mal.  
Llega en fin lo principal;  
pues la ópera acabada  
voy á mi tertulia usada,  
y si pillo seis judías,  
hay para otros tantos días  
hacer la misma jornada.

CAR. Cierto que me sedujera  
del día el feliz empleo,  
y no sólo á su deseo,

mas á mi gusto cediera,  
á no tenerme en espera  
negocios que han ocurrido.

MEND. Pero está V. distraído,  
y como desazonado.

CAR. Es que mandé á mi criado  
por oro, y aun no ha venido.

## ESCENA XVI.

*Dichos y Andrés.*

CAR. Yo creí que no venias.

*(Toma un cartucho que trae Andrés y lo dá á Mendoza.)*

Capitan, aquí está el saldo  
de nuestra cuenta.

AND. Señor,  
es verdad que me he tardado;  
pero ha sido porque...

CAR. Calla.

AND. Yo se lo digo. *(Aparte.)* Si el caso  
es muy distinto...

CAR. ¿No callas?

MEND. ¿Mas qué quiere ese criado?

CAR. Nada, si es un hablador.

AND. Yo hablador? pues ya me callo;  
pero despues no me digan...

CAR. ¿Te quieres ir con mil diablos?  
*(Andrés se vá.)*

## ESCENA XVII.

*Carlos y Mendoza.*

MEND. Mire V. que no quisiera...

CAR. No amigo; y por otro lado  
siempre el que paga descansa.

MEND. Yo imagino que el descanso  
es más bien para el que cobra.  
Pero en fin ¿es excusado  
que yo cuente con V?

CAR. El hacerlo fuera en vano,  
pues hoy no puedo salir.

MEND. No renuncio sin embargo  
á tal gusto, y pues no es hora,  
me voy á jugar un rato. *(Váse.)*

## ESCENA XVIII.

*Carlos solo.*

¡Válgame Dios! ¿Y es posible  
que mi imprudencia ha llegado

á tal punto? El aderezo  
que con generosa mano  
me dió Emilia, ¿será justo  
que sirva á pagar los gastos  
del juego y disolucion?  
¿Si se sabe que he empeñado  
unas alhajas, tan sólo  
por pagar trampas, no es claro  
me despreciará igualmente  
el calavera, el sensato,  
finalmente, todo Cádiz?  
Mas mi padre. Estoy temblando.

### ESCENA XIX.

*Dicho: D. Felipe, D. Eugenio con un papel  
en la mano.*

D.EUG. ¿Avisó V. á mi hija?  
D.FEL. Sí, señor; vendrá al instante.  
CAR. ¡Padre mio, qué semblante!  
Temo algun mal os aflija.  
D.EUG. Sí, Cárlos, una funesta  
noticia la causa fué;  
burlaron mi buena fé;  
mas la conciencia me resta.  
En ella y en mi honradez  
hallaré tranquilidad,  
ya que no felicidad.  
CAR. Alguna quiebra tal vez.  
D.EUG. Venga Emilia he decidido  
y el caso tambien sabrá.  
CAR. Pues mi hermana qué tendrá  
que ver con lo sucedido? (*Aparte.*)

### ESCENA XX.

*Dichos y Emilia.*

EMI. Perdóneme V. papá,  
si, creyéndole aún dormido,  
á abrazarle no he venido.  
D.EUG. ¿Mi querida, como vá?  
¿Has descansado?  
EMI. No á fé,  
ni eso tan fácil me fuera;  
pues bailé de tal manera,  
que ni un punto me senté.  
D.EUG. Temo te has de arrepentir,  
que es malo bailar sin tasa.  
EMI. Como soy ama de casa

fuerza es con todos cumplir.

D.FEL. Vuestra cuenta está ajustada.  
(*Saca un papel y lee.*)

Seis contradanzas francesas;  
tres dicho, dichas inglesas  
son nueve, y no llevo nada:  
mas, once walses despues,  
mas, una gabota entera;  
item, greca y bolanchera:  
suma total: veintitres.

D.EUG. Dejemos el baile ahora.  
Aquesta carta hija mia,  
vá á perturbar tu alegría.

EMI. ¡Dios mio!

D.EUG. Si, en esta hora  
escribe Enrique (yo siento  
darte tan justo dolor)  
que lo ha pensado mejor  
y renuncia al casamiento.

EMI. ¿Qué me dice V. papá?

D.EUG. Hija mia, el lance es duro.

CAR. No, yo á Enrique le aseguro  
que conmigo las habrá.

D.EUG. ¡Cuánto su furia me halaga! (*Aparte.*)  
¿Qué es lo que V. dice?

CAR. Yo?

Que, pues él nos afrentó,  
justo es que me satisfaga.

D.EUG. Cárlos, jamás hubo afrenta  
donde no hay merecimiento,  
y, pues fuera su escarmiento  
determinacion violenta,  
te prohibo con rigor  
aquesa locura más,  
que el escándalo, jamás  
puede guiar al honor.

CAR. ¿Y en tanto, qué se resuelve  
á campanada tan necia?

D.EUG. Tú, su conducta desprecia, (*A Cárlos.*)  
tú, sus regalos devuelve. (*A Emilia.*)

EMI. ¡Válgame Dios, mi aderezo! (*Aparte.*)

D.FEL. Ya la quiebra se declara. (*Aparte.*)

D.EUG. El no hacerlo te humillara.

EMI. Cierto... ¡Cárlos! gran tropiezo!

CAR. ¿Qué hacemos? (*Aparte los dos.*)

EMI. Yo no hallo traza.

CAR. ¡Hay apuro más cruel!

D.FEL. Mucho pierde su papel



en el curso de la plaza. (*Aparte.*)  
 D. EUG. Tráelos.  
 EMI. Sí... ¿Vienes conmigo? (*A Carlos.*)  
 D. EUG. ¿Quién, tu hermano? ¿Para qué?  
 Mas pues ella quiere, vé.  
 Ya se acerca su castigo. (*Aparte.*)  
 (*Carlos y Emilia se retiran al fondo y hablan: entre tanto D. Eugenio y D. Felipe los observan y hablan á media voz.*)  
 D. FEL. No le hallan, á no ser magos.  
 D. EUG. Ni aun saben lo que les pasa.  
 D. FEL. Lo mismo están que una casa  
 que vá á suspender sus pagos.  
 (*Se van aproximando.*)  
 D. EUG. Se acercan. ¡Cuántos sudores  
 cuesta una falta enmendar!  
 D. FEL. Ya vienen á provocar  
 su concurso de acreedores.  
 EMI. Si en los pocos años (*Se llegan.*)  
 puede un extravío  
 merecer disculpa,  
 ¿qué juez más benigno  
 podrá haber que un padre  
 con sus propios hijos?  
 Perdonad á entrambos  
 un yerro, un delito,  
 y halle la indulgencia  
 en el poco juicio  
 á nuestros errores  
 bastante motivo.  
 De ambos fué la culpa;  
 ambos causa fuimos  
 del presente daño;  
 mas, si arrepentidos,  
 el pecho de un padre  
 hallamos propicio,  
 la confusion sólo  
 que habemos sufrido  
 sea á tanta falta  
 enmienda y castigo.  
 D. EUG. ¡Mas, cómo... una falta!..  
 CAR. Yo tan sólo he sido  
 la causa de todo.  
 EMI. No papá, que es mio  
 el fatal proyecto.  
 D. EUG. Callad: gente he oído.

## ESCENA ÚLTIMA.

*Dichos y Mendoza.*

MEND. Señores, felice dia.  
 Vengo amigo de arruinarme, (*A Carlos.*)  
 y quiero por consolarme  
 comais en mi compañía.  
 Bien sabe V. que me halaga,  
 y que me lo ofrezca exijo.  
 D. EUG. Yo respondo por mi hijo.  
 D. FEL. Pues el que responde, paga.  
 MEND. Si es asunto reservado  
 me retiro.  
 D. EUG. No, señor.  
 Le suplico tal favor.  
 Tú prosigue lo empezado. (*A Carlos.*)  
 CAR. Este es, señores, el caso:  
 ayer jugué al Ecarté,  
 perdí y más me entrampé  
 con el señor. A este paso  
 otro peor se acomoda;  
 pues consentí que mi hermana  
 empeñase esta mañana  
 el aderezo de boda.  
 D. EUG. ¿Y te atreviste á incurrir  
 en tan funesta osadía?  
 EMI. No papá, que él no quería,  
 mas yo le hice consentir.  
 Entrambos hemos errado;  
 halle nuestra confusion  
 en vuestro pecho el perdon.  
 MEND. ¡Qué lindísimo abogado!  
 D. EUG. Aquesa imprudencia loca  
 con tu confesion borraste;  
 mas, pues á Emilia apuraste,  
 á tí consolarla toca.  
 CAR. ¿Señor... yo...?  
 EMI. ¿Cómo, papá?  
 D. EUG. Dále sus brillantes, Carlos.  
 CAR. ¿Mas yo, dónde he de buscarlos?  
 D. EUG. Don Felipe lo dirá.  
 D. FEL. Con todo mi corazon.  
 (*Sacando el aderezo.*)  
 Aquí el depósito os doy,  
 que en este negocio soy  
 caja de consignacion.  
 CAR. Mas, cómo!..  
 D. FEL. Advertido Andrés

al papá se lo entregó,  
y él el dinero os prestó  
sin premio y sin interés.

D.EUG. Sí, que tu desprendimiento (*A Emilia.*)  
por ocultar su flaqueza,  
tu pundonor y franqueza (*A Carlos.*)  
serán mi tanto por ciento.

MEND. Bien moderado, á fé mia.

D.EUG. Pues que mucho gano infiero,  
si por tan poco dinero  
supe hallar tanta alegría.

EMI. ¿Conque me caso, papá?

D.EUG. Sí. Carlos, ya no hay quimera.  
(*Andrés sale con servilleta.*)

Mas, pues que el almuerzo espera,  
Mendoza hoy nos honrará.

MEND. Admito con mucho gusto,  
y pues yo causé su daño,  
imitar su desengaño  
será provechoso y justo.  
Nueva vida es lo mejor,  
que ya pienso ser formal.

D.FEL. Siempre cuando le dá mal (*A parte.*)  
moraliza el jugador.

D.EUG. Conque tu arrepentimiento... (*A Carlos*)

CAR. Será eterno, sí, señor,  
que no hay maestro mejor  
para el hombre, que escarmiento.  
Y pues mi falta de juicio  
mereció lección tan dura,  
odiar siempre me asegura,  
no la diversion, sí el vicio.

FIN.

# PAGARSE DEL EXTERIOR.



COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON ANTONIO GIL Y ZARATE,  
DIRECTOR GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA &C., &C., Y CÉLEBRE POETA DRAMÁTICO.

*Las singulares mercedes que debo á V. y la indulgente benevolencia con que siempre ha acogido mis pobres tareas, ya que no autorizan, disculpan la libertad que me tomo de suplicarle permita á este librejo el salir á luz honrado con la proteccion de su distinguido nombre.—Tal espera de V. su humilde servidor,*

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## PERSONAGES.

DOÑA FILOMENA.

„ ROSA.

„ MARIA.

DON MIGUEL.

„ EDMUNDO.

„ ANTONIO.

JUAN, criado.

*La escena, en una posada de Sanlúcar de Barrameda.*

*Sala. A la izquierda dos puertas con números. El primero representa el cuarto de Rosa y el segundo el de María. Puerta al foro. La izquierda de él, figura la entrada de las demás habitaciones y oficinas. La derecha corresponde á la escalera y calle.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

*Doña Filomena y D. Antonio.*

*D. Antonio entra como de la calle dando el brazo á D.ª Filomena.*

D.ª FIL. Buen paseo, amigo mio,  
y hermosa mañana á fé.  
ANT. Siempre mi delicia fué  
la ribera de este rio.  
El alma allí se extasia,  
allí se siente el vivir.  
¡Bien haya el Guadalquivir!  
¡Bien haya la Andalucía!  
En sus campos de azahar  
el alma sonrie y llora:  
no hay en el mundo, señora,  
suelo que así fuerze á amar;  
mas el pecho no adivina  
si en bien ó en mal ha de ser,

que hay tristeza en el placer  
como en la rosa hay espina.

D.ª FIL. ¡Bravísimo! ¡Bien hablado!  
¿Usted poetiza? Se eleva?  
Pues eso camino lleva...

ANT. ¿De qué, en fin?

D.ª FIL. De enamorado.

¿Piensa usted no lo he advertido?  
¡Ay amigo!; es necedad.  
¿Quién no tuvo á vuestra edad  
de ese color un vestido?

Muchacha y bonita fuí,  
tuve amores, sufrí engaños,  
y aunque hace bastantes años,  
eso y más pasó por mí.  
Con cuidado os observé:  
no me queda duda, no.

Amás: á quién no sé yo;  
que no es á mí, sólo sé.

Yo con mis propios oidos  
os escuché, ¡pobre mozo!  
estrujar más de un sollozo,  
dar garrote á diez gemidos.  
Por más bella entre las flores  
os ví besar una rosa,

riñendo á la mariposa  
 porque osó ajar sus primores.  
 Ya el vivir os causa tedio,  
 ya mil dichas os prepara,  
 ya os reís, y ya la cara  
 se os alarga palmo y medio.  
 En fin, siendo al alma abrojo  
 vuestro pensamiento amante,  
 vi un lagrimon vergonzante  
 asomarse á cada ojo.  
 En tal mis sospechas fundo:  
 vos lo entenderéis mejor;  
 pero si eso no es amor,  
 no hay amores en el mundo.

ANT. Es verdad, amiga, sí:  
 usted vé mi corazon,  
 compadecé mi pasion,  
 deplora mi frenesí.

D.ª FIL. Entonces me maravilla  
 que de mí un secreto guarde.

ANT. ¿Cuándo pude, si ayer tarde  
 llegó usted desde Sevilla?  
 Por hablarla busqué traza  
 de acompañarla á paseo;  
 mas nos cogió un D. Tadeo...  
 ¡Mal haya amen y su raza!

D.ª FIL. Pues bien, aquí os daré audiencia.  
 Acercadme ese sillón  
 y empieze la confesion.

ANT. Tranquila está mi conciencia.  
 Usted sabe que de niño  
 perdí á mis padres, señora;  
 no su caudal lloro ahora,  
 sólo lloro su cariño.  
 Muy rico quedé en la cuna,  
 víme pobre á pocos años,  
 que de un tutor los amaños  
 disiparon mi fortuna.  
 Mozo y sin blanca me ví,  
 y aunque escaso á mi deseo  
 logré en Cádiz un empleo.  
 Vos sabíais hasta aquí.  
 A vuestra sobrina Rosa  
 conocí, bella y lozana,  
 linda perla gaditana  
 allí donde hay tanta hermosa.  
 No hay que decir si la amé.  
 ¿Quién no la ama si la vió?

Mas si no me despreció,  
 su amor tampoco alcancé.  
 Ya agradecida, ya ingrata,  
 ya afable y ya indiferente,  
 con un mirar me consiente  
 ó con un desden me mata.  
 Tal vez el alma en su pena  
 quiere que este amor rehuya;  
 pero á una sonrisa suya  
 vuelvo á tomar mi cadena.  
 Y así falto ya de aliento  
 en lucha tan desigual,  
 pasé un año, dije mal,  
 pasé un siglo de tormento.  
 Un mes há que el dueño mio,  
 de usted llamada, partió;  
 ayer con usted volvió:  
 lo cual sabido del tío  
 aquí en Sanlúcar la espera:  
 yo á este viage me ofrecí,  
 y á ver á Rosa volví  
 tibia, amable y hechicera.

D.ª FIL. Confieso á usted sin rebozo  
 que me ha dado en qué pensar,  
 y repito á mi pesar,  
 ¡pobre amigo, pobre mozo!  
 Usted es honrado, es bueno,  
 tipo de tiempos mejores:  
 por eso á mil sinsabores  
 en este amor le condeno.  
 Rosa, niña, y ya sin madre,  
 perdió un padre idolatrado,  
 y de entonces mi cuñado  
 más que tutor es su padre.  
 Entretanto de Manila,  
 giro á su comercio dando,  
 Miguel llegó á Cádiz, cuando  
 huérfana halló á su pupila.  
 Con mil cuidados prolijos  
 por este tratada fué:  
 no es de admirar, pues se vé  
 con caudal, viudo y sin hijos.  
 Feliz por tantos conceptos,  
 con tantas ventajas rica,  
 su posicion misma explica  
 la clave de sus defectos.  
 Ella es hija de mi hermana,  
 conozco su corazon,

tiene buen fondo y razon;  
 pero es algo casquivana.  
 Rica, bella, en tierna edad,  
 vé bullir en su cabeza  
 un mundo todo corteza  
 y vana exterioridad.  
 Si usted no tiene quitrin,  
 ni conoce el sí bemol,  
 ni en zapato usa charol,  
 ni en bota ciñe espolin,  
 ni á bailar polka arremete,  
 ni salta de estrecho el guante,  
 en fin, si á fuer de elegante  
 no es usted archi-paquete,  
 nunca hará mella en el pecho  
 de quien juzga, en conclusion,  
 no late un buen corazon  
 debajo de un frac mal hecho.

ANT. Y qué, piensa usted?

D.ª FIL. Yo sí.

Esas, y tal no os asombre,  
 si llegan á amar á un hombre  
 es á un hombre baladí.  
 Prefiere el indio bozal  
 el falso aljófar al oro,  
 trocando todo un tesoro  
 por pedazos de cristal.  
 Y es que el oro su riqueza  
 tal vez guarda en costra impura;  
 y es que el vidrio en su tersura  
 sabe esconder su vileza.  
 Así, quien del exterior  
 tan solamente se paga,  
 si escoge, fuerza es lo haga  
 escogiendo lo peor.  
 Mas ella sale. Prudencia.

ANT. ¡Cuán bella! ¡Infeliz de mí!

D.ª FIL. Ya en confesion os oí.  
 No os faltará penitencia.

## ESCENA II.

*Dichos y Rosa.*

ROSA. Muy buenos dias, Antonio.  
 Felices, querida tia.  
 ¿Tanto se madruga?

D.ª FIL. Tanto,  
 que há dos horas muy cumplidas

dejé el mal mullido lecho  
 de esta morada interina.

ROSA. ¿Y usted tambien? (*A Antonio.*)

ANT. Yo tambien.

Me honró con su compañía  
 esta señora, y entrambos  
 fuimos á gozar las vistas  
 de ese rio que embelesa,  
 cuyas aguas fugitivas  
 bajo el remo de cien barcas  
 resplandecientes se agitan,  
 mientras á la primer luz  
 las flores medio dormidas  
 suave fragancia despiden  
 brindando al alma delicias.

ROSA. Yo pienso de otra manera.  
 ¿Qué quiere usted que le diga?  
 Por eso lo que á unos place  
 á los otros le fastidia.

Para mí un rio es un rio  
 y nada más, sus barquillas  
 sucias y apestando á brea  
 el olfato me lastiman.  
 Una flor pase; una flor  
 podrá ser cosa muy linda  
 siempre que adorne un peinado,  
 ó se prenda en la cotilla,  
 ó en algun *bouquet* de baile  
 entretenga más que sirva.

Por lo demás, los gorgeos  
 de las aves matutinas  
 pasarán sin mí, que yo  
 paso sin ellos mi vida  
 contenta, si no me faltan  
 ni el *Hernani* ni el *Atila*.  
 Muy hermosa será el alba.  
 Séalo; mas no me incita;  
 que dá mal color al rostro  
 y á su luz no hay mujer linda.

¡El campo!... ¿Y qué haré yo en él?  
 ¿En el campo quién me mira?  
 ¿A quién se encuentra á esa hora,  
 ni á qué patan le dá pizca  
 de si la tela del traje  
 la compré en las Filipinas?  
 No tal. Tengo algunos bienes,  
 los años no me dan prisa,  
 usted y otros muchos más

me dicen que soy bonita;  
pues quiero ser elegante;  
y ya que en Madrid no viva,  
sólo aspiro á que mi fama  
corra, á pesar de la envidia,  
desde el paseo del Duque  
hasta la plaza de Mina.

ANT. (¡Que esto ame yo!)

D.ª FIL. Dices bien.

Necesito con Rosita (A Antonio.)  
hablar á solas. Marchad.

ANT. ¿Me permitís?

ROSA. ¡Qué tal diga!

Id; mas no por mucho tiempo.

ANT. Queriéndolo aun no podría.

### ESCENA III.

*Doña Filomena y Rosa.*

D.ª FIL. Solas estamos. Deseo  
hablar contigo, Rosita.

ROSA. ¡Precauciones de comedia!  
Pues eso algo significa.

D.ª FIL. No gran cosa: con Antonio  
hoy hablé, y esto te diga  
que conozco su pasión,  
que sé cual por tí suspira  
y que sus penas sentí  
al par de las penas mías.  
No es maravilla, que al cabo  
tengo ya cara de tia,  
y á mi edad sólo quedamos  
para que nos cuenten cuitas.  
Mas ante todo quisiera  
me dijese si le estimas  
como amigo nada más,  
ó bien si tu alma propicia,  
pagando amor con amor,  
dá á sus esperanzas vida.

ROSA. Ingénua seré, porque es  
la ingenuidad mi divisa.  
Antonio es un bello jóven,  
me adora con alma y vida,  
y á la verdad tengo ratos  
en que casi le amaria.  
Pero usted que ya conoce  
mi carácter, mis manías  
si se quiere, alcanzará

que no puede hacer mi dicha.  
Yo quisiera que su amor  
fuera prosa más corrida,  
que no suspirara tanto,  
que no se volviese almíbar;  
mas esto de andar buscando  
las solitarias colinas  
para decirle á la luna  
doscientas majaderías,  
esto de enamorar sólo  
en madrigales, tia mia,  
hace muchísimo tiempo  
que en el mundo no se estila.  
Comprendo bien un amante  
de bailes y de visitas,  
que me tenga el abanico  
mientras valso, y á quien riña  
si acaso en dos rigodones  
fué pareja de una misma.  
Un amante hombre á la moda,  
que sólo en Lóndres se vista,  
y que cuando le dé el brazo  
todos cuantos pasen digan:  
"¡Hermoso par de elegantes!  
Bien dicen que Dios los cria...  
et cétera. Quiero un hombre  
que celos nunca me pida  
con faz hosca; en fin, señora,  
y esto mi deseo explica,  
un amante falderito,  
no un Otelo que dé grima.

D.ª FIL. Bien lo sé, Rosa, y tambien  
sé que lo yerras, querida.  
Pero en fin, nada me ocultes.  
¿Es sólo la causa dicha  
la que de Antonio te aleja,  
ó hay alguna más?

ROSA. Sí, tia:  
otra con que no transijo.  
Antonio es oficinista.

D.ª FIL. Y qué tiene eso que ver  
con...

ROSA. Vá á saberlo á fé mia.  
Serán locuras, serán  
cosas de necia ó de niña;  
mas los tales empleados  
son hombres tan de plantilla,  
tan dados á reglamentos

y á fórmulas y á rutinas,  
que temiera ver mis cartas  
á un expediente cosidas,  
ó al márgen de algunas de ellas,  
*Informe, contaduría.*

Al papel del sello cuarto  
no hay amor que se resista,  
ni hay amante tan amante  
que lo sea en la oficina.  
No lo tome usted á chanza.  
Vea usted: yo tuve una amiga  
á la que cierto empleado  
amaba con ansias vivas.

Declaróse en una carta  
en que, cual todas, decia  
aquello de "hechizo hermoso,  
mi bien, mi gloria, mi vida,  
la adoro á usted;" mas al postre  
aquella costumbre pícara  
triunfó de él, y así acababa:  
*Todo lo cual digo á usia  
de real órden, á los fines  
que se expresan en la misma.*

D.ª FIL. Cierta que me has divertido  
con tu cuento.

ROSA. Pues maldita  
la gracia que le hizo á ella  
cuando vió tal trocatinta.  
Desde entonces hice voto  
de nunca amar...

D.ª FIL. No prosigas,  
que tu tío de su cuarto  
sale y aquí se aproxima.

#### ESCENA IV.

*Dichas y D. Miguel.*

D.ª FIL. Hola! cuñado, ¿qué tal?  
¿Dormiste bien?

MIG. Desatinas.  
Velé en un lecho de espinas  
cual sillón ministerial.  
Mosquitos me dan martirio,  
y mientras sacudo aprisa,  
cien pulgas en la camisa  
me bailan el paso estirio.  
¿Con qué gratas emociones  
en tí pensé, cama mia,

en medio de esa anarquía  
de sábanas y colchones!  
Mañana te encontraré,  
que ya de viage voy hartito.  
¡Ay, cuñada! ese no es cuarto;  
es el arca de Noé.

Y tú? *(A Rosa.)*

ROSA. Dormí cual jamás.

MIG. El que dijo que no hay bronce  
como tener años once,  
no errara echando diez más.

#### ESCENA V.

*Dichos y Juan con una carta.*

JUAN. Señor, esta carta trajo  
el ordinario, é ignora  
si es á usted.

MIG. Verélo ahora.  
Mas dónde está pues?

JUAN. Abajo  
respuesta esperando queda.

MIG. Pronto saldremos de duda.  
"Don Miguel Santos y Ayuda *(Lee.)*  
Sanlúcar de Barameda."

Claro está que es para mí.

JUAN. Y eso le respondo?

MIG. Eso.

JUAN. Y la he de pagar?

MIG. ¡Camueso,  
quién tal preguntara! Sí.

#### ESCENA VI.

*D. Miguel, Doña Filomena, Rosa.*

MIG. Es de Lopez. Pues no sé!...  
"Cádiz, et cétera. Amigo:  
por lo que importe, le digo  
que esta tarde me encontré  
á aquel su sobrino Edmundo,  
quien hoy viaja (á él me refiero)  
para gastar su dinero  
alegremente en el mundo.  
Díjale sin embarazo  
dónde y á qué usted marchó,  
y al saberlo, me ofreció  
que hoy le daría un abrazo.  
Con este aviso oficial

obrará según le cuadre.

Mande en tanto á su compadre  
é invariable amigo... y tal."

¡Conque Edmundo! Muy bien venga.

ROSA. Mi primo Edmundo! qué gozo!

D.<sup>a</sup> FIL. (¡A qué vendrá ese alborozo!

Dios de su mano los tenga.

¡Oh si pudiera hablar yo!)

Mas dí Rosa, dí Miguel?

Supongo que ese es aquel  
que há tres años se ausentó.

MIG. Sí tal. La suma elegancia.

ROSA. Que bailaba la mazurka.

MIG. Que saludaba á la turca.

ROSA. Y ahora que viene de Francia!

MIG. Buen mozo, amable, bien quisto,  
fino como un alhelí.

ROSA. Edmundo, qué dicha! Así  
se llamaba Monte-Cristo!

D.<sup>a</sup> FIL. Yo reviento si no parto.

Con ménos juicio vi pocos.

Voy á la casa de locos

para que os preparen cuarto.

## ESCENA VII.

*D. Miguel, Rosa.*

MIG. Hola, hermana, Filomena!  
Se fué... mas por qué decia?

ROSA. Raras cosas tiene tia!  
Ella que es siempre tan buena,  
ella á quien yo tanto estimo,  
se pone de mal humor  
y así nos deja, señor,  
porque oyó ensalzar al primo.  
Tal vez... caprichos! pensó  
que origine esta entrevista  
una amorosa conquista:  
amable es él, jóven yo.

MIG. La juzgas mal, y aun la ultrajas.  
El al cabo es su pariente.

ROSA. Tengo yo un antecedente.  
No lo digo á humo de pajas.  
Franca con usted seré.  
Y por qué no lo seria?

No ha sido siempre mi guia?

Mi amigo mejor no fué?

MIG. Sí tal; mas lleve el demonio

lo que á mi ver...

ROSA. Nada, nada.

Sepa usted que su cuñada  
protege el amor de Antonio.

MIG. El amor de Antonio!... A quién?

ROSA. Conque ahora estamos ahí?

A quién ha de ser? A mí.

MIG. A tí!... es imposible! El tambien!

¡El tan bonazo y sencillo,  
que no mira á las mujeres,  
y que deja otros placeres  
por mi mesa de tresillo!

¡El, que con cariño tanto  
en complacerme se afana!

ROSA. Eso es que por la peana  
se suele besar al santo.

MIG. Por cierto es extraña cosa!  
Mas al quererte qué espera?

ROSA. Primero, que yo le quiera;  
despues, que sea su esposa.

MIG. Su esposa tú! Empresa es.  
Y sin blanca! ¿Sabe Antonio  
que cuentas de matrimonio  
se hacen por regla de tres?  
Me caso? pues venga pluma.  
Tú pones tal capital,  
corriente: yo pongo tal.

Suman tanto. Aquí la suma.

Esto dará á cada socio  
de interés tanto por ciento.

Hago mi operacion, cuento:  
ó es negocio ó no es negocio.

Tal hice yo con Gerónima  
cuando con ella casé;

es decir, cuando fundé  
nuestra sociedad anónima.

¿Cómo quieres tú que pase  
por pretension tan herética?

¿El que no sabe aritmética  
es posible que se case?

Pues no saca mal escote!

¡El, sin rentas, empleado,  
pobreton, centralizado,

osa aspirar á tu dote!

La partida no es igual,

ni yo en esta empresa quiero

que poniendo tú el dinero

él sea socio industrial.



Así, fuera extravagancias:  
dile que es tiempo perdido,  
pues tú has menester marido  
á pérdidas y á ganancias.

ROSA. No se moleste por eso,  
que no estamos tan allá,  
ni es bien por un *¿qué será?*  
que así se devane el seso.  
No obstante, muy al revés  
pienso de usted: es mi modo.  
Para mí el cariño es todo,  
pero nada el interés.  
Amiga soy de bambolla,  
de miseria tiemblo al nombre  
y jamás le diré á un hombre:  
"contigo pan y cebolla;"  
mas no seré de un vestiglo  
porque en la opulencia viva,  
que aunque soy muy positiva  
no soy tanto como el siglo.  
Puedo querer mis diamantes,  
puedo á un hombre ser sensible,  
pues no entra en lo incompatible  
el tener joyas y amantes.  
Y así en consecuencia saco  
este principio bien obvio:  
que un buen traje y un buen novio  
caben juntos en un saco.

MIG. Tal me lo esperaba yo.  
Las ideas son del día;  
pero al fin veo, hija mía,  
el que tu hora aun no llegó.  
De aquí á entonces reflexiona,  
y sírvate yo de espejo,  
que algun día será viejo  
el que hoy de lindo blasona:  
que de esos rizos lozanos  
que en lustre al charol no ceden,  
dé gracias con que le queden  
cuatro pelos, y esos canos:  
que por antiguos deslices,  
aun antes que afeite arrugas,  
podrán salirle berrugas  
en mitad de las narices:  
que quizá le den viruelas,  
y en fin, que aun con mil dispendios,  
no hay compañía de incendios  
que le asegure las muelas.

De otras cien cosas prescindo  
que tú darás de barato:  
mira si en este retrato  
conoces á tu don Lindo.

ROSA. De distintos pareceres  
aun en eso somos ya.  
Eso mismo y más quizá,  
acontece á las mujeres.  
Tambien puedo estar yo enferma,  
ser vieja tambien calculo.

MIG. Por eso yo no especulo  
en género de tal merma. *(Mirando el reloj)*  
Mas las diez han dado, y hace  
un hambre aquí, que está uno...  
Apresura el desayuno.

ROSA. Al punto voy, que me place.

MIG. El comer diz que es delito  
en amor.

ROSA. Linda bobada!  
Yo no estoy enamorada:  
puedo tener apetito.

MIG. De paso llámame á Juan.  
Mañana vamos de aquí  
y es fuerza...

ROSA. El mundo es así:  
unos vienen y otros van.

## ESCENA VIII.

*D. Miguel.*

Solo estás, Miguel: hablemos  
como el que consigo habla.  
¿Será cierto lo que he oido?  
¿Me engañará esta muchacha?  
No es posible... ¿Y ese Antonio?...  
Lo que es él poco me espanta.  
"Nunca llegó Fray Modesto  
á guardian." Tal lo declara  
el adagio, y por mi vida  
que esos muy rara vez fallan.  
Sin embargo, él es buen chico,  
meloso, insinuante... ¡Cáscaras!  
No hay que fiar, que otro adagio  
dice que "el diablo las carga."  
¿Qué haré, pues, en tales dudas?  
Meditemos... Qué haré?... Nada:  
que eso es lo que en lances críticos  
hacemos siempre en España.

## ESCENA IX.

*D. Miguel y Juan.*

- JUAN. Mande usted, señor.  
 MIG. Vé, Juan,  
 y ajusta para mañana  
 un buen coche de camino.  
 Cuida de que no haga falta.  
 JUAN. Pará dónde?  
 MIG. Para el Puerto.  
 Allí cuando nos dé gana  
 al vapor, y en él á Cádiz.  
 JUAN. Y á qué hora, señor, le cuadra  
 el partir?  
 MIG. Yo te diré.  
 A Sevilla mi cuñada  
 desde aquí vuelve, y al paso  
 en el *Teodosio* se embarca.  
 Mira en la lista la hora,  
 y á esa misma.  
 JUAN. Vaya en gracia.  
 De todo quedo enterado.  
 MIG. En mi cuarto estoy. Prepara  
 lo preciso.  
 JUAN. Usted descuide.

## ESCENA X.

*Juan.*

Mucho estos viajes me agradan,  
 y más cuando me dá el amo  
 un voto de confianza.  
 En el ajuste del coche  
 podré ganarme... sí, vaya...  
 veinte reales en francés  
 ó diez y nueve en España.  
 ¡Oh, y lo que mudan los tiempos!  
 ¿Quién despues de aquella zambra  
 del año de ocho, en que todos  
 á un Napoleon odiaban,  
 sospecharian que hoy  
 le amásemos con tal ánsia?  
 Por eso dice un periódico  
 de los que yo leo en casa,  
 que esos son los altos juicios  
 de la crisis monetaria.  
 ¿Mas quién es este señor?  
 Nunca le ví en la posada.

## ESCENA XI.

*D. Edmundo y Juan.*

- EDM. ¿Don Miguel Santos?  
 JUAN. Aquí  
 interinamente para.  
 EDM. Está bien. Pues corra y dígame  
 que Edmundo ¿entiende? le aguarda.  
 JUAN. Edmundo? Pero de qué?  
 EDM. Señor necio, vaya á la cuadra  
 si no sabe tratar gentes.  
 JUAN. ¡Gran señor es, segun habla! (*Aparte.*)

## ESCENA XII.

*Edmundo.*

Ya estoy aquí. Meditemos  
 sobre mi plan de campaña.  
 Aquí hay dinero... Es seguro.  
 Yo tambien tengo... sí... trampas.  
 Conozco bien el terreno.  
 Mi tio es un alma cándida  
 y que no inventó la pólvora.  
 ¡Qué soberbio par de faltas!  
 Mi prima es preciosa y rica:  
 con lo segundo bastara:  
 mas al fin, miel sobre hojuelas  
 no es cosa que á nadie amarga,  
 Si doy el golpe, me armo.  
 Oh! bien haya, amen, bien haya  
 mi coramvobis, que así  
 de los apuros me saca.  
 Pero, y despues?... Hay vapores  
 en Cádiz, y ahí está Francia.  
 Emigro del matrimonio,  
 dejo mi mujer, mi patria  
 y mis acreedores, todo  
 lo que más aprecia el alma,  
 y á comer el pan amargo  
 vóime á París, á Alemania,  
 á cualquier parte, llevando  
 para paño de mis lágrimas  
 el dote, adorada prenda  
 de mi ausente gaditana.  
 Mas hé aquí ya al viejo víctima.

## ESCENA XIII.

*D. Miguel y Edmundo.*

- MIG. ¡Edmundo! (*Se abrazan.*)

EDM. ¡Tío del alma!  
 MIG. Tú por aquí! ya era hora.  
 Tres años de ausencia!... ¡Cáspita!  
 No son un día ni dos.  
 EDM. Tres siglos, cuando se pasan  
 lejos de aquellas personas  
 á quienes de veras se ama.  
 Mas el afán de viajar,  
 de ver esa Europa sábia  
 que, formando la razón,  
 dá brillo al cuerpo y al alma,  
 me atrajo más que quisiera.  
 MIG. Mucho habrás gastado!  
 EDM. Nada.  
 Es decir, nada que importe.  
 Mi patrimonio á Dios gracias  
 era pingüe, y con las rentas  
 para todo me alcanzaba.  
 Soy poco derrochador,  
 tío, no tengo esa falta,  
 y sólo estiro la pierna  
 hasta donde dá la sábana.  
 MIG. Sí, que circule el dinero.  
 Aquesa, Edmundo, es mi máxima.  
 Un hombre ha de gastar, cuando  
 no le arruina lo que gasta.  
 EDM. Dejemos eso. ¿Y mi prima?  
 MIG. De tu venida avisada  
 está ya. Mas héla aquí.

ESCENA XIV.

*D. Miguel, Edmundo y Rosa.*

ROSA. Primo mío!  
 EDM. Rosa!  
 MIG. Abrazala.  
 EDM. Si usted permite...  
 ROSA. Si usted...  
 MIG. No lo he de permitir? Anda,  
 que primas cual la presente  
 no las hay en la guitarra.  
 ROSA. Edmundo! (*Se abrazan.*)  
 EDM. Rosita hermosa!...  
 (Buena prima!... si no salta.)  
 ROSA. De dónde llegas ahora?  
 EDM. De París.  
 ROSA. ¡Oh, qué jornada!  
 ¡Cuánto envidia tu viaje!  
 ¡Debe ser tan bella Francia!

EDM. Ya irás allá. Y por qué no?  
 ROSA. Es difícil.  
 EDM. Si te casas,  
 si tienes marido amable,  
 que sepa apreciar tus gracias,  
 fuerza será que procure  
 ante el mundo realzarlas.  
 Allí en aquella metrópoli  
 del gusto y de la elegancia,  
 es sólo donde se adquieren  
 las exteriores ventajas  
 que hacen bonita á una fea,  
 y á una hermosa sobrehumana.  
 Tú, prima, que eres tan bella,  
 ¿no te juzgas malograda  
 siendo el campo de tus triunfos  
 la Alameda y la muralla?  
 ¿No sueñas con que hay Long-champs  
 donde, entre hermosuras tantas,  
 por Venus de aquellas diosas  
 te dieran la áurea manzana?  
 ¿No sueñas con que oprimiendo  
 las mullidas almohadas  
 de rico landó, tirado  
 por cuatro yeguas normandas,  
 vuelas, dejando tras tí  
 nubes que el polvo levanta?  
 ¿No te desvela el pensar  
 que atrayendo las miradas  
 de todo París, se digan  
 al pasar tú: "Hermosa dama!  
 Quién es!—Es una española.—  
 Española?—Y gaditana.  
 Hija del mar, que en sus conchas  
 no vió perla más preciada?"  
 En fin, ¿no te es delicioso  
 preveer que, vuelta á España  
 tus trajes serán la norma,  
 tu corsé será la pauta,  
 tu peinado dará el tono  
 y hasta el imitarte fama?  
 Esto Rosita te espera.  
 Confía en tí, no te abatas;  
 allá irás sin duda alguna  
 para ser luego en tu patria  
 el boletín oficial  
 de la bella aristocracia.  
 ROSA. Edmundo, no hables así,

que el corazón se me salta  
del pecho, al imaginar  
que tal ventura lograra.  
Tú adivinaste mis sueños,  
tú á mi pensamiento hablas,  
tú me comprendes, tú sólo  
supiste leer en mi alma.  
No sé si son ilusiones;  
mas sólo sé que me arrastran,  
y que este mundo en que vivo  
me ahoga, el aire en él me falta.  
Pero al cabo, ¿qué aprovecha  
tratar imposibles? Nada.  
Hablemos, pues, de otra cosa.  
Hablemos de tí.

MIG. Acertada  
resolución. En efecto  
hablemos de tí. ¿Te cansa  
el viajar y al fin te fijas  
en alguna parte, ó andas  
á modo del Judío errante  
por tu tierra y las extrañas?

EDM. No, señor, no: por ahora,  
salva cualquier circunstancia,  
mi intención es el quedarme  
en Cádiz, pondré allí casa,  
que si hasta ahora soy soltero  
tal vez no lo sea mañana.  
Jóven soy y no insensible:  
(*Con intención.*)  
puedo amar. ¿Qué hombre no ama  
cuando Dios en su camino  
pone su ángel de esperanza?  
Si me enamoro, si á dicha  
mi cariño obtiene paga,  
entonces, alto, á casarme;  
que si el matrimonio es carga,  
lo es para el que anacoreta  
hace claustro su morada.  
No, señor, las diversiones  
hallarán mi puerta franca  
noche y día, y si no vienen  
sabremos ir á buscarlas.  
Buena mesa, palco propio,  
un baile cada semana,  
dos carruajes, tres caballos,  
en fin, lo preciso y basta,  
que al cabo Cádiz no es Londres.

Con esta vida arreglada  
podremos cada dos años  
correr capitales varias,  
pricipiando por Madrid  
y acabando en las de Italia.

MIG. (Buen caudal!)

ROSA. (Suerte dichosa!)

EDM. En tanto será mi estancia  
la modesta de un soltero;  
mi tren como del que viaja.  
Ahora espero el tilburí  
con mi equipaje y dos jacas  
andaluzas de montar.  
Una de ellas es muy mansa.  
¿Me harás, Rosita, el obsequio  
de admitirla? ¿Es tan gallarda!...

ROSA. No; de ningún modo, Edmundo.  
No quisiera te privaras...

EDM. De qué?... ¿De un caballo!... Tío,  
dígame que me desaira.

MIG. Puedes aceptar.

ROSA. La acepto.

EDM. (No hará gran gasto en cebada.)  
Entonces, prima, ya es tuya  
Como ya es tuya mi alma. (*Bajo á Rosa.*)

ROSA. (¿Qué es esto que me sucede!  
¿Dios mío, no estoy turbada!)

EDM. (Cierto que estoy inspirado.  
Hoy miento como un programa.)

#### ESCENA XV.

*Dichos y Don Antonio.*

ANT. Perdonad si fui grosero (*A D. Miguel.*)  
y á saludarle aun no entré.  
Servidor. (*A D. Edmundo.*)

EDM. ¿A quién diré?  
Lo soy de usted, caballero.

MIG. Por primo de mi sobrina  
dejad que á Edmundo os presente.

ANT. Con mi amistad desde hoy cuente.

EDM. (No me dá este buena espina.)

ANT. (¿Si amaré á Rosa?)

EDM. (¿Si acaso  
quiere seguirme la pista?)

ANT. (No le perderé de vista.)

EDM. (Veré de atajarle el paso.)

## ESCENA XVI.

*Dichos y Doña Filomena.*

- D. FIL. Señores, al diablo doy  
tal detencion. ¡Dios del alma!  
¿Os estais con esa calma?  
¿Pues qué, no se almuerza hoy?
- EDM. ¡Oh, tia! (Maldito azar!)
- D.ª FIL. ¡Oh, sobrino! (Linda pieza!)  
¿Sentaste ya la cabeza?  
¿Te aburraste de viajar?
- MIG. Eso es hacerle una injuria.  
Tú no tienes que decir...
- D.ª FIL. ¿Vuelves al Guadalquivir  
huyendo tal vez del Turia?
- EDM. Calumnias... Yo no hago caso...  
(¡Qué demonios!... ¿Esta es tia  
ó agente de policía?)
- ROSA. (¡Será verdad!... ¿Pero acaso  
echarle en cara pretendo  
si allí á una mujer amó?  
¿Cómo lo entenderé yo  
cuando á mí ya no me entiendo?)
- ANT. ¡Ay, que ya le mira amante! (A D.ª Fil.)  
¿Lo visteis?
- D.ª FIL. Un empleado (A Antonio.)  
siempre ha de estar resignado  
á que lo dejen cesante.  
La época lo dá de sí.  
Pero, señores, aprisa, (Alto.)  
pues mi estómago me avisa  
que estamos de más aquí:  
ni entra en mi cuenta por tanto  
que hagamos el desatino  
de ayunarle á este sobrino  
como se le ayuna á un santo.  
Alto pues, al comedor.
- EDM. (Domestiquemos al oso.)  
(Ofrécele el brazo.)  
Tia, si soy tan dichoso...
- D.ª FIL. Yo me llevé lo mejor. (Vánse.)
- ANT. ¡Ay Rosa!...
- ROSA. Déjeme en paz.
- ANT. Si mi amor...
- ROSA. Me importa un pito.  
(Dá el brazo á su tio y parten.)

## ESCENA XVII.

*D. Antonio.*

Para abrirme el apetito  
me dió ese poco de agraz.  
¡Mujeres, que haya quien llame  
al amor dulce cadena!  
¡Que teniendo el alma en pena  
haya pícaro que os ame!  
Os llama el mundo hechiceras,  
y en premio de un puro ardor  
así obráis!... ¿Pues no es mejor  
estar remando en galeras?  
¿Antes que con ansias vivas  
os entregue uno su fé,  
no vale más... ¿qué diré?  
ser de las clases pasivas?  
Y tú, Rosa idolatrada  
á quien cual mi estrella sigo,  
te amo, ¿y porque te lo digo  
me sueltas tal andanada?  
¡Oh ex-abrupto singular!  
¡Oh femenil egoismo!...  
Pues con ese sinapismo  
vaya usted ahora á almorzar.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

## ESCENA I.

*Rosa, sentada con un libro en la mano.*

(Lee.) "Que las que de amores lloran  
pocas gracias atesoran,  
y son por esta razon  
muy tiernas de corazon  
la vez que las enamoran."  
Bien dice, bien dice á fé (Cierra el libro.)  
en estos versos Rubí:  
su leccion no olvidaré:  
y pues lo que valgo sé  
no quiero abatirme así.  
¡Ay, que desde esta mañana  
mi pensamiento se abisma!  
Yo, que me juzgaba ufana,

de los otros soberana,  
 porque lo era de mí misma;  
 yo ceder sin pelear,  
 dar á un hombre mi albedrío,  
 mi libertad abdicar,  
 en una palabra, amar!  
 ¿Dónde estás, orgullo mio?  
 ¿Mas qué me pudo vencer?  
 ¿Qué fascinarme así pudo?  
 ¿Trocóse acaso mi ser?  
 ¿No soy la misma que ayer?  
 ¡Oh Dios! Eso es lo que dudo.  
 Hoy tierna, ayer desdeñosa,  
 ayer niña, mujer hoy,  
 ayer alegre, gozosa,  
 hoy preocupada, afanosa:  
 aqueso fuí, a questo soy.  
 Perdíme de confiada;  
 el alma así me lo avisa.  
 ¿Qué fué mi poder?... ¡Ay! nada,  
 pues le turba una mirada,  
 pues le vence una sonrisa.  
 Mas no imagines tan presto  
 verme, amor, tu prisionera,  
 ni en la lid á que me apresto  
 juzgues dejaré mal puesto  
 el honor de mi bandera.  
 Alto; á lidiar, corazon;  
 jamás sucumbas así;  
 lucha con brio y teson,  
 que quiero tomar leccion  
 de esos versos que leí.

(Permanece reflexionando.)

## ESCENA II.

*Rosa, Edmundo.*

EDM. Bien... frase declamatoria...  
 (Hablando consigo.)

tal es mi plan... pesar hondo...  
 estilo, así... en pepitoria...  
 en suma, cosa es notoria,  
 un artículo de fondo.

¡Mas ella aquí!... no sabia...

ROSA. ¡Edmundo!

EDM. Edmundo tu amigo.

La casualidad me guia,  
 y pues te hallo, hermosa mia,  
 la casualidad bendigo.

¿Ves cual mariposa gira  
 arrastrada de su suerte  
 en torno á la luz que mira?  
 ¿No viste cuál allí espira  
 porque la luz es su muerte?  
 Tal yo insensato, yo loco,  
 busco el fuego que me inflama,  
 con imprudencia lo toco,  
 y así mi muerte provoco  
 espirando entre su llama.  
 Quise mi hado rehuir;  
 mas fué el luchar desatino:  
 fuerza es amar y morir,  
 y pues vano es resistir  
 cúmplase al fin mi destino.

ROSA. Diz que lo amante vá junto  
 con lo prudente y discreto,  
 y aunque no sé de ese punto,  
 ya que nada te pregunto  
 quédate con tu secreto.  
 Yo te doy el parabien  
 si vences en lance tal;  
 sentiré ageno desden;  
 pero más no me está bien  
 y aun pudiera estarme mal.  
 Tú, que en empresas cual esta  
 sin duda eres harto ducho,  
 afan y paciencia apresta,  
 pues sabes que mucho cuesta  
 aquello que vale mucho.  
 Mal de palabras se paga  
 quien dá en cambio un alma entera;  
 haz que ella se satisfaga,  
 que nunca á mujer halaga  
 saber que otra fué primera.  
 Este consejo te doy;  
 esta es la opinion que sigo;  
 sé quien eres, sé quien soy,  
 y en lo que escuchaste hoy,  
 si entiendes, harto te digo.

EDM. (Vaya si lo entiendo... Y tanto.  
 Más dura está que pensé.)  
 Rosa, de oírte me espanto.  
 Dudar tú de mi quebranto!  
 Desconfiar de mi fé!

Tú eres la luz do me quemo,  
 tú el esplendor á quien sigo,  
 ansío tu mirada y temo,

y sueño en mi amor extremo  
vivir para tí y contigo.

Eres bella cual la Huri;  
(cómo sudo!)... y más lozana  
que flor del Misisipi,  
cuyo broche carmesí  
se abre al sol de la mañana.

Sí, Rosita, yo te adoro,  
¡oh virgen de amores pura!  
¿Y de qué me sirve el oro  
si me falta ese tesoro  
de virtud y de hermosura?

Vuelve á mi pecho la calma,  
premia mi ardiente deseo,  
que si me llevo la palma,  
tuyo será, al par del alma,  
todo cuanto yo poseo.

Sé que un porvenir brillante  
no fascina tu razon;  
mas si con amor constante  
algo merece un amante,  
yo tengo fé en mi pasion.

ROSA. (El caso llegó. Prudencia.)

EDM. No respondes?

ROSA. Eso intento.

EDM. Conduélate mi impaciencia.

ROSA. Para darte esa sentencia  
fuerza es que me oigas un cuento.

EDM. Un cuento digiste!

ROSA. Sí.

Es uno y casi son dos.  
De memoria le aprendi.  
Ya que á pelo viene aquí,  
óyelo.

EDM. (Vaya por Dios.)

ROSA. "Amaba Apolo un tiempo á Clicia bella:  
rogóle amante, suspiró rendido:  
mal le resiste la gentil doncella,  
y no bien cede, cuando llora olvido.  
Razon es que me asombre;  
pues si tal hizo un Dios, qué no hará un hombre?

De entonces sin color, suelto el cabello,  
fija en el astro su mirada ardiente  
desde que luce su primer destello  
hasta dar en los mares de occidente.

Así la parca, lenta á su agonía,  
de aquella triste vida hilaba el copo,  
y tal llora, que al fin el dios del día  
la trueca en una flor, en heliotropo."

EDM. Y bien?...

ROSA.

Estame atento,  
porque ahora llega lo mejor del cuento.

"Dafne, tambien de Apolo idolatrada,  
no cede á su amoroso desvario:  
él la persigue, y ella fatigada  
llega al Peneo, de Tesalia rio.  
Allí á su padre invoca, allí le ruega  
que de aquel audaz númen la liberte,  
y el tierno padre, á quien su ruego llega,  
en un laurel hermoso la convierte.

Ciñe un ramo á su sien el triste amante,  
y de tanta virtud para memoria,  
al mundo prescribió que en adelante  
fuese el laurel un signo de victoria.

Clicia, porque cedió, fué despreciada:  
Dafne, que resistió, fué enaltecida;  
aquella en pobre flor se vió trocada,  
esta en señal de gloria convertida:  
y en tal ejemplo viste  
que sólo alcanza el lauro quien resiste."

Hé aquí la historia: no intento  
fundar en ella un desden;  
mas, pues lucha el pensamiento,  
voy á meditar mi cuento:  
medítalo tú tambien.

### ESCENA III.

*Edmundo.*

¡Vaya una endiablada lógica!  
Edmundo, lucido estás!  
¡No te faltaba ahora más  
que una prima mitológica!  
Con muchos contrarios lidio;  
trampas, tia bachillera,  
rivales, y por contera  
matamórfofis de Ovidio.

Sin embargo, claro infiero  
por lo que de sí esto arroja,  
que es sólo un tira y afloja;  
que es un no quiero y sí quiero.

Tanta lentitud me inquieta;  
porque desde que ví á Rosa  
creí que era fácil cosa  
tomarla... á la bayoneta.  
Pero su maldita parla  
esta victoria me birla:  
por hambre cómo rendirla?  
Pues señor... bombardearla.  
Celos sobre ella, y si entrega  
su sitiado corazon,

ha de ser á discrecion;  
no he de perdonar talega.  
Celos? Mas cáusame risa:  
falta que haya aquí con quien:  
mañana muda este tren  
y yo tengo mucha prisa.

No obstante, es tan bueno el medio  
que fuera lástima... Nada:  
no hay en toda la posada  
más faldas para un remedio.

Discurramos... Pero tate...  
La tia?... Pollo algo duro.  
Sin embargo, en un apuro  
no es tan grande el disparate.  
Fáltale, es verdad, calórico;  
mas hallo si lo averiguo  
que, aunque es documento antiguo,  
no llega á recuerdo histórico.  
Del tiempo y de la ruina  
aun preciosos restos saca.

Tal dijo de la Carraca  
un ministro de marina.  
Celos daré á la doncella  
si estotra pega tal cual.  
Viuda, fresca y con caudal?...  
Apechuguemos con ella.  
Fuerza es que el anzuelo trague,  
ya que, de amor en el gremio,  
la una es comision de apremio  
para que la otra me pague.  
Sin embargo... es tan ladina!  
Fuera miedo. Quién tal vió?  
¿Pues qué, un mozo como yo  
se halla tras de cada esquina?  
¿Yo, cuyo amor causó tisis  
á tanta hermosura en flor,  
temer pudiera el rigor  
de una belleza ya en crisis?

Si se descubriere el ajo  
diré que dar celos quise,  
y á poco que la otra avise  
echaré por el atajo.  
En fin, si falla este enredo,  
ya que á Zorrilla leí  
diré con él: "Vamba fui,  
Vamba soy, Vamba me quedo."  
Juan. (Llamando.)

#### ESCENA IV.

*D. Edmundo y Juan.*

JUAN. Señor.  
EDM. (Pecho á la mar.)  
Viste á doña Filomena?  
JUAN. No, señor: há una hora buena  
que no...  
EDM. Bien. Vóila á buscar.

#### ESCENA V.

*Juan, despues doña Maria.*

JUAN. ¡No está mala la embajada!  
¡Vaya que el tal señorito!...  
(D.ª Maria sale de su cuarto y observa por donde  
marchó Edmundo.)  
MAR. (Él es. No me queda duda.)  
¿Es usted de casa, amigo?  
JUAN. No, señora. Soy criado  
de un señor que aquí ha venido  
de Cádiz.  
MAR. ¿Si no es secreto  
podré saber su apellido?  
JUAN. (¡Si vendrá á hacer el padron!)  
No hay misterio aquí escondido.  
Se llama D. Miguel Santos.  
MAR. ¿Y el que se fué es su sobrino?  
JUAN. Sí tal.  
MAR. ¿Tiene otra sobrina?  
JUAN. Sí tal.  
MAR. ¿Y ese señor tio  
no tenia una cuñada?  
JUAN. La tiene.  
MAR. ¿Dónde?  
JUAN. Aquí mismo.  
MAR. ¿No está tambien D. Antonio  
Gomez?  
JUAN. Con el amo vino.  
MAR. Gracias.  
JUAN. No hay mucho por qué.  
MAR. (De todo seré testigo.) (Vdse á su cuarto.)

#### ESCENA VI.

*Juan.*

¡Cuánta pregunta y respuesta!  
¿Es mujer ó es catecismo?  
¿Será el celador del barrio?...



¿Mas cómo... y el abanico?  
 Pues señor, quizá consista  
 en que, por fueros antiguos,  
 sea aquí la policía  
 del género femenino.  
 ¡Sábía medida por cierto!  
 ¡Oh! yo desde luego afirmo  
 que si este ramo á mujeres  
 estuviese cometido,  
 ellas averiguarían  
 obras, vidas, pasos, dichos,  
 y aun pensamientos; se entiende  
 gratis, y sin otro auxilio  
 que la curiosidad propia:  
 y aun muchas de ellas predigo  
 que dieran dinero encima;  
 porque son como los chicos,  
 los que en vez de ser pagados  
 dan ellos sus cuartejillos  
 al sacristan, si los deja  
 repicar en los bautismos.  
 Mas pronto lo que buscaba  
 logró encontrar el mocito.

(*Mirando al foro.*)

Aquí se acercan. Voy pues  
 á prevenir nuestros lios.

### ESCENA VII.

*Doña Filomena, Edmundo.*

D.<sup>a</sup> FIL. Bien. Ya me tienes aquí.  
 ¿Qué prisa es la que te ha dado?  
 ¿Del cuarto de mi cuñado  
 por qué me sacas así?  
 ¿Es un terrible misterio  
 el que ahora se me prepara?  
 ¿Por qué así estiras la cara?  
 ¿Por qué te pones tan sério?  
 ¡Hondos suspiros arrancas!  
 ¡Me miras con tal ardor!...  
 ¿Si te habrá inspirado amor  
 este archivo de Simancas?  
 EDM. Si usted se burla... me abismo  
 al considerar...  
 D.<sup>a</sup> FIL. ¿Qué quieres?  
 Sé que en punto á las mujeres  
 sigues el eclecticismo.  
 De esta te entusiasma el pié,

de aquella el rubio cabello,  
 de una la tez, de otra el cuello  
 y de estotra el no se qué.  
 Tanta perfeccion humana  
 no es dado en una juntar,  
 que á Petra no has de rapar  
 para dar su pelo á Juana.  
 Y pues á pocas condeno  
 por tal fealdad que espante,  
 tú eres de todas amante,  
 por lo que tengan de bueno.

EDM. Si usted hablar me dejara..

D.<sup>a</sup> FIL. ¿Pues yo acaso te lo quito?  
 Sin embargo, te repito  
 que no pongas esa cara.

EDM. Sé que vuestro ceño arrostro  
 si no sigo tal consejo;  
 mas, pues es del alma espejo,  
 ¿cómo habrá de estar mi rostro?

D.<sup>a</sup> FIL. ¡Oiga!... Siendo así, ya ves  
 que escucho punto por punto.  
 Comienza pues, que el asunto  
 vá picando mi interés.

EDM. Mal el respeto se vence,  
 y al mirarme en este trance,  
 temiendo que nada alcance  
 ni aun sé por dónde comience.

D.<sup>a</sup> FIL. Dejemos á un lado ripio  
 y naveguemos en popa.

Te hago gracia de la sopa:  
 principia... por el principio.

EDM. Jóven soy, como usted vé:  
 con pasion amé el viajar:  
 corrí tierras, surqué el mar...

D.<sup>a</sup> FIL. Adelante. Eso lo sé.

EDM. Pero lo que usted no sabe  
 es, que mi alma combatida  
 pide más tranquila vida:  
 fuerza es ya que esto se acabe.  
 Por lo tanto, cosa es obvia,  
 buscar debo una mujer  
 que me ame y á quien querer.

D.<sup>a</sup> FIL. Adelante. No soy novia.

EDM. Que me ame dije, y es llano;  
 que yo la ame, cosa es clara,  
 pues que sólo así trocara  
 mi libertad por su mano.  
 Con mi constancia y ternura

le daré mi patrimonio:  
necesito matrimonio.

D.ª FIL. Adelante. No soy cura.

EDM. (Por Dios que corto me quedo.  
Tanto "adelante" me seca.)

D.ª FIL. (¿Imaginará el babeiaca  
que suelo mamarme el dedo?)

EDM. Decia que de marido  
en buena sazon me hallo.  
Yo ya corrí mi caballo,  
harto en el mundo dí ruido.  
Con tal esperanza absorta  
el alma busca este bien,  
y tal vez halló ya quien...

D.ª FIL. ¿Pero eso á mí qué me importa?  
que tu fé sea ó no pura,  
que tú te cases ó no,  
¿qué se me dá á mí, si yo  
ni soy la novia ni el cura?  
No más me saques de quicio  
con tus angustias secretas,  
pues ni tengo hijas, ni nietas,  
ni está á mi cargo el hospicio.

EDM. Mas si el asunto no es tal...  
Si es usted ese embeleso.

D.ª FIL. ¿Qué me dices!... Pues ya es eso  
harina de otro costal.  
¡Conque yo soy!... ¿Será cierto?  
¡Tal sorpresa me previenes!  
¡Ay Edmundo! cosas tienes  
que hicieran reir á un muerto.  
¡Yo que de vieja me tildo,  
hallar quien así me alaba!  
¡Yo un novio, cuando esperaba  
cruz de San Hermenegildo!  
¡Yo en alza, cuando al revés,  
segun mi tanto por ciento,  
ya me creí documento  
de deuda sin interés!  
¡Yo con mi fecha! Ya es obra.

EDM. Señora, me desespero.  
Para lo que yo la quiero  
ni le falta ni le sobra.  
Mis cálculos son sencillos.  
Veinte y cinco cuento ya.  
y usted... treinta.

D.ª FIL. Sí. Eso habrá  
que hacia planas de puntillos.

EDM. Sean seis más.

D.ª FIL. (Sin los que callo.)

EDM. ¿Es eso una senectud?  
Sois fresca, teneis salud...

D.ª FIL. A prueba de ojos de gallo.

EDM. Sois rica además, y hareis  
que alguna francesa os vista.  
Con una buena modista  
nadie os echa veintiseis.  
Ved con cuán poca razon  
os juzgais ya amortizada.  
Dejad, que dentro de nada  
yo os pondré en circulacion.

D.ª FIL. Una vez que tanto valgo  
y que en mi red te prendí,  
no es justo que ceda así;  
forzoso es que penes algo.  
Es cosa muy natural:  
mi pudor tal me lo avisa;  
pues si ven que tengo prisa  
pierdo la fuerza moral.  
Hay tiempo gracias á Dios:  
evitemos otros daños,  
que sobre cuarenta años  
no hacen mella un mes ni dos.

EDM. Fuérame cosa liviana  
obedecer su mandato:  
¿mas cuándo tendré otro rato?  
¿Olvidó usted que mañana?...

D.ª FIL. Parto de aquí. Y bien?, mejor.  
Con más fuerza ahora te obligas.  
¿Quién te quita que me sigas?  
¿No cabes en el vapor?

EDM. Aunque me cause perjuicio  
iré; mas sólo si alcanza  
mi amor alguna esperanza.

D.ª FIL. (Necio, vas al precipicio.)  
¿Prosigues en ese empeño?...

EDM. ¿Cómo nó, si tanto gano?  
(Rosa abre la puerta de su cuarto y al verlos se reti-  
ra. Edmundo la vé.)

D.ª FIL. Entonces...

EDM. Oh, en vuestra mano...  
(La besa.)

ROSA. (¡Es esto verdad ó es sueño!)

EDM. (Allí está. Beba las heces.)

D.ª FIL. Mi alma á mi pesar se inclina...

EDM. Sigue, mujer peregrina.

D.ª FIL. Sé lo mucho que mereces...

EDM. Con una palabra sella  
la esperanza que en tí fundo.

D.ª FIL. Es mucho exigir, Edmundo.

### ESCENA VIII.

*Dichos y Rosa.*

ROSA. Yo responderé por ella.

EDM. (Saltó la prima. Bien vá.)

D.ª FIL. Serás tú acaso quien piense?...

ROSA. Ruego á usted que me dispense.

(*A Doña Filomena.*)

Oiga usted lo que dirá. (*A Edmundo.*)

Dirá que es un hombre infame  
el que á dos á un tiempo engaña.

Dirá que es justa la saña,  
de la que mujer se llame.

Dirá que clama á los cielos  
esa conducta malvada,

ya que el mundo no hace nada  
al que asesina con celos.

Dirá, aunque nadie se asombre,  
que á ninguna tuvo amor;  
y en fin, que es usted traidor,  
porque al cabo es usted hombre.

EDM. (Me habla de usted. Esto es hecho.  
Cállome, y haya lo que haya.)

D.ª FIL. Todo eso dirá?... ¡Pues vaya,  
no lo tomas muy á pecho!  
Si es que su amor te interesa,  
por qué le causaste enojo?  
¿Hago yo mal si recojo  
las migajas de tu mesa?  
¿Mudar no puede el enfermo  
si el doctor no se dió trazas?  
¿Si á este diste calabazas  
se irá á ser padre del yermo?  
Mirado hubiéraslo antes;  
mas luego no puedé ser,  
que eso fuera establecer  
un monopolio de amantes.  
No sé si Edmundo te habló:  
lo que te dijo no sé;  
pero por lo que se vé  
sin duda te enamoró.  
Tú eres un retoño tierno,  
yo soy ya dura madera;

teniendo en tí primavera  
no fuera buscar mi invierno.  
Por tanto, ó yo soy muy zote,  
ó por despique, este cuyo  
no ablandando el pecho tuyo  
se vino á mí de rebote.

ROSA. Pues ahora me toca á mí.

¿Dígame usted, señor mio?  
No me habló aquí de albedrío,  
de mariposa y de huri?

EDM. Sí.

ROSA. ¿Pude á tanto darle yo  
pié con palabra ó mirada?  
¿Provoqué yo el ser amada,  
si es cierto que usted me amó?

EDM. No.

ROSA. Mi descargo en eso está.  
Os acuso de inconstante,  
de mal hombre y mal amante:  
el mundo nos juzgará.

EDM. Trátasme con injusticia.  
Me acuerdo de aquel momento,  
y tengo en el alma el cuento  
de tu Dafne y de tu Clícia;  
pues al mirar que á mi amor  
respondias con historias,  
las tuve por moratorias  
propias de mal pagador.  
A ser tú menos erguida  
no tuviera yo disculpa,  
y así á tí propia te culpa  
si me pusiste en huida.  
Buscaste el lauro y lo hallaste;  
te amaron, y resististe:  
quizá al hacerlo quisiste  
disimular que á otro amaste.  
El consejo seguí bien  
y de ello no me arrepiento:  
tu meditaste tu cuento:  
yo lo medité tambien.

### ESCENA IX.

*Rosa y Doña Filomena.*

ROSA. ¡Es cierto, Dios de mi vida  
que así me miro acusada!  
¡Conque al obrar cual honrada  
se me tiene por erguida!

¿A quién será que yo pida  
consejos en mi querer?  
¡Cuando cumplo mi deber  
me culpan de sinrazon!...  
¡Si el mundo es de esta opinion,  
tristé cosa es ser mujer!

D.<sup>a</sup> FIL. Deja en paz, Rosa, á los cielos  
y vamos á lo que importa.

¿Hombre que tan mal se porta  
puede merecer desvelos?

ROSA. Es que me ahogan los celos.  
Es que pena el alma mia.

D.<sup>a</sup> FIL. ¡Jesús, y qué tontería!  
Soy yo acaso?...

ROSA. Mi rival.  
Vuestra vista me hace mal...  
Perdónemelo usted, tia.

#### ESCENA X.

*Doña Filomena.*

Si... le sobra la razon.  
¡Cuál vá la pobre muchacha!  
Ella se tiene la culpa  
por fiarse así de maulas.  
Pero en suma... vamos claros.  
¿Quién ha sido la engañada?  
¿Lo fué ella, ó lo fuí yo?  
Bien mirado, somos ambas.  
Rosa se tragó el anzuelo;  
mas yo que no supe nada  
juzgué ser el interés  
el que hácia mí lo guiaba.  
Yo soy más rica que ella.  
Tengo más años... ¡gran falta!  
ó mejor dicho... ¡gran sobra!  
Pero este tal por las trazas  
tiene el corazon metálico,  
y es hombre que no repara  
en edades ni en andróminas  
si se redimen con plata.  
Fingiendo pagar su amor  
con una leve esperanza,  
en pos de mis peluconas  
á Sevilla le llevaba.  
Era un rapto masculino  
de agravantes circunstancias;  
pero forzoso en tal trance.

Antonio entonces, sin nada  
que pudiera hacerle sombra,  
vencer acaso lograra  
á fuerza de machacar  
el corazon de su dama:  
que hay de ellos de tal calibre,  
y hay de ellas de tal calaña,  
que abrumadas del cariño  
de algun amante de á placa,  
hecho á prueba de desdenes,  
camaleon de esperanzas,  
por librarse de su amor  
al postre con él se casan.  
Una vez allí, escribiera  
á María, y así entrambas...  
¡Mas no es ella!...

#### ESCENA XI.

*Doña Filomena y María.*

MAR. Sí... ella es.

D.<sup>a</sup> FIL. Abrázame.

MAR. Con el alma.

D.<sup>a</sup> FIL. Tú en Sanlúcar?

MAR. Yo en Sanlúcar,  
y á más, de todo enterada.

D.<sup>a</sup> FIL. ¿Luego sabes?

MAR. Escuché  
cuanto pasó.

D.<sup>a</sup> FIL. ¡Pobre alma!  
Pensaba en tí, por si acaso  
pudiéramos hallar traza  
para volver al redil  
tu oveja descarriada.

MAR. Si tal me vés, reflexiona  
cuán remota es mi esperanza.

D.<sup>a</sup> FIL. No desmayemos. Aquí  
un presentimiento me habla,  
y si feliz no te veo  
no serás tan desdichada.

MAR. Siento gente. A mí escondite.

D.<sup>a</sup> FIL. Yo te iré á ver. Mucha calma;  
mucha prudencia. Estos lances  
se pierden si falta maña.

#### ESCENA XII.

*Doña Filomena, D. Miguel, Edmundo y Antonio.*

MIG. Pues señor, como decia,

yo pasara aquí contento  
una temporada larga.  
Como bien, me gusta el pueblo,  
buenas frutas, aires puros,  
fértil campo y trato bello.  
Pienso para otro verano  
tomar aquí un apeadero.

EDM. Que me place. Para entonces  
traeré mi tiro de negros  
y el landó azul. ¡Qué trotadas  
por esas playas daremos!

MIG. ¿Se contará con usted? (*A Antonio.*)

ANT. Yo no sé si tendré tiempo:  
la oficina...

MIG. De aquí allá  
tal vez ya no tenga empleo.

ANT. Mil gracias por el presagio.

MIG. Tal, amigo, es el *memento*  
de todo aquel que en España  
cobra del estado un sueldo.  
Cada crisis es un cólera,  
cada plan un cementerio,  
un tífus cada instruccion  
y una plaga cada arreglo.  
Vea usted con cuánto motivo  
juzgo, por más que lo siento,  
le he de ver de los pasivos  
en el insondable piélagos.

ANT. No le diré á usted que no;  
mas mi relacion de méritos...

MIG. Muy buena para su lápida  
despues que se haya usted muerto.

EDM. ¡Triste cosa es un destino!

MIG. Por fuerza. ¡Tantos á ellos!  
Hay verbigracia, un muchacho  
y en la casa hay pocos medios.  
¿Qué se hará de él?—¿Militar?—  
Sobran en los regimientos.  
—¿Comerciante?—Ya no hay flotas.  
Volaron el Perú y Méjico.  
—Estudios?—Pero si el chico  
cumplió doce há mes y medio  
y está en el *chan, chin, chon, chun.*  
¿Cómo ha de entrarle á los verbos?  
¡Además... ¡una carrera!...  
¡Si es un proceder eterno!  
Trece años simple abogado,  
catorce años simple médico

para no tener despues  
ni uno curas ni otro pleitos.  
Pues señor á pretendiente.  
Se intriga, llueven empeños,  
explótanse los servicios  
de padre, madre ó abuelo,  
importunan al ministro,  
al oficial, al portero,  
é importunaran al diablo  
por conseguir un empleo  
aunque fuera de escribiente  
de los profundos infiernos.

D.ª FIL. A otra cosa. ¿Y esta tarde  
qué hacemos de nuestros cuerpos?  
¿piensas salir?

MIG. Todavía  
la Calzada está hecha un fuego.  
Y pues la noche es mejor  
pasarla tomando el fresco,  
con un rato de tresillo,  
que es mi vicio, se hace tiempo.

D.ª FIL. (¡Maldito azar! ¡Y María?)  
(Yo haré que se vayan presto.)

MIG. Usted no sirve; es chambon. (*A Ant.*)

ANT. Si sabe estoy aprendiendo.

MIG. Hace cosa de seis meses  
que siempre dice lo mismo.

ANT. Soy torpe.

MIG. De conveniencia.

ANT. ¿Usted cree?

MIG. Lo que creo  
es que mira á los que juegan  
en vez de mirar al juego.  
(Ya me suben los colores.)

MIG. Y tú?

EDM. Yo no juego á eso.

MIG. Pues acudamos á Rosa,  
que sin jugar no me quedo.  
(*Váse al cuarto de Rosa.*)

## ESCENA XIII.

Doña Filomena, Antonio, Edmundo.

EDM. No lo extrañe V. si vé (*Bajo d D.ª Fil.*)  
que ahora á su lado me siento.  
Nuestra pasada entrevista  
quedó pendiente y...

D.ª FIL. Ya entiendo.

(¿Qué haré?... Si le desengaño,  
vuelve á Rosa en el momento:  
ella le perdona: es claro,  
y toma el asunto vuelo.  
No, mientras sea posible,  
conviene tenerle lejos.)

ANT. Ay Dios! usted me abandona.  
(A D. Fil.)

D.<sup>a</sup> FIL. Se engaña. Por hoy no puedo,  
pero mañana temprano  
cuente con que aquí lo espero.

#### ESCENA XIV.

*Doña Filomena, Rosa, D. Miguel, Edmundo  
y Antonio.*

(Juan con la caja de tresillo que pone sobre la mesa. D. Miguel se pone á arreglar los dotes.)

ROSA. (Celos pruebe, pues los dió.)  
Antonio?

ANT. (¡Lo habré soñado!)

ROSA. Siéntese usted á mi lado.

ANT. Seré tan dichoso yo?...

ROSA. Cuenta con que sola á mí.  
Cuenta con que no transijo.  
Ameme usted hoy: lo exijo.

ANT. ¡Que la ame!...

ROSA. ¿No oyó que sí?

EDM. (Bien... ceño... miradas hoscas.)

D.<sup>a</sup> FIL. (Habla á Antonio ¿qué hará de él?  
Un juguete. Haceos miel  
para que os coman las moscas.)

(D. Miguel presenta tres cartas para sortear asientos.)

D.<sup>a</sup> FIL. Oros

ROSA. Bastos.

MIG. Copas y o.

Tú á mi derecha, tú acá.

ANT. (¡Pero señor, qué será!)

MIG. A jugar, y buena pró.

(Siéntanse D. Miguel al frente, D.<sup>a</sup> Filomena á un lado y Rosa al otro. Edmundo se coloca al lado de la primera, y Antonio al de la segunda. Comienzan á jugar.)

ANT. (Gocemos sol mientras dura.)  
Rosita... (Ay Dios! que me mira.)  
¿Este amor que usted me inspira  
alcanzará al fin ventura?

D.<sup>a</sup> FIL. ¿Decias, pues, que ese fuego...  
(A Edmundo.)

EDM. Decia que en él me abraso;  
y si usted me amara...

ROSA. Paso.

EDM. Fuera mi cariño...

MIG. Juego.

D.<sup>a</sup> FIL. Aunque ves que ahora te escucho,  
(A Edmundo.)

lo de antes está aquí fijo.

Que satisfagas exijo:  
no creo que pido mucho.

EDM. Aquesa es, tia, una treta;  
y aunque acaso hartó exigís,  
pues satisfaccion pedís  
yo os daré la...

MIG. Voltereta.

ROSA. (¡Oh! yo he de matarle á enojos:  
lo aseguro por mi nombre.  
¡Dejarme!... ¿Pero ese hombre  
adónde tiene los ojos?)

ANT. Un año hace ya, señora, (A Rosa.)  
que arrastro grave cadena;  
¿mas será eterna mi pena?  
¿No logrará el que así adora?

ROSA. Tal vez... No es gran maravilla,  
que el tiempo todo lo alcanza.

ANT. Aunque leve es esperanza.

ROSA. Arrime un poco la silla.

EDM. Inconvenientes arrolla  
quien, cual yo, nunca se arredra.  
(Duro... ó la prima es de piedra  
ó esta le levanta ampolla.)

MIG. Descubramos el teatro. (Enseña el juego.)  
No hay falencia como vés.  
Puesta, si tienes el tres;  
si nó, la saco por cuatro.

D.<sup>a</sup> FIL. Yo no le tengo.

MIG. Mejor.

Sin embargo, aunque la gano,  
diré á entrambas que esta mano  
nadie la juega peor.

La una me fia un caballo  
que no lo fiaran moros;  
sáleme la otra por oros  
sabiendo que era mi fallo.

Jugais como dos orates,  
y gracias de ello á Dios doy,  
pues perdiera como soy  
si no hiciérais disparates.

D.ªFIL. (Temprano empezó el sermón.)  
 Casi me tienes vencida. (A. Edm.)  
 ANT. ¿Y en fin, dueño de mi vida... (A Rosa.)  
 ROSA. Un poco de más pasión.  
 ANT. (¿Pero qué querrá que haga  
 si me estiro como un galgo?  
 Yo sudo... me vá á dar algo.)  
 EDM. Amor con amor se paga.  
 ANT. Ya no sé por donde iba...  
 Sí... en la abeja... Mi pasión  
 probó su agudo aguijón,  
 pero no la miel que liba.  
 Mis deseos, siempre castos,  
 no hallaron correspondencia;  
 mas el tiempo y la paciencia...  
 MIG. Vuelvo á jugar.  
 D.ªFIL. ¿A qué?  
 MIG. A bastos.  
 ANT. ¿Mi amor de usted se promete  
 que al fin el lauro le ciña?  
 ROSA. Más alma.  
 ANT. (¿Quiere esta niña  
 que vuele como un cohete?)  
 EDM. (¡Y Rosa! ¡qué poquedades!  
 Me dá celos... ¿Y el cuitado?  
 Como al cabo es empleado  
 está hecho á interinidades.)  
 D.ªFIL. ¿A Rosa con mil extremos  
 no pintaste amor ardiente?  
 EDM. Consejo muda el prudente.  
 MIG. ¿De triunfos como estaremos?  
 ANT. Sin rival, vos lo sabeis,  
 siempre os he amado...  
 MIG. Y van tres.  
 (Contando los triunfos.)  
 ANT. Pero hoy... ¡oh pena! al revés,  
 somos dos.  
 MIG. Y tres, son seis.  
 EDM. ¿Pues no digo que usted sóla (A Fil.)  
 es mi dicha, es mi embeleso?  
 ¿No le digo todo eso?  
 ¿No sabe que aquesto es?...  
 MIG. Bola.  
 D.ªFIL. Con suerte, Miguel, te hallo.  
 Afortunado fué el día.  
 ROSA. Hasta el fin nadie se ría. (Con intencion.)  
 MIG. Tengo el alma en un caballo.  
 EDM. (Bueno... Piçada está ya.)

MIG. Vá la falsa. ¡Dios me escuche!  
 Mas pasó. Cinco de estuche  
 y bola. Vengan acá.  
 Os la dí. Aquesto es lo cierto.  
 ANT. ¿Rosa á usted nunca le toca?  
 Ya se me seca la boca  
 y como si hablara á un muerto.  
 ROSA. Ah! sí... fué una distracción.  
 No entendí... no llegué á oír...  
 Mas vuélvamelo á decir.  
 ANT. Vá la segunda edición.  
 ROSA. ¿Vé usted como una no puede?  
 Me distraje un punto á fé  
 y la bola no corté.  
 ANT. ¿La bola?... Dejad que ruede.  
 EDM. Ni ando tan de sobra... (A Fil.)  
 D.ªFIL. Sólo.  
 EDM. Ni soy acaso tan malo  
 que de usted merezca un...  
 MIG. Palo.  
 D.ªFIL. Copas.  
 ANT. Si me diese Apolo  
 pulsar su lira preciada,  
 ¡Dios mio, con qué placer  
 celebrara á la mujer!  
 MIG. Eso es una chambonada. (A Rosa.)  
 ROSA. No será el aviso en vano. (Con intencion)  
 Si otra vez llega á ocurrir,  
 yo me estaré á ver venir  
 con dos cartas en la mano.  
 MIG. Los rudimentos primeros  
 de todo juego ahí verás.  
 Ojo alerta siempre.  
 ROSA. Y más  
 si se juega con fulleros.  
 EDM. (Mil gracias; ese soy yo.)  
 ANT. Pues tanto tiempo sufrí...  
 ROSA. Jamás le dí á usted el sí,  
 mas tampoco le dí el no.  
 MIG. Esto es desbarrar á pasto.  
 Yo estoy aquí haciendo el bobo.  
 ¿No miraste que fuí al robo?  
 ¿No sabes que tengo el basto?  
 ¡Nunca ví cosa como esta  
 ni de jugar tales trazas!  
 ¿Por qué me quitas las bazas  
 teniendo en mano la puesta?  
 ¿Diga usted si aquesto es ley? (A Ant.)

Yo voy á robar primero  
con cuatro, (¡me desespero!)  
de mala, basto y un rey:  
robo otro triunfo y un fallo.  
¿No hay para hacer contra aquí?  
¿Diga usted?

ANT. Sí, señor, sí.

MIG. Pues bien (de cólera estallo)  
cual si en su vida al tresillo  
jugado hubiera, se endosa.  
La puesta era fija cosa:  
ya ni puesta ni codillo.

ROSA. Es que no me siento buena.

MIG. Hablárás para mañana.  
No creas que tengo gana  
de darte con ello pena.  
Acábase ya por hoy:  
mañana será otro día. (*Se levantan.*)

ROSA. ¿Y usted qué piensa hacer, tia?

D.ª FIL. Rosa, yo en casa me estoy.

Cierto negocio importante...  
mas no por eso te quedas.

(*A ella aparte.*)

Cedo el campo: escoger puedes  
como entre peras amante.

ROSA. Puesto que usted lo consiente  
usaré de su permiso. (*Como picada.*)

EDM. ¿Yo también salgo? (*A D.ª Filomena.*)

D.ª FIL. Es preciso:  
lo demás fuera imprudente.

MIG. Voy á tomar mi sombrero.  
Haga otro tanto el que quiera.

D.ª FIL. (Veamos mi prisionera.)

MIG. En mi cuarto los espero.

## ESCENA XV.

*Rosa, Antonio.*

ROSA. Antonio.

ANT. Bella Rosita.

ROSA. Si no le causa embarazo,  
luego déme usted el brazo.

ANT. Mucho me honrais, señorita.

ROSA. Mas con una condicion.  
Usted seguirá en su empresa.

ANT. Mayor dicha al alma es esa.  
¿Pero usted?...

ROSA. No más; chiton.

## ESCENA XVI.

*Antonio.*

¡Peregrina es la cosa!  
¿Qué será al fin de mí?  
¿Soy amante de burlas  
ó en carrera me ví  
de alcanzar con mis súplicas  
su mano de marfil?  
Tal vez (que tanto alcanza  
la astucia mujeril)  
conmigo se dan celos,  
y entonces sirvo aquí  
lo que para un bizcocho  
sirve el ajonjolí.  
¿Cuál será de ambas cosas?...  
Mas vano es discurrir,  
que todo enamorado  
tiene enfermo el magin.  
Oh! con cuanto motivo  
yo pudiera decir  
como el Dómine Claudio:  
"¡Ay que no sé de mí,  
si voy por *musa musae*  
ó voy por *quis vel qui!*"

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



## ACTO TERCERO.

### ESCENA I.

*Juan.*

Las siete, muy buena hora.  
Nada por arreglar queda,  
y en cuanto lleguen los coches  
estamos de la otra vuelta.  
¡Oh Cádiz! ya entrar deseo  
de tu muelle por las puertas,  
que me parecen tres siglos  
estos tres días de ausencia.  
No es mucho, pues dejé en él  
la más salada viñera  
que oye misa allá en la Palma  
y se baña en la Caleta:  
de aquellas que pisan recio,



limpia boca, tez morena,  
el rodete en el cogote  
y la enagua á media pierna.  
Pero puesto que, á Dios gracias,  
por tan poco se pleitea,  
para cumplir otro encargo  
mantengámonos alerta.

(*Abrese la puerta del cuarto de D.<sup>a</sup> María.*)

El cuarto se abre... Señora.  
Ya me ha visto y sale afuera.

## ESCENA II.

*Doña María y Juan.*

MAR. ¿Me engaño, ó es usted criado  
de D. Miguel?

JUAN. Cosa es cierta.

MAR. ¿Y entonces?

JUAN. Oigame usted.

Mi ama Doña Filomena  
es sólo la que me envía,  
encargándome advirtiera  
si estaba usted levantada.

MAR. Y qué hace?

JUAN. En su cuarto queda  
preparándose al viage  
hace cosa de hora y media.

MAR. Decídlá que estoy aquí.  
(Oh! cuánta delicadeza!  
su amor respeta aun mi sueño.)

JUAN. Diréle que al punto venga.

## ESCENA III.

*María.*

"Las tierras corré,  
los mares pasé:  
ventura busqué;  
no la hay para mí."

Tal dice el cantar;  
tal pude decir,  
desque probó el alma  
veneno sutil.

¡Oh, cuánta amargura  
rebosa de aquí!

¡Oh, cual emponzoña  
mi triste existir!

Acerbas memorias

de mi frenesí,  
punzantes recuerdos;  
dejadme morir.

Adoróme un hombre,  
dijómelo así,  
incauta le amé,  
necia le creí;  
"ventura busqué;  
no la hay para mí."

Bello, cual es bella  
el aura de Abril  
pareció á mis ojos:  
luché, resistí,  
y, el alma en pedazos,  
al fin sucumbí.

Dios mio, tú sabes  
cual fué mi sufrir;  
tu sabes que opuse  
en tan fiera lid,  
astucia á la astucia  
y ardid al ardid.

De entonces tibieza  
en mi amante ví,  
y luego desden,  
y abandono al fin.

Siguiendo su huella  
hoy me veo aquí,  
pudiendo cual antes  
ahora repetir:  
"Los mares pasé,  
las tierras corré,  
ventura busqué,  
no la hay para mí."

## ESCENA IV.

*Doña Filomena, doña María, despues Juan.*

MAR. Ven, en tí sola el consuelo  
halla la triste alma mia.

D.<sup>a</sup> FIL. Ten valor, pobre María,  
tambien te lo dará el cielo.

MAR. Mi mente ninguno alcanza:  
tu esperanza es ilusoria.  
¿No sabes cuál es mi historia?

D.<sup>a</sup> FIL. Déjame con mi esperanza.  
Sé muy bien quien es Edmundo:  
vano, pervertido, infiel.  
Todo eso conozco en él,

mas tambien conozco el mundo.  
 Esos que todo atropellan  
 de freno y razon privados,  
 son caballos desbocados  
 que ó se paran ó se estrellan.  
 Del dilema no te asombres  
 que por Edmundo no hablo.  
 No se estrellará: hay un diablo  
 que ruega por esos hombres.

MAR. Lejano y dudoso al par  
 es el consuelo que ofreces.

D.ª FIL. Pues tu pena no mereces,  
 justo es en Dios confiar.  
 Fué aventurado aquel paso;  
 mas se dió, de él ya no hablemos:  
 discurramos, esperemos  
 y algo se fie al acaso.  
 Mucho desde ayer pensé,  
 discurriendo no dormí,  
 mas, fuerza es decirlo así,  
 nada pude hallar á fé.  
 No adivino de qué modo...  
 Callar es terrible aprieto:  
 si descubres tu secreto  
 entonces lo pierdes todo.

MAR. ¿Mas Edmundo persevera  
 en su amor á tí?

D.ª FIL. Ese maula  
 aun es mi Amadis de Gaula;  
 mas que parto considera  
 muy luego, y si en tanto pilla  
 al vuelo alguna mirada  
 de la niña enamorada,  
 ya no le llevo á Sevilla.  
 Ella lo hará de seguro;  
 él triunfará por supuesto:  
 esto es lo que temo, esto  
 es lo que causa mi apuro.

MAR. ¡Que así me venda el infiel!

D.ª FIL. Por más que en ello imagino,  
 no encuentro mejor camino  
 que descubrirse á Miguel.

MAR. ¿De todo punto?

D.ª FIL. No tal.  
 El no es ningun Salomon,  
 y el no obrar con discrecion  
 fuera añadir mal á mal.  
 Su ingenio es poco profundo,

y queriendo evitar daños,  
 entre propios y entre extraños  
 lo contará á todo el mundo.  
 Te repito lo de antes:  
 tu posicion considera,  
 y no fies á un cualquiera  
 secretos tan importantes.  
 No reveles más que un nombre.

MAR. ¿Miraráme con desprecio?

D.ª FIL. Fia, que aunque un poco necio  
 es un excelente hombre.  
 ¿Te resuelves?

MAR. Mi licencia  
 ya para todo te he dado.

D.ª FIL. Juan. *(Llamándole.)*

JUAN. ¿Señora?

D.ª FIL. A mi cuñado.  
 que le espero con urgencia.

MAR. ¿No me abandonarás? ¿No?

D.ª FIL. A tu lado quedaré.

MAR. ¡Oh momento!... Tiemblo á fé.

D.ª FIL. No temas que aquí estoy yo.

## ESCENA V.

*Dichas y Don Miguel.*

MIG. Filomena... (¡Mas qué es esto!)  
 Perdone usted, señorita.  
 (¡Que airecito tan honesto!)  
 ¿Si es que acaso soy molesto?...

D.ª FIL. ¿Lo dices por la visita?

MIG. Sí tal. No tengo el honor...

MAR. La que aquí os viene á implorar  
 debe tenerle mayor.

D.ª FIL. Viene á pedir tu favor;  
 viene consejo á buscar.

MIG. (No ví tal cosa en mi vida.)  
 Señora, no se alborote:  
 cuanto yo alcanzare pida.

MAR. Mi alma os está agradecida.

MIG. (¡Si seré yo Don Quijote!)  
 ¿Pedís consejo? Al instante  
 sin interés darlo cuento.

D.ª FIL. Eso sí que es ser galante.  
 Ya vés, aunque comerciante  
 no lleva el tanto por ciento.

MAR. Vuestra bondad, que es notoria,  
 impresa queda en el alma,

y aunque grave á mi memoria  
para contar esta historia  
os pido atencion...

D.<sup>a</sup> FIL. Y calma.

MAR. Nací en Valencia la hermosa,  
cuando contraria fortuna  
abrió á mi padre la losa;  
mas una madre amorosa  
cuidó de mi pobre cuna.  
Yo sus ejemplos seguí;  
al par de ella crecí honrada;  
ni un pensamiento hasta aquí  
pudo desdecir en mí  
de una virtud acendrada.  
Hablar así se perdone  
á quien tanto luchó en vano.

D.<sup>a</sup> FIL. No falta aquí quien te abone.

MIG. (Aquesta el parche se pone  
antes que le salga el grano.)

MAR. Aquella honrada pobreza  
llevé con resignacion;  
¿mas cuál juvenil cabeza  
no sueña con la riqueza  
y el lujo y la ostentacion?  
No anhelar es desatino  
en la miseria la gala;  
mas si tal quiere el destino,  
en elegir el camino  
consiste el ser buena ó mala.  
Un señor rico y anciano  
que amigo fué de mi padre  
pidió con afan mi mano:  
cedí á mi deseo vano  
y al cariño de una madre.  
Yo no amaba á otro ninguno  
y esto mi aquiescencia explica:  
luché mal; rogó importuno,  
y al fin, sin temor alguno,  
me resigné...

MIG. Ya, á ser rica.

MAR. No la sólo vanidad...

MIG. ¿Mas quién tal en cara os echa?  
Bien obrásteis en verdad,  
que un duro no tiene edad  
aunque veis que tiene fecha.

MAR. Con tal fuerza le arrastró  
su amor, y de tal manera  
le prendé, que estipuló

si muriese antes que yo  
dejarme por heredera.  
Mi madre murió, y lo explica  
dolor que sentir no basto:  
otra muerte le duplica,  
y héme jóven, viuda y rica.

MIG. (Espada, malilla y basto.)

MAR. Mi penar principia aquí.  
De un jóven en la pasion  
necia, insensata creí;  
y aunque yo le defendí  
triunfó de mi corazon.  
Mas á poco aquel vil hombre  
me dejó en dolor profundo:  
huyó de mí: no os asombre  
cuando aquí os diga su nombre.  
Es vuestro sobrino Edmundo.

MIG. ¡Mi sobrino!... ¡El calavera!

D.<sup>a</sup> FIL. El mismo. Por eso ayer  
le hablé de aquella manera.  
La del Turia. Sí, esta era  
la desdichada mujer.

MAR. Siguiendo mi mala estrella  
y de un criado guiada  
camino en pos de su huella,  
que quien todo no atropella  
es que no está enamorada.  
Ayer tras él llegué aquí;  
mas mi afan nunca reposa;  
pues ciego en su frenesí,  
requerir de amor le oí  
á vuestra sobrina Rosa.

MIG. ¡A Rosa!... ¡Que tal escuche!

MAR. Mariposa es de su luz.

D.<sup>a</sup> FIL. Y á mí tambien.

MIG. ¡Tres de estuche!

¡Ese hombre tiene un buche  
lo mismo que un avestruz!

(Suena dentro una campanilla.)

D.<sup>a</sup> FIL. Su campanilla sonó.

Señal que se ha levantado.

Vete, que aquí quedo yo  
y todo á perder se echó  
si viene.

MIG. (¡Mas qué malvado!)

MAR. No haré yo tal desvarío:  
fuerza es que el consejo siga.  
Señor, aunque sois su tío,

en vuestra probidad fio.  
Os dejo aquí con mi amiga.  
( *Éntrase en su cuarto.* )

## ESCENA VI.

*Doña Filomena y D. Miguel.*

D.ª FIL. (Su llaga está siempre abierta...)  
¿Y bien, qué dices cuñado?

MIG. Que hecho un poste me he quedado.

D.ª FIL. Yo sé que esa historia es cierta.

MIG. Siendo así, dudar no es dable.

D.ª FIL. No hacen mella en su alma helada  
ni honor, ni deber, ni nada.

MIG. Es un alma impermeable.

D.ª FIL. Lo que haremos de él no sé.

MIG. ¿Tú quieres desjarretarlo?...  
Vaya un proyecto... Casarlo.

D.ª FIL. ¡Casarlo!...

MIG. Diré por qué.  
Corrióse un toro en Sevilla  
de tan fiera condicion,  
que ni en pié dejó peon  
ni picador en la silla.  
Su fiereza era extremada,  
y á este pillo, al otro atrapo,  
cada golpe fué un gazapo  
y un duelo cada cornada.  
Por que más sustos no pasen,  
que lo encierren se pidió;  
mas uno exclamaba: "No...  
Que lo casen, que lo casen."  
Grita el pueblo á mi andaluz  
para que explique su intento,  
por ver cómo el casamiento  
puede ablandar tal testuz:  
y él con robustos pulmones  
dijo: "Más bravo yo fui;  
caséme, y ahora... ¡ay de mí!...  
ni aun puedo con los calzones."

D.ª FIL. Tu idea aquí mal se aplica  
por más que decirlo sienta.  
Con mi amiga no hagas cuenta.

MIG. ¿Pues no es viuda? ¿Pues no es rica?

D.ª FIL. Sí; mas sabe que el difunto,  
aunque atento á su deber,  
todo dejó á su mujer;  
mandó, de morir á punto,  
por testamento formal,

que si su viuda María  
nuevas nupcias contraia,  
pasase todo el caudal,  
de otros parientes á falta,  
á un su pupilo; de modo  
que casada pierde todo.

MIG. Su intento á los ojos salta.  
En fin, la cláusula es fuerte.

D.ª FIL. Ya vés si la habrá cumplido.

MIG. Ese quiso ser marido  
hasta despues de la muerte.  
Mas en fin, dí, Filomena,  
¿qué hacer en mal tan notorio  
de nuestro Don Juan Tenorio?  
¿Juzgas fuera ocasion buena  
para imponerle respeto  
de revestirnos de tios,  
reprendiéndole esos lios  
y ese amor así... en terceto?

D.ª FIL. Quien á su deber no escucha  
poco de un tio hará caso.  
Reflexiona que este paso  
no nos sacará de lucha.

MIG. Pues revelémoslo á Rosa.  
Sabes me ama con extremo.

D.ª FIL. Que nada adelantes temo.  
No, Miguel, no hagas tal cosa.  
Por mí ya de celos trina.  
¡Por mí que tengo espolones!  
Si vé rival de otros dones,  
de seguro desatina.  
Si esto llega á acontecer,  
fuera posicion muy falsa;  
que es *doña otra* la salsa  
del amor de una mujer.  
Sin darte por entendido,  
sin meterte á dar consejos,  
á uno ten del otro léjos:  
mucha maña y poco ruido.  
Aquesto has de hacer, cuñado.  
Ganemos tiempo, es el todo.  
Vé de entretenerle el modo;  
yo sé bien que está arruinado.

MIG. ¿Con que no hay plata?

D.ª FIL. Ni aun cobre.

Que ella tal conozca quiero,  
pues el amar sin dinero  
sólo es pleitear por pobre.

Y al saber que aquel landó  
y los bayos y los tordos,  
fueron embustes muy gordos  
con que el pillo os embaucó,  
fuerza es que tibieza muestre  
y que su engaño reproche,  
pues amor que entra con coche  
pierde mucho en ser pedestre.  
En fin, tú vigila atento;  
que si de abusar tratara...

MIC. Estoy. Luego ni aun pagara  
con papel del tres por ciento.

D.<sup>a</sup> FIL. ¿Deseas más?

MIC. No... Adios. Tu ayuda  
pediré y tu buen consejo.  
(Sagaz anduvo aquel viejo  
cuando amortizó á su viuda.)

#### ESCENA VII.

*Doña Filomena.*

¡Singular ha sido el viage  
y en aventuras no escaso!  
¡Oh tú pueblo de Sanlúcar,  
que entre terrestre y acuático  
miras de un ojo á Sevilla  
y de otro al mar gaditano!  
¿Quién me dijera que en tí  
topára á cuarenta y tantos  
para lo de *in facie ecclesie*  
con mozo de á veinte y cuatro?  
Si esta virtud hay en tí  
no la calles, al contrario,  
haz que la fama en sus trompas  
la cuente á propios y á extraños;  
y cuando el mundo conozca  
la gracia que Dios te ha dado,  
cuando sepa que es el Betis  
el Jordan de aquestos campos,  
pues si uno borraba culpas  
borra otro patas de gallo,  
muy pronto á tus dulces playas,  
desde climas apartados,  
acudirán cincuentonas  
cual á feria acuden asnos.  
Niñas las que entraís en quintas,  
apartad, dejadnos paso,  
que es bien cedan los bisoños

si lidian los veteranos.

Viudas las de mi tiempo,  
no os asusten los estragos  
que el viejo Dios de las alas  
causa en el género humano.  
No de la fé de bautismo  
la fecha os dé algun cuidado;  
que si sois ricas, podreis  
navegar á todo trapo  
por el piélagos del mundo  
sin miedo de dar en bajos:  
y aunque por las mares gruesas  
vuestro buque haya quedado  
haciendo agua por los fondos  
y con avería el palo,  
no ha de faltaros un prójimo  
que asegure carga y casco.  
Mas ya acudiendo á la cita  
llega mi pobre empleado.  
¡Oh amor, que hasta te introduzcas  
en carpetas y en legajos,  
y hasta en la grave oficina  
vayas á buscar esclavos!

#### ESCENA VIII.

*Doña Filomena y Antonio.*

ANT. ¡Ay señora!... ¿Usted no sabe?...

D.<sup>a</sup> FIL. ¿Qué he de saber, pese á tal?

ANT. Que he sorprendido miradas,  
que señas he visto ya,  
que esto dice, servi sólo  
de cebo para pescar  
á otro amante más dichoso,  
pero nunca más leal;  
y en fin, que aquí hice el papel....

D.<sup>a</sup> FIL. De interino y nada más,  
¡Pero eso, señor cuitado,  
quién lo pudiera dudar?  
Tan sólo usted, que del mundo  
á dos mil leguas está;  
sólo usted que no parece  
nació en esta sociedad,  
sino que de alguna nube  
cayó en Cádiz por azar;  
sólo usted no conociera  
que fueron celos no más  
la razon de esta mudanza

que hoy os causa tanto mal.  
 Del oriente al occidente,  
 del norte hasta el polo austral,  
 en Rusia como en Guinea,  
 en París como en Tetuan,  
 las mujeres son mujeres:  
 aman, porque es natural,  
 tienen celos, porque aman,  
 cuando los tienen, los dan,  
 que un clavo saca otro clavo  
 lo mismo aquí que acullá.  
 Para darlos es preciso  
 algun maniquí buscar,  
 y cuando acude al reclamo  
 el pájaro contumaz,  
 ella vuela, y queda el otro  
 mirando por donde vá.  
 La alusion es tan patente  
 que no la habré de explicar.  
 Mucho me duele seais  
 la víctima de esta paz  
 firmada entre Edmundo y Rosa;  
 mas aun en mí confiad,  
 porque yo, vuestro doctor,  
 no le pienso desahuciar.

ANT. Pero es que usted me atormenta.

D.ª FIL. Se engaña, no hago yo tal.

¿Se le dá tormento á un ciego  
 que hacía un precipicio vá  
 con decirle que si sigue  
 al cabo se ha de estrellar?  
 Usted erró su camino:

yo no lo puedo evitar.

¿Diré que por él vá bien  
 cuando miro que vá mal?

ANT. Sea: en sus manos me pongo.

No haré, no pensaré más  
 que aquello que hacer me deje  
 ó me permita pensar,  
 y en alma y cuerpo me entrego  
 á vuestra sagacidad.

D.ª FIL. Antes de daros consejo,  
 necesito averiguar  
 lo que en punto á esos amores  
 hubo desde ayer acá.  
 Vi que usted salió á paseo  
 con ellos; mas no ví más.  
 ¿Qué aconteció allí?

ANT. Rosita,  
 antes de salir de acá,  
 me dijo la diese el brazo.

D.ª FIL. ¡Eso dijo!

ANT. Y además  
 exigió la enamorase.  
 ¡Cosa más particular!  
 Yo, ciego con mi pasion,  
 imaginé... la verdad...  
 que al cabo mis esperanzas  
 ya comenzaba á alentar.  
 Por la centésima vez  
 le pinté este amor fatal  
 comparándole al Vesubio,  
 de cuyo incendio voraz  
 mi alma era víctima aquí  
 cual fué el Herculano allá.  
 Hablé del pájaro amante  
 que, entre ramos de azahar,  
 tierno enamora á su prenda  
 con dulcísimo cantar.  
 Pintéle cuál ama el pez  
 entre el líquido cristal,  
 y díjele que aun las fieras  
 suelen en el bosque amar.

D.ª FIL. ¿Y ella entonces...?

ANT. Distraida,  
 mirando aquí y acullá,  
 ora arreglándose un rizo  
 y ora cogiéndose el chal,  
 dijo...

D.ª FIL. Adelante... ¿Qué dijo?

ANT. "Qué modista tan fatal!...  
 ¿Diga usted, este vestido  
 hace pliegue por detrás?"  
 Quedéme, como ya usted  
 se lo puede imaginar.  
 Maldige al Etna, al Vesubio...  
 al peñon de Gibraltar,  
 renegué de mi poesía,  
 culpé su futilidad,  
 dí al diablo á todas las fieras,  
 y á los peces de la mar,  
 al ruiñón, al canario,  
 á la historia natural,  
 á las mujeres, y á mí,  
 que con tal bestialidad,  
 en vez de hombre, sólo soy

figura de mazapan.

D.<sup>a</sup> FIL. Amigo, no me sorprende  
el ridículo final  
que ha tenido para usted  
su escena sentimental.  
En amores, lo más malo  
es la inoportunidad;  
y siempre se lleva chasco  
quien no sabe calcular  
si la fruta mujeril  
está en sazón ó en agraz.  
¿No ha visto, si fué á algun baile  
ó tertulia ó cosa tal,  
en un rincón dos amantes  
charlando á todo charlar  
cinco ó seis horas, y aun tienen  
tela para otras seis más?  
Pues no hay, bien analizado  
aquel sempiterno hablar,  
quien de él saque de sustancia  
ni aun medio adarme cabal.  
Y luego vueltos á casa,  
por si algo se olvidó allá,  
vuelven á escribir lo propio  
sin poner y sin quitar.  
El *te quiero* es al amante  
lo que al hebréo el maná,  
que siempre le sabe á nuevo  
aunque él sea siempre igual;  
mas el que en amores cuenta  
tan solo con la mitad,  
no se aventure, que puede  
á su bella fastidiar;  
y si aquello sabe á gloria,  
esto pudiera quizá  
le supiése á calabazas,  
que es un sabor infernal.

ANT. ¡Ay Dios!... Sólo de pensarlo  
tercianas dobles me dan.  
Mas oiga usted hasta el fin.  
¿Quedé?... No me acuerdo ya...

D.<sup>a</sup> FIL. Entre los pliegues del traje.

ANT. Cierto... ¡Oh recuerdo fatal!  
Entonces el otro amante,  
puesto á tiro auricular,  
lanzó un suspiro por vía  
de discurso inaugural,  
soltando despues la lengua

á todo palabrear.

Al principio ella volvía  
al otro lado la faz;  
mas al fin contestó algo,  
y luego dijo algo más,  
y á poco ni diez cotorras  
la pudieran igualar.

Yo allí en tanto hecho un paréntesis  
y dándome á Barrabás,  
miraba salir la luna,  
porque algo había de mirar,  
mientras á la casta diosa  
pedía con humildad  
que, si á Acteon trocó en ciervo,  
me volviese á mí alacran,  
sólo por poder vengarme  
de aquel homicida par.

D.<sup>a</sup> FIL. Aunque la lección fué dura,  
provechosa le será.

Ella le dice muy claro  
que el femenino paladar  
se empalaga de merengues  
con harta facilidad.  
Pique un poco el apetito  
con pimienta de Ceilan,  
que hombres de pasta tan blanda  
saben siempre á unto sin sal.

Si en algo le han de tener,  
téngase á sí propio en más,  
y no se eche por los suelos,  
porque allí le pisarán.

Para otra vez esto aprenda;  
pero es fuerza aquí dejar  
la conversacion pendiente,  
que alguien se dirige acá.

ANT. ¿Mas no sabré?...

D.<sup>a</sup> FIL. Sí: una cosa.  
Dios y el tiempo. Confíad.

#### ESCENA IX.

*Dichos, D. Miguel, Rosa y Edmundo.*

MIG. Consultaré á mi cuñada:  
yo por mí no lo decido.

EDM. (Entonces tiempo perdido.)

D.<sup>a</sup> FIL. ¿A qué viene esta embajada?  
Paso grave, mesurado...  
¿Sois acaso en tal momento

comision de ayuntamiento,  
diputacion del senado,  
que por mi próxima ausencia  
á despedirme venís?

EDM. (El alma tengo en un tris.)

D.ª FIL. ¿No veis que ya os doy audiencia?

ANT. ¿Si estorbo?...

MIG. No tal, Antonio.  
El caso es que mi sobrino  
pretende... (¡Yo pierdo el tino!)  
á Rosita en matrimonio.  
Soy su tío, ya lo sé;  
mas tú tambien eres tía,  
y es bueno, cuñada mía,  
que des tu opinion á fé.

ANT. (¡Ay Dios, que esto vá de veras!)

D.ª FIL. Con tal proceder me ufano;  
mas tú lo decide hermano;  
yo en esto haré lo que quieras.  
No obstante, en tan árdua cosa  
hallo el camino más obvio  
que hablen la novia y el novio.  
Dí tú, Edmundo, dí tú, Rosa.

EDM. (¿Si esta urdirá alguna trama?)  
Tres palabras solamente  
diré. Mi prima consiente,  
yo la adoro, y ella me ama.

ROSA. Para excusar más zozobra,  
sólo dos decir prefiero.  
Él me ama y yo le quiero.  
Creo que basta y que sobra.

ANT. (¡Que esto escucho y estoy vivo!)

D.ª FIL. No hay que ponerlos en potro.  
Por lo visto, ni uno ni otro  
han menester vomitivo.  
Basta y sobra: eso es muy cierto:  
ambos se están en sus trece.  
Con ménos que eso parece  
que puede hacerse un concierto.

MIG. ¿Pero señor, quién nos corre?  
Más dias hay que longaniza.

EDM. Cuando así se simpatiza...

MIG. ¿Temeis que ese amor se borre  
con tanta facilidad?

EDM. El motivo os es notorio.

MIG. ¡Hay tal prisa por casorio!

EDM. Mas tío, reflexionad  
que habeis exigido vos

de tía el consentimiento;  
que ella parte en el momento,  
que urge el tiempo...

D.ª FIL. Si por Dios.  
Eso es dar con el registro.

MIG. Pues de mi tema no paso.  
¡Hay tal prisa!... ¿Es esto acaso  
testamento de ministro?  
Que esta se parte á Sevilla;  
¿y bien, qué nos falta en suma?  
¿No hay ya ni papel, ni pluma,  
ni tintero, ni arenilla?  
¿Vés los correos parados?  
¿Sus mulas están de baja?  
¿O les dan en vez de paja  
vales no consolidados?  
¿Pues si nada de eso es,  
á qué casarse... así... al trote?  
Yo no me tengo por zote  
y pienso, muy al revés,  
que el que más en esto aguarde  
más tardará en aburrirse,  
porque en casarse y morirse  
nunca se peca por tarde.  
En fin, si á tí te acomoda...

(A D.ª Filomena.)

D.ª FIL. No estoy por la intervencion.

MIG. Ni yo trago en conclusion  
la pildora de esta boda.

EDM. Motivos de obrar así  
tengo poderosos, tía.  
(Apresurémos. María  
pudiera venir tras mí.)

D.ª FIL. Mas lo que dice Miguel  
me parece razonable.  
¿A qué hacer que el mundo hable?  
La sociedad es cruel;  
y al mirar tanta impaciencia,  
tal vez invente algun cuento  
que le sirva de argumento  
para su maledicencia.  
Tú sabes que esto es verdad.

ROSA. ¡Ay Dios! Edmundo, yo cedo;  
lo confieso, tengo miedo.

EDM. Yo no. La mordacidad  
desprecio si es infundada.  
Yo en tí espero, tú en mí fia,  
¿Dudas?



ROSA. No.  
 EDM. Pues serás mía.  
 Ahora no me arredra nada.  
 MIG. ¡Pero hombre, eso es ser un vándalo!  
 EDM. ¿Por qué usted la tiraniza?  
 Yo opongo en aquesta liza  
 el escándalo al escándalo.  
 ANT. Señora, mirad por mí. (A D.<sup>a</sup> Filomena.)  
 D.<sup>a</sup> FIL. Mucho voy temiendo, amigo.

ESCENA X.

*Dichos, Doña Maria, despues Juan.*

MAR. Si hace falta algun testigo  
 en la boda, vedme aquí.  
 ROSA. (¡Quién es esta!)  
 EDM. (¡El trueno gordo!)  
 D.<sup>a</sup> FIL. (¡Qué imprudencia!)  
 MIG. (¡La viuda!)  
 ANT. (Ella es; no me queda duda.)  
 MIG. (Pues esa se le vá á bordo.)  
 MAR. ¿No me conocéis, Edmundo?  
 EDM. Señora... sí... de manera...  
 ¿A qué negar?... (Miedo fuera.)  
 Mas de veros me confundo  
 aquí, donde no esperaba  
 antiguos amigos ver.  
 ROSA. (¡Se turba ante esta muger!)  
 ANT. (Mi admiracion no se acaba.)  
 MAR. ¿Y ahora que me habeis visto,  
 no ya vuestro corazon,  
 mas la voz de la razon  
 nada os dice?  
 MIG. (¡Vive Cristo  
 que le dá donde le duele!)  
 EDM. Si no ayudais mi memoria,  
 no sé...  
 MAR. ¿Cómo!... ¿Vuestra historia?  
 Tal vez sucederos suele.  
 ¿No os acordais de mí? ¿No?  
 ¿Ni de Valencia tampoco,  
 donde amor insano, loco,  
 vuestro labio me mintió?  
 ROSA. (¡Con que esta fué, cielo santo!)  
 MAR. Puesto que olvidais tan breve,  
 permitidme que renueve  
 la ocasion de mi quebranto.  
 Agena de mal de amores,

con riqueza y sin desvelo,  
 sembró en mi camino el cielo  
 del placer todas las flores.  
 Honrada y pura viví,  
 nunca á mi deber falté;  
 pero aunque mucho luché,  
 os amé porque os creí.  
 Aquí principia mi mal  
 y aquí mi silencio empieza,  
 porque la agena vileza  
 no empañe el propio cristal;  
 mas si en vuestro pecho aun mora  
 un leve resto de honor,  
 vos sabreis darle valor  
 al paso que doy yo ahora.  
 En vos existe un deber:  
 yo vengo á que lo cumplais;  
 que no es bien comprometais  
 la honra de una mujer.  
 ¿Qué respondeis?

EDM. Perdonad.  
 Cumpliré vuestros deseos.  
 Jamás negué devaneos  
 de mi libre mocedad.  
 Si os amé, si honésto pago  
 me dísteis, ¿en qué fuí loco?  
 Así, á quien debo tan poco  
 con muy poco satisfago.  
 Vuestra escena es harto rara.  
 Volved, señora, á Valencia,  
 pues sabeis que la imprudencia  
 pudiera costaros cara,  
 y dejad que tome aquí  
 cada cual por su camino.  
 Aquesto quiso el destino:  
 fuerza es que se cumpla así.  
 MAR. Ya que tanto se me acosa  
 sabed...  
 D.<sup>a</sup> FIL. ¿Qué haces?  
 MAR. No oigo nada.  
 Sabed que yo soy casada.  
 Sabed que yo soy su esposa.  
 EDM. (¡Jesús!... Reventó la mina).  
 ANT. (¿Qué haré?)  
 ROSA. (Toda soy de hielo.)  
 MAR. Pongo por testigo al cielo.  
 Mi confesion me arruina,  
 bien lo sé...

D. FIL. (¡Desventurada!)

MAR. Pero fuerza es que así obre:  
sé que volveré á ser pobre,  
mas seré mujer honrada.  
Y si un mundo corrompido  
dice, en su fallo tremendo,  
que vine á un hombre siguiendo,  
sabr  que seguí á un marido.

D.ª FIL. Ven aquí, infeliz amiga (*La abraza.*)

ROSA. (¡Que esto me pase! Oh vergüenza!)

D.ª FIL. No hay quien en virtud te venza.  
¡A qué hombre el amor te liga!

MIG. T  no tienes corazón. (*A Edm.*)  
Eres de un  ngel esposo.

EDM. Lo s , y por eso ni aun oso  
implorar de ella perdon!

MIG. Tus mañas son de temer.  
Dudo que fiarse pueda...  
¿Pero qué remedio queda?  
Ella al fin ya es tu mujer.  
Cuellos más bravos humilla  
el yugo del casamiento:  
si n , que lo diga el cuento  
de los toros de Sevilla.

MAR. Antes de dar á ese punto  
la solución conveniente,  
cumplir me parece urgente  
la voluntad del difunto.  
Publicado el matrimonio,  
el caudal de D. Cirilo  
Sanchez pasa á su pupilo.  
De usted es ya, D. Antonio.

MIG. ¡De Antonio!...

EDM. ¡él es!...

ANT. En Valencia,  
yo niño, fué mi tutor.

MIG. Ya estoy. ¡Tarde el buen señor  
se acordó de su conciencia!

MAR. Todo es vuestro.

ANT. No, María.  
Aplaudo tal proceder;  
mas no me habeis de vencer  
en virtud y en hidalguía.  
Sin zozobra disfrutad  
los bienes de vuestro esposo,  
que nunca me har  dichoso  
la agena infelicidad.  
Pobre, mas sin egoismo,

arrostro mi porvenir,  
que es gran consuelo vivir  
satisfecho de sí mismo.  
Esta es mi resolución.  
Olvidad vos sus deslices.  
Aceptad, y sed felices.

ROSA. ¡Escelente corazón!

D.ª FIL. Antonio, prestadme oido.  
Sois de virtud un dechado.  
Si alguien aquí no os ha amado,  
es que no os ha conocido.  
A Rosa el amor os liga,  
yo cual madre la cri ,  
leo en su alma, y dir   
lo que no es bien que ella os diga.  
Apariencias hay que halagan,  
que fascinan la razón;  
mas dotes del corazón  
con el corazón se pagan.  
Vuestra es pues.

ANT. ¡Ser  verdad!

MIG. Por mí, si ella corrobora...

D.ª FIL. Para eso le pido ahora  
un voto de indemnidad.

ROSA. Que yo con placer os doy,  
por si consigo obtener  
para mis faltas de ayer  
cumplida indulgencia hoy.

D.ª FIL. Llen  mi papel de tia.

ANT. ¡Es sueño, Dios soberano!

D.ª FIL. Ella   vos dar  su mano.  
Yo   entrambos la hacienda mia.

ANT. Ah, no, que el cielo os conceda  
años mil.

D.ª FIL. No os apureis.  
Har  porque me heredeis  
lo más tarde que yo pueda.

MIG. Oyeme, sobrino Edmundo.  
Tu esposa es honrada y bella:  
si s  que feliz es ella  
te queda un tio en el mundo;  
mas si acaso me es notorio  
que vuelves   serle infiel,  
te advierto que tu papel  
no correrá en mi escritorio.  
Y usted, señora, al compás  
siga de lo qué me ha oido;  
porque al fin, un mal marido

es sólo... un faccioso más.  
 EDM. Harto su virtud me humilla.  
 JUAN. (*Entra.*) El vapor.  
 MIG. Vuelta á viajes.  
 JUAN. Listos están los carruajes.  
 MIG. A Cádiz pues.  
 D.ª FIL. A Sevilla.  
 (*Las señoras se ponen sus sombreros y los caballeros toman los suyos.*)  
 D.ª FIL. Partamos. Aquí los dos.  
 (*A Rosa y á Antonio.*)  
 Vuestra madre á ser me oblige.  
 ANT. Tan alta bondad bendigo.  
 D.ª FIL. Bendigamos la de Dios.  
 Te doy marido de azúcar,

tal vez más que lo deseo;  
 pero no olvidareis creo  
 esto que os pasó en Sanlúcar.  
 Mi María allá en Valencia  
 perdió del pecho la calma,  
 porque en vez de dotes de alma  
 se prendó de la apariencia.  
 Tú con ocasion igual  
 en igual manera obraste;  
 aquel amago te baste  
 pues no se consumó el mal;  
 mas ya que plugo al Señor  
 sacarte del lance airosa,  
 no olvides que es mala cosa  
 PAGARSE DEL EXTERIOR.

FIN DE LA COMEDIA.

# HACER CUENTA SIN LA HUÉSPEDA.



COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

PRIMERA OBRA DRAMATICA ESTRENADA EN EL TEATRO ESPAÑOL.

## PERSONAGES.

LA CONDESA DE ALTOPINO.  
DOÑA LUISA.  
ROSA, criada.  
DON ROQUE.

DON AUGUSTO.  
„ RAMON.  
„ GIL.  
„ PERPETUO.

*La escena en Cádiz.*

*Casa de D. Roque. Sala bien amueblada. Sofá y butacas.*

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

*Rosa con un plumero pequeño en la mano.*

Ya que con mi amo don Roque  
la señorita Luisa  
salió á oír la última misa,  
despues del último toque,  
tregua á los quehaceres dando  
(y perdone el polvo ahora),  
descansaré á lo señora.  
Siéntome, que esto está blando.

*(Se sienta en una butaca.)*

Dios bendiga mueble tal.  
Oh! qué bien que me hundo aquí!  
Debo tener, vista así,  
un aire muy principal.  
Ahora arrellanarme quiero.  
¡Esto sí que es maravilla!  
Una mano á la mejilla;  
en la otra mano el plumero.  
Bien: con él jugaré,  
cogido así por el cabo,  
como hacen con ese rabo

al que le llaman *buqué*.  
Qué me falta? Qué me aqueja  
en mi butaca elegante?  
—¿Qué me falta? ay! un amante  
que me suspire á esta oreja:  
que me ruegue enamorado,  
mientras yo, toda dengosa,  
no deseando otra cosa,  
hago como que me enfado.  
Mas no lo quiere así Dios:  
á otras dá hartura, á mí ayuno:  
á mí no me dá ninguno,  
y á mi señorita dos.

*(Llaman á la campanilla. Rosa se levanta y se dirige al foro.)*

Llaman?—Ya abren allá fuera.  
Una dama!... un equipaje!...  
No hay duda, viene de viaje.  
¿Si será la que se espera?

### ESCENA II.

*La Condesa, Rosa.*

COND. Don Roque está?

ROSA. Rato hace  
que salió con doña Luisa.

COND. Bien; esperaré. No hay prisa.

ROSA. Siéntese usted, si le place.

COND. Gracias. Quisiera ante todo,  
hacer que esos cofres...

ROSA. Nada.  
Yo de eso quedo encargada.  
(*Ap.* Es guapa y tiene buen modo.)  
(*Dirigiendo desde el foro la palabra á alguno que se supone fuera.*)  
Juan... que esos mozos al punto  
lleven todo al cuarto bajo.

COND. Ya les pagué su trabajo.  
Ahora vamos á otro asunto.  
Sospecha usted quien sea yo?

ROSA. Muy fácil sospecha es esa.  
Sois la señora condesa.

COND. Así es.

ROSA. En eso vió  
hay quien la espere impaciente.

COND. Mucho aquesse afan me obliga.  
Mil gracias. (*Ap.* Yo haré que diga...)

ROSA. No hay por qué... (*Ap.* Yo haré que cuente...)  
Quiere usted dormir? El viaje...

COND. Lugar hay. Ahora quisiera  
que acepteis esa friolera  
por primicias de hospedage.  
(*Le dá una moneda.*)

ROSA. Un doblon!... (*Ap.* Me deja estática.)  
Tanta bondad!...

COND. No habéis de eso.

ROSA. (*Ap.* La huéspedea, lo confieso,  
es persona muy simpática.)

COND. Aun espero otra merced.

ROSA. Señora, conmigo cuente.

COND. Para ponerme al corriente,  
ninguna mejor que usted...

ROSA. Ya estoy... De mi amo don Roque...  
es natural... de su hija...  
de sus novios... cosa es fija...  
de la herencia... ahí está el toque:  
y aun, si importa, por quien soy  
le diré, á fuer de mujer,  
lo que cenaron ayer  
y lo que almorzaron hoy.

COND. Suprima esa última parte;  
pues á mí...

ROSA. Sí: ya lo infiero.  
Sea; que con lo primero  
habrá para que se harte.  
Don Roque... Dios le bendiga,

nadie en lo bueno le excede;  
mas de cuanto aquí sucede,  
suele dársele una higa.  
Proyectista sin segundo,  
su vida en sólo esto pasa,  
y en vez de arreglar su casa  
se mete á arreglar el mundo.

COND. Qué dice usted!

ROSA. De sus fallos  
nadie hay que libre se cuente.  
Ahora proyecta en caliente  
un arbitrio sobre gallos.

COND. Qué!... Hasta esos contribucion  
pagan!

ROSA. Todo entra en la suma.  
Aquí no escapa con pluma  
ni el gallo de la pasion.

COND. Y es rico?

ROSA. Tiene un pasar  
muy decente. Comisiones ..  
buenas administraciones...  
mas no alcanzan para ahorrar.  
Así, como ella no saque  
raja del tio opulento,  
será el dote ayuno y viento,  
que es lo que dá el almanaque.

COND. A otra cosa. Y la Luisita?

ROSA. Bonituela, algo preciada,  
un si es no es de mal criada...  
por fuerza... lo cual no quita  
que su porte sea en conciencia  
el que á una jóven conviene;  
mas... quién defectos no tiene  
con dos novios y una herencia?

COND. Dos no menos!

ROSA. Don Augusto  
es un mozo muy cumplido,  
de colmillo retorcido:  
habla bien, viste con gusto,  
embustes á cientos fragua,  
sigue al viejo la corriente;  
en suma, este pretendiente  
es quien lleva el gato al agua.  
Con sobra de buena fé,  
mas con harto ménos mundo,  
don Ramon, que es el segundo,  
no pasa del a, be, ce.  
Oficial de artillería

hace salva de suspiros,  
y aunque pierde muchos tiros  
no es falta de puntería.  
Guapo, amable, enamorado,  
anda por Luisita loco.  
Dicen de él que es terco un poco  
y otro poco arrebatado.  
Discúlpale su pasión,  
sus mal premiados desvelos...  
en suma, si él tiene celos,  
tiene celos con razón.

COND. Es decir, que ella prefiere  
á Augusto.

ROSA. Mi ama es mujer,  
y estas suelen no querer  
sino al que ménos las quiere.  
Yo me engañaré quizás;  
pero su amor sólo es treta.

COND. Por eso dijo un poeta:  
"Quien más mente medra más."  
No obstante, fuerza es que pronto  
viera el otro su mal juego.

ROSA. No tal: el amor es ciego,  
y un amante es siempre tonto.  
Ella evita un desengaño:  
ni á uno alienta ni á otro espanta;  
que nunca (el refrán lo canta)  
por mucho trigo es mal año.

COND. No habló usted antes de herencia?

ROSA. A eso voy. Es el caudal  
de un cierto tío carnal.  
Diz que en ello no hay falencia.  
Establecido en la Habana,  
sin otro deudo ó pariente,  
bien es que con ello cuenta  
la que es hija de su hermana.  
Así, pues nada en contrario  
de lo que ofreció se espera,  
cátela usted heredera  
de ese viejo millonario;  
y aquí en pesos españoles  
saldrá al sol la hacienda mucha  
de aquel que juntó su hucha  
tal vez comiendo frijoles.

COND. Bien hará.—Por fin, infiero  
que la historia ha concluido.

ROSA. Aun falta, que al más pulido  
lo dejaba en el tintero.

Fuerza es que á broma lo eche.  
Don Gil, señora, es su nombre;  
y si no es mico, es un hombre  
conservado en escabeche.

Momia de frac y corbata,  
planta á manera de sota,  
galán de la última flota  
y con treinta en cada pata;  
muy reteñido el bigote,  
muy zahumado de pebete,  
muy chupado á lo paquete  
muy erguido de cogote;  
con menjurges y arrebol  
cubre del tiempo los fallos,  
y martiriza sus callos  
en sus botas de charol.

Este, señora, es don Gil.

COND. El mirarle dará gozo.

ROSA. Ya verá usted que es un mozo  
para arder en un candil.

COND. Novio también?

ROSA. No es su estrella  
tan feliz en esta casa.

De pretendiente no pasa.

COND. Cómo?

ROSA. No le quiere ella.

Y es natural. Gusto fiero  
por Dios fuera, dar su mano  
á un vejete casquivano,  
y por contera, usurero.

COND. Usurero!... Es aprensión  
vuestra... *Un dandy!*...

ROSA. No á fé mia.

Los usureros del día  
ya no gastan casacon.

COND. (*Ap.* Ciertas eran mis noticias.)  
Queda más?

ROSA. He concluido.

COND. El rato no se ha perdido.

ROSA. Ni yo perdí mis albricias.

Pero, dispense, señora,  
si al preguntar importuno:  
sin conocer á ninguno,  
cómo es que aquí vive ahora?

COND. La extrañeza es natural;  
mas yo explicaré ese quid.

A un don Blas, que allá en Madrid  
administra mi caudal,

rogué al emprender mi viaje  
que á algun su amigo escribiese,  
á fin de que me tuviese  
buscado aquí pupilage.  
Don Roque, á quien mil favores  
ligaban con el de allá,  
y que espera de él quizá  
alcanzar otros mayores,  
con instancia me suplica  
el que en su casa me hospede,  
y...

- ROSA. Ya caigo. Usted accede.  
Lo demás, ello se explica.  
Ahora bien, vuestra llaneza  
me anima... (*Ap.* Yo la sonsaco.)  
Saber quisiera... es mi flaco.  
COND. Preguntad, y haya franqueza.  
ROSA. Es usted casada ó viuda?  
COND. Quizá uno y otro.  
ROSA. (*Ap.* Pardiez!)  
Viene á negocios?  
COND. Tal vez.  
ROSA. De interés?  
COND. Eso está en duda.  
ROSA. Y estará aquí?...  
COND. No sé cuanto.  
ROSA. Y de aquí vá?...  
COND. No sé adonde.  
ROSA. Enterada. (*Ap.* Mal responde  
quien sabe preguntar tanto.)  
(*Oyese la campanilla.*)  
COND. Serán ya?  
ROSA. Tan pronto en casa,  
hoy fiestá, no los espero.  
COND. Ved quien es.  
ROSA. (*Mirando adentro.*) Voy. Oh qué agüero!  
Nuestro Adónis de uva pasa.

### ESCENA III.

*Dichas, Don Gil.*

- GIL. Dónde andan?—Hola! tú aquí?  
Venga un abrazo, Rosilla.  
(*Quiere abrazarla.*)  
ROSA. Quite allá, que con el tinte  
de sus bigotes me tizna.  
GIL. Tontuela!... Tú te lo pierdes.  
(*Reparando en la condesa.*)  
Mas... dispensad, señorita,

si anduve aquí en su presencia  
más ligero que debía.

- COND. Marcialidades disculpa  
la juventud. No soy rígida,  
y ese al fin fué un desahogo  
de su audaz galantería.

GIL. Sois aguda cuanto amable.

(*La mira con el lente.*)

(*Ap.* Es gran trozo por mi vida.  
Dulces cosas crió Dios;  
la mujer... y las natillas!)  
Mas, á quién tengo, señora,  
el honor?... Fuera impolítica  
en mí...

- ROSA. Yo se lo diré.  
(*Ap.* Quizá así saber consiga...)  
Es la señora condesa  
de...

COND. Sí... El título suprima,  
que no hace al caso.

ROSA. Suprimo.  
(*Ap.* Y habré de hacerlo á fé mia,  
pues yo no lo sé tampoco.)

GIL. Ah!... Ya caigo. Sois la misma  
que aquí huésped se espera?

COND. Servidora.

GIL. Pues permita  
á Gil Perez de la Oruga,  
que puesto á esos piés la sirva.

ROSA. Y oruga que es mariposa  
de damas, si ellas son lindas.

GIL. Y hasta crisálida fuera  
si alguna, ménos esquiva,  
en amoroso capullo  
me alojase de por vida.

COND. Sois agudo é ingenioso.  
Por mi fé que teneis chispa.

GIL. Es favor...

COND. No tal. (*Ap.* El hombre  
es de tontera una mina.)

ROSA. (*Ap.* Está visto: no sé más.)  
Señora, usted me permita  
vaya á arreglar su aposento.

COND. Bien. Si acaso son precisas  
mis llaves...

ROSA. (*Ap.* Ya la pillé.)

Tal vez. (*Alargando la mano.*)

COND. Si se necesitan,

entonces llámeme usted;  
que el señor don Gil, que estima  
esta casa, y la frecuenta  
con una amistad tan íntima,  
no verá en mi breve ausencia  
desaire ni grosería.

GIL. Tratadme como á un amigo.

COND. Y vos á mí como amiga.

ROSA. (*Ap.* Sin respuestas y sin llaves  
voy... He quedado lucida!) (*Váse.*)

#### ESCENA IV.

*La Condesa, D. Gil.*

COND. Pues que el señor don Gil  
me honra con su compañía,  
respóndame con franqueza.

GIL. Preguntad vos con la misma.

COND. De esta casa es bien suponga  
no ignoro las intriguillas,  
rivalidades, amores,  
incertidumbres y dichas;  
que donde hay ellas y hay ellos,  
ese es el pan de cada día.  
Nada de cuanto aquí supe  
me sorprende ni me admira.  
Hay cosa más natural  
que amar á una hermosa niña  
tres jóvenes?... Porque creo  
que tres, vos incluso, aspiran...

GIL. Casi creéis mal, condesa.  
Por pura galantería  
puede decirse que sigo  
esta especie de conquista.  
¿Qué ha de hacer uno? Uno es joven.  
De qué se habla á una chica?  
"Dónde irá el buey que no are,"  
dice un refran de Castilla.  
Por lo demás no es asunto  
que me dé pena maldita:  
arpones de ese calibre  
se embotan en la camisa.

COND. Ya caigo. Quizá otro amor?...

GIL. (*Ap.* Paréceme que me mira  
esta mujer con un fuego...)

COND. Dudáis?

GIL. No, querida amiga.  
Mi corazón aun es libre,

libre, cual la golondrina.

COND. Es decir, que cada invierno,  
cual ese pájaro, emigra.

GIL. Es porque busca el calor  
que en vos encontrar podría.

COND. Ya sé que sois muy galante;  
pero, á fuer de agradecida,  
daros quiero un buen consejo.  
Haceis muy mal: la Luisita,  
vos lo sabeis, es honrada,  
hermosa, espera ser rica:  
tres cosas que sacar pueden  
á un hombre de sus casillas.  
Venced á vuestros rivales  
y aceptad por parte mia  
la oferta de una alianza  
ofensiva y defensiva.

GIL. Alianza!... Pero decid,  
mejor no fuera una liga?

COND. Volvemos á lo de antes?

GIL. Mas pregunto, condesita,  
por qué me quereis para otra,  
pudiendo para vos misma?

COND. (*Ap.* El necio me hace el favor!...)

GIL. Concibo que hay simpatías...  
En suma, yo soy muy vivo.

COND. Cierto: eso salta á la vista.

GIL. Amo siempre á lo vapor  
y á diez minutos por milla.  
Quereis amarme un poquito?

COND. No camineis tan de prisa,  
que reventará la máquina  
si así vais echando chispas.  
D. Gil, dóblese esa hoja,  
y volvamos á Luisa.

GIL. No penetro vuestro plan.

COND. Es fácil. De simpatía  
me hablábais hace un momento.  
Pues bien, quizá ella me inclina  
á prestaros un servicio;  
mas á condicion precisa  
de que otro á mí me otorgueis.

GIL. La propuesta está admitida.

COND. Entonces, vamos al caso.  
Sé que don Roque no mira  
por su hacienda, y sé que vos  
teneis más de la precisa.  
Deberes en la amistad



hay, y más siendo tan íntima.  
Me vais comprendiendo?

GIL. Poco.

COND. Seré entonces más esplicita.  
En sus apuros (sed franco),  
recurrió á vos?

GIL. Por mi vida,  
que me poneis en un potro.

COND. Ved no es curiosidad mia,  
más vuestro interés, quien esto  
á preguntaros me incita.

GIL. Condesa, vos sois el diantre,  
y aunque excusarlo querría,  
me cogisteis la palabra,  
y fuerza será cumplirla.  
Con efecto, al buen don Roque,  
en ocasiones distintas,  
abrí mi bolsa. Uno es rico,  
y cuando otro necesita...

COND. Es muy justo. Cuánto en todo?

GIL. Mil duros: cantidad fija.

COND. Supongo que á un interés...

GIL. De amigo: cosa es sabida.  
A un quince por ciento.

COND. Vamos!

No dirán que es tiranía.

GIL. Así sirvo yo á quien quiero.

COND. Tal proceder os sublima.

GIL. Por señas que el pagaré  
vence dentro de diez días,  
y temo... Aquí no hay un cuarto.  
Aquesta herencia maldita  
tarda ya...

COND. Si no es más que eso,  
no se apure. El tío de Indias  
sabed que murió.

GIL. De veras!

COND. Oficial es la noticia.

GIL. Y aquí saben?...

COND. Aun lo ignoran;  
pero importa darse prisa.  
Al padre teneis seguro;  
haced que ella se decida,  
y es magnífico negocio.  
De esta nueva por albricias  
y en fé de nuestra alianza,  
solo exijo que me diga  
cuanto ocurra y cuanto indague.

GIL. Seré vuestro humilde espía.

COND. Pues á ella, y no dormirse.

GIL. Dormir!... Vaya!... Así por libras  
se hallan en Cádiz las novias  
acaudaladas y lindas!  
Bueno anda por Dios el sexo  
para pedir gollerías!

## ESCENA V.

*Dichos, Rosa.*

ROSA. Puede usted bajar, señora?

COND. Me permitís?... (*A don Gil.*)

GIL. Que tal diga!

COND. Gracias. Tan amable siempre!  
Por dónde? (*A Rosa.*)

ROSA. Seré su guia.

COND. (*Ap.* De las mil clases de tontos,  
esta es la más divertida.)  
(*Vânse la Condesa y Rosa.*)

## ESCENA VI.

*D. Gil, que se queda mirando á la condesa  
con el lente.*

Buen pedazo de mujer!  
Oh!... y no es lerda la condesa.  
Por mi vida que de esa  
me dejaba yo querer.  
Mas pensemos en razon.  
Si aquí no pesco un buen dote,  
no pierdo al ménos mi lote.  
Siempre es especulacion.  
Alto á Luisa, y no se diga  
que obro aquí con mala fé.  
Firme. A quien dió se la dé,  
San Pedro se la bendiga.  
Para vencer sus encantos  
basta de varon el nombre,  
que es bello animal el hombre.  
Lástima es que seamos tantos!  
Sé que la rivalidad  
cebará en mi edad sus dientes;  
pero, señor, esas gentes,  
á que le llaman edad?  
En quien es cual yo elegante,  
qué es la edad? Mero guarismo  
puesto en la fé de bautismo  
y archivado en un estante.

Matusalen no vivió  
casi diez siglos?... Es claro.  
Pues si con él me comparo,  
qué edad vengo á tener yo?  
Y en fin, doy por cosa hecha  
que soy viejo: es un supuesto:  
habré de perder mi puesto  
por un simple error de fecha?  
No tal. Amantes de Luisa,  
yo os venceré con amaños.  
Decís que tengo más años...  
Por eso tengo más prisa.

ESCENA VII.

*Don Gil, Rosa.*

- GIL. Con que en fin, Rosa, no están  
tus amos?  
ROSA. A misa fueron.  
GIL. Las dos ya, y aun no volvieron!  
Comen con el sacristan?  
ROSA. Vos ignorais lo que pasa.  
Cuándo vió mujer alguna  
que vaya á misa de una  
para volver luego á casa?  
No tal, que tan breve rato  
no mereciera el desvelo  
de prenderse un rico velo,  
puesto así... con garabato,  
ni usar calzado que aprieta,  
ni apurar á la modista  
para que la tenga lista  
la elegante manteleta,  
ni en corsé cinchar su armario  
poniendo en potro sus huesos,  
ni en fin, gastar quince pesos  
soló en un devocionario.  
Don Gil, esto pasa así:  
de la misa al jubileo,  
luego á visita ó paseo:  
allí Dios, el mundo aquí.  
Aquí requiebros, placeres;  
allí devocion muy pia:  
allí está el *Ave Maria*,  
y aquí el *Bendita tú eres*.  
GIL. Entónces no espero á tu ama.  
ROSA. Ni ya de estotra la vuelta.  
GIL. Cómo!

- ROSA. Duerme á pierna suelta,  
si piernas tiene una dama.  
GIL. Y roncaba?  
ROSA. Mala bomba!  
Roncan las de tal copete?  
GIL. Hija, niña hay muy falsete,  
que es al dormir muy zambomba.  
Pero no quedó en volver?  
ROSA. La naturaleza es flaca:  
halló á mano una butaca,  
y allí se dejó caer.  
Pedíla sus llaves yo,  
y al alargarme el manajo,  
dió un bostezo, frunció un ojo,  
luègo otro, y...  
GIL. Ya, se durmió.  
Y pues tú á mis ruegos sorda  
no me amas, me iré á la calle.  
*(Coge el sombrero y vuelve á donde está Rosa.)*  
Ay qué fresca, y qué buen talle!  
ROSA. Mas fresca está *Torvegorda*.  
GIL. Un abrazo.  
*(Vá á abrazarla, y ella le amenaza con una silla.)*  
ROSA. Tome este.  
GIL. Ten, Lucrecia de estropajo.  
ROSA. En la cholla se la encajo.  
*(Al irse, y mirándola con el lente.)*  
GIL. *Comfortable* es, aunque agreste. *(Váse.)*

ESCENA VIII.

*Rosa.*

¡Que el mundo sufra estos micos  
más malos que la culebra,  
y nadie un hueso les quiebra  
ni les pela los hocicos!  
Pillos son; pero son ricos,  
y se les quita el sombrero.  
Poderoso caballero  
es don dinero!  
Mas voy á lo que me importa.  
Sirvamos á la condesa,  
y hacerlo á fé no me pesa,  
pues no es en dar manicorta.  
Ay!... aquel doblon me exhorta,  
sin otros que de ella espero.  
Poderoso caballero  
es don dinero!

## ESCENA IX.

*Dichos, la Condesa, con una carta en la mano.*

- ROSA. Fuese el viejo mamarracho.  
A avisárselo á usted iba.
- COND. Ya lo sé: puesta en acecho,  
le ví salir.
- ROSA. Y de prisa,  
á antes que yo le peinase  
los pelos con una silla.
- COND. Pues cómo?...
- ROSA. Juega de manos,  
y hace suertes no muy limpias.
- COND. Creyó lo que usted le dijo?
- ROSA. Creído vá en que usted dormía;  
que sin eso, no le echamos.
- COND. A otra cosa. Urge reciba  
esta carta don Ramon. *(Se la dd.)*
- ROSA. Se hará al punto.
- COND. Mas precisa  
que nadie en casa lo sepa.
- ROSA. Entiendo. Usted necesita  
que otro la lleve, y no Juan.
- COND. Temo que á sus amos diga...
- ROSA. Eso es fácil: se la entrega  
un gallego de la esquina.
- COND. Corriente. Vive muy léjos?
- ROSA. No, tres casas más arriba.  
Y aun debe de estar en ella,  
pues no há mucho ví leía,  
sentado junto á su reja,  
un periodicon de á libra.
- COND. Mejor. Pague usted con eso  
al mozo. *(Le dd una moneda.)*
- ROSA. Por santa Rita,  
no haga tal. Dar cuatro duros  
por cuatro pasos, seria  
despertar del mandadero  
la siempre fácil malicia.  
Con una peseta hay harto.
- COND. Sea pues, y por propina  
guárdese usted lo restante.
- ROSA. Mas que he hecho para?...
- COND. Soy rica,  
y no me duele el dinero;  
pero en cambio, quien me sirvá  
ha de saber que no gusto

tener á mi lado espías.  
Callar y hacer cuanto mando,  
no averiguarme la vida,  
no contar lo que me oiga,  
no escuchar lo que yo diga;  
tal ha de ser su conducta:  
yo sé cual será la mia.

- ROSA. *(Ap. Toma esa, y vuelve por otra.)*  
Señora, ya está entendida,  
y si erré...
- COND. A la mar pelillos.  
Cuenta nueva, y nueva vida.
- ROSA. Voy á que entreguen la carta.  
*(Al llegar al foro y mirando á la derecha.)*  
Mas... por Dios que ese estantigua  
se dejó abierta la puerta.
- COND. Cómo?
- ROSA. Sube una visita. *(Poniendo el oído.)*  
Y es varon, por los tacones.  
Ya se acerca; ya está arriba.  
Es don Augusto.
- COND. En buen hora.
- ROSA. Vóime?
- COND. Sí; pero advertida...  
*(Haciendo señal de que calle.)*
- ROSA. Si hablo, vea yo mi lengua  
en las islas Chafarinas.  
*(La condesa se sienta en una butaca y ojea un periódico tomando una postura lánguida. Al entrar don Augusto, encuentra junto al foro á Rosa. Hablan con cautela.)*

## ESCENA X.

*Dichas, Don Augusto.*

- AUG. Quién?... *(Señalando á la condesa.)*
- ROSA. La huéspedada.
- AUG. Y no es vieja!
- ROSA. Qué!... muy linda, y con un fuego...
- AUG. Veámoslo. Ya quién lo deja?  
Podrá un hombre irse á la oreja?
- ROSA. Eso al padre; yo soy lego. *(Váse.)*

## ESCENA XI.

*La Condesa, don Augusto.*

- AUG. Señora...
- COND. Ah!... si... no habia oido.  
*(Contestando.)*
- AUG. Le suplico me permita...  
Mas quizá os he interrumpido.

COND. Muy al contrario; ahora os pido  
me honreis con vuestra visita.

AUG. Yo soy quien en tal empeño  
honrarme con creces fio.  
Augusto Lopez del Rio  
me llamo, amigo del dueño  
de esta casa.

COND. Y desde hoy mio.

AUG. (*Ap. sentándose.* Tiene la faz caprichosa,  
y un cierto aire, así... espasmódico,  
que hará mella en una losa.)  
Lefais?

COND. Sí... cualquier cosa;  
es decir, leia un periódico.

AUG. Política ocupacion!

COND. No, que ella el alma no sacia.  
Descifrar es mi pasion  
arcanos del corazon,  
no arcanos de diplomacia.

AUG. (*Ap. Oiga!*)

COND. Con causa sospecho  
que os riais: mala es mi crítica;  
mas sea instinto, sea despecho,  
sea conviccion, es el hecho  
que detesto la política.  
Mi sexo ayer sin rivales  
reinaba por el amor;  
mas, para colmo de males,  
hoy la dan celos mortales  
*el Herald y el Clamor.*  
Que es justa mi queja infiero,  
si pierdo por tantos modos  
de mujer el dulce fuero.  
Digo bien?

AUG. Por un rasero  
no midais, señora, á todos.  
Es la mujer tierna flor,  
que crece á fuerza de afan  
en pensil encantador.  
No tema allí al huracan  
que brama en su derredor;  
pues agena del vaiven  
del mundo, plugo á los cielos  
darle en su seguro Eden  
sólo un temor, el desden;  
sólo un tormento, los celos.  
Maravilla de las flores,  
este es su templo, en él vive;

mas no aja allí sus primores,  
que hay mano que la cultive;  
que hay alma que sienta amores.

COND. Pocos hay de esa opinion.

AUG. No á mi fé. Yo, verbigracia;  
pues prefiero en conclusion  
á arcanos de diplomacia  
arcanos del corazon.

COND. Huélgome de que al par mio  
haya quien juzgue y entienda  
que es forzar el albedrío  
seguir del mundo la senda  
con un corazon vacío.

Por eso en dulce lectura,  
llena de emociones mil,  
me extasio en la hermosura  
de esa escéntrica figura  
de Adriana de Cardovil;  
y de Jorge Sand en Francia  
sueño que el laurel conquisto;  
y amo en Balzac la inconstancia,  
y admiro de Monte Cristo  
la sublime extravagancia.

De esta luz soy mariposa:  
mi alma allí exenta de enojos  
no más dicha anhelar osa.  
Despues de esto, dónde hay ojos  
para leer otra cosa?

AUG. (*Ap. Bah! no hay malicia... Adelante.*)

Señora, os comprende mi alma.  
Tal vez, cual vos, delirante  
voy en pos del Judío errante  
y envidia al tostado Djalma.  
Qué cúmulo de pasiones  
encierra el Asia, y qué fuego!  
Quién volara á esas regiones  
para apurar ilusiones,  
aunque me abrasasen luego!  
Y en fin, quién de allí volar  
pudiera á la zona fria,  
y en sus nieblas meditar,  
y beber agua del mar,  
como Han de Islandia bebia!

COND. Gracias doy á mi hospedage,  
ya que hallo en él corazones  
que hablan del alma el lenguaje;  
mas por desgracia mi viaje  
no es un viaje de impresiones.

AUG. Me engañé. Yo tal creía.  
 COND. A ellas dedico mis ocios:  
 mas un negocio hoy me guía,  
 y ya sabeis, los negocios  
 tienen poca poesía.  
 Negocios!.. ¿Y no es fatal  
 que un inteligente ser  
 deba flaco y material,  
 ocuparse del comer  
 como el más vil animal?  
 Oro!... Y á eso llama un bien  
 el hombre!.. Y esa es su palma!  
 Las riquezas son su Eden!  
 Puede así gozar el alma?  
 AUG. (*Ap. Vaya!... Y el cuerpo tambien.*)  
 Esa indignacion vèhemente  
 os honra; mas vos sabeis  
 que á veces debe el prudente  
 resignarse...  
 COND. Es eyidente.  
 Por eso en Cádiz me veis.  
 Asuntos de gran cuantía,  
 y para mí de importancia,  
 hacen forzoso en el dia  
 trueque mis fondos de Francia  
 por fincas de Andalucía.  
 Fondos!.. Fincas!.. Me sonrojo  
 de ese idioma mercantil;  
 mas, pues á usarle me arrojo,  
 quiero haceros, si no enojo,  
 una pregunta.  
 AUG. Y aun mil.  
 COND. Vos tendreis en la ciudad  
 relaciones.  
 AUG. Las mejores.  
 COND. Podreis decirme en verdad,  
 si el cobro de estos valores  
 ofrece dificultad?  
 (*Le dá una cartera con letras de cambio. D. Augusto las examina.*)  
 De asuntos estoy á oscuras.  
 Ya veis... mujer é ignorante...  
 AUG. Letras... Dinero contante,  
 que es sobre casas seguras.  
 (*Ap. Oh! quién os echara el guante!*)  
 (*Vá repasando las letras.*)  
 Quince mil, seis mil. (*Ap. Friolera!*)  
 Diez... Doce... veinte cabales.

(*Ap. Maravillosa cartera!*)  
 Suma todo, picos fuera,  
 novecientos diez mil reales.  
 COND. Ahí sobre Sevilla infiero  
 que haya algo más.  
 AUG. (*Ap. Yo estoy loco!*)  
 COND. Giré allá...  
 AUG. Mucho dinero?  
 COND. No... un millon.  
 AUG. (*Ap. Dios verdadero!*)  
 Y eso le parece poco!  
 COND. Pormenores repugnantes!  
 Qué es eso, ni un rico ajuar,  
 ni otro millon en diamantes,  
 ni merinos trashumantes,  
 ni haciendas en Ultramar?  
 AUG. (*Ap. De oirlo me dan mareos!*)  
 COND. Qué es todo eso? Nada á fé  
 para quien sin devaneos,  
 poco basta á sus deseos.  
 AUG. (*Ap. Es un Creso con corsé!*)  
 COND. Además... para quién junto?  
 Viuda...  
 AUG. Viuda!... qué dolor!  
 Con que murió?...  
 COND. Triste asunto!  
 AUG. (*Ap. Ay! en tu vida, oh difunto,*  
 hiciste cosa mejor!  
 A ella pues, mas con prudencia.  
 Reemplacemos á este muerto.  
 Perdonen Luisa y su herencia,  
 que dejar es contingencia  
 por lo dudoso lo cierto.)  
 Juntos van el bien y el mal,  
 señora, y por eso el hado,  
 en vuestra viudez fatal,  
 si por un lado caudal,  
 os dió afan por otro lado.  
 Bella, en la edad del amor,  
 á otros cuidados os dais,  
 y haceis muy mal en rigor.  
 No tal: vos necesitais...  
 COND. Sí, un buen administrador.  
 AUG. Más allegado será...  
 COND. No tengo pariente alguno.  
 AUG. Y queso qué importa? Bah!  
 Teneis más que elegir uno?  
 (*Llaman á la campanilla.*)

COND. Llaman.

AUG. Me entendeis?

COND. Quizá.

ESCENA XII.

*Dichos, D. Roque, D.<sup>a</sup> Luisa, D. Ramon.*

ROQ. Con que ya está aquí... Qué honor...  
mi señora la condesa?

COND. Su servidora y amiga,  
como de esta jóven bella. *(La besa.)*

LUISA. Gracias.

ROQ. Favor que la haceis.

LUISA. No ha sido la culpa nuestra,  
si á recibiros al muelle  
dejamos de ir. Quién pudiera  
sospechar?...

COND. Nadie en efecto.

Detenerme era mi idea  
en Sevilla algunos dias.  
Hallar esperaba en ella  
cierta amiga de la infancia;  
mas supe que estaba fuera  
á la sazón, y por eso  
lo dejé para mi vuelta,  
que será pronta.

LUISA. Lo siento.

ROQ. Ya haremos porque no sea.

RAM. Presentadme. *(A don Roque.)*

ROQ. Ah! sí, Ramon.  
*(A la condesa.)*

Dejad que á esos piés se ofrezca  
este amigo.

COND. *(Ap. El es.)*

RAM. Señora...

ROQ. Le hallamos en la escalera.

COND. Caballero... *(Bajo á él.)* Recibísteis?...

RAM. Una carta. *(Bajo á ella.)*

LUISA. *(Ap. Qué sospecha!*  
Creo que le habló en secreto!)

AUG. En muy bien tiempo, condesa,  
llegais aquí: el carnaval,  
que á más andar se nos entra,  
ya agita sus cascabeles  
por calles y por plazuelas.  
La juventud elegante  
dá unos bailes: por más señas  
que hoy le hay, y si el cansancio

del viaje os lo permitiera...

COND. Supongo que ireis... *(A Luisa.)*

LUISA. Pensaba

hacerlo; mas ya se trueca  
mi intencion, que no está bien  
dejar á mi amable huésped.

COND. Entonces iré con vos.

La diligencia estropea;  
pero ya dormí en Sevilla;  
y del vapor no hago cuenta,  
que la barra de Sanlúcar  
no es el golfo de las Yeguas.

RAM. *(Ap. Viene de la Habana!)*

AUG. *(Bajo á ella.)* Gracias.

LUISA. *(Ap. Esto más!)*

AUG. Me hareis, condesa,  
una merced?

COND. Y cuál es?

AUG. La de ser vuestra pareja  
siquiera en un rigodon.

COND. Acepto.

AUG. El primero?

COND. Sea.

RAM. Yo el primer vals, si me honrais.

COND. Con mucho gusto.

LUISA. *(Ap. Estoy fresca!*

Yo voy á hacer en el baile  
una figura estupenda!)

COND. *(A Luisa.)* Aquestos, amiga, son  
los gajes de forastera.

AUG. Entonces dejar debemos  
á estas damas, porque puedan  
prevenir trages y adornos.  
No hay tardes, el tiempo vuela.

COND. Como gustéis.

ROQ. Otro dia

os diré de cierta empresa  
por acciones... Es proyecto  
que me bulle en la cabeza.

COND. Cómo, qué cosa?

ROQ. Es un buque  
sin máquina y sin caldera,  
que navega á todos rumbos  
contra el viento y la marea.

AUG. Gran mejora!

RAM. Pero, hombre,  
entonces cómo navega?

ROQ. Tirado por perros de aguas,

que para el caso se adiestran.  
 RAM. Don Roque, eso es un absurdo.  
 AUG. Don Roque, feliz idea!  
 Así se evitan catástrofes  
 de máquinas que revientan.  
 RAM. Mas reventarán los perros.  
 ROQ. No tal; que habrá en cada legua  
 casas de postas flotantes  
 para remudar las bestias.  
 RAM. Por no disputar me voy.  
 (Toma el sombrero.)  
 Que usted descanse, Condesa.  
 Luisa, don Roque, hasta luego.  
 AUG. (Despidiéndose) Repito... (A D. Roque)  
 Vóile á la oreja,  
 y le traeré á la razon.  
 ROQ. Lástima es que el tiempo pierda.  
 (Vánse don Ramon y don Augusto.)

### ESCENA XIII.

*La Condesa, Luisa, Don Roque.*

ROQ. Nada les parece bueno;  
 nada á estos hombres les peta.  
 COND. Cierto.  
 ROQ. Por eso en España  
 los ingenios no se premian.  
 LUISA. Papá, esta señora es justo  
 que descanse.  
 COND. Sí, quisiera...  
 ROQ. Os llevaré á vuestro cuarto.  
 LUISA. Yo tambien.  
 COND. No: usted se queda;  
 que jóven y en dia de baile,  
 no ha de faltarle tarea.  
 LUISA. Obedezco y no replico.  
 COND. Nos veremos en la mesa.  
 (Vánse la condesa y don Roque.)

### ESCENA XIV.

*Doña Luisa, despues Rosa.*

LUISA. Vaya en gracia!... ya se fué!  
 Nunca aquí hubiera venido!  
 Rosa. (Llamando.) En mi vida he tenido  
 un rato más malo á fé.  
 ROSA. Llamaba usted, señorita?  
 LUISA. Sí, Rosa, contarte quiero  
 lo que he visto y lo que infero

de esa huéspedada maldita.

ROSA. Qué decís?  
 LUISA. Hado importuno!  
 ROSA. Asustada estoy, por Dios!  
 LUISA. Que ayer me adoraban dos,  
 y hoy ya ni aun cuento con uno.  
 Que hablar quedo á entrambos ví  
 con ella.  
 ROSA. Quizá ilusiones.  
 LUISA. Y le piden rigodones,  
 y no hacen caso de mí,  
 y en el baile mi derrota  
 andará en bocas y oídos,  
 y envidiosas y ofendidos  
 hoy harán de mí chacota.  
 Qué dirá el mundo burlon  
 en su implacable revista  
 al ver no llevo en mi lista  
 siquiera un mal rigodon?  
 ROSA. Cierto... Y qué dirá al mirar  
 á la que entre bellas campa,  
 sujeta á que un mala estampa,  
 quiera sacarla á bailar?  
 LUISA. Guerra pues.  
 ROSA. Y no deis blando.  
 Sois muy linda, teneis bienes,  
 hombres sobran...  
 LUISA. Razon tienes.  
 ROSA. (Ap. Quién no la tiene adulando?)  
 LUISA. Veré si el lauro consigo.  
 ROSA. Ya mi parabien reciba.  
 LUISA. Huéspedada... qué bien nos iba  
 no haciendo cuenta contigo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## ACTO SEGUNDO.

*Sala de juego en un baile. Puerta al foro ó rompimiento. A un lado del escenario y en primer término, una mesa con tablero, y sentados á ella don Roque y don Perpétuo jugando al ajedrez. Al opuesto otra mesa, y sobre ella un libro de estampas.*

### ESCENA I.

*Don Roque, Don Perpétuo.*

ROQ. Adelanto este peon.  
 PERP. Yo le como.

ROQ. Don Perpétuo!  
ni la tarasca del Corpus  
tenia su tragadero!

PERP. No tal: sólo hice diez presas  
en lo que vá de este juego.

ROQ. Y tanto hay?

PERP. Hora y tres cuartos  
lleva el presente.

ROQ. (*Mirando el reloj.*) En efecto;  
y por mi cuenta, nos queda  
otra hora por lo ménos.

PERP. Somos potencias iguales:  
así es difícil...

ROQ. No es eso.  
Es que no mueve una pieza  
sin pensarlo siglo y medio,  
y antes estira la cara,  
y habla solo, y con los dedos  
echa en el aire compases,  
y se tira de los pelos;  
y luego levanta en alto  
un caballo, por ejemplo,  
y un buen rato lo columpia  
sin saber donde ponerlo:  
de modo que de jugada  
á jugada me entra sueño.

PERP. Don Roque, en esa pintura  
se ha retratado á sí mismo.  
Lo que engaña el amor propio!

ROQ. Bien: no riñamos por eso.  
Juguemos en santa paz.

PERP. Pues en santa paz juguemos.

## ESCENA II.

*Dichos, la Condesa, Don Ramon. Este aparece por el foro dando el brazo á aquella.*

COND. Brillante baile!

RAM. Brillante!

COND. Pero hay gente con exceso,  
y luego con tantas luces  
está el salon que echa fuego.  
Así me dispensareis,  
si buscando aire más fresco  
en esta sala, os aparto,  
aunque por cortos momentos,  
de ese cuadro encantador,  
siempre el mismo y siempre nuevo,

de ese agradable bullicio,  
flujo y reflujo perpétuo  
de bellas, de donde nunca  
sale el corazon ileso.

RAM. No creais...

COND. Por sí ó por no,  
amigo mio, os prevengo  
que no os doy cuartel. Paciencia.  
Y para empezar, me siento.

RAM. Muy al contrario, señora:  
con el alma os agradezco  
me concedais este rato  
que há tantas horas anhelo.  
La carta que me enviásteis,  
me pone en terrible aprieto;  
mas ni sé cómo llegó  
por vuestra mano, ni acierto  
á descifrar de mi hermana  
los ulteriores proyectos.  
Por Dios, condesa, decidme...  
esplicadme esos misterios.

COND. De Ana soy íntima amiga  
desde mis años primeros;  
mas cuando despues la suerte,  
por caminos muy diversos,  
juntó á entrambas en la Habana,  
allí, de la patria lejos,  
tanto la amistad creció  
en una y otra, que creo  
no usurpo, al llamarla hermana,  
de naturaleza el fuero.  
Con lágrimas la dejé,  
mientras á estrecharla vuelvo  
en mis brazos; pero antes  
me dió para vos el pliego  
que os envié esta mañana,  
prefiriendo en buen acuerdo  
la eficacia de una amiga  
al azar de los correos.  
Veros, y veros feliz,  
es de su alma el sólo anhelo,  
y por eso allí os previene  
partais á la Habana luego.  
De madre os sirve, os regala,  
os atiende, os dá los medios  
para que, pobre, gasteis  
y triunfeis como el primero.  
Ved, si acaso os abandona,



qué porvenir será el vuestro,  
y poned en la balanza  
deudas de agradecimiento.

RAM. Si tanta amistad os une,  
sabreis que mi padre á Méjico  
partió, á ver de realizar  
de su hacienda algunos restos.  
Quedé al cuidado de un tío  
en Sevilla, al propio tiempo  
que otra parienta á mi hermana  
recogió con afán tierno,  
llevándosela á Bilbao,  
donde vivía de asiento.  
En América mi padre  
falleció...

COND. Sé todo eso.  
Pobre quedásteis, el tío  
os educó con esmero,  
quisísteis seguir las armas,  
y entrásteis en el colegio.  
Sé que aquel murió, que Ana  
casó con un habanero  
rico, y le siguió á su patria.  
Desde entonces, compartiendo  
con vos su caudal, no hermana,  
vuestra madre es.

RAM. En efecto;  
y Dios que lee en mi alma,  
sabe si indigno soy de ello.  
Mas sabed que yo amo á Luisa  
con frenesí, que no anhele  
otra dicha que su mano,  
otro caudal que su afecto.

COND. Niñadas!

RAM. No digais tal:  
ved que este es mi amor primero.

COND. Pero ella...

RAM. Vais á decirme  
que aun no me ama: os lo confieso.  
No obstante, tengo tal fé  
en mi pasión, tal la quiero,  
que me parece imposible  
deje de premiar mi afecto.  
Sólo me aflige el que ella  
una herencia espere, siendo  
pobre yo; que acaso el mundo  
á todos por un rasero  
suele medir, cual si todos,

al vil interés sujetos,  
viesen especulación,  
no amor, en el casamiento.

COND. Aun peor está que estaba!

RAM. Por qué lo decís?

COND. Por esto.  
Ana os pretende casar.

RAM. Casarme!

COND. Juzgólo el medio  
de asegurar vuestra suerte.  
Es jóven, rica en extremo,  
y hay quien la diga que es bella.  
Tiénela desde años tiernos  
vuestra hermana como á hija.  
Alabanzas que le hicieron  
de vos, tal vez despertaron  
en su alma algún afecto,  
y aunque nunca os vió la cara,  
os vió en un retrato vuestro.  
Ya sabéis lo que quisísteis:  
ahora en que pensar os dejo;  
que bien lo vale el asunto.  
Y pues ya duró hartó tiempo  
esta entrevista, dejadme  
en el salón. Esto os ruego;  
que aquí la malicia vela  
con sus cien ojos abiertos.

RAM. Confuso quedo de oiros!

COND. Pensad...

RAM. Pensado lo tengo.  
Condesa, el brazo.

COND. En buen hora.  
Me dejareis en mi asiento.  
*(Vánse la Condesa y don Ramon.)*

### ESCENA III.

*Don Roque, Don Perpétuo.*

PERP. Maldito paso y repaso!  
*(Mirándolos partir.)*  
Esta gente aquí me amosca.  
A mí me distrae una mosca.

ROQ. Pues yo de nada hago caso.

PERP. No oí de hablar tales flujos!

ROQ. Pues qué han de hacer? Dáme risa!  
Es este baile, ó es misa?  
Son estos frailes cartujos?

PERP. Yo jugara con pasión  
donde á nadie oyera ó viera.

ROQ. Ya sé: un sitio á la manera  
de la isla de Robinson.  
PERP. Ni aun allí, pues que habia un loro.  
ROQ. Todo lo saca de quicio.  
Sabe usted si perdió el juicio?  
PERP. Lo que sé es que me encocoro.  
ROQ. Sea cual yo, sordo y ciego,  
un paréntesis humano.  
PERP. Probarélo en esta mano.  
ROQ. Pues á ella y siga el juego.

#### ESCENA IV.

*Dichos, D. Gil, dando el brazo á Luisa y llevando en la mano su ramillete.*

GIL. Yo os llevaré ese adminiculo.  
LUISA. (*Ap.* Hago un lucido papel!  
O venir sola, ó con él...  
Me estoy poniendo en ridículo!)  
GIL. Le buscábais? Vedle aquí.  
(*Señalando á D. Roque.*)  
LUISA. Papá...  
ROQ. Qué?...  
LUISA. Me siento mal.  
Quisiera, si os es igual,  
volverme á casa.  
ROQ. Hija, sí.  
En concluyendo esta mano,  
veremos si llegó el coche.  
LUISA. Si no, buena está la noche.  
ROQ. Pronto, muy pronto la gano.  
LUISA. Paciencia!  
GIL. Hay motivo....  
LUISA. Haile.  
GIL. Será de otra especie, Luisa.  
Perdonad... mas vos con prisa?  
Vos indispueta en un baile?  
LUISA. Pues bien... sí... sólo es pretexto  
porque estoy aquí humillada.  
Me desbancan!  
GIL. Qué bobada!  
Bueno. A rey muerto, rey puesto.  
LUISA. Sí, lo haré: desden profundo  
verán, y si hallar consigo  
quien les dé celos...  
GIL. Pues digo,  
no estoy yo acaso en el mundo?  
Os estuviera tan mal?  
LUISA. (*Ap.* Eso faltaba que ver

para acabar de perder  
toda mi fuerza moral.)  
GIL. Fui hasta aquí en amores vário,  
y de ello mi fama aun dura;  
mas si este achaque amor cura,  
yo tengo mi alma en mi armario.  
Y pues antiguas falacias  
abjuro con fé sumisa,  
queredme un poco, Luisa,  
que vos me dareis las gracias.  
LUISA. Esas, don Gil, bromas son  
de mal tono.  
GIL. Y si á fé mia  
no lo fueran?  
LUISA. Os diria  
que no estoy de esa opinion.  
GIL. Vos querreis que yo haga méritos?  
Corriente, eso es natural.  
Me dan concepto fatal  
mis extravíos pretéritos.  
Bien: bailaremos los dos  
lo que resta.  
LUISA. (*Ap.* Hay tal postema!)  
GIL. Y aunque alguna aquí se quema,  
no me apartaré de vos.  
LUISA. Que no hableis de eso os ruego.  
GIL. Mas pregunto yo...  
LUISA. Don Gil,  
os dí un no, y os daré mil.  
Hablo por ventura en griego?  
GIL. Vamos, Luisa, esos son prontos  
que pasarán de contado.  
LUISA. (*Ap.* Oh Dios!... cuál fué mi pecado  
que así me entregais á tontos?)

#### ESCENA V.

*Dichos, Don Ramon.*

RAM. Luisita, queréisme honrar  
bailando este vals conmigo?  
(*Bajo á ella.*)  
Fuerza es me oigais sin testigo.  
LUISA. Os lo debiera negar.  
(*Don Gil se aparta, toma el libro de estampas y se pone á hojearlo.*)  
RAM. Ah, no! Disculpa bastante  
para obrar así me abona.  
LUISA. Siempre una mujer perdona.  
RAM. Y siempre ruega un amante.

LUISA. Sí, amante de la condesa.

RAM. No digais eso, mi encanto.

LUISA. Os dió calabazas?

RAM. Cuánto  
el que tal juzgueis me pesa!  
No hay aquí otro amor alguno.  
Me creéis?

LUISA. Sábelo Dios.

En fin... vamos. (*Ap. De los dos  
siquiera recobro uno.*)

(*Vánse Luisa y don Ramon.*)

### ESCENA VI.

*Don Gil, don Roque, don Perpétuo.*

GIL. Me dá celos... bien... así...  
(*Sonriéndose al verlos partir.*)

Señal de que hago cosquillas.  
Vá esto á las mil maravillas.  
Digo... leoncitos á mí!  
Me amará mal que le pese;  
y mientras esto madura,  
veré entre tanta figura  
si encuentro aquí un par como ese.  
(*Señalando á los que juegan.*)

ROQ. Jugó usted ya, don Perpétuo?

PERP. Don Roque, ya está jugado.

ROQ. Corriente. Ahora con mi torre  
me como yo su caballo.  
Esa fué gran violonada.

PERP. Tiene razon, voto al chápiro!  
Pero usted tiene la culpa.

ROQ. Yo la culpa! Cómo ó cuándo?

PERP. Porque me dá tanta prisa,  
que ni sé lo que me hago.

ROQ. Con efecto, esa jugada  
sólo la pensó hora y cuarto.

PERP. Eso es mucho exagerar.

ROQ. Bien, le quitaremos algo.  
Siga el juego.

PERP. Siga el juego.  
Pero por Dios, más despacio.

### ESCENA VII.

*Dichos, don Augusto.*

AUG. Gil, ha tiempo que te busco.

GIL. Dejé el salon hace rato.

AUG. Cómo!... tú aquí sin bailar!

GIL. Es un secreto de estado.

AUG. Ya entiendo. Cosa de amores?  
Qué malo que eres! qué malo!

GIL. Chico, entre amigos y mozos  
nada ha de haber reservado.  
La Adela...

AUG. Sí: sé quien es.

GIL. Y qué tal?

AUG. Es todo un pasmo.

GIL. Pues bien: esa hace unos dias  
me mira con ojos lánguidos.

AUG. Qué mal puede haber en eso.

GIL. Le hay. Yo hago gestos á ratos  
á la Juanita... ya sabes...

AUG. Bien, la hija de don Braulio.

GIL. Y ella mis coqueterias  
muy por lo sério ha tomado:  
y por si bailé con una,  
y por si á la otra dí el brazo,  
allí á pellizcos las dos  
han hecho de mí un San Lázaro.  
Por eso aquí tomo iglesia  
contra sus celosos raptos;  
que aunque son manos muy blancas,  
son muy pesadas sus manos.

AUG. Mereces por coqueton,  
verte así atenaceado.

GIL. Chico, tú puedes hablar?  
A la Luisa estás amando,  
y andas bebiendo los vientos  
tras de su huésped.

AUG. El caso,  
no es el mismo. Mi caudal,  
como sabes, no dá hartito  
para vivir bien soltero,  
qué será para casado?  
En la conyugal república  
(que es mi amor muy democrático)  
pretendo que en todo iguales  
sean los derechos de ambos.  
Y pues toda mujer pobre  
puede aspirar á la mano  
de un rico, sin que halle el mundo  
en esto nada de malo,  
no encuentro ningun motivo  
para que yo, pobre diablo,  
haga mal si acaso busco

dote pingüe y saneado.  
 Bella es Luisa; mas su herencia  
 redobla á mi ver su encanto;  
 que esa aureola de talegas  
 diviniza un rostro humano.  
 Bella es la otra: en este punto  
 ya ves cómo las igualo;  
 mas de esperar que se muera  
 quien tal vez viva aun cien años,  
 á tomar dos milloncejos,  
 como quien dice, al contado,  
 fuera de alhajas y fincas  
 y merinos, es muy llano  
 que hay notable diferencia.  
 Confiesa acierto en el cambio;  
 que no es lo mismo ser rico  
 hoy, que mañana ó pasado.

GIL. Cosas tuyas!... Pero en fin,  
 qué me quieres?

AUG. Presto acabo.  
 No estuviste tú en la Habana?

GIL. Hará cosa de diez años.

AUG. Allí al conde de Alto-Pino  
 conociste por acaso?

GIL. De Alto-Pino...!

AUG. Ese es el título.

GIL. Yo recuerdo... Sí... ya caigo.  
 No fué en la Habana, fué luego  
 en París... Extraño caso!  
 Fiera, horripilante historia,  
 que allí leí en los diarios!  
 Era el tal un habanero  
 casado... cierto!... casado  
 con una jóven hermosa.

AUG. (Ap. Calofrios me van dando,  
 que las señas son mortales.)

GIL. Ella de un bufo italiano  
 se enamoró con tal impetu  
 y de un modo tan romántico,  
 que hubo violentas sospechas  
 de haber pagado á un mulato  
 quince onzas, por que al marido  
 diese al descuido un plumazo.  
 Súpolo él por una negra;  
 mas aunque al tal le probaron  
 este crimen, y la audiencia  
 lo envió derecho al palo,  
 para la complicidad

de la otra faltaron datos,  
 y el tribunal, segun ley,  
 la absolvió de todo cargo.

AUG.

Y él entonces...

GIL.

Mal seguro  
 en su patria, y recelando  
 que quien hace un cesto hará  
 otros ciento, pasó el charco,  
 y supe que en Francia estaba  
 cuando yo fuí ha tres veranos.

AUG.

Con tu tremebundo cuento  
 me dejas estupefacto.  
 Y ahora, que antecedentes  
 voy uniendo y recordando,  
 más graves son mis sospechas.  
 Es la viuda, no hay que dudarlo,  
 de ese conde, que escapó  
 de sus garras por milagro.  
 Novelesca... extravagante...  
 exagerada!... Qué diablos!  
 Si Dumas y Víctor Hugo  
 le han barajado los cascos!

GIL. Mas quién es esa?

GIL.

AUG.

La huésped.

GIL.

Augusto, tú estás borracho!  
 La huésped de don Roque?

AUG.

Dí que es, y no vas errado,  
 Margarita de Borgoña,  
 que así despacha cristianos.

GIL.

Pero tú cómo supiste?...

AUG.

Pasó que hoy con ella hablando  
 me enseñase una cartera  
 con varias letras de cambio.  
 Su título allí leí  
 sin intencion; mas extraño  
 no se guardase...

GIL.

De quién?

Pudo sospechar acaso  
 que yo tal cosa en París  
 supiese de su finado?

AUG.

Cierto.

GIL.

(Ap. Qué fatalidad!  
 Ya este me dejaba el campo,  
 y ahora con mis noticias  
 vuelve á la otra. Soy un asno!  
 Mas quién calcula?... Probemos  
 la enmienda. Cuál te has quedado!  
 De otro temple te juzgaba.

AUG. No es para ménos el paso.  
Yo, que á ser rico y ser conde  
ya le iba aficion tomando,  
haber de renunciar!... Diantre!

GIL. Renunciar? Vaya! No alcanzo  
el por qué. Si ella no amaba  
á su marido, es extraño  
que tal hiciese, quizá  
de cólera en algun raptó?  
Quién sabe? Tal vez el conde  
fuera feo, viejo, asmático  
y regañon; porque al fin,  
ninguno de los diarios  
supe yo que diese entonces  
de su estampa ningun rasgo.  
Por otra parte, quién dice  
que en esto no hubiera engaño?  
Ya te añadí que la audiencia  
no halló pruebas. Si haces caso  
de las hablillas del vulgo,  
qué hombre eres?

AUG. Será exacto  
cuanto me hablas; pero, amigo,  
yo no me siento con ánimo  
bastante para arrostrar  
porvenir tan arriesgado.  
Detrás de cada talega  
veo asomar á un mulato  
con su jeta y su puñal,  
y mas allá algun negrazo,  
hediondo, repugnante,  
juanetudo, torvo, chato,  
que en su lóbrega cocina  
echa veneno al guisado;  
y esto me causa tal susto,  
y esto me pone tal asco,  
que todo mi amor al oro  
se me baja á los zapatos.  
Y luego en segundo término  
veo un bufo caricato  
que me canta y que me punza,  
cual mosquito en el verano.  
No, Gil, yo soy muy humilde,  
y por eso mal me allano  
á ser el protagonista  
de un proceso en que haga el gasto  
mi romántica catástrofe.  
Ni busco interés dramático

en mi muerte, ni me place  
que al escuchar tal relato,  
lloren las almas serisibles,  
ni gusto de que abogados  
pronuncien sobre mis huesos  
elocuentes alegatos,  
ni llevo á bien que la química,  
guiada por doctas manos,  
en mis pobres intestinos  
busque de arsénico un átomo.  
En suma, no estoy de humor  
ni puede entrar en mi cálculo,  
ser otro Monsieur Laffarge  
corregido y aumentado.

GIL. Eso es decir que renuncias...

AUG. Renuncio, y á fé con hartó  
sentimiento, que la viuda  
era todo un buen bocado:  
y estaba además tan blanda,  
tan en buen punto, que alcanzo  
que por suya la contara  
cualquier hombre, aun sin ser fátuo.

GIL. Y en fin, qué piensas hacer?

AUG. Cordero descarriado,  
vuelvo á mi antiguo redil.  
Luisa me abrirá sus brazos.

GIL. O no, que ella contra tí  
estaba echando venablos,  
y ya aquí halló su desquite.  
Ramoncito, aprovechando  
tu infidelidad de ahora,  
gana terreno, y há rato  
que bailan juntos.

AUG. Bobada!

La rindo al primer asalto.  
Gil, los celos son al alma  
lo que al cuerpo los amargos:  
saben mal al paladar;  
pero despues de tragados,  
abren bien el apetito.

GIL. La comparacion alabo.

AUG. Es exacta. Vamos pues?

GIL. Sea así; mas dónde vamos?

AUG. Al salon: allí está Luisa.

GIL. Al salon.

AUG. Pero reparo  
que dos copas de Champagne  
me harán de elocuencia un pasmo.

GIL. Corriente. Guia al café,  
las tomaremos de paso.  
(*Se van del brazo por la izquierda.*)

## ESCENA VIII.

*Don Roque, Don Perpétuo.*

ROQ. Jaque á la reina.  
PERP. Con quién?  
ROQ. No lo vé usted? Con mi torre.  
PERP. Voy allá... Nadie nos corre.  
Déjeme pensarlo bien.

## ESCENA IX.

*Dichos, doña Luisa, don Ramon.*

LUISA. Pocas trazas de verdad  
tiene vuestro cuento extraño.  
RAM. No digais tal: me haceis daño  
con vuestra incredulidad.  
LUISA. Bella y rica novia allí...  
pobre aquí, cuando allí un Creso,  
y rehusar no obstante...!  
RAM. En eso  
qué mérito veis en mí?  
LUISA. No lo es que un caudal troqueis  
á una esperanza?  
RAM. No, Luisa:  
le trocara á una sonrisa...  
Pero eso vos no entendeis.  
LUISA. Si ella vuestra suerte labra,  
sacrificar fuera error...  
RAM. Sacrificios!... El amor  
no conoce esa palabra.  
LUISA. Poco sé de esos arcanos:  
mi ignorancia dispensad;  
pero si hablo con lealtad,  
no hareis de mí juicios vanos.  
Por ejemplo, á mí me agrada  
oir de vos que me amais;  
mas ó amor no es cual pintais,  
ó no estoy yo enamorada.  
Otro me ama; yo le escucho  
con placer, y sabe Dios  
que hasta ahora entre los dos  
conmigo indecisa lucho.  
Quién alcanzará la palma?  
A quién daré el corazón?  
De quién seré?... Esto es, Ramon,

lo que aun no me ha dicho el alma.  
No en mi olvido halleis desaire  
si os vais: no me culpeis luego;  
que para apagar tal fuego,  
basta de la ausencia el aire.  
Mas tampoco imaginando  
esteis que si aquí os quedais,  
feliz por eso á ser vais:  
yo en mi corazón no mando.  
No direis que obré con dolo:  
ni os doy amor ni desden:  
pesad ahora el mal ó el bien,  
y echao la culpa á vos sólo.

RAM. Pesarlo? A qué?... En la balanza  
sólo hay una cosa: vos.

Lo demás harálo Dios,  
que es mi amor mi confianza.

LUISA. (*Ap.* Sí, me ama: fuera cruel  
pagarle en desden injusto.  
Bien merece... Pero Augusto...  
Por qué pienso más en él?)

(*Breve pausa.*)

Con que, decíais Ramon,  
que un sugeto de la Habana...

RAM. Sí con cartas de mi hermana  
me reveló su intencion.

LUISA. Mi curiosidad confiesa  
que al preguntar quizá abuso;  
mas, quién tal boda os propuso?  
Quién os instó?

RAM. La condesa.

LUISA. La condesa!...

RAM. Sí: no hay duda.

Aquí...

LUISA. Hospedage funesto!  
Qué quiere?... Qué se ha propuesto?  
Por qué me hace guerra cruda?  
Y ella brilla en el salon,  
y esa turba novelera  
festeja á la forastera,  
gozando en mi humillacion!  
Eso es leal?... Eso es justo?

RAM. Luisa, qué hablais!

LUISA. Y orgullosa,

todos la llaman hermosa!  
Todos!.. (*Ap.* Y el primero, Augusto.)

RAM. Mas dónde está su delito?  
Pudo ella saber quizás?...

LUISA. No estoy un minuto más  
en este baile maldito.  
Papá... (*Ap. De ira el pecho late!*)

ROQ. Qué?

LUISA. Vamos: mala me siento:  
ya os lo dije.

ROQ. Sí: al momento.  
En dando este jaque mate.

LUISA. Yo no aguardo aquesta vez.

RAM. Luisa, por Dios, que me admira!...

LUISA. Todo contra mí conspira.

RAM. Señora!...

LUISA. Hasta el ajedrez.

RAM. Me dispensareis si os digo  
que la condesa?...

LUISA. Lo advierto.

Vino conmigo; es muy cierto.

Bien, se volverá conmigo.

Id: buscadla en el salon:

decid que me puse mala...

En fin, traedla á esta sala.

Hacedlo pronto, Ramon.

(*Váse don Ramon.*)

### ESCENA X.

*Don Roque, don Perpétuo, doña Luisa.*

LUISA. Qué es aquesto, orgullo mio?  
A qué este deseo loco?  
Cómo siento tal desvío?  
Son celos?... Le amé tan poco!...  
No: que aun libre es mi albedrío.  
Mas para qué averiguar?  
No basta acaso saber  
que me ví de otra humillar,  
que soy altiva y muger,  
y que me quiero vengar?

### ESCENA XI.

*Dichos, don Augusto.*

AUG. Cómo la flor más bella  
de este hermoso pensil  
su divina corola  
viene á esconder aquí?  
Como quien de la rosa  
afrentara al matiz...  
Mas por qué vuestros ojos  
fijais con ira en mí?

Qué causa?...

LUISA. No prosiga  
aquesa lengua vil;  
que en vos aun la lisonja  
me está mal el oír.

A qué vienen ternezas,  
si eso que hablais fingís?

Requiebros escusad,

ó bien con ellos id

al ídolo del día,

y adoradla sin fin,

á sus piés ofreciendo

esa alma baladí.

Comparadla á la flor

encanto del abril;

que las agenas sobras

solo acepta el rüin;

y manjar que otro deja,

no es manjar para mí.

AUG. Ved que os equivocais.

LUISA. Sé que sois muy sutil;  
pero... cómo me engaño,  
si yo propia lo ví?

AUG. Acaso una apariencia  
os logró seducir;

mas... puedo yo faltaros,

ni á otra amar, cual decís?

Dígalo el corazon,

que por vos late aquí;

dígalo el pensamiento,

que os buscaba entre mil

en esa alegre fiesta,

sin encontrar allí

la huella de mi Luisa,

la del dulce reir,

la de la tez de rosa

y frente de marfil.

En vano allí aspiraba

esencias de París,

ni el azahar preciado,

flor del Guadalquivir;

que no hallaba el perfume

de mi Luisa gentil,

ni su fragante aliento,

envidia del jazmin.

LUISA. Augusto, á conoceros

en amor aprendí.

Muy bien que lo pintais;

muy mal que lo sentís.  
 AUG. Ah... no... tal no penseis.  
 Yo falso!... A qué?... Decid.  
 Qué olvido, qué mudanza  
 ver pudisteis en mí?  
 LUISA. La condesa...  
 AUG. Dios mio!  
 Qué error!... Qué engaño!  
 LUISA. Sí.  
 Sola con vos estaba  
 cuando á casa hoy volví,  
 y halagüeña os miró,  
 y con siniestro fin  
 sé que ahora pone en juego  
 un ardid y otro ardid.  
 AUG. Vos misma me absolveis  
 del supuesto deslíz.  
 Que me miró halagüeña  
 pensais: pues bien, decid,  
 entonces el desvío  
 está en ella ó en mí?  
 Si por ser vuestra huéspedea  
 quise atento cumplir,  
 es eso ya querer?  
 Se trueca amor así?  
 LUISA. (*Ap.* Me dirá la verdad?)  
 AUG. Ya mi disculpa os dí.  
 Ahora volved, hermosa,  
 los ojos hácia mí,  
 y ellos de mi perdon  
 sean agüero feliz.  
 Vea yo esa sonrisa  
 que envidian las hurís,  
 y en ella y mi cariño  
 fiaré el porvenir.  
 LUISA. Cedo... aunque no debiera;  
 mas en castigo... oid:  
 exijo que en él baile  
 no os separeis de mí.  
 AUG. Placer es, que no pena,  
 aqueso que exigís.  
 LUISA. Dadme el brazo: al salon.  
 (*Ap.* Triunfé, triunfé por fin.)  
 AUG. (*Ap.* En lo sentimental  
 valgo yo un Potosí.)

## ESCENA XII.

*Dichos, la Condesa, Don Ramon, despues Don Gil. Al dirigirse don Augusto y Luisa hácia el salon por el foro izquierda, se presentan por el mismo sitio la Condesa y don Ramon, que tambien vienen del brazo.*

COND. Buena ya! Pues cómo así?  
 LUISA. No sé... Tal vez un vahido...  
 COND. El calor... Eso es sabido.  
 (*Ap.* Algo extraño ocurre aquí.)  
 Supongo habreis renunciado  
 á volver tan pronto á casa.  
 LUISA. Enfermedad que así pasa,  
 ya veis, dá poco cuidado.  
 No obstante, si descansar  
 apeteceis...  
 COND. No á fé mia.  
 LUISA. Bien: pues me quedo hasta el dia.  
 COND. (*Ap.* Cómo podré averiguar?...)  
 RAM. (*Ap.* Mano á mano con Augusto!  
 Ya son mis celos mayores.)  
 GIL. (*Saliendo.*) Para un rigodon, señores,  
 faltan parejas. No es justo...  
 Quién quiere bailar conmigo?  
 COND. (*Ap.* Tal vez este...)  
 AUG. (*Bajo á Luisa.*) A qué esperar?  
 LUISA. (*A Augusto.*) No: quiero con ella entrar.  
 (*La siguiente parte de escena supone que la Condesa y don Gil hablan bajo, y lo propio Luisa y don Augusto.*)  
 COND. Gil?  
 GIL. Condesa?  
 COND. A fuer de amigo,  
 me contareis?...  
 GIL. Todo.  
 LUISA. Así  
 vengo mis humillaciones.  
 Ved que entra en las condiciones  
 el no apartaros de mí.  
 RAM. (*Ap.* Oh! cuánto sufro!)  
 GIL. Imagino  
 que ya estaba por vos ciego.  
 COND. Y bien?  
 GIL. Preguntóme luego  
 si yo al conde de Alto-Pino  
 en la Habana conocí.  
 Yo, ignorante, ya se vé,  
 de pe á pa le conté  
 cuanto en papeles lei.  
 COND. Y entonces él...?



LUISA. Es razon  
de la natural defensa.  
Yo exijo á pública ofensa,  
pública satisfaccion.

GIL. Obré como un ostromodo;  
mas no fué con mal deseo.

COND. Basta ya. Todavía creo  
que no hemos perdido todo.  
(Dirigiéndose á Luisa.)  
Me aguardábais?

LUISA. Sí, condesa.  
Tal honra de vos espero.

COND. Gracias. (A D. Ram.) Vamos, caballero?  
De la detencion me pesa.

GIL. Qué es esto? No bailo yo?  
(Dirigiéndose á la condesa.)  
Vos...

COND. Lo siento; mas ya veis...  
(Señalando á Ramon.)

GIL. Y vos, Luisita?

LUISA. Quereis  
que alguna me arañe? No.

GIL. Gracias, niña. (Ap. me lucí!)

AUG. Vienes, Gil?

GIL. Iré despues.

AUG. Que no tardes. Vamos pues.

LUISA. (Ap. Ah condesa, te vencí!)  
(Se van del brazo.)

### ESCENA XIII.

*Don Roque, Don Perpétuo, Don Gil.*

GIL. Qué diablo! Anduve pollino  
con mi cuento singular.  
Maldita lengua! ¿A qué hablar  
del tal conde de Alto-Pino?  
Y qué hago? Ceder?... Aun no.  
La condesa... Fio en ella.  
Aun no se eclipsa mi estrella.  
No es este mi Waterló!  
Todavía vencer cuento;  
mas si falta mi presagio,  
para tabla del naufragio  
tengo mi quince por ciento. (Vase.)

### ESCENA XIV.

*D. Roque, D. Perpétuo. D. Roque duerme  
con la mejilla apoyada en la mano. D. Per-  
pétuo habla consigo mismo.*

PERP. Está aqui?... No. Haré el enroque?  
Ménos, que mi torre empeno.  
(Reparando en don Roque.)  
Qué hace usted, hombre?  
Echo un sueño.  
Roq. Llámeme cuando me toque.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



### ACTO TERCERO.

*La misma decoracion del acto primero.*

### ESCENA I.

*Rosa.*

Qué desconcierto de casa!  
Qué continuo trasnochar!  
Qué bulla! Qué mal dormir!  
En suma, qué carnaval!  
Miércoles, tú en quien principia  
la abstinencia cuaresmal,  
apresúrate á venir,  
que ya no podemos más.  
Mira que si tardas mucho,  
no habrá remedio quizá,  
y en la frente, no ceniza,  
la extrema-uncion nos pondrán.  
Venga el tiempo santo, aunque él  
me dé acelgas á cenar;  
que lo que pierda en el flato,  
lo ganaré en tener paz. (Llaman.)  
Mas llaman... Si será acaso?...  
(Mirando adentro.)

Don Augusto: claro está.  
De la huéspedea la carta  
picó la curiosidad.

### ESCENA II.

*Don Augusto, Rosa.*

AUG. (Ap. No atino... pero qué pierdo?)  
Tú aqui?

ROSA. No es muy de extrañar.  
Algo más extraño es  
que usted venga en hora tal.

AUG. Son las dos.

ROSA. Cuando á las nueve  
se acostó, no es madrugar?

AUG. Dirásme si te pregunto?

ROSA. Todo diré de pe á pa:  
digo, si es cosa que sé,  
y que se pueda contar.

AUG. Chica, estamos en un tiempo  
para chascos tan fatal,  
que no hay precaucion humana  
que los pueda conjurar.  
Ya es un médico á quien citan  
para urgente enfermedad,  
y mientras sano y rollizo  
halla al que creyó mortal,  
de doctores vá acudiendo  
tal copia, que alguien créra  
se ha mudado á aquella casa  
toda la universidad.  
Ya es comadre examinada  
la que fueron á buscar  
para cierta primeriza,  
y encuentra al llegar allá  
una vieja con más años  
que el peñon de Gibraltar.  
Ya un agente funerario  
viene, trayendo detrás  
un gallego y seis blandones,  
porque fuéronle á avisar  
que de no acudirse pronto,  
iba el difunto á apestar.  
Y el muerto, nunca más vivo,  
mohino del chasco asaz,  
echa á la comparsa fúnebre  
con mil demonios y más.  
Quise esto decirte, Rosa,  
para venir á parar  
á cierta esquela que há poco  
recibí, y aunque es verdad  
que la condesa la firma,  
nada de particular  
tuviera que fuese chasco.  
Su letra no ví jamás:  
y como tú de lo cierto  
de este asunto algo sabrás,

quisiera antes...

ROSA. Ese pecho  
ensanche, señor galan;  
que hombres como usted, no tienen  
que temer al carnaval.  
Tan cierto es que esa misiva  
es suya, cuanto que está  
en su cuarto, y que allí espera  
que yo la vaya á avisar.  
Hizo bien cuando contó  
con vuestra puntualidad.  
Y pues la Luisita aun duerme,  
y don Roque salió ya,  
voy al punto porque venga,  
que el tiempo no ha de sobrar (*Váse.*)

### ESCENA III.

*Don Augusto. Saca una esquela y lee.*

"No sé si en esta ocasion  
mis respetos atropello;  
mas lo hago, porque vá en ello  
de una dama la opinion.  
Y pues me fuerza el destino  
á que obre de tal manera,  
ved que á las dos os espera  
la condesa de Alto-Pino."

(*Representa.*)

La condesa!... Es tan taimada!  
Tengo miedo á esa mujer.  
Mas... ¿qué puede acontecer?  
Qué aventuro en esto? Nada.  
Estará de mí ofendida?  
Lo que hice anoche le pesa?  
No, no es mujer la condesa  
que resuelle por la herida.

(*Mirando adentro.*)

Ya viene allí... Oh Dios, qué joya!  
Mas apartad, tentaciones,  
que hay mulatos, si hay doblones.  
Nada: firme, y arda Troya.

### ESCENA IV.

*La Condesa, Don Augusto.*

COND. Sé, Augusto, que es necio empeño  
el citaros tan temprano.  
No obstante, algo en ello gano,

AUG. Cómo?

COND. Porque os quito el sueño.  
 AUG. Siempre lo quita una hermosa.  
 COND. Ya sé que sois muy galante...  
 cuando no hay otra delante.  
 AUG. (*Ap.* Son celos, ó es otra cosa?)  
 COND. Fuerza es no perder momento.  
 Al caso.  
 AUG. (*Ap.* Ya me entra el susto.)  
 COND. Palabras hay don Augusto,  
 que no se las lleva el viento.  
 De ellas hay, que en el oído  
 dejan su rastro al pasar;  
 de allí al alma van á dar;  
 que el mal siempre es bien creído:  
 la malicia el resto hace  
 si en dócil terreno labra:  
 ved cómo de una palabra  
 presto una deshonra nace.  
 AUG. Convengo; mas no adivino...  
 COND. Teneis muy mala memoria.  
 No os acordais de una historia...?  
 AUG. Yo...?  
 COND. Del conde de Alto-Pino.  
 AUG. (*Malo...!* Para esto me llama.)  
 Recuerdo... pues... algo oí.  
 COND. Lo sé: me disteis allí  
 un papel de melodrama.  
 AUG. Calumnias el mundo forja;  
 mas yo...  
 COND. Sí: creer os plugo,  
 porque leo á Víctor Hugo,  
 que era otra Lucrecia Borgia.  
 Os oí ayer sólo un rato,  
 hasta ayer jamás me visteis,  
 y ayer mismo me creísteis  
 capaz de un asesinato!  
 AUG. Ved que es voz...  
 COND. Del vulgo necio.  
 AUG. La apariencia...  
 COND. No es disculpa.  
 Merecírais por tal culpa  
 el silencio del desprecio.  
 Sin embargo, no sé quien  
 aquí en el alma os defiende,  
 y aunque mi altivez se ofende,  
 lugar no deja al desden.  
 AUG. Fuera esa pena harto justa;  
 mas de ella es bien que suplique.

COND. Dejad antes que os explique  
 ese arcano que os asusta.  
 La que contra el conde osó  
 tan vil crimen cometer,  
 fué su primera mujer.  
 AUG. Entonces ella...  
 COND. Murió.  
 Y como ese fatal título  
 corrió por todos los diarios,  
 y el hecho en mil comentarios  
 se hizo universal capítulo,  
 por eso yo, á todo evento,  
 de un papel me proveí  
 que responderá por mí.  
 (*Sacando un papel y entregándoselo.*)  
 Vedlo en ese documento.  
 AUG. (*Leyendo para sí.*) No le falta requisito.  
 Es de defuncion la fé  
 de la que condesa fué. (*Lo devuelve.*)  
 COND. Si otras pruebas necesito,  
 cuantas querais puedo dar.  
 AUG. Condesa, fuí un mentecato;  
 mas la expiacion.. (*Ap.* No hay mulato:  
 vuelvo á pasarme á Ultramar.)  
 Vaya! era imposible cosa!  
 Fué en mí torpe desvarío  
 sospechar... Cómo, Dios mio!  
 Vos tan buena, tan hermosa!  
 Y pudo mi ceguedad  
 dar tal crédito á imposturas!  
 Pagar pude en amarguras  
 las ofertas de amistad!  
 No me llameis vuestro amigo.  
 Dad á otros dicha tan alta;  
 pero advertid que en mi falta  
 yo propio llevo el castigo.  
 COND. Tal merece el que así ofende.  
 Sin embargo... oídlo bien...  
 ya os dije que no sé quien  
 aquí en el alma os defiende.  
 Y pues dentro de mi pecho  
 buen abogado teneis,  
 no más en eso penseis.  
 AUG. (*Ap.* Un pasito, y esto es hecho.)  
 A quien abogó por mí,  
 dad gracias, bella condesa.  
 COND. Quien beneficios confiesa,  
 ya agradece: harélo así.

AUG. Decidle que entre los dos  
concierto existe admirable:  
en vos hay quien de mí os hable,  
y en mí quien me hable de vos.  
Cada cual de ambos implora  
lo que anhela con vèhemencia:  
para mí el vuestro, indulgencia,  
para vos el mio...

### ESCENA V.

*Dichos, Rosa, que entra precipitadamente.*

ROSA. Señora...  
AUG. (*Ap.* Siempre me paran la mula  
en lo mejor del camino.)  
ROSA. Vengo, segun me previno.  
COND. Qué hay pues?  
AUG. (*Ap.* Quién diablos calcula?)  
ROSA. Que la señorita está  
levantada, y viene aquí.  
COND. Augusto, oísteis?...  
AUG. Oí.  
COND. Pues bien... se continuará.  
Ahora no quiero dar pié  
á que sospeche...  
AUG. Ya estoy.  
Obrais prudente: Me voy;  
pero pronto volveré. (*Váse.*)

### ESCENA VI.

*La Condesa, Rosa, poco despues doña Luisa.*

COND. Ya se fué. Gracias á Dios!  
No importa que vuelva luego;  
mas si nos hallase solos  
vuestra señorita, entiendo  
que antes de poco á su huésped  
no le quedaba pellejo.  
ROSA. Sí: no corta mal su lengua,  
y más si la afilan celos.  
COND. Ya está aquí.  
LUISA. (*Saliendo.*) Pues, cómo amiga!  
Tal madrugar!... Cómo es eso,  
tras de viaje y mala noche!  
COND. Así estoy en mi elemento.  
Yo en un aduar de beduinos  
viviera como en mi centro.  
Dónde hay tal monotonía  
como hacer siempre lo mismo?

Pero vamos á otra cosa.  
Anoche, en el baile, infiero  
que os divertísteis.

LUISA. Oh! mucho.  
Y vos?  
COND. Tal vez algo ménos.  
Al cabo á nadie conozco,  
y eso siempre...  
LUISA. Ya lo veo.  
Y sin embargo, condesa,  
quien posee vuestro mérito,  
nunca se aburre cual otras.  
Hombres hay de todos pelos  
y todas marcas allí:  
no hay sino escoger entre ellos  
para el gasto de la noche  
uno, ó dos, ó tres, ó ciento.  
No obstante, á veces suceden  
chascos... pero qué!... estupendos.  
Verbigracia, una se cree  
que picó un pez en su anzuelo,  
y ya le juzga seguro  
aletear en el cesto:  
pero el tal pez era anguila;  
resbalóse entre los dedos,  
y otra con mejor fortuna  
le vé al fin en su red preso.  
Eso ya bien lo sabrías.  
Hombres hay que por dar celos  
fingen amor, y suspiran,  
y gimen, y hacen extremos,  
y entre rigodon y polka  
disparan quince requiebros;  
pero si ven en su bella  
bandera de parlamento,  
adios, interino amor,  
que si te ví no me acuerdo.  
COND. Bien empleado le está.  
LUISA. (*Ap.* Pues cuéntate á tí ese cuento.)  
ROSA. (*Ap.* Qué agena vive mi ama  
de que minan su terreno!)  
Señoritas, con permiso:  
todo eso será muy bueno;  
mas con las glorias del baile  
se olvidan de que hay almuerzos.  
LUISA. No dices mal... y aunque es tarde...  
ROSA. Más tarde se come luego:  
pero quedarse en ayunas!...

LUISA. Aprobais, condesa?  
 COND. Apruebo.  
 Tomaremos un bocado.  
 LUISA. Bien: juntas le tomaremos,  
 que yo no me hallo sin vos.  
 COND. En eso, amiga, no os cedo.  
 Sois tan bella... tan amable!...  
 LUISA. Vos tan hermosa en extremo!...  
 COND. Vaya!... la pasion os ciega.  
 LUISA. No tal. Venid: dadme un beso.  
 COND. Con el alma. (*Se besan.*)  
 ROSA. (*Ap.* Ni el de Judas.)  
 LUISA. Al comedor.  
 ROSA. Muy bien hecho.  
 LUISA. (*Ap.* Me has de pagar la de anoche.)  
 COND. (*Ap.* Buena leccion te prevengo.)  
 (*Se van del brazo.*)

## ESCENA VII.

Rosa.

Mucha palabra de miel,  
 mucho abrazo y besuqueo,  
 y en su corazon se quieren  
 como un gato quiere á un perro!  
 La una á vueltas de lisonjas  
 suelta puyas como templos,  
 y la otra le hace la guerra  
 con la risita en el gesto.  
 Allá entre la gente gansa,  
 como aquí dicen, por cierto  
 no falta quien se aborrezca;  
 mas con ménos cumplimientos.  
 Si á una le quitan el novio,  
 no se rie ni dá besos  
 á su rival; al contrario,  
 anda allí la uña en el pelo,  
 y hay arañazo de á libra,  
 y felpa que canta el credo.  
 Esto, sin la consiguiente  
 comparsa de los pateos,  
 gritos y votos que hicieran  
 sonrojar á un carretero.  
 Divídense las vecinas  
 en pareceres diversos,  
 la una média, azuza la otra,  
 vuélvese el patio un infierno,  
 y en vano allí piden orden

la casera y el casero.  
 Dirán que la sociedad  
 impone estos miramientos,  
 y que son mala crianza  
 los escándalos y estrépitos;  
 mas yo estoy por lo de allá,  
 que eso desahoga el pecho:  
 lo otro es querer que haya rayos  
 sin relámpagos y truenos.

(*Mirando adentro.*)

Pero mi amo y don Ramon  
 llegan aquí. Vóime adentro,  
 ántes que á aquel se le antoje  
 advertirme el parentesco. (*Váse.*)

## ESCENA VIII.

Don Roque, don Ramon.

(*Ambos se supone que vienen de la calle. Don Roque trae unos papeles en rollo.*)

ROQ. Que querais, que no querais,  
 vendreis.  
 RAM. Yo acaso me niego?  
 ROQ. Quiero consultar con vos.  
 RAM. Conmigo!  
 ROQ. A fuer de artillero,  
 de oficial facultativo,  
 forzoso es que entendais de esto.  
 RAM. Mas qué cosa...?  
 ROQ. Tengo aquí  
 los dibujos de un proyecto...  
 RAM. ¿Volvemos á las andadas?  
 ROQ. Un amigo me lo ha hecho  
 segun la instruccion que dí.  
 (*Desarrolla un pliego.*)  
 RAM. Santa Bárbara!... Qué es ello?  
 ROQ. La planta ó vista de pájaro.  
 RAM. Jamás ví animal más feo!  
 ROQ. No es animal.  
 RAM. Cómo no!  
 Acaso no es un cangrejo?  
 ROQ. Qué cangrejo, si es un barco.  
 RAM. Y estas patas?  
 ROQ. Son los remos.  
 Admiraos!... Nunca vió el mundo  
 más grande descubrimiento.  
 La direccion de los globos  
 aereostáticos! Secreto

en que nadie dió hasta ahora.  
 RAM. Vos inclusive.  
 ROQ. Volvemos  
 á lo de ayer? Hablar deje,  
 y medite y juzgue luego.  
 RAM. Pero decidme, don Roque,  
 cuando sea contrario el viento...?  
 ROQ. Lo más sencillo del mundo.  
 Este es un buque.  
 RAM. Lo creo.  
 ROQ. Esta es la vela.  
 RAM. Sea vela.  
 ROQ. Aquí está la popa.  
 RAM. Bueno.  
 ROQ. En ella van colocados  
 catorce fuelles de herrero,  
 y cuando sea preciso,  
 todos soplarán á un tiempo.  
 RAM. Estais dado á Barrabás?  
 ROQ. Pero, hombre, qué tiene eso?  
 Si vos fuérais literato,  
 sabríais que esto no es nuevo.  
 La idea, aunque mejorada,  
 es de un gran hombre, de Homero.  
 Este cuenta en su Odisea  
 que Ulises, el sagaz griego,  
 en su galera llevaba  
 un odre lleno de viento;  
 que los suyos por engaño,  
 le abrieron un agujero,  
 por donde el aire salió  
 con ímpetu tan violento,  
 que á poco la flota entera  
 no para hasta Puertobelo.  
 Yo, herido por esta idea,  
 medité sobre ella; y luego,  
 calculando los piés cúbicos  
 de un fuelle, término medio,  
 hallé que es muy asequible  
 graduar la potencia á términos  
 de contrarestar la fuerza  
 que le opone el elemento.  
 Esto, amigo, es matemático,  
 y extraño mucho que siéndolo  
 vos tambien, no os convenzais  
 del valor de mi proyecto.

## ESCENA IX.

*Dichos, Don Augusto.*

AUG. Don Roque, por qué dais voces?  
 Disputais con vuestro incrédulo?  
 ROQ. No; pero juro desde hoy  
 no consultar á quien veo  
 que en todo cuanto imaginó,  
 nunca encuentra nada bueno.  
 RAM. Me agraviais. Si os digo tal,  
 es sólo porque no quiero  
 que os tenga por loco el mundo.  
 AUG. Amigo, yo así no pienso.  
 Por loco tuvo á Colon,  
 por locos á mil ingenios  
 famosos; que nadie está  
 del comun error exento.  
 Por loco, y loco de atar,  
 tuvo el mundo á Galileo,  
 y al buen Salomon de Caus  
 llevó á una jaula su invento.  
 RAM. Eso no es una razon.  
 ROQ. Si no es razon, es consuelo.  
 RAM. Don Roque, bien lo sabeis,  
 tachad de áspero mi genio;  
 pero yo jamás transijo  
 con mi opinion, jamás miento.  
 Mi franqueza no os agrada:  
 cómo ha de ser?... yo lo siento.  
 Así, evitense disputas  
 y pues las señoras, creo  
 no están visibles, dejad  
 vuelva á saludarlas luego.  
*(Toma el sombrero.)*  
 ROQ. Nunca quita lo cortés  
 á lo valiente: yo os quiero  
 porque sé que sois buen chico,  
 aunque algo pecais de terco.  
 RAM. Gracias.  
 ROQ. Con Augusto en tanto  
 consultaré otro proyecto  
 de una noria... *(Saca otro pliego.)*  
 AUG. Util idea!  
 ROQ. Ved la noria. *(A Ramon.)*  
 RAM. Antes consiento  
 en tirar de ella, y ponerme  
 del pollino los arreos.  
*(Vase precipitadamente.)*

## ESCENA X.

*Don Roque, Don Augusto. Muy poco despues, la Condesa y Doña Luisa.*

- AUG. Ramon... hombre... Ni un neblí le alcanza. Genio como él!
- ROQ. Es disputador cruel.
- AUG. Oiga!... Ved quién sale aquí.  
(*Salen la Condesa y Luisa del brazo.*)
- ROQ. Bien, muy bien... Así me agrada. Se ha descansado condesa?
- AUG. El trasnochar siempre pesa.
- COND. Una noche!... Eso no es nada.  
(*Don Roque se aparta hacia el fondo y se pone á examinar uno de los dibujos.*)  
Una noche entre placeres!  
Quién en bailes se cansó?  
No lo extrañeis: como yo piensan todas las mujeres.
- AUG. Condesa, no es de admirar que la que debió á su estrella ser, cual vos, jóven y bella, pueda en un baile gozar. A tener las flores alma, no gozaria la rosa, viendo que por más hermosa lleva entre flores la palma?
- LUISA. (*Ap. Qué cambio!.. En ira me ardo!*)  
Gracias por ese favor...  
Siquiera me hicisteis flor, y aunque sea flor de cardo...
- AUG. No fué mi intencion...
- COND. Pardiez,  
reñidle, que lo merece.
- LUISA. (*Ap. Más con esto mi ira crece.*)
- COND. (*Ap. Ella salta de esta vez.*)  
No obstante, quizá pudiera disculparse su intencion: aquesas lisonjas son los gajes de forastera.
- LUISA. Por eso no le condeno, que al fin dijo la verdad; mas es ley de sociedad no herir el orgullo ageno. Tengo espejo, y por mi nombre, que acaso me affige cruel; pero lo que sufro de él, no he de sufrirlo de un hombre.

Así, más no quiero estar en la presencia importuna de quien, sin mengua de una, á otra no sabe alabar. Y pues á hacer tal me obliga no sé si orgullo ó deber, flaquezas de la mujer hallen disculpa en la amiga. (*Váse.*)

## ESCENA XI.

*La Condesa, Don Augusto, Don Roque. Despues Rosa.*

- COND. Buena la hicisteis!
- AUG. (*Riéndose.*) Bobada!  
Qué necia! No veis cuál vá?
- COND. (*Ap. Bien dice Rosa, que está un poquito mal criada.*)  
(*Don Roque, que no se ha enterado de nada, vuelve al proscenio.*)
- ROQ. No sé cómo Ramon crea que me tendrán por lunático! Señor, esto es matemático.
- AUG. (*Ap. Miren por donde se apea!*)
- ROQ. Jurara que aquí habia oido á mi hija... Y bien, qué os parece?
- COND. Bella, amable... Bien merece que le deis un buen marido.
- ROQ. Yo fio en que así lo halle.
- COND. Lástima otra cosa fuera.
- ROQ. Mas hasta que el tio muera, no puede uno... Pero calle... Vos tal vez debeis saber... Conocisteis en la Habana á don Canuto Manglana?
- COND. Pues no lo he de conocer? Dije mal... le conocí.
- ROQ. No os entiendo!
- COND. Cómo no?  
Luego ignoráis que murió?
- ROQ. Que murió!...
- COND. Estando yo allí.
- ROQ. Paréceme cosa extraña no saber yo...
- COND. No lo es.  
Reflexionad que no há un mes llegué desde Cuba á España; que poco ántes murió el tal, que allí no hay deudo ó pariente

que apremie y que os represente:  
así encuentro natural,  
siendo de interés el punto,  
no os quisieran escribir  
hasta poder transmitir  
la voluntad del difunto.

AUG. Y era rico?

COND. Sí, á fé mia.  
Gozaba de inmensa renta.

AUG. Conque su casa?...

COND. Opulenta.

AUG. (*Ap.* Habré hecho una tontería?)

COND. Muy rica me hizo el destino;  
mas si compararme osara  
con él, pobre me juzgara.

AUG. (*Ap.* No hay duda.. hice un desatino!)

COND. Sin embargo... puede ser...  
Ayer, que lo leí creo,  
quedó á la vista el correo.

ROQ. Cuándo digísteis?

COND. Ayer.  
Tuvísteis cartas?

ROQ. Pudiera.  
Ninguna á mi nombre viene.

COND. Cómo?

ROQ. Don Perpétuo tiene  
buques en esa carrera,  
y así con más beneficio...  
Quizá él recibió...

AUG. Quizá.

ROQ. Y el muy posma la tendrá  
allí hasta el dia del juicio.  
Mandaré á su casa. Rosa. (*Llamando.*)  
Pena me dá el buen Canuto!  
En fin, nos pondremos luto.  
(*Sale Rosa.*)

ROSA. Se os ofrece alguna cosa?

ROQ. Está Juan?

ROSA. Salió de casa.

ROQ. Demonio! Y mi hija?

ROSA. Esa sí.

ROQ. Pues díla que venga aquí.

ROSA. Estoy. (*Ap.* Algo nuevo pasa.) (*Váse.*)

ROQ. Quién aguarda á que el gallego  
nos saque de este cuidado?  
Voy yo mismo.

AUG. Bien pensado.

ROQ. Muy cerca está: presto llego. (*Váse.*)

## ESCENA XII.

*La Condesa, D. Augusto. (Breve pausa.  
Augusto estará pensativo.)*

COND. Mi amigo Augusto qué tiene?

AUG. Me preocupaba ese asunto.

COND. Sin conocer al difunto,  
en ello que os vá ni viene?

AUG. Siempre la desgracia agena  
me afecta: yo soy así.

COND. Bien hecho; mas ved que aquí  
no se morirán de pena.  
Y es natural: al pariente  
no trataron; así infiero  
que, pues no sois heredero,  
haceis mal en ser doliente.

## ESCENA XIII.

*Dichos, Luisa.*

LUISA. Papá... Pues no estaba aquí?

AUG. Yo os diré...

LUISA. Nada os pregunto.

COND. Vendrá pronto, y de un asunto  
quiere enteraros.

LUISA. A mí!

COND. Sí: de la Habana; parece...

AUG. Que hay noticias... Ya sabeis...

LUISA. Cuanto más lo dilateis,  
tanto más mi ansiedad crece.

COND. Yo no debo...

LUISA. Son fatales  
acaso?... Oh Dios! qué impaciencia!

AUG. Suele dar la Providencia  
juntos los bienes y males,  
Luisa; y aquesto os explica  
que si ya el comun tributo  
pagó el tio don Canuto,  
por él esperais ser rica.

LUISA. Luego murió?

COND. Es evidente.

LUISA. Me pesa, y siéntolo así;  
que aunque no le conocí,  
era al cabo un buen pariente.

AUG. Yo en aqueste sentimiento,  
que hallo muy digno de vos,  
tomo parte, y sabe Dios  
que al deciroslo no miento.



Mas si á tantas condiciones  
de bondad y de belleza,  
como os dió naturaleza,  
fortuna añade hoy sus dones,  
hacer puede la ventura  
de alguno vuestra eleccion;  
que sin participacion  
no halla el alma dicha pura.

LUISA. *(Con intencion)* Así lo haré; pero intento  
sea con justicia tal,  
que lleve aquí cada cual  
segun su merecimiento.

AUG. *(Ap. A calabazas me sabe  
la respuesta.)*

LUISA. *(Ap. Me ha entendido.)*

AUG. Prudente es ese partido.

LUISA. Pues empecé, es bien acabe.  
Hasta ahora indecisa mi alma  
vaciló; mas ya no dudo.

AUG. Y quién es ese que pudo...?

LUISA. Ved aquí á quien doy la palma.

*(Luisa dice este último verso señalando á la puerta por donde  
entran don Ramon y D. Gil. Ambos, al oirlo, corren á  
arrodillarse á sus piés.)*

#### ESCENA XIV.

*Dichos, Don Ramon, Don Gil.*

RAM. ¡Qué bondad!

GIL. Oh! qué bondad!

RAM. Es posible?

GIL. Posible es?

AUG. Gil, hombre... es eso entremés?

LUISA. *(Ap. Alabo la fatuidad!)  
(A don Gil.)*

Alzaos... qué haceis?

GIL. Es en vano.

LUISA. Quedaos así: no os lo impido;  
que al que acepto por marido,  
para alzar le doy la mano.

RAM. Sí: yo os consagro mi vida.  
Mas este es sueño?

LUISA. Es, Ramon,  
de amor tanto el galardón.

GIL. *(Levantándose.)* Pues me gusta la salida!

COND. Ahora dejad que yo hable.  
*(A Ramon.)*

Os remití ayer mañana  
una carta...

RAM. De mi hermana.

COND. Su fallo es irrevocable.  
Ella os dá esposa á su gusto:  
si es gratitud un deber,  
pagais con obedecer.

LUISA. Y eso vos teneis por justo!  
No es para vos sinrazon  
que un capricho ciego y vano  
ose arrancar á un hermano  
la dicha del corazon?

RAM. Resolucion tan extrema,  
no la adoptará tal vez.  
Me ama tanto!

COND. En su altivez  
todo lo créo: es ya tema.

LUISA. Mas pude dar fundamento  
para que me afrente así?

COND. No os conoce. En cuanto á mí,  
tan sólo la represento.

RAM. No hay deber sin el honor.  
Lloraré de Ana el capricho;  
mas sólo he de ser, lo he dicho,  
de mi Luisa, que es mi amor.

GIL. *(Bajo á Augusto.)*  
Qué abnegacion tan sublime!  
Casarse con una rica!

AUG. *(Bajo á don Gil.)*  
Y á más á más, linda chica!

LUISA. No creais yo desestime  
lo que por la amiga haceis.  
La amistad!... Oh! no es extraño!  
Mas... os hice yo algun daño  
para que así me pagueis?

COND. Vuestra queja es ilusoria.  
No sé qué agravio en verdad...

LUISA. Ya que os falta voluntad,  
pudiérais tener memoria.

#### ESCENA XV.

*Dichos, Don Roque.*

ROQ. *(Dentro)* Bien hombre, dé V. la carta,  
y déjese de tonteras.

Agur.

*(Sale con una carta en la mano.)*

Aquí la tenemos,  
con luto desde la oblea.

RAM. Qué carta es esa, don Roque?

Roq. La tenía aquel postema  
de don Perpétuo, y no daba  
en dónde; por fin la encuentra  
y me la envía.

AUG. Y qué dice?

Roq. Voy al momento á leerla,  
y ustedes la oirán, señores.

LUISA. (*Ap.* Cuál tiemblo! Oh Dios! qué im-  
paciencia!)

GIL. Romped el sobre.

RAM. (*Ap.* No entiendo!...)

Roq. El sobre rompo, y á ella.  
(*Abre y lee.*)  
"Habana y Febrero..."

GIL. Al caso.

Roq. —"Señor don Roque de... et cétera.  
"Amigo y dueño: no quise  
"escribirle hasta la fecha,  
"porque antes fuera imposible  
"dar de todo exacta cuenta.  
"Un asma rebelde y crónico  
"dió con don Canuto en tierra,  
"y falleció..." Trance amargo!  
"testando una suma inmensa  
"en fincas como en dinero."  
(*Suspende la lectura.*)  
Qué fortu!... Digo, qué pena!  
Este cúmulo de afectos  
traban á un hombre la lengua.

GIL. (*Bajo d Aug.*) Chico, qué caras de duelo!  
De gozo están que revientan.

AUG. (*Bajo d D. Gil*) Ni la muerte del marrano  
así en una casa alegre.

Roq. Hija mia, ya eres rica.  
Qué digo rica? opulenta!  
Oh Canuto! Oh buen pariente!  
La tierra leve te sea,  
como ahora dicen.

COND. Don Roque,  
leísteis todo?

Roq. Poco queda.  
(*Continúa leyendo.*)  
"En fincas como en dinero,  
"que á puerta cerrada deja  
"á un hijo..." Dios de Israel!

LUISA. (*Ap.* Que a questo á mí me suceda!)

Roq. (*Contin.*) "A un hijo que há pocos años  
"hubo en una esclava negra,

"y al que *in articulo mortis*,  
"por descargar su conciencia,  
"legitimó..." Qué maldad!  
Andarse á lo calavera  
teniendo hijos, sin sancion  
de la santa madre Iglesia!

AUG. (*Bajo á Gil.*)  
Gil, me asustó aquel mulato,  
y este mulato me venga.

GIL. (*Bajo á Augusto.*)  
A mí no. De dónde diablos  
cobro yo ahora mi deuda?

LUISA. Oh ilusiones de mi vida!  
Dichas soñaba y riquezas,  
y ahora un amor imposible  
es todo lo que me queda.

RAM. No así os aflijais, mi Luisa.

Roq. Maldita la carta sea,  
(*Haciéndola pedazos.*)  
y el viejo verde, y el hijo,  
y su negra parentela!  
que es crimen casi bestial  
enamorarse de jetas.

COND. Para decir dos palabras,  
dadme, don Roque, licencia.

Roq. Ya os oigo.

COND. La adversidad  
es crisol donde se prueban  
los verdaderos amigos.  
Ayer los tres dábais muestras  
de amar á Luisa: los tres,  
cuando hoy su suerte se trueca,  
debeis hablar: tal exige  
la propia delicadeza.  
A vos os toca, don Gil.

GIL. Singular es la ocurrencia!  
Ando yo así tan de sobra,  
que á quien me ofende pretenda.

COND. Es decir que renunciáis.

LUISA. Tampoco yo os admitiera.

GIL. Corriente; mas la renuncia  
no se extiende hasta mi hacienda.

LUISA. No entiendo...

GIL. Yo sí. Don Roque,  
pues tocan á ajustar cuentas,  
ved que dentro de ocho dias  
hemos de saldar la nuestra.

Roq. No esperais?

GIL. Ni un minuto.  
 RAM. Qué hombre!  
 ROQ. Qué amigo!  
 COND. Aquí queda  
 ese asunto por ahora,  
 pues aun faltan dos respuestas.  
 (*A don Augusto.*)  
 Y vos qué decís?  
 AUG. Señora,  
 yo hago justicia á sus prendas;  
 mas desde ayer, lo sabeis,  
 mi alma hácia otra parte vuela.  
 LUISA. Luego desde ayer amais?...  
 AUG. Lo confieso, á la condesa.  
 COND. La cual sabrá de ese amor  
 daros justa recompensa.  
 AUG. (*Ap. Venci.*)  
 COND. Ramon, hablad vos.  
 RAM. Bien excusarlo pudiera;  
 que hombres de honor sólo tienen  
 un corazon y una lengua.  
 Yo amé en Luisa á la mujer,  
 nunca á la rica heredera:  
 su alma quise, no su oro,  
 su mano, no su riqueza.  
 Si pobre por ella soy,  
 tambien soy feliz por ella.  
 Luisa mia, no ignorais  
 que un capricho que respeta  
 mi gratitud, hoy me priva  
 de bienes que apeteciera  
 sólo para vos: mi espada  
 y mi esperanza me restan  
 nada más.  
 LUISA. Y un alma noble,  
 que acepto de gozo llena.  
 GIL. (*Qué tonta! Un alma! Hará mucho  
 con su alma y su charretera!*)  
 COND. (*Bajo d Aug.*) Hagamos algo por ellos.  
 No os parece?  
 AUG. Hagamos.  
 COND. Sea.  
 (*Alto.*) Ramon, no más fingimientos.  
 Ven, hermano mio, estrecha  
 en tus brazos á tu Ana. (*Le abraza.*)  
 RAM. Cómo!... mi hermana!...  
 AUG. Oh sorpresa!  
 LUISA. Es posible?

ROQ. Quién pensara!  
 GIL. Dramática peripecia!  
 COND. (*A Luisa.*) No me abrazas?  
 LUISA. Con mi vida!  
 RAM. Mas vos... pero tú condesa!  
 COND. Sabráslo pronto.  
 ROQ. No obstante,  
 cierta duda aquí me queda.  
 Su hermano y no la conoce!  
 RAM. Es fácil: de edad muy tierna  
 se apartó de mí, partiendo  
 á Bilbao, luego á América...  
 COND. De donde hace un mes volví  
 por Santander. Ahora resta  
 que se casen. (*A Aug.*) No os parece?  
 AUG. Casémoslos.  
 COND. Si la licencia  
 nos dá don Roque.  
 ROQ. La doy.  
 COND. Y pues ya tenemos vénia,  
 sea regalo de boda  
 para Luisa esta cartera. (*La saca.*)  
 (*A Aug.*) Qué decís?  
 AUG. Se la daremos.  
 COND. Luisa, esta memoria acepta.  
 AUG. Con cosa de dos millones  
 de reales en buenas letras.  
 LUISA. Qué bondad!... Y yo insensata!..  
 GIL. (*Bajo d D. Aug.*) Majadero...! y así dejás  
 que regale esos millones?  
 AUG. (*Bajo d D. Gil.*) Tenemos tantas haciendas!  
 COND. Con mis fincas de Madrid,  
 que son pingües, os doy renta  
 con que vivais bien: yo allá  
 debo pronto estar de vuelta.  
 RAM. Dejándonos en el alma  
 una gratitud eterna.  
 Don Gil, cobrareis mañana.  
 GIL. No me corre tanta priesa.  
 RAM. Y pagado, olvidareis  
 de esta casa hasta las señas.  
 COND. Sobre eso tengo que hablar.  
 (*A D. Gil.*)  
 Quizá el señor no recuerda  
 que hace años en la Habana  
 dejó pendiente una deuda  
 con don Juan Ruiz, de quien fui  
 esposa, y hoy heredera.

GIL. És posible... mi memoria...  
 COND. Traigo allí en otra cartera  
 el pagaré. Son en reales  
 treinta y dos mil.  
 GIL. (Ap. Friolera!)  
 COND. Se los regalo á D. Roque.  
 ROQ. Tal favor!...  
 ROSA. (A D. Roque.) Saldais la cuenta,  
 y para gastos de boda  
 aquel piquillo nos queda.  
 GIL. (Ap.) Maldita tú y tu Juan Ruiz!  
 Bien en Malabar lo aciertan  
 cuando á todas las viudas  
 achicharran en la hoguera!)  
 LUISA. Y así te vas?  
 COND. Es forzoso,  
 pues se acabó mi comedia.  
 AUG. Algo falta.  
 COND. Qué!  
 AUG. Otra boda.  
 COND. De quién?  
 AUG. Alabol... La nuestra.  
 COND. Hay una dificultad  
 por el pronto, y no pequeña.  
 Es que vive mi marido.  
 Esperad á que se muera...  
 y entonces...  
 AUG. Pues no digísteis?...  
 COND. Ser viuda? En efecto, lo era  
 hace seis meses; mas luego  
 pasar quise á nupcias nuevas  
 con el Conde de Alto-Pino,  
 jóven apenas de treinta,  
 á quien amo...  
 AUG. (Ap. Habrá taimada!)  
 COND. Y que ya en Madrid me espera.  
 LUISA. Luego todo aquesto fué...  
 COND. Ya os lo dije: una comedia.  
 Yo amo á mi hermano; sabia  
 su pasion, y que tú, ciega,

pagabas el peor cariño  
 con mejor correspondencia.  
 Asegurarme de todo  
 y poner á todo enmienda  
 quise por mí, aprovechando  
 noticias que con cautela  
 pude adquirir en la Habana,  
 y que á mi arribo hallé ciertas.  
 El amor que te mostraban  
 uno y otro puse á prueba,  
 y al ensayar sus quilates,  
 te hice ver la diferencia.  
 Si alguien perdió en este juego,  
 de su disgusto me pesa;  
 mas el cariño de hermana  
 como disculpa se atienda.  
 AUG. Por la agudeza os perdono;  
 que al más diestro se la pegan.  
 Yo contaba...  
 COND. Con efecto,  
 aquí todos haceis cuentas;  
 mas las hicísteis sin 'mí.  
 Por ejemplo, no há hora y media,  
 (A Luisa señalando á Aug.)  
 tú contabas con su amor,  
 (A D. Aug.)  
 vos, ó conmigo, ó con ella,  
 (A D. Gil.)  
 vos, con el quince por ciento,  
 caso de perder la herencia,  
 (A D. Ramon.)  
 tú con un desden, (A D. Roq.) y vos  
 con yernos que os aplaudieran  
 vuestros globos aereostáticos,  
 vuestros perros con colleras.  
 ROQ. Todos calculamos mal.  
 LUISA. Eso fué ser tú discreta.  
 COND. No, hermana mia: eso fué...  
*Hacer cuenta sin la huésped.*



FIN DE LA COMEDIA.

# COQUETISMO Y PRESUNCION.



COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

## PERSONAGES.

DOÑA MARIA, madre de  
ADELA.  
INES, criada de Doña Maria.

FERMIN, fingido nombre de D. Antonio.  
LUIS, primo del anterior.  
DON JUDAS, tio de los anteriores.  
PEDRO, criado de D. Judas.

*La escena es en Cádiz, en una sala de la casa de Doña Maria.*

"Del árbol que el suelo envenena  
Es provechoso hacer tala,  
Y arrancar la yerba mala  
Es hacer medrar la buena."

ACTO I, ESCENA V.

## ACTO PRIMERO.

### ESCENA I.

*Fermin, entrando como de la calle, se quita el sombrero y lo deja. Inés de casa.*

FERM. ¿Han venido?

INÉS. No, señor.

FERM. ¿Y cómo sigue la tia de sus males?

INÉS. Cada dia, señorito, está peor.

FERM. Pues ya de fastidio pasa que por esa bagatela ni tu señora ni Adela jamás estén en su casa.

INÉS. La señorita me dijo para usted que aquí la aguarde.

FERM. Como ella mucho no tarde no será...

INÉS. ¿De veras?

FERM. Fijo.

Yo, Inés, jamás me avasallo á caprichos de mujer, y de aqueste proceder muy satisfecho me hallo. ¡Qué mal de otra suerte hiciera! Con juventud, con caudal,

y una figura tal cual, ¿me ha de faltar quien me quiera? Por fortuna hay tal enjambre de mujeres en el dia, que fuera extraña manía el querer rendir por hambre á quien tanto se promete; así, dile me he marchado, pues no estoy acostumbrado á ser de nadie juguete.

INÉS. (¡Qué vanidad!) ¿Mas, señor, usted no la ama?

FERM. ¿Yo?... Sí...

Pero aun más me quiero á mí.

INÉS. Mal le paga usted su amor. La vida le costaria un desden tan sólo.

FERM. Ya.

INÉS. Pedro viene.

FERM. ¿Qué traerá?

INÉS. Alguna majadería.

### ESCENA II.

*Dichos y Pedro.*

PEDRO. Señorito.

FERM. ¿Qué ha ocurrido de nuevo?

PEDRO. Tengo que hablarle.

INÉS. Pues ya consigo dejarle con Perico, me despido, que han de ser más de las dos, y tengo mucho que hacer allá dentro.

PEDRO. Adios, mujer.

FERM. Inés, hasta luego. Adios.

### ESCENA III.

*Fermin y Pedro.*

FERM. ¿Que hay en suma?

PEDRO. ¿Qué ha de haber?

Que don Luis sin avisar,  
ahora acaba de llegar.

FERM. ¡Mas cómo!... (*Coge el sombrero.*)

PEDRO. No es menester.

Ya sabe está usted aquí,  
y no puede tardar nada.

FERM. ¿Y á qué viene esa embajada  
y aquese misterio? ¡Di?

PEDRO. ¿Qué sé yo? Lleve el demonio  
lo que yo entiendo este lío.  
Mas como el tío no es tío,  
ni usted es ya don Antonio,  
ni aun yo mismo sé quien soy,  
bien pudiera, sin querer,  
echar el primo á perder  
lo adelantado hasta hoy.  
Por eso con tal secreto  
vine á avisar su venida.

FERM. Primera vez en mi vida  
que te he encontrado discreto.  
En fin, nadie en casa está,  
y fué vano tu temor.  
¿Mas tardará?

PEDRO. No, señor.  
Aquí le tiene usted ya.

### ESCENA IV.

*Dichos y Luis.*

LUIS. Primo.

FERM. Luis.

LUIS. Con cuánto gozo  
te miro y con qué impaciencia,  
despues de tan larga ausencia,  
me tenias.... ¡Qué buen mozo!  
¡Qué galan! ¡Y qué elegante!

FERM. Favores tuyos.

LUIS. No, á fé...

FERM. Mas á otra cosa. ¿Por qué  
no avisastes al instante  
que decidiste venir?

LUIS. Fué por la misma razon  
que en seis meses, ni un renglon  
tuyo pude recibir.

Te escribí desde Alcalá,  
en donde asuntos tenia  
de mi casa, y ya creia  
volver pronto por acá;  
cuando un correo me hallo  
con que mi padre está en cama  
gravemente enfermo, y clama  
por verme; monto á caballo,  
llego á Madrid, y la suerte  
dejó mi anhelo cumplido;  
pues le hallé restablecido  
cuando temia su muerte:  
supe al volver de Castilla  
que de París te marchaste,  
que á Barcelona llegaste,  
y que estabas en Sevilla.  
Allí buscarte pensé;  
pero pronto desespero,  
pues nadie tu paradero  
me dice: á Cádiz llegué,  
por dicha supe de tí,  
y como yo he visitado  
esta casa, sin cuidado  
á abrazarte vine aquí.

FERM. Pues la echabas á perder  
de medio á medio.

LUIS. ¡Yo!

FERM. Cierto.

LUIS. Hombre, me has dejado muerto.

FERM. Oye, que vas á saber  
la historia de aqueste enredo.

LUIS. Que me ha de agradar confío.

FERM. Vé Pedro, busca á mi tío  
y avisale.

PEDRO. En todo quedo. (*Váse.*)

### ESCENA V.

*Luis y Fermin. (Se sientan.)*

LUIS. ¿Y bien?

FERM. Extraño quizá  
puede haberte parecido  
el haberme aquí introducido  
como me ves, y será  
más grande tu admiracion  
cuando sepas lo que pasa,

pues ignoran en la casa  
mi nombre y mi condicion.  
Sabes que doña María  
trató con mi parentela  
enlazarme con Adela,  
á quien yo no conocia:  
viéndome solicitado,  
á sus ruegos me abandono,  
que es de gentes de gran tono  
boda por razon de estado.  
La grande fama de bella  
que mi futura tenia,  
despertó en mí la manía  
de verla, sin que ni ella  
ni nadie en Cádiz supiese  
quién era yo, su hermosura  
rendir, y que esta aventura  
un nuevo lauro me diese.  
Llegué en hora peregrina;  
pues apenas dejo el coche,  
supe como aquella noche  
iba al *Moisés* mi heroina;  
y para gobierno mio,  
su palco aprendí tambien.

LUIS. Bravísima entrada. ¿Y quién tanto te dijo?

FERM. Mi tío.

LUIS. Es verdad; sigue adelante.

FERM. Ya estaba alzado el telon cuando llegué, y la atencion llamo de tanta elegante que me mira y me importuna. Yo, con aire de conquista, paso por todas la vista; mas sin fijarme en ninguna. Me siento, y á los actores miro con faz desdeñosa, como quien dice: no es cosa, yo los he oido mejores: vuelvo la espalda á la escena fingiendo estar aburrido, mientras juego distraido con los sellos y cadena. Pongo el guante, limpio el lente, doy una mano al cabello, arreglo corbata y cuello, y á mi Adela ya impaciente con lánguidos ojos miro;

se sonrie, y de mi amada pago una dulce mirada con un amante suspiro. Ufana al ver que ha dejado á sus rivales burladas, con un millon de monadas me muestra que soy amado. Habla en tanto el anteojo, señas hago, amor las guia, y ¡qué dicha! ya era mia en el paso del mar Rojo.

LUIS. ¡Jesús, qué admirable paso!

FERM. De mi ventura seguro, todos los medios apuro para conseguirla, el caso cuento por menor al tío, le digo cuál es mi objeto, exigiéndole el secreto que á su discrecion confio, y por tal conducta, en fin, consigo hacerle visita y enamorar á Adelita bajo el nombre de Fermin.

LUIS. Con que al cabo, en ese abismo caiste ya.

FERM. No, señor, que amar y hacer el amor no quieren decir lo mismo. Sabes que toda mi vida pensé, como pienso ahora, que el que á una mujer adora de lo que vale se olvida. Ni aprecio, ni apreciar quiero á ese sexo fementido, con el fuerte, envilecido, con el débil, altanero: aman á quien las desprecia; desprecian al más amante, la que algo sabe, es pedante, y es insufrible la necia: nadie jamás las excede en perversidad y engaño, pues la que no te hace daño es porque hacerlo no puede. Te juran amor sin fin, y esto lo prometen todas, mas dura como las modas hasta el nuevo figurin;

pues en el instante mismo  
 que hallan quien las haga un gesto,  
 coges el fruto bien presto  
 de su innato coquetismo.  
 Dí si, con tal opinion,  
 será fácil que las quiera.

LUIS. Es cierto; mas bueno fuera  
 hacer una distincion.  
 Nadie como yo en el mundo  
 odia á la inmoral coqueta;  
 mas nadie tanto respeta  
 á un sexo amable en quien fundo  
 mi felicidad futura;  
 así desplego mi saña  
 contra la que el brillo empaña  
 del pudor y la hermosura.  
 De árbol que el suelo envenena  
 es provechoso hacer tala,  
 y arrancar la yerba mala  
 es hacer medrar la buena.  
 No á todas tu errado celo  
 las juzgue por un igual,  
 que quien de ellas habla mal  
 es como el que escupe al cielo.  
 Así te juzgo engañado  
 en lo que de amor infieres;  
 que hay mujeres de mujeres.

FERM. Cosas del siglo pasado.

LUIS. Como tú gustes. ¿Mas dí?  
 ¿A tu razon no le choca  
 amor tan pronto y tan poca  
 reserva en la niña?

FERM. Sí.  
 Pero á veces un capricho  
 en cariño se convierte;  
 y quizás Adela...

LUIS. Advierte,  
 que no há un instante, me has dicho,  
 lo falaz y lo engañoso  
 que es el afecto en mujer.

FERM. Mas eso se ha de entender  
 cuando dá con un baboso.  
 Cuide el hombre no resbale,  
 que vá á dar en un abismo:  
 dése gran tono á sí mismo  
 y pondere lo que vale;  
 y aunque él no prometa boda,  
 ni en su conducta sea puro,

puede contar por seguro  
 con verse un dia de moda.  
 Ni desdenes, ni tibieza  
 verá en la niña mimada,  
 ni se armará la taimada  
 de femenil sutileza:  
 á la de más alta esfera  
 más la desaire y humille,  
 que no haya miedo que chille  
 ni su amor propio se hiera;  
 ántes bien su orgullo necio  
 se vuelve en humilde ardor,  
 y lo que no pudo amor  
 siempre lo puede el desprecio.  
 Aquesta, Luis, es mi escuela,  
 y en tanto como he corrido,  
 ninguna me ha resistido.

LUIS. Dichoso tú. ¿Pero Adela  
 nunca llegó á sospechar  
 quien eras?

FERM. Ni por asomo.

LUIS. Pues es extraño.

FERM. ¿Mas cómo  
 lo pudiera averiguar?  
 Dos meses no se han cumplido  
 desde que á España volví,  
 y así en Sevilla y aquí  
 soy de pocos conocido:  
 y tio, con fundamento  
 juzgo que lo ha de callar,  
 pues que jamás sabe hablar  
 sino de la mar y el viento.

LUIS. ¿Conque sigue en su manía?

FERM. Pero con tal aficion,  
 que su perenne mansion  
 es la torre del Vigía:  
 decide en tono maestro  
 de buques y temporales,  
 y sabe el plan de señales  
 lo mismo que el padre nuestro.  
 La muralla es su paseo,  
 el Ciscar es su alcoran,  
 su testo don Jorge Juan,  
 y Tofiño su recreo;  
 el antejo es su pasion,  
 y en aquesa lengua insana  
 llama porta á la ventana,  
 y á la puerta, el portalon.



Para él cualquier lienzo es vela,  
 es camarote la alcoba,  
 y en fin, son pages de escoba  
 los chicos de la candela.  
 De modo que aunque pregunto  
 no entiendo su algarabía.

LUIS. Te compadezco á fé mia.  
 Mas, volvamos á tu asunto.  
 \*Dime. ¿La buena viuda  
 cómo piensa?

FERM. No se explica;  
 más querrá casar la chica.  
 ¿Puede en eso haber duda?

LUIS. Pero el compromiso...

FERM. Bravo,  
 cuando un novio se presenta  
 madre hay que ajusta la cuenta  
 al hombre, hasta de un ochavo,  
 y el que más tiene, se queda  
 por ley de mejor postor,  
 que hay pujas en el amor  
 como si fuese almoneda.  
 Los compromisos son grillos  
 que ligan en sus deberes  
 al hombre; mas las mujeres  
 no reparan en pelillos.

LUIS. ¿Y piensas casarte presto?

FERM. No lo sé.

LUIS. ¿Pues cómo así?

FERM. Antes que viniese aquí  
 ya todo estaba dispuesto:  
 documentos y retrato  
 tiene en su poder el tío  
 hace ya tiempo, aunque fio  
 que lo ignoran; así trato  
 de dar largas con cautela  
 al dichoso casamiento,  
 pues este descubrimiento  
 cosa ha de ser de novela.  
 Mas aquí para los dos.  
 Por lo que me has indicado  
 de que estás enamorado  
 tengo sospecha, y por Dios  
 que en tu genio lo extrañara.

LUIS. Pues es cierto.

FERM. ¿Estás en tí?

¿Y eres hombre?

LUIS. Creo que sí.

FERM. ¿Y amas?

LUIS. La cosa no es rara.

FERM. Por llegarla á conocer  
 diera un dedo sin reparo.

LUIS. Lo que es yo, á precio tan caro,  
 ni á Venus quisiera ver.  
 Mas, con ménos te prometo  
 que ese empeño has de lograr;  
 pues el venirla á esperar  
 es de mi viaje el objeto.

FERM. ¿Conque será prima mia?

LUIS. Así parece.

FERM. ¡Que horror!  
 ¿Te casas? ¿Y con amor?  
 ¡Jesús, y qué gansería!

LUIS. ¿Qué dices?

FERM. ¿No ves Luis,  
 que ya estás á vulgo oliendo?  
 ¡Cuánta falta te está haciendo  
 un bañito de París!

LUIS. ¿Estás loco?

FERM. Bueno fuera.

LUIS. ¡Qué! ¿Es vergüenza enamorarse?

FERM. No sé; mas sí lo es casarse  
 como se casa un cualquiera.

LUIS. Pues al contrario, yo infiero  
 que en amor no hay preferencia.

FERM. ¿Y entónces qué diferencia  
 hay de tí á tu zapatero?

LUIS. ¡Qué queso á decir te atrevas!  
 Su amor mi dicha asegura.

FERM. Si en amor buscas ventura  
 valiente chasco te llevas.  
 Busca orgullo, veleidades,  
 manías é impertinencia,  
 y ármate bien de paciencia  
 para escuchar necedades;  
 busca insensatez, capricho,  
 busca vanidad sin seso,  
 busca en fin mujer, y en eso  
 cuenta que todo está dicho.

LUIS. ¡Qué exagerada manía!

FERM. Luis, la constancia amorosa,  
 aunque suena á grande cosa,  
 sólo es palabra vacía;  
 y yo, entre tanta mujer,  
 constante no hallé ninguna.

LUIS. Culpa á tu propia fortuna

si no supiste escoger.

FERM. Mas si en mi vida tal vi,  
¿cómo quieres que lo crea?

LUIS. Como crees que hay Guinea  
y nunca estuviste allí. *(Llaman.)*

FERM. En eso no convenimos.

LUIS. Calla, que llegan por fin.

FERM. No olvides que soy Fermin,  
y que ya no somos primos.

### ESCENA VI.

*Dichos, doña María y Adela.*

FERM. Señoras, tengo el honor...

D.ª M.ª Ferminito, cuánto siento  
que usted... ¡Mas cómo! ¡Luis!  
¡Por mi casa tanto bueno!  
¡Cuándo ha sido la llegada?

LUIS. No há una hora, y el deseo  
que de ponerme á sus piés  
tenia, me trajo luego  
aquí, en donde por mi dicha,  
de Fermin tuve el encuentro.

ADELA. ¿Qué, usted conoce al señor?

LUIS. Sí, Adelita, hace ya tiempo.

FERM. Desde antes de mis viajes.

LUIS. Así es.

FERM. ¿Y qué tenemos  
de males?

LUIS. ¿Pues qué, señora,  
hay en casa algun enfermo?

D.ª M.ª En casa nó; mas mi tia  
Paulita se está muriendo  
de revolucion de humores  
con vómitos y despeños,  
y aunque toma quina á sacos,  
no puede el doctor con ellos.

LUIS. Será ya mujer de edad.

D.ª M.ª Mas no como para eso.  
¿Pero usted no la conoce?  
Hombre sí.

LUIS. Pues no me acuerdo.

D.ª M.ª Sí, sí tal.

LUIS. Como usted guste.

D.ª M.ª Es mucha pena por cierto.

ADELA. ¡Ay Jesús! mi pobre tia... *(Llora.)*

FERM. ¡Qué, usted llora!

LUIS. Y es muy bello  
ese llanto, que demuestra

un corazon noble y tierno;  
mas no se anticipe usted  
á sí misma el sentimiento,  
que aunque deba presumirse  
aun no existe como cierto.

FERM. Tiene razon. ¿A qué vienen  
esas lágrimas?

D.ª M.ª Luis, tiemblo  
de cualquier cosa que ocurre  
por mi hija. Es mucho cuento;  
porque como es tan sensible  
y como tiene esos nervios,  
con sólo ver un raton,  
con oír hablar de muertos,  
con que un mosquito la pique,  
ó cosa así, en el momento  
empieza á hacer mil visages,  
contorsiones y aspavientos;  
de modo que es menester  
darle éter y hacerle fresco,  
sin otras veces, que es fuerza  
aplicarle más remedios.

LUIS. ¿Y le hacen efecto?

D.ª M.ª Sí.

LUIS. Al cabo siempre es consuelo.

D.ª M.ª Todo en fin está ya dicho,  
con que sepan que tenemos  
tres ó cuatro convulsiones  
el dia que matan perros.

ADELA. Es mucha pension.

LUIS. Sí, mucha.

D.ª M.ª No tiene un instante bueno.

FERM. ¡Oh! Para esto de sensibles  
las francesas. En Burdeos  
me sucedió una aventura,  
que prueba á cuántos escesos  
su imaginacion ardiente  
las arrastra. Este es el hecho.  
Estaba yo cierto dia  
vistiéndome en mi aposento,  
cuando me pasan recado  
de que uno con gran secreto  
me buscaba; le hago entrar,  
y sorprendido me quedo  
viendo en el tal, un criado  
de librea muy bien puesto.  
Le pregunto qué me quiere,  
y él, despues de cien misterios,

una carta me entregó  
y se fué. La abro, la leo;  
mas ¡cuál fué mi admiracion  
al encontrar que el sugeto  
que escribia, era una dama  
del gran tono en aquel pueblo,  
hija de padres muy nobles  
y muy ricos; por supuesto  
gentes de coches, landó,  
gran mesa, tertulia y juego,  
en fin, soberbio partido.  
Y que, á más de todo eso,  
era muy bella y tenia  
pelo rubio, hermoso cuerpo,  
tocaba el arpa, el piano,  
otra porcion de instrumentos,  
bailaba con mucha gracia,  
(el rigodon por supuesto)  
y todo por este estilo.  
Mas lo extraño del suceso  
es, que sólo la habia visto  
dos veces en el paseo;  
sí noté me habia mirado;  
pero nunca hice alto en ello.  
En fin, su esquila decia  
que la causa de este yerro  
era haberse enamorado  
de mí, que creyó primero  
poder domar su pasion;  
mas que ya el único medio  
era, ó mi correspondencia  
ó la muerte. En tal extremo,  
la contesté que mirase  
por sí misma, que el afecto  
no se manda, y la pedia  
renunciase á su proyecto.

LUIS. ¡Qué crueldad!

FERM. Luis, yo á nadie  
sólo por lástima quiero.  
Mas escucha el fin del lance.

ADELA. ¡Podrá darse hombre más necio! (Ap.)

FERM. Al cabo de algunos dias  
supe, que del sentimiento  
estaba enferma y muy grave;  
por más que hicieron remedios,  
por más que de Mompeller  
cuatro doctores trajeron;  
en fin, por más que gastaron,

al cabo de mes y medio  
murió la pobre.

LUIS. ¡Murió!

D.ª M.ª ¡Hombre!

ADELA. ¿Mas cómo?

FERM. Muriendo.

ADELA. Mire usted no fuera engaño.

FERM. Si yo mismo ví el entierro.

LUIS. Dígote Fermin, que en Francia  
tienen un modo estupendo  
de querer.

FERM. En todo el norte  
suelen morirse de celos  
ó de amor, con la frecuencia  
que por acá morir vemos  
todos los dias de asma,  
calentura ó mal de pecho.  
Allí una mujer se ahorca  
ó se atraca de veneno  
con la frescura del mundo,  
por lo que aquí importa un bledo.  
¿Cada dia no nos cuentan  
los papeles extranjeros  
cien mil tragedias de amor?  
¿Por ventura no sabemos  
que en el Támesis y el Sena  
se encuentran cada momento  
cadáveres á montones  
víctimas de su despecho?

ADELA. Ay Fermin, no siga usted  
que me dá horror.

LUIS. Es muy cierto.

Ya que por dicha de España  
aún en moda no se ha puesto  
ahogarse en el Guadalete;  
y ya que gracias al cielo,  
suele ser nuestro amor más  
y nuestra apariencia ménos;  
no recuerdes infortunios  
que á todo corazon tierno  
deben contristar.

FERM. Pues sea,  
y de otra aventura hablemos.  
Cuando yo estuve en Moscow...

LUIS. ¡Jesús María, y qué lejos!

FERM. Hombre, calla.

## ESCENA VII.

*Dichos y don Judas.*

D. JUD. Buenos días señoras.

FERM. Se acabó el cuento.

D. JUD. Luis. (*Se abrazan.*)

LUIS. Tío.

D. JUD. Dáme un abrazo.

LUIS. Sí, señor, aunque sean ciento.

D. JUD. ¡Válgame Dios, mi Luis, qué gordo estás, y qué bueno! Adios, señor don Fermin.

FERM. Don Judas, servidor vuestro.

LUIS. ¿Quién avisó á usted?

D. JUD. Perico casualmente llegó á tiempo que estaba parado enfrente del pabellon de ingenieros viendo ese buque que entra de la Habana.

FERM. Estamos frescos. (*Aparte.*)

D. M.ª ¿Ese barco...?

D. JUD. Buenos piés, fino, limpio de aparejo; ¿pero y qué? Si tiene guinda para un navío lo ménos de ochenta y cuatro.

FERM. (*Ya escampa, (Aparte.)*) nos cayó de medio á medio la lotería.)

D. M.ª D. Judas si á mí no me importa eso.

D. JUD. Es que creí...

D. M.ª Mal creído. Lo que yo saber deseo es si trae correspondencia.

D. JUD. Sí, señora.

D. M.ª Porque espero cartas. ¿Y cómo se llama?

D. JUD. El bergantin *Fariseo*.

D. M.ª ¡Jesús, que nombre tan raro!

D. JUD. Como otro, ni más ni ménos. Pues, señor, como decia, en el instante en que Pedro se puso á la voz, y supe de tu llegada el suceso, viré al punto por redondo, y largando el aparejo

atraqué el bote á esta casa donde por dicha te veo.

D. M.ª ¿Pero por qué habla usted siempre de modo que nos quedemos en ayunas?

D. JUD. ¿Yo, señora?

¿Pues acaso es esto griego?

ADELA. ¿No lo ha de ser? Sí, señor; vea usted yo que me mareo de ir al muelle, y del marisco ni aun sufrir el olor puedo.

D. JUD. Pues muchas conozco yo de estómago tan diverso, que en vez de agua de colonia se echan brea en el pañuelo.

ADELA. ¡Ave María!

D. JUD. Lo dicho. ¿Mas dime Luis, del Puerto cuándo saliste?

LUIS. A las doce.

D. JUD. ¿Y por mar?

LUIS. Por mar.

D. JUD. Mal hecho, que hoy es el viaje muy largo.

LUIS. Una hora.

D. JUD. ¡Hombre, estás lelo! Pues si es sur cuarta al sudoeste,

FERM. ¿Mas el qué entiende de vientos?

LUIS. Así es.

D. JUD. ¿Y en qué demonios has empleado tu tiempo? ¡Vaya que hoy dia en España no hay estudios de provecho! Y mucha universidad, mucho latin, mucho griego, muchísimas tonterías, y salen de sus colegios los jóvenes muy ufanos sin saber ¡qué! ni por pienso, mandar una maniobra, ni arreglar un aparejo; en fin, nada de sustancia. Y porque vean no miento, sepan que no há mucho, en Cádiz, tuvo valor un sugeto de ignorar qué era *Relinga*.

LUIS. Y se quedaria tan fresco.

D. M.ª Cállese por Dios, don Judas,

que estoy hasta los cabellos  
de la mar, de los navíos,  
y de oír lo que no entiendo.

D. JUD. Pues doblemos esa hoja.  
¿Más Adelita, qué es eso?  
¿Está usted triste? ¿Qué ocurre?

ADELA. Para mí, nada de bueno.

D. JUD. Me parece que esos ojos...

LUIS. Diga usted mas bien luceros,  
que aunque hoy los nuble el dolor,  
no son así ménos bellos...

ADELA. Aunque la juzgo lisonja,  
siendo suya la agradezco.

D. JUD. ¿Pero por qué don Fermin  
está tan á sotavento  
de la niña? ¿Hay temporal?

FERM. Mal humor.

D. JUD. Entonces presto  
sube el barómetro.

FERM. No,  
como á nadie le intereso  
nadie busca el complacerme;  
mas ello dirá.

ADELA. (¡Qué necio!) (*Aparte.*)

D. JUD. ¡Ay qué cabeza la mia!  
Es verdad: ahora me acuerdo  
de que la pobre Paulita  
se está yendo á pique. Y esto  
que acabo de preguntarle  
á su sobrino don Pedro.

D. M. ¿Y cómo sigue?

D. JUD. Muy mal,  
por las noticias que tengo  
ya tiene el práctico á bordo.  
Doña María, me temo  
que tire pieza de leva  
esta tarde misma.

ADELA. Y eso  
será malo, ¿no es verdad?

D. JUD. ¿Pues cómo puede ser bueno?

ADELA. Es mucha pena.

D. JUD. Sí tal,  
pero es ya casco muy viejo.  
El año de ochenta y dos  
la obsequiaba un tal D. Diego  
que se ahogó en una flotante,  
y á los dos años de esto  
se casó con su marido,

el difunto don Tadeo  
de Berrigori y Arratia,  
que navegó mucho tiempo  
en la nao de Acapulco.  
Era excelente sugeto,  
y, como buen vizcaino,  
testarudo y marinero.

D. M. Así lo dicen; mas yo  
casi nada de él me acuerdo.

D. JUD. ¡Cómo! ¿No recuerda usted  
(poco sonado fué el cuento)  
cuando varó en la *Milagros*  
yendo de aquí á Puerto Belo?

D. M. No, señor.

D. JUD. Todas las noches  
jugábamos á los cientos  
en casa de don Hilario,  
maestre de la Consuelos,  
que vivia, y por más señas  
que allí murió, bien me acuerdo,  
medio cable de mi casa;  
aquí en la calle del Puerto  
en la acera de babor  
como quien vá hácia paseo;  
y él tambien...

FERM. ¿Pero es posible  
que al mismo tema volvemos  
treinta mil veces? Don Judas  
hable usted, por Dios le ruego,  
de otra cosa.

D. JUD. ¿Cómo qué?

FERM. De noticias, por ejemplo.

D. JUD. ¿Pues hombre, yo de qué hablo?

FERM. No es eso lo que yo quiero.  
¿Qué nos cuentan las Gacetas?  
¿Los papeles extrangeros  
qué opinan? ¿Qué hay de los turcos?

D. JUD. Yo hace dias que no leo  
sino el parte de la Torre;  
y como allí no habla de eso,  
vengo sólo á sacar de él  
si hay calmazo ó viento fresco.

D. M. ¿Y usted ha viajado mucho?

D. JUD. ¿Así, así. Por ejemplo,  
no he estado en Lima, ni en Cuba,  
ni en Veracruz, ni tan lejos,  
porque nunca se ofreció;  
pero he ido á Rota y al Puerto

y á la Carraca mil veces,  
con levante y con mal tiempo,  
que yo en esto de la mar  
nunca, nunca tuve miedo.

LUIS. (El tío es original.) (*Aparte.*)

D. JUD. ¡Mas cómo se pasa el tiempo!  
¡Las tres ya! ¿Vámonos? (*Mirando el reloj.*)

LUIS. Vamos.

D. JUD. Sí, ya es hora que llevemos  
el ancla. (*Se levantan.*)

D.ª M.ª Si ustedes gustan...

D. JUD. Por mi parte lo agradezco.

LUIS. Nosotros también.

FERM. (*A Adela á media voz.*) Adela,  
sepa usted que no estoy hecho  
á esperar á nadie.

ADELA. ¿Y cómo  
pude yo remediar eso?

D. JUD. Vamos, Fermin.

FERM. Sí, señor.

LUIS. (Demos principio al enredo.) (*Aparte.*)  
Quisiera hablar con usted. (*A Adela.*)  
¿Será esta tarde buen tiempo?

ADELA. Juzgo que sí. (*A Luis.*)

D. JUD. Hasta la noche.

FERM. Señoras...

LUIS. A los piés vuestros.

D.ª M.ª Luisito, que usted descanse.  
Adios Fermin.

ADELA. Hasta luego.

### ESCENA VIII.

*Doña Maria y Adela.*

D.ª M.ª ¡Qué formal es este Luis!  
¡Qué juicio! ¡Qué buen talento!

ADELA. Sí, señora, cada día  
es más amable.

D.ª M.ª ¡Y qué bello  
corazon! ¡Y qué caudal!  
¡Qué mayorazgo tan bueno!  
Vaya, cualquier madre en Cádiz  
le tomará para yerno  
á dos manos.

ADELA. Ya se vé.

D.ª M.ª Y como hoy día está el tiempo;  
que con tantos camastrones,  
no hay novios para un remedio.

En fin, tú ya estás segura  
de casarte, y sea luego  
lo que Dios quiera. El asunto  
hecho está; pero confieso  
que tengo tan poca fé  
aun en las cosas que veo  
y toco, que no es posible  
confie en gentes de lejos.  
El podrá ser buen muchacho,  
podrá ser rico, mas esto  
de no ver yo lo que tiene,  
es un gran desasosiego.  
Y despues, como en mi vida  
he estado por tierra adentro,  
sólo sé contar talegas,  
no aranzadas ni viñedos.  
¿Ni qué puedo entender yo  
del cortijo, del apero,  
del olivar, de las reses,  
y otras mil cosas? ¿Y luego  
quién resiste con paciencia  
á su lado un llanto eterno?  
Lloran cuando llueve mucho.  
Lloran si está el tiempo seco,  
y se quejan del gorgojo,  
y se lastiman del muermo.  
Además, entre estas gentes,  
se está siempre con el credo,  
como dicen, en la boca;  
pues cuando se espera ménos,  
el granizo ó la langosta  
le dejan al novio en cueros.

ADELA. Es verdad, mamá; y despues  
que aun ignoramos su genio,  
ni cómo piensa, si es hábil,  
si es tonto, bonito ó feo.  
En fin, estamos á ciegas  
todavía.

D.ª M.ª Pues por eso  
quisiera yo que si acaso  
se presentase un sugeto  
que nos tuviese más cuenta...  
Es decir, que fuera bueno  
dejar que ruede la bola  
mas, sin descubrir el cuerpo.  
Ya ves tú. ¿Yo qué interés  
pudiera tener en ello  
sino tu felicidad?

¡Con qué gusto, por ejemplo, viera yo á tu lado un jóven como Luis! ¿y qué sabemos? él es hombre, y es seguro que los novios se hacen de ellos.

ADELA. Mas tal vez no piensa en mí.

D.ª M.ª Podrá ser; pero yo tengo acá mi sospecha, y juzgo que acaso no está muy lejos de caer. En todo trance y á mal dar, siempre tenemos el recurso del de allá, que aunque sea un majadero, al fin se casa.

ADELA. Seguro.

D.ª M.ª Ese es el ítem del pleito. Fermin creí yo algun día que valiera para yerno; pero es tan vano el muchacho, tan presumido en extremo, que á falta de otro mejor solamente fuera bueno.

ADELA. Sí, señora, es muypreciado de sí mismo.

D.ª M.ª Pues volviendo á Luis, ¿sabes que fuera un brillante casamiento para cualquiera muchacha? Su casa es de caballeros de sangre azul, es maestrante, y por el lado materno, tiene una vara en Osuna. Mas no pretendo por esto que el ser noble sea lo más y el ser rico sea lo ménos; antes bien, para escoger, á lo segundo me atengo, que ni nadie aplaca el hambre con lo que comió su abuelo, ni nunca una ejecutoria dió caldo á ningun puchero.

ADELA. Pero aquí hay de todo.

D.ª M.ª Sí, en eso mismo convengo; él tiene sus posesiones, y aunque hoy, con los malos tiempos, anda el oro por las nubes y la gente por los suelos,

su caudal está muy sano, ni hay deudas, ni tiene pleitos, ni goteras en sus casas, ni ha tomado un real á premio; paga sus contribuciones y satisface los censos, y despues...

ADELA. ¿Pero mamá, de dónde sabe usted eso?

D.ª M.ª Toma, de que lo pregunto.

ADELA. Mas, señora, ¿y con qué objeto?

D.ª M.ª Con varios. Primeramente, por el gusto de saberlo, que en ser curiosa, no hago más que demostrar mi sexo: y despues, porque interesa conocer bien el terreno que se pisa, y esto siempre hace mucho al caso. Tengo una hija: los partidos ni son muchos, ni son buenos: hay maulas en abundancia, hay muchísimo embustero, y no es un moco de pavo el casarse. Este es el cuento. Porque hay mucha diferencia de andar, como dice el pueblo, siempre á la cuarta pregunta; á gastar lujo, aderezos, palco, trajes, figurines, en fin, á tener dinero, que es quien hace el caldo gordo y es moda de todo tiempo. Aquesto es lo que interesa, y de figura no hablemos; porque, hija, el no tener al mismo Apolo hace feo.

## ESCENA IX.

*Dichos é Inés.*

INÉS. Señoras, si ustedes gustan, ya está la sopa.

D.ª M.ª Me alegro; porque con la enfermedad llevo una vida de perros: vean ustedes, hoy es Martes y aun no he empezado el correo.

ADELA. Cualquiera que á usted la oyese juzgara, con fundamento, que era acaso algun ministro.

D.ª M.ª Pues son cuatro letras; pero como tengo ya mal pulso, hago letrones tan feos, que en entender lo que escribo se me vá lo más del tiempo. Ya hasta despues de la siesta ¿quién ha de escribir? Por eso me llamarás hoy temprano. ¿Entiendes Inés?

INÉS. Entiendo.

D.ª M.ª Vamos, niña. (*Váse.*)

## ESCENA X.

*Adela é Inés.*

ADELA. Oye. Despues tengo que hablarte en secreto sobre un asunto.

INÉS. ¿Hay acaso en campaña moro nuevo?

ADELA. Juzgo que sí.

INÉS. ¿Pues y el otro?

ADELA. Para todo hay su remedio en este mundo. A la tarde te instruiré de mi proyecto, y contando con tu auxilio grandes cosas me prometo.

INÉS. Cuente usted conmigo siempre, que soy criada, y con esto digo todo.

ADELA. Está entendido.

¿Vamos? (*Váse.*)

INÉS. ¡Cuánto enredo!  
(No sé quiénes son peores, si son ellas ó son ellos.)



## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA I.

*Adela é Inés.*

ADELA. ¿Inés, aun duerme mamá?

INÉS. Señorita, la he llamado pero no se ha levantado.

ADELA. Pues entonces tardará en venir. Sabes que hoy tiene correo, que en ella es obra, y así habrá tiempo de sobra para hablar lo que conviene. En fin, con ansia deseo hacerte una confianza.

INÉS. Hágala usted sin tardanza que yo sé cuál es mi empleo en estas cosas de amores, y á Dios gracias, hasta aquí sabe usted bien que cumplí con mis deberes.

ADELA. Favores que me esforzarán, Inés, á expresarme sin disfraz, aunque no fueses capaz de ayudarme. Oyeme pues. Dificil fuera en verdad que pudiese mi experiencia trocar de amor la apariencia con la pura realidad. Así juzgo no me engaño en una nueva conquista que hoy dia tengo á la vista.

INÉS. ¡Señorita!

ADELA. ¿Y es extraño?

INÉS. ¿Mas quién?

ADELA. Luis.

INÉS. Para bien sea.

ADELA. Es amable, es instruido, buen amante y buen partido.

INÉS. Yo tengo diversa idea, y en los negocios de amor quiero, más que un sabio, un tonto; porque la pega más pronto el que parece mejor.

ADELA. Aquesa, Inés, es patraña que á una mujer no disculpa, pues echa al hombre la culpa cuando á sí propia se engaña. Tema en buen hora la necia la ficcion que en hombres cabe; mas la que su idioma sabe les escucha y los desprecia. Finjase un amante, esclavo; vano será su mentir, que aunque ellos saben fingir,



no es ese leon tan bravo.  
 Y no merece aun el nombre  
 de mujer, ni tal se crea,  
 la que en el mundo se vea  
 engañada por un hombre.  
 Díonos la naturaleza  
 mil dones en esta parte;  
 gracia, atractivos, arte,  
 el talento y la belleza.  
 Díonos la aparente infancia  
 que nuestro imperio asegura,  
 y en el amor, la ternura  
 á la par que la inconstancia;  
 nos dió impune libertad  
 de castigar, sin ofensa,  
 y puso nuestra defensa  
 en nuestra debilidad.  
 Y queriendo á tal poder  
 dar por fin su complemento,  
 nos dió tambien fingimiento  
 primer don de la mujer.  
 Con las armas que te muestro  
 de esos tontos no te asombres.

INÉS. Pero no todos los hombres  
 se dejan llevar del diestro.  
 Algunos conozco yo  
 que no los puede domar  
 ni el diablo.

ADELA. Es particular:  
 sin duda poco aprendió  
 su dama; pues el amante  
 más altivo, y de manías  
 más raras, en pocos días  
 se hace más blando que un guante.

INÉS. ¿Mas cómo?

ADELA. Muy fácilmente.  
 Muestre al verse pretendida  
 cierta timidez fingida,  
 cierta modestia aparente.  
 Hable poco, que es muy sabio  
 el silencio en la mujer,  
 y para darse á entender  
 donde hay ojos sobra el labio.  
 Su mirar lánguido, amante,  
 consulte con el espejo,  
 y en él hallará consejo  
 para hacerse interesante.  
 Ceda pronto! sin temor

de atraerse sus desprecios;  
 pues son los hombres tan necios,  
 tan vanos, que ven amor  
 donde no ven repugnancia;  
 y en sus castillos al aire,  
 á veces hasta un desaire  
 lo convierten en sustancia.  
 Así, finja sin cuidado,  
 segura de ser creida,  
 una aficion decidida,  
 un amor desatinado;  
 pues aunque cualquiera extraña  
 pasion que tan presto llega,  
 el amor propio los ciega,  
 y el orgullo los engaña.  
 Finja salud quebrantada,  
 que es bueno en toda ocasion  
 tener siempre á prevencion  
 una enfermedad guardada.  
 Ni jamás una mujer  
 por aqueste extremo peca,  
 antes bien, una jaqueca  
 suele milagros hacer.  
 No se muestre á su amator  
 con aire desaliñado,  
 pues el corsé y el peinado  
 son alimentos de amor;  
 y si á interesar aspira,  
 no olvide es cosa probada  
 que ni aun la verdad agrada  
 si no parece mentira.  
 En fin, cuando entre en su idea  
 mudar de objeto y de plan,  
 no cuide del qué dirán,  
 antes bien, el modo vea  
 de dar al asunto un corte,  
 y al presentarse un segundo,  
 con la frescura del mundo  
 se dá al otro pasaporte.  
 Con estos datos presentes  
 podrás numerar sin penas  
 las conquistas por docenas,  
 por cientos los pretendientes:  
 y dejemos que hable el necio  
 y que coquetas nós llame;  
 pues por más que al cielo clame  
 sólo halla mofa y desprecio.  
 Esta es mi opinion, Inés,

y con ella bien me vá.

INÉS. Señorita, así será;  
mas ¿y si ocurre despues  
no poder en la ocasion  
mostrar esa maestría?

ADELA. ¿Pues qué mujer en el dia  
no finge una convulsion?  
¿Quién de colores no muda  
cuando el caso lo requiere?  
¿Quién no llora cuando quiere?  
Y en fin, ¿quién de un arte duda  
que tantos triunfos ofrece  
á la que sabe fingir?

INÉS. Yo no dudo: esto es decir  
sólo lo que me parece.  
Pero sepamos en fin  
ese plan que usted idea.  
¿Engañar á ambos desea,  
ó dejar á don Fermin?

ADELA. Hasta ahora sólo quiero,  
si Luis me ofrece su fé,  
dar á sus proyectos pié  
por varias causas. Primero,  
por vengar mi propio ultraje,  
y dando á ese tonto celos,  
que ponga el grito en los cielos  
de vergüenza y de coraje.  
Y despues, porque hace dias  
que sigo este galanteo,  
y á fé mia ya deseo  
dar al diablo las manías  
de aqueste fátuo importuno.  
A más que prestigio y fama  
pierde en el mundo una dama  
si la ven un mes con uno.

INÉS. ¡Un mes! ¡Vaya! Dáme risa.  
¿Y es tanto tiempo?

ADELA. No hay duda.  
En el dia, Inés, se muda  
de amor como de camisa.

INÉS. ¿Y usted le amaré?

ADELA. ¡Quién! ¡Yo!  
Ni amé ni amar nunca espero;  
pues aunque finjo que quiero,  
lo que es querer, eso no.  
Busque amorosa cadena  
la necia ó la confiada:  
mientras yo, que escarmentada

estoy en cabeza agena,  
los detesto.

INÉS. ¡Guarda, Pablo!

ADELA. Nada he dicho que te asombre.

INÉS. ¿Pero por qué?

ADELA. Porque un hombre  
es, en miniatura un diablo.  
Esa aparente virtud,  
esa honradez que pretende,  
son redes que astuto tiende  
á la incauta juventud.  
No escrupuliza el malvado  
de engañar y de fingir,  
pues entre ellos el mentir  
ni aun se tiene por pecado;  
y como tambien hoy dia  
en el cariño hay sus modas,  
el no enamorar á todas  
lo juzgan descortesía.

INÉS. ¿Mas no hay muchos que dan palo  
y se casan?

ADELA. En amor  
casarse no es lo mejor;  
sólo sí es lo ménos malo.  
Quien el matrimonio abraza,  
prepare resignacion,  
no sea que por melon  
se encuentre con calabaza.

INÉS. Pues volviendo al nuevo amante,  
á don Luis, saber deseo  
qué he hacer, cuál es mi empleo.

ADELA. A eso voy. Oye un instante.  
Puesto que en la misma casa  
viven los tres, he juzgado  
que Perico, ese criado  
de don Judas, cuanto pasa  
ha de saber, y conviene  
ponerle de nuestra parte,  
con el disimulo y arte  
propios de quien naguas tiene.  
Sonsácale, mas de modo  
que nada llegue á entender.

INÉS. Tal encargo á una mujer  
es ocioso. Quedo en todo,  
pues aunque gran marrullero,  
es criado, y como tal  
que se desemboce infiero.  
Mas suspendamos la junta

(Mira á la puerta.)

que es don Luis.

ADELA. Ya lo sé.

INÉS. ¿Señorita, y yo qué haré?  
¿Me voy?

ADELA. ¿Pues quién tal pregunta?  
(Váse Inés.)

ESCENA II.

Adela y Luis. (Siéntase Adela.)

LUIS. Adela, á los piés de usted.  
¿Cómo vá? ¿Se han serenado  
ya esos ojos?

ADELA. No, señor.

LUIS. Mas el afligirse tanto,  
repare es perjudicial  
á la salud.

ADELA. Ni un bocado  
he podido probar hoy.  
Hasta el agua me hace daño  
en teniendo yo un pesar.

LUIS. ¿Por qué no se acuesta un rato  
y duerme?

ADELA. Tal pretendí;  
pero no pude lograrlo  
por más que hice. En este mundo  
á nadie faltan cuidados,  
y más á quien por desgracia  
es sensible.

LUIS. (Para el diablo (*Aparte.*)  
que se fiara de tí.)  
Yo juzgo muy al contrario  
incomparable fortuna,  
poseer en alto grado  
aquese don, que del bruto  
distingue al género humano.  
Si en la sensibilidad  
tal vez pesares hallamos,  
si ella de nuestras pasiones  
es el poderoso lazo,  
tambien por ella existimos,  
tambien por ella gozamos,  
y en fin, sin ella el amor  
fuera sólo un nombre vano.

ADELA. ¡Ah!

LUIS. ¿Qué es esto! ¿Usted suspira  
al nombre de amor? ¿Acaso  
conoció usted su poder?

¡Ay, bella Adelita! Cuántos  
recelos ese suspiro,  
despierta en mí. Mas si un lazo  
anterior vuestra alma liga;  
si su corazon más grato  
fué á la llama de otro amante;  
no lo ignore yo. Abrumado  
de pesares, de tristezas,  
aun puede tal vez la mano  
del tiempo y la reflexion  
curar la llaga, que el dardo  
del amor abrió en mi pecho;  
mas si cediendo al encanto  
de tantas gracias, yo mismo  
doy alimento á mi daño;  
si una esperanza fomento  
de bienes imaginarios  
que sólo fingen los sueños  
de una pasion, ¡cuán en vano  
arrancar querré algun día  
de mi corazon, el caro  
objeto de mis suspiros!

¡Qué momentos tan amargos  
envenenarán mi vida!  
¡Cuántos pesares! ¡Y en tanto,  
otro más feliz disfruta  
de ese cariño! ¡Y yo acaso  
podré verlo sin morir!

ADELA. ¡Ay Dios, Luis! ¡Qué alterado  
está usted! ¡Pero yo... cómo!  
¿Será posible?

LUIS. Sí. En vano  
tan doloroso secreto  
quiere ya ocultar mi labio.  
Harto disimular pudo.  
Harto tiempo mis quebrantos,  
mis celos, mis sinsabores  
supe devorar callando.  
Sí, adorable y bella Adela,  
no lo dude usted, yo la amo,  
y este amor, que eternamente  
debiera estar encerrado  
dentro de mí, ya en su furia  
rompió del deber los lazos.  
No ignoro los compromisos  
que la ligan á un cercano  
pariente, y por consecuencia  
sé que amándola á usted falto

á mis deberes; hé aquí  
de este silencio que extraño  
puede parecer la causa.  
Mas fuego mal apagado  
basta á encenderle una chispa.  
Así fué en efecto; el rayo  
que vuestros divinos ojos  
hoy á mi pecho lanzaron,  
me hizo ver que amor y celos  
reprimirlos es en vano.  
Usted tan sólo, á mí mismo  
me volverá, un desengaño  
sea á mis males remedio  
cruel, pero necesario.  
¿Ni aun de tal favor soy digno?

(Silencio.)

¿Cuál mi falta fué?

ADELA. ¡Ah! si en algo  
aprecia usted con efecto  
á esta Adela, no el quebranto,  
no el pesar, con sus palabras  
siembre en su pecho angustiado.  
No sin oír la condene;  
y pues este involuntario  
accidente, de mi afecto  
os dió ya indicios tan claros,  
oiga usted todo. Mas antes  
le exijo, como hombre honrado  
y caballero, el secreto  
de esta confianza.

LUIS. ¿Acaso  
podría negarme á ello?  
Sí, hermosa jóven, por cuanto  
más en este mundo aprecio,  
os prometo que guardado  
siempre estará.

ADELA. Bien lo creo.  
(Ya cayó este pez, finjamos.) (Aparte.)

LUIS. (Para ser la vez primera  
no miento de lo más malo.) (Aparte)

ADELA. En vano los grillos  
de la autoridad  
á un amante pecho  
quieren sujetar.  
En vano lo intentan,  
que la voluntad  
cuanto más ligada  
más se muestra audaz.

Ni halagos, ni iras  
consiguen jamás  
que ceda ó que tiemble  
la que sabe amar.  
Aquesto os recuerdo,  
porque, si en mi mal,  
á un forzado lazo  
consentí, no habrá  
poder en la tierra  
que un nudo fatal,  
hoy aborrecido,  
me fuerce á aceptar.  
¿Ni cómo dar puedo  
un alma que ya  
es de quien la supo  
mejor conquistar?  
Bien sé que una dama  
no debe mostrar  
su inocente afecto,  
su amoroso afán;  
mas cuando á mi cuello  
se acerca el dogal  
que á eterno martirio  
me ha de sujetar,  
de vanos respetos  
no es el tiempo ya.  
Perdonad si acaso  
fui ingenua de más,  
pues cuando mis penas  
os llego á fiar,  
ni sé si hago bien,  
ni sé si hago mal.

LUIS. ¿Con que no es amado?

ADELA. No, ni lo será,  
Luis, yo os lo aseguro.  
En mí confiad  
pues yo en vos confío;  
la tranquilidad  
vuelva á nuestro pecho,  
y... ¿Qué quereis más?

LUIS. ¿Me engañais, mi Adela?

ADELA. ¿Podeis aún dudar?

LUIS. Sí, que siempre duda  
quien ama.

ADELA. Es verdad;  
mas ahora no hay causa.

LUIS. ¿Y en fin, osará  
prometerse el alma

remedio á su mal?  
 ¿O tal vez, ¡qué dicha!  
 al fuego voraz  
 que mi pecho abrasa  
 no insensible es ya  
 mi adorada Adela?  
 ¿Qué decís? Hablad.  
 ADELA. ¿No hablaron mis ojos?  
 ¿A qué exigir más?  
 LUIS. ¿Seré, pues, dichoso?  
 ADELA. Sí, que pues callar  
 el alma no supo,  
 en vano será  
 que rehuse el labio  
 descubrir mi mal.  
 LUIS. ¿Y me amareis siempre?  
 ADELA. Eterno será  
 mi afecto.  
 LUIS. ¿De veras?  
 ADELA. No engañé jamás.

### ESCENA III.

*Dichos y Fermin.*

FERM. ¡Caramba! ¡Qué es lo que veo!  
 (*Aparte sorprendido.*)  
 ADELA. Don Fermin...  
 FERM. ¡Valgame Dios! (*Aparte.*)  
 ADELA. ¿Si habrá oído...? (*A Luis.*)  
 LUIS. No lo creo. (*A Adela.*)  
 ADELA. ¿Qué teneis, saber deseo? (*A Fermin.*)  
 FERM. (Y estaban solos los dos.) (*Aparte.*)  
 LUIS. ¿Estás mudo?  
 ADELA. (Ya dió lumbre.) (*Aparte.*)  
 FERM. Me duele algo la cabeza.  
 ADELA. ¿Es alguna pesadumbre?  
 FERM. Jamás tuve por costumbre  
 dar mérito á una simpleza.  
 ADELA. ¿A una simpleza?  
 FERM. Sí, á fé.  
 ADELA. Dificil es lo comprenda.  
 LUIS. (Que está picado se vé.) (*Aparte.*)  
 FERM. Pues lo que me digo sé,  
 y entiéndame quien me entienda.  
 ADELA. Vamos, en lo impertinente  
 bien se echa de ver su mal;  
 pero advierta que es prudente  
 no tomar mucho relente

porque el tiempo está fatal.  
 FERM. ¿Es consejo?  
 ADELA. No, conseja.  
 FERM. Ya pasé yo de esa edad.  
 LUIS. (De divertirme no deja.) (*Aparte.*)  
 ADELA. Nunca una persona es vieja  
 para escuchar la verdad.  
 ¿En fin, qué es lo que ha pasado?  
 ¿No logró usted sus deseos?  
 FERM. Jamás me ví despreciado.  
 ADELA. ¿O acaso ha resucitado  
 la que se murió en Burdeos?  
 FERM. Eso es mi veracidad  
 poner en duda.  
 ADELA. No alcanza  
 á tanto mi necedad;  
 mas juzgué que la amistad  
 es disculpa de una chanza.

### ESCENA IV.

*Dichos, y doña Maria.*

D.ª M.ª Señores...  
 LUIS. A vuestros piés,  
 señora.  
 FERM. Lo mismo digo.  
 D.ª M.ª ¡Ola! ¿Don Luis, qué es esto?  
 ¿Cómo tan favorecidos  
 nos tiene usted?  
 LUIS. Al contrario,  
 yo soy quien me juzgo indigno  
 de los favores que siempre  
 me dispensó su cariño.  
 D.ª M.ª Bien sabe usted que le quiero  
 como si fuese hijo mio.  
 LUIS. Mil gracias.  
 FERM. (Miren tambien  
 la buena señora.) (*Aparte.*)  
 D.ª M.ª Amigo,  
 las noticias de mi enferma  
 son fatales: ahora mismo  
 me han enviado á decir  
 que la dan sudores frios,  
 y unos dolores de flato  
 que la tienen en un grito.  
 LUIS. ¡Pobre señora!  
 D.ª M.ª Y que un mal  
 es siempre mucho extravío

para una casa. Parece que no es nada el sinapismo, la cataplasma, el reparo con la triaca y el vino, y el puchero que se rompe; pues siempre hace desavío, aunque lo haya, sin contar la mujer siempre al lebrillo para aquello que se empuerca, y la ayuda, y... Pues no digo nada de las medicinas. No pondero, mas sí afirmo que en la tal enfermedad se han gastado, y no me admiro, más pesos en el ruibarbo que minutos tiene un siglo.

LUIS. ¡Jesús, señora!

D.ª M.ª Si es mucho lo que ha tomado ese pico.

FERM. (¡Qué charlar!) (*Aparte.*)

D.ª M.ª Vamos, Adela, avíate, que es preciso ir allá al momento.

ADELA. Voy.

D.ª M.ª No te mudes de vestido, sino ponte la mantilla de cualquier modo.

ADELA. ¿Y los rizos he de arreglarlos?

D.ª M.ª ¿A qué?

ADELA. Como están ya tan caídos.

D.ª M.ª Para la gente que habrá. Oye, di á Inés, que yo digo  
(*Vá y vuelve Adela.*)  
que venga acá.

ADELA. Está muy bien.

D.ª M.ª Ah, di también... (*Adela vá y vuelve.*)

ADELA. ¿Qué?

D.ª M.ª De frío yo no sé como estaremos.

ADELA. Ni yo.

D.ª M.ª Y luego paso el signo con la tirantez de cuerdas si á la vuelta no me abrigo. ¿Llevaré la papalina ó el pañolon de merino?

ADELA. Lo que usted guste.

D.ª M.ª Pues bien,

entonces dí...

ADELA. ¿Y bien qué digo?

D.ª M.ª ¿Qué se yo?

FERM. (¡Qué pesadez!) (*Aparte.*)

D.ª M.ª Lo que quieras, ya está dicho.

FERM. (Quién pudiera echarte encima una rueda de molino.) (*Aparte.*)

## ESCENA V.

*Dichos, ménos Adela.*

D.ª M.ª Es mucha alhaja esta niña. ¡Qué alma tan bella! ¡Y qué lindo corazón! Bien sabe Dios que lloro como un chiquillo, cuando pienso que algun día tal vez deje el lado mio. En fin, lo que yo deseo es que encuentre un buen marido como ella, por ejemplo; que él será feliz. ¿No digo bien?

LUIS. ¿Quién lo duda? Adelita es un ángel, un hechizo.

D.ª M.ª Yo, aunque al fin es cosa propia, y me está mal el decirlo, con usted nada aventuro, es jóven de mucho juicio y será muy buena esposa. Bien sé que no es gran partido porque es pobre; mas quien piensa como debe, en su cariño busca sólo la virtud. ¿No es esto verdad?

LUIS. Lo mismo juzgo yo, ni más ni ménos.

FERM. (¡Vaya que estoy divertido! ¡Qué culebra es la mamá!) (*Aparte.*)

D.ª M.ª Justamente es lo que digo yo. Aun cuando por otra parte, también hay mérito mio. Yo le dí una educacion como dan á pocos hijos sus padres. Ella de lenguas, ella de cortar vestidos, pone la pluma muy bien, ella peinar, hace rizos, y también alguna cosa

de respunte y dobladillo,  
porque quise que hasta de eso  
aprendiera. Es el avío  
de cualquier casa.

FERM. ¡Oh! para eso  
en Francia; allí hasta los niños  
de ocho y de diez años, saben  
más que aquí á los veinticinco.  
Pero; pues se habla de damas,  
¡qué educacion! ¡Qué distintos  
talentos de los de acá!  
Eso es público y sabido.  
Mujer hay allí á los quince,  
que ha compuesto siete libros  
de novelas, que es su fuerte:  
y no que aquí, un sobrescrito  
apenas saben poner,  
ó una carta de amoríos  
llena de muchos chapones,  
letras á saltos y brincos,  
sin chispa de ortografía,  
con los renglones torcidos,  
y una sarta de dislates  
que, vaya, si yo me admiro  
cómo hay tonto que las lea.  
Así me dan tal fastidio.  
Pero, volviendo al asunto,  
á la prueba me remito  
de mí propio. Yo llegué  
á París hecho un borrico,  
como crian tierra adentro  
los más de los señoritos:  
mi capa, mi calañés,  
la chamarra, el cigarrillo,  
el aparejo de campo  
y apestando á ajos y á vino;  
y en trece meses que estuve  
largué la cáscara, amigo,  
de tal modo, que aun por fuera  
ya ves si huelo á cortijo.  
Es verdad que nunca quise  
meterme en los laberintos  
de academias y liceos,  
porque esos son muchos lios;  
pero aunque yo, por ejemplo,  
física no haya aprendido,  
sé bailar el rigodon.

LUIS. Que para el caso es lo mismo,

FERM. Lo es, en cuanto al aprender.  
Y á más, tengo aquel bañito  
que...

## ESCENA VI.

*Dichos, Adela é Inés (con el pañuelo.)*

ADELA. Mamá, cuando usted guste  
vamos.

INÉS. Señora, me han dicho  
que usted me llamaba.

D.ª M.ª Sí.

Vé luego al tocador mio,  
y en el cajon de esta mano  
encontrarás un frasquito  
de agua de olor; no hagas caso:  
pero en aquel lado mismo,  
hácia el rincon, junto al peine,  
está la carta que he escrito  
esta tarde. Haz que la lleven  
al correo. ¿Lo has oido?

INÉS. Sí, señora.

D.ª M.ª ¿Conque estás?

INÉS. Sí, señora.

D.ª M.ª Oye. Y si el tío  
de don Luis viene, (don Judas),  
le dirás que hemos salido  
con precision, y que así  
por hoy, perdone el tresillo.  
¿Lo entiendes?

INÉS. Sí, señora.

D.ª M.ª Cuidado que no haya olvido.

LUIS. Señoras, si ustedes gustan  
iremos favorecidos  
con su compañía.

D.ª M.ª Sí,  
con gran placer lo admitimos.  
*(Fermin vd á dar el brazo á Adela.)*  
Fermin, déme usted el brazo,  
porque estos callos malditos  
me matan.

FERM. ¡Yo...! Bien, señora. *(Le dá el brazo.)*

LUIS. Pues la suerte lo ha querido,  
tendré el honor. *(A Adela.)*

ADELA. Soy la honrada. *(Le dá el brazo.)*

LUIS. Mil gracias.

FERM. *(Pues es bonito  
el papel que voy haciendo. (Aparte.)*

Por vida de...)  
 D.ª M.ª Inés, repito  
 que no abras á nadie.  
 INÉS. Bien.  
 D.ª M.ª Si llaman, por el postigo  
 pregunta quién es.  
 INÉS. Ya estoy.  
 (Jesús, y qué tabardillo.) (*Aparte.*)  
 FERM. (¡Yo con madres, santos cielos!) (*Ap.*)  
 D.ª M.ª Conque adios. Lo dicho, dicho. (*Vánse.*)  
 INÉS. Bien lo entiendo.

## ESCENA VII.

*Inés.*

Pues, señor,  
 veremos del laberinto  
 quién sale. Mi señorita  
 gusta tanto de esos lios  
 de amores, qué ciertamente  
 ha de ser hombre corrido  
 quien le ponga la ceniza  
 en la frente. Yo me admiro  
 de ver que hay hombres tan necios,  
 tan fátuos, que cuando han visto  
 tanto desengaño ageno,  
 se presten á que lo mismo  
 les suceda; ya se vé,  
 ese orgullo es tan maldito.  
 ¿Pero quién me mete á mí  
 en eso? ¿Qué beneficio  
 me puede á mí resultar  
 de que, quien no es novio mio,  
 sea bueno, ó sea malo,  
 sea tonto ó advertido,  
 tenga dinero ó no tenga?  
 Pues si nada gano, digo  
 que en nada quiero mezclarme.  
 Gracias á Dios, nunca he sido  
 curiosa, aunque soy mujer,  
 ni se me dá tres cominos  
 de lo que hacen los demás;  
 y así aunque venga Perico  
 no le abriré, y de este modo  
 me ahorro de enredos. ¿No he dicho  
 bien? Ya se vé, que en la renta  
 del excusado es delirio  
 meterse. ¿Pero quién llama? (*Llaman.*)

¿Será Pedro? Pues, el mismo (*Se asoma.*)  
 ¿Le abriré ó no le abriré?...  
 ¡Qué tentacion!... Y ya há un siglo  
 que no me cuenta los chismes  
 de su casa y los vecinos...  
 Es verdad que no me importan;  
 más saber no ocupa sitio...  
 y luego mi señorita  
 me encargó tanto... Háse visto (*Llaman*)  
 prisa tal?... Yo voy á abrir  
 y échense á la mar pelillos. (*Vá d abrir.*)

## ESCENA VII.

*Inés y Pedro.*

PEDRO. ¡Jesús mujer! ¿dónde estabas  
 que me tienes hace un siglo  
 echando la puerta abajo?  
 INÉS. Los criados han nacido  
 para esperar.  
 PEDRO. Ciertamente;  
 y no fuera bien visto  
 que una dama como tú,  
 abandonase el lebrillo  
 ó la sartén, para abrir  
 á los que llaman. ¿No digo  
 bien?  
 INÉS. Y tan bien. Mas no creas  
 que es todo oro, Perico,  
 lo que en el mundo reluce.  
 Por ejemplo, ambos servimos,  
 que parece condición  
 perversa, y aunque no digo  
 yo que es buena, no es mejor  
 la de muchos que podridos  
 están de pesos. No falta  
 el pan, estamos vestidos,  
 gozamos la confianza  
 de uno y otro señorito,  
 y sabemos los secretos,  
 y somos sus...  
 PEDRO. Desatinos.  
 ¿Soy yo acaso como tú?  
 INÉS. Vamos, Pedro, que conmigo  
 es en vano hacerse pieza.  
 Deja esos escrupulillos,  
 que entre gentes cual nosotros  
 no deben ser permitidos,



y cuéntame de tu casa  
la novedad. ¿A qué ha sido  
el no esperado viaje  
á esta ciudad del sobrino  
de tu amo?

PEDRO. ¿Y yo qué sé?

INÉS. ¿No lo has de saber?

PEDRO. Te digo (*Dudando.*)  
que...

INÉS. Vaya, deja de simplezas.  
¿Acaso tienes motivo  
de desconfiar de mí?

PEDRO. Yo no, mas luego...

INÉS. (*Ya es mio.*) (*Ap.*)

PEDRO. Como que hasta las paredes  
á veces tienen oídos...

INÉS. No temas.

PEDRO. ¿Estamos solos? (*Registrando.*)

INÉS. ¿También esa? Sí, Perico.  
Habla por Dios ó reviento.

PEDRO. Ya tú sabes que ha venido (*Con misterio.*)  
mi amo.

INÉS. Lo sé, adelante.

PEDRO. Y, ó me engaño, ó el motivo  
de su viaje, es asunto  
de grande entidad.

INÉS. Lo mismo  
pienso yo, ni más ni ménos.

PEDRO. Pues.

INÉS. ¿Pero cuál? Vamos, dílo.

PEDRO. Eso es lo que yo no sé.

INÉS. Pues hombre, estamos lucidos.

PEDRO. De modo es y de manera,  
que si hoy no lo sé, no afirmo  
yo que mañana...

INÉS. Pues eso  
es lo que importa. Advertido  
ya de todo, será fácil  
aprovechar un descuido  
de don Luis. Un criado  
de confianza, á su arbitrio  
tiene las llaves del amo,  
y en haciéndole un registro,  
y en leyendo cuatro cartas,  
cátate al punto instruido  
de todo. ¿No será mengua  
que un hombre á quien los colmillos  
le han salido en la cocina,

que es en este mundo el sitio  
donde más se aprende, ignore  
lo que piensa el señorito?  
Vaya que fuera vergüenza.  
Así, mira que confío  
en tu maña, y si ocurriere  
algo de nuevo, el aviso  
me darás al punto.

PEDRO. El caso  
es que don Luis ha traído  
otro criado de allá.

INÉS. ¿Y qué tal?

PEDRO. El más ladino  
que ha salido de Madrid.

INÉS. La manzanilla y el tinto,  
contra empacho de secretos  
son el mejor vomitivo.

PEDRO. Como uno no está enterado  
en si allá...

INÉS. ¡Qué desatino!  
Si en Madrid con Valdepeñas  
suelen despechar los niños.

PEDRO. Entonces voy á buscarle.

INÉS. Pues á la taberna y chito,  
que aquesto interesa. ¿Entiendes?

PEDRO. Entiendo. (*Cumplí mi oficio.*  
Ahora á dar cuenta á D. Luis.) (*Ap.*)  
Conque adios.

INÉS. Adios, Perico.

PEDRO. ¡Jesús! Ya se me olvidaba. (*Vá y vuelve.*)  
Me encargó mi amo (el tío)  
viniese á saber si salen  
tus señoras.

INÉS. Bien lo has visto,  
salieron ya. ¿Y á qué viene  
esa pregunta?

PEDRO. Imagino  
será para no venir  
si esta noche no hay tresillo.

INÉS. Es verdad.

PEDRO. Pues hazte cuenta  
que me iba sin decirlo,  
cuando esto sólo me trajo  
aquí.

INÉS. ¿Sabes que es bonito  
tu modo de hacer encargos?  
Si así cumples con los míos,  
dígotte Pedro...

PEDRO. Eso no.  
 Bien sabes tú que contigo  
 nunca me faltó memoria.

INÉS. ¿Y voluntad?

PEDRO. No lo afirmo.

INÉS. ¡Jesús, qué poco galan!

PEDRO. ¿Pues el mentir no es delito?

INÉS. Con quien tiene naguas, no.

PEDRO. Me alegro haberlo sabido.  
 En fin, yo prometo verte  
 bastante pronto.

INÉS. ¿Confío?

PEDRO. Por la fé de caballero.

INÉS. No me hace gran fuerza, amigo,  
 que los plebeyos no tienen  
 mas fé que la del bautismo.

PEDRO. Pues yo te juro...

INÉS. Tampoco  
 los juramentos admito,  
 que saben jurar en falso  
 hoy dia hasta los chiquillos.

PEDRO. Por el alma de mi abuela...

INÉS. Hombre, calla, no seas niño.  
 ¿Le dirás la verdad á un muerto  
 cuando engañas á los vivos?  
 En fin, no pierdas más tiempo,  
 que harto quizá hemos perdido  
 en charlar.

PEDRO. Si eres mujer.

INÉS. Tú criado, que es lo mismo.  
 ¿Conque hasta luego?

PEDRO. Hasta luego. (*Váse.*)

INÉS. Adios propósitos míos. (*Aparte.*)

~\*~\*~\*~

## ACTO TERCERO.

~\*~\*~\*~

### ESCENA I.

*D. Judas y D. Luis, este leyendo una carta.*

D. JUD. ¿Y bien? ya estamos aquí.  
 ¿Se podrá saber la causa  
 de haberme con tanta prisa  
 traído de la muralla  
 á hora tan intempestiva?

LUIS. ¿Pues las diez de la mañana  
 es hora acaso?...

D. JUD. Sí tal,  
 para venir á una casa  
 ajená... Y precisamente  
 cuando D. Bruno Zavala,  
 sobrecargo de la *Cármén*,  
 á leernos empezaba  
 el reglamento propuesto  
 del puerto franco. A Dios gracias  
 veremos esa bahía  
 con cara de gente. ¡Calla!  
 ¿Pero tú no atiendes, hombre?

LUIS. Ya usted sabe la maraña (*Guarda la carta.*)  
 en que estoy metido?

D. JUD. Sí;  
 pues me la dijiste.

LUIS. Y tanta  
 ha sido en esto mi dicha,  
 que aun antes que lo esperaba,  
 una imprudencia de Adela  
 me ha dado el medio y la traza  
 de darles una lección  
 á entrambos; lección amarga;  
 pero forzosa. Del uno  
 la presunción insensata;  
 el coquetismo insufrible  
 de la otra, no reclaman  
 indulgencia en este punto.  
 Ni me debe arredrar nada,  
 cuando evitar me propongo  
 no ménos que la desgracia  
 de un primo á quien amo. Así  
 oiga usted todo.

D. JUD. Ya tardas.

LUIS. Después del paso de ayer,  
 paso que tan mala cara  
 costó al fingido Fermin,  
 viendo que mis esperanzas  
 caminaban á su logro,  
 juzgué que sólo faltaba  
 remachar del todo el clavo.  
 Presto resolví: á mi casa  
 me vuelvo, y fingiendo celos,  
 á Adela escribo una carta,  
 que anoche mismo por Pedro  
 recibió. Allí le mostraba  
 haber acaso sabido  
 los lazos que la ligaban  
 á Fermin; de ella me quejo,

la llamo pérfida, ingrata,  
y lo demás que se dice  
en tales casos: sus gracias  
acuso, y de mi desdicha  
me lamento. Ni fué vana,  
ni inútil mi resolución;  
pues esta misma mañana  
recibí un billete suyo.

D. JUD. ¡Un billete!

LUIS. Cosa es clara.  
El buscar á Inés, tan sólo  
me trajo aquí, que importaba  
salir pronto de cuidados.  
Con efecto, en acechanza  
me la encontré ya esperando  
el medio de que llegara  
á mis manos, que fué fácil  
sin que usted cayese en nada.

D. JUD. ¿Pues, sobrino del demonio,  
y por hacerme tú... (¡vaya!)  
sólo desde allá me traes  
hecho un galgo? No está mala  
la especie. Si estoy molido;  
como que en largando gavias  
y poniéndote á la via,  
no hay diablos que te den caza.

LUIS. Calle usted por Dios, señor,  
y oiga hasta el fin con cachaza.

D. JUD. Callo y oigo.

LUIS. Mi intencion  
ya con esto se lograba.  
En su esquila por supuesto  
me afirma que fué infundada  
la voz de ese compromiso;  
y porque no me quedara  
duda, dice de Fermin  
mil pestes, dos mil infamias:  
le tilda de vano y tonto;  
de presumido le tacha;  
en fin, es tanto y tan malo,  
que muy mal rato le aguarda  
cuando lo sepa.

D. JUD. ¿Y acaso  
lo sabrá?

LUIS. ¿Pues no? La carta  
debe él mismo ver, y en ella  
la prueba evidente y clara  
de aqueese amor que pondera.

Mas no es prudente que vaya  
por mi conducto; un acaso  
los inconvenientes salva.

Así pienso que Perico,  
valiéndose de su maña,  
haga que el otro la vea  
sin que parezca que...

D. JUD. ¡Calla!

¿Conque tambien el buen Pedro  
anda metido en la danza?

LUIS. Sí, señor; es criado antiguo,  
y como tal, una alhaja  
para embrollos. Luego es fuerza  
hablarle, porque la trama  
sigamos todos de acuerdo.

D. JUD. Que no vayamos por lana  
y volvamos en bandolas.

LUIS. Qué, no, señor.

D. JUD. Dios lo haga.

Mas mira que en estos casos  
es precaucion necesaria  
llevar la escota en la mano,  
y si acaso el viento carga,  
arriar al punto el chicote,  
que el hacerlo en tiempo es ganga.  
En fin, sea, pues lo quieres.

LUIS. ¿Pero usted qué teme?

D. JUD. Nada.

Yo en aferrando juanetes  
venga mar. Mas en sustancia,  
¿en esto qué pito toco?

LUIS. A eso voy. Vuestra embajada  
tiene otro objeto. Es forzoso  
el que ella por sí deshaga  
su compromiso. Además  
conviene el darle una causa  
poderosa que la obligue  
á dejarme. Así se salva  
mi propia delicadeza;  
así más claro resalta  
el carácter de la niña,  
y en fin, así se preparan  
humillantes desengaños  
para el que tanto fiaba  
de sí mismo. Todo aquesto  
se conseguirá.

D. JUD. No es nada.

¿Y todo lo he de hacer yo?

Luis. Muy fácilmente: á esta sala vendrá presto la mamá.  
¿No es así?

D. Jud. Ya está avisada.

Luis. Pues usted con ella á solas se quedará, y engañarla es necesario.

D. Jud. ¿Ahora mismo?

Luis. Sí. Hacerle una confianza fingida es golpe seguro.

D. Jud. Ya caigo. ¿Conque aquí encaja bien todo lo que ayer noche me digiste de la falsa venida, y de los papeles, y de...?

Luis. Pues. Mas importaba tener la prueba en la mano antes de aventurar nada. Por eso no me expliqué entonces más claro.

D. Jud. ¡Vaya!

Por San Telmo que estoy tonto.

Luis. Me voy á seguir la trama; pues Perico es necesario aquí venga sin tardanza é instruya á Adela y á Inés de todo.

D. Jud. ¿Otra confianza?

Luis. Sí, mas esta no es fingida, ante es cierta. Pero calla, ya viene allí la mamá. Cuenta con que...

D. Jud. No habrá falta.

Luis. Que exija usted el secreto.

D. Jud. ¿Y para qué?

Luis. Cosa es clara, porque lo diga más pronto. *(Vase Luis.)*

D. Jud. Bien, adios.

## ESCENA II.

*D. Judas.*

No me faltaban á mí más que estos sobrinos. ¡Y qué enredos! ¡Qué marañas traen allá! Como esto dure doy de quilla. Pero al arma, que aquesta urca enemiga está ya á tiro de bala.

## ESCENA III.

*Doña María y D. Judas. (Se sientan.)*

D.ª M.ª Felices, señor don Judas, Dispense usted mi tardanza. Ya se vé, con estos males tenemos tan trastornadas las horas, que...

D. Jud. Entre personas que há tanto tiempo se tratan, no debe haber ceremonias. Por esto, y porque importaba, vine á ver á usted.

D.ª M.ª ¿Pues qué? ¿Hay novedad?

D. Jud. Patarata; una mano de noroeste que metemos en el agua los penoles.

D.ª M.ª ¿Y en cristiano que significa esa sarta de nombrachos?

D. Jud. A eso voy. Mas le exijo la palabra de que reserve la especie.

D.ª M.ª Por supuesto.

D. Jud. A la muchacha, aunque haya fuerza de vela, no se lo diga usted.

D.ª M.ª Nada. Sí, pues bonita soy yo para chismes. En mi casa jamás hubo un sí ni un no, y eso que entonces estaba hechá siempre un jubileo. Mi Simon, que de Dios haya, gustaba mucho de gentes: su refresco no faltaba por las noches. Es verdad que eran tiempos en que andaba Dios por el mundo, y cien pesos á ninguno le faltaban; mas hoy dia, todo, todo viene á ménos; hola, y gracias quien tiene un pasar.

D. Jud. Señora, ¿me deja usted hablar?

D.ª M.ª ¡Vaya! ¿Le tapo acaso la boca?

D. JUD. Por fin, atención y calma.  
El caso es que mi sobrino,  
(el novio de la muchacha  
que digamos), de Sevilla  
dió la vela, y por las trazas  
parece hace rumbo á Cádiz.  
Además, en confianza,  
sé también cuál es su objeto.

D.ª M.ª ¿Y será?

D. JUD. Estarse á la capa  
sin darse á conocer  
ni izar pabellón.

D.ª M.ª ¡Extraña  
resolución! ¿Mas por qué?

D. JUD. Porque quiere en acechancia  
ponerse. Juzgo le han dicho  
no sé qué cosas, patrañas  
por supuesto, de la chica:  
tonterías: verbigracia  
que si es coqueta, si funda  
su vanidad y su gala  
en que cuantos hombres mira  
arrian bandera á sus gracias,  
que si lleva siempre amantes  
al costado. Nada, nada.

D.ª M.ª Malas lenguas que la tienen  
envidia.

D. JUD. Cabal.

D.ª M.ª Dejarlas.  
Yo sé la hija que tengo,  
y sé quien es.

D. JUD. Pues, y basta.  
Pero como él en su vida  
ni la ha visto, ni la trata,  
ni sabe sus propiedades;  
ya se vé, teme, y con causa,  
hacer avería gruesa  
en alta mar. Pues no es nada,  
la honrilla. Y los sevillanos,  
que en siendo de clase y casa,  
se creen ellos más altos  
que el tope de la giralda.  
A más, también quiere ver  
el cariz de la muchacha,  
como es regular, y aunque ella  
es linda como una plata,  
al fin no es doblón de á ocho  
que á todo el mundo le agrada.

Tampoco fuera imposible  
que en sus proyectos entrara  
ponerle la proa, digo  
hacerle el amor.

D.ª M.ª Ya escampa.  
¡Vaya que el tal señorito,  
por vida mía, es alhaja!

D. JUD. Cosas de niño mimado.  
Ya vé usted, él de su casa  
fué el ídolo siempre, vivo,  
poca edad, poca sustancia  
y barro á mano, ¿quién diantres  
es capaz de irle á la zaga?

D.ª M.ª ¿Y el vinculillo qué tal?

D. JUD. ¡Vinculillo, pues no es nada!  
Si ahora con la nueva herencia  
es suyo medio Triana.  
Y en cuanto á la sangre ¡ya!  
más noble que doña Urraca;  
es hijo de veinticuatro,  
y heredero, que esa vara  
¿quién se la quita?

D.ª M.ª ¿También?

D. JUD. Pues.

D.ª M.ª ¿Y si acaso se encaja  
aquí ese señor, qué hacemos?  
¿Vamos, diga usted?

D. JUD. Cachaza.  
Por ahora lo que interesa  
es dejar que ande la danza,  
y quedarnos al socaire  
hasta que haya una empopada.  
Más claro: izar la sueca.  
¿Me explico?

D.ª M.ª Sí. (Estoy en brasas.) (*Aparte.*)

D. JUD. En cuanto á Adela, no quiero  
que sepa ni una palabra,  
porque luego habrá soponcios,  
convulsión y marejada,  
y nervios y...

D.ª M.ª En todo estoy.

D. JUD. Además, por que la trama  
mejor se oculte, y la cosa  
con más disimulo vaya,  
piensa enviarme al momento  
los papeles que hacen falta  
en el caso, como fés  
de bautismo, la palabra

de casamiento, y en fin,  
no sé qué enredos y trampas,  
que siempre una boda tiene  
más cabos que quince jarcias.  
Item más. Porque en el lazo  
ustedes más presto caigan  
dirá que, pues sus quehaceres  
por ahora lo separan  
de Adelita, está impaciente  
por verla aunque sea pintada,  
y pedirá su retrato.

D.ª M.ª ¡Su retrato! ¡Cosa extraña!  
¿Sin mandar el suyo?

D. JUD. No.  
Es que de enviarle trata.

D.ª M.ª Aqueso ya es otra cosa;  
pero la juzgo bobada;  
pues si con efecto es de él  
conoceremos su cara,  
y entonces se lleva el diablo  
las ficciones y las trampas.

D. JUD. Cuando él lo envíe, será  
porque ya tendrá saldadas  
esas cuentas; es decir,  
que estará fuera de barra  
sin temer puntas ni bajos,  
y navegando en cien brazas.

D.ª M.ª Bueno es saber todo eso;  
porque, hablando en confianza,  
quien de buenas á primeras  
viene pidiendo casaca,  
en el tresillo de novios  
son cinco estuches de entrada,  
que es juego que nadie pierde.

D. JUD. Mas los renunciados se pagan.

D.ª M.ª Ese es el mal. ¿Pero cómo  
tendré yo noticia exacta  
de su venida?

D. JUD. Es muy fácil;  
pues estando ya avisada,  
bien podrá usted por la boya  
conocer donde está el ancla.  
Conque me voy. (*Toma el sombrero.*)

D.ª M.ª Hasta luego.

D. JUD. ¿Y Adela?

D.ª M.ª Si usted la aguarda  
vendrá, que fué al tocador.

D. JUD. No. No quiero; estará en banda

todavía, y las mujeres  
me gustan aparejadas  
aunque soy viejo. Lo dicho. (*Váse.*)

D.ª M.ª Descuide usted.

#### ESCENA IV.

*Doña María y despues Inés.*

D.ª M.ª Pues no es nada (*Observa si se ha ido.*)  
lo que pide. ¡Que yo calle!  
¡Yo que hablo con una estatua!  
¡Vamos, vamos, que don Judas  
olvidó que tengo naguas!  
¡Qué grosero! ¡Qué insolente!  
¡Querer taparle á una dama  
nada ménos que la boca!  
Vaya al diablo el muy bestiaza.  
¡Callar! ¿Qué es callar? Inés,  
Inés.

INÉS. Allá voy. (*Dentro.*)

D.ª M.ª ¡Qué calma!

¡Jesús qué peso! Si estoy  
por ponerme á la ventana  
y contárselo al primero  
que pase. ¡Mas cómo tarda!  
Mejor será que... (*Se levanta.*)

INÉS. Señora. (*Sale Inés.*)

¿Qué ha ocurrido?

D.ª M.ª Nada.

INÉS. ¿Nada?

Como gritaba usted tanto.

D.ª M.ª ¿Y la niña dónde anda?

INÉS. Se está vistiendo.

D.ª M.ª Pues dila...

No lo digas. Que yo vaya  
será mejor. (*Váse.*)

#### ESCENA V.

*Inés.*

Lleve el diablo  
si yo entiendo una palabra  
de este enredo. ¿A qué vendrán  
estos secretos del ama  
con su hija? Sabe Dios  
que, á no hacerme tanta falta,  
diera un dedo por saberlo  
ahora mismo. ¿Y quién aguarda

cinco minutos ó seis  
 á que el pelmazo se vaya  
 de la madre? No, señor.  
 La cerradura, á Dios gracias,  
 está convidando. Así  
 voy de puntillas y... ¡Calla! (*Vé á Pedro*)  
 ¡Pedro tan pronto! Por cierto  
 no creí yo...

## ESCENA VI.

*Inés y Pedro.*

PEDRO. ¿Estás en casa?  
 INÉS. Y de ceremonia.  
 PEDRO. Ya.  
 Como esperando embajadas.  
 INÉS. Pues dí la tuya, y vivito  
 márchate, no riña el ama  
 si vé...  
 PEDRO. No es ella mujer  
 que se asusta de fantasmas  
 con esa facilidad.  
 INÉS. En fin, vamos. ¿Qué te tardas?  
 PEDRO. Es que estoy viendo si acaso...  
 (*Registrando.*)  
 INÉS. Por Dios, Pedro, que estoy harta  
 de tus misterios.  
 PEDRO. ¿No hay nadie  
 que pueda?...  
 INÉS. Ni gatos. Habla.  
 PEDRO. Pues señor, has de saber  
 como desde anoche, gracias  
 á tu consejo, al corriente  
 estoy de cuanto importaba.  
 Don Luis tan sólo ha venido  
 á Cádiz con la esperanza  
 de ver á una señorita  
 que aquí muy presto se aguarda  
 de... no sé donde.  
 INÉS. ¿De veras?  
 ¿Mas por qué?  
 PEDRO. La cosa es clara.  
 Porque está loco por ella.  
 INÉS. ¿Conque la quiere?  
 PEDRO. ¡Carambá  
 si la quiere!  
 INÉS. Pero acaso  
 ya no la quiere.

PEDRO. No es mala  
 conclusion. Anoche mismo  
 la escribió, por si llegaba  
 á buen tiempo, y por más señas  
 yo eché al correo la carta.  
 INÉS. ¿Con sobre á ella?  
 PEDRO. Sí.  
 INÉS. Luego  
 tú sabes como se llama.  
 PEDRO. Sí lo sé; mas no me acuerdo  
 de su apellido.  
 INÉS. Nos basta.  
 El caso es que quiere á otra,  
 y llámese Pepa ó Juana,  
 es lo de ménos. ¡Qué tal!  
 ¡El hombre de bien! Ya escampa!  
 ¡El de la formalidad!  
 ¡El juicioso! ¡Qué canalla  
 son todos! ¡Y dirán luego  
 de las mujeres! ¿No hay nada  
 más?  
 PEDRO. ¿Y qué más?  
 INÉS. Sí, no es poco.  
 Pero... véte ya. ¿Qué aguardas?  
 (*Mira adentro.*)  
 PEDRO. Me voy. ¿Mas por qué tal prisa?  
 INÉS. Es que ya sale mi ama  
 del cuarto de su Adelita,  
 y puede ser que...  
 PEDRO. No haya  
 miedo; pues antes que llegue  
 estoy yo un tiro de bala  
 de aquí. Conque adios.  
 INÉS. Adios.  
 PEDRO. (*La embrolla no vá muy mala.*)  
 (*Aparte.*) (*Váse.*)

## ESCENA VII.

*Adela é Inés.*

INÉS. ¿Y bien?  
 ADELA. ¡Lance original!  
 He sabido en este instante  
 que debe llegar mi amante  
 muy presto.  
 INÉS. ¡El amante! ¿Cuál?  
 ADELA. ¡Qué pregunta!  
 INÉS. ¿Y hago mal?

ADELA. El de Sevilla.

INÉS. Famosa  
idea; mas vuestra prosa  
ya es antigua algarabía,  
que amante y novio en el día  
suelen ser distinta cosa.  
En fin, forzoso es pensar  
qué hemos de hacer en tal caso.

ADELA. Las circunstancias y el caso  
son quienes me han de guiar;  
aun hay tiempo, y á mal dar  
obre el ingenio despues,  
y si ayuda el arte, Inés,  
sucumbirá la razon,  
que si es calva la ocasion,  
nunca es manco el interés.

INÉS. Mas antes conviene...

ADELA. Ver  
del otro las intenciones,  
que en estas resoluciones  
vá el ardid de una mujer.  
¿Y tú llegaste á saber  
algo de don Luis?

INÉS. Ahora.

ADELA. ¿Y de buena fé enamora?

INÉS. ¿De buena fé? Dios la dé.

ADELA. ¿Mas tú qué supiste?

INÉS. ¿Qué?  
Que es como todos, señora;  
que no ama, ni por asomo,  
que otra es su antiguo cariño,  
que ayer la escribió, y que el niño  
es maula de tomo y lomo.  
Que ya no es dable (¿ni cómo?)  
sujetar su corazon,  
y que en aquesta ocasion  
de medio á medio la erramos,  
pues que pichon le juzgamos  
cuando es palomo ladron.

ADELA. ¡Qué chasco! Mas aun no es tarde:  
por fortuna á tiempo estoy,  
y lo que puedo hacer hoy  
vano es que á mañana aguarde.  
Nada hay, pues, que me acobarde  
en lance tan oportuno.  
Así de entrambos, ninguno  
será presto mi amador;  
que no es mal juego en amor

perder dos por ganar uno.

INÉS. Con que usted piensa...

ADELA. Al momento  
dejarlos, y esto es seguro;  
que si más tardo, aventuro  
mi fama y mi casamiento.

INÉS. ¿Mas con cuál pretesto?

ADELA. Ciento

hay siempre para acabar  
y algo se ha de aventurar;  
que en la malilla de amor  
es capote de favor  
el quedarse sin casar.

INÉS. Ya deseo la ocasion  
de que lleguen.

ADELA. Mas espera. (*Ruido dentro.*)

¿Quién sube por la escalera  
con tal precipitacion?

INÉS. Señorita, sí; ellos son. (*Se asoma.*)

ADELA. ¿Quienes?

INÉS. Los dos.

ADELA. Como soy,  
que presto llegan.

INÉS. ¿Me voy?

ADELA. Sí, vete y nada receles;  
pues ó quemo mis papeles  
ó golpe seguro doy.

(*Váse Inés. Adela se sienta.*)

## ESCENA VIII.

*Adela, Luis, Fermin con una carta.*

FERM. No, señor, que has de venir  
aquí conmigo.

LUIS. Estás lelo!

FERM. Y ha de ver su propia carta:  
y la he de decir...

ADELA. ¡Qué es esto!  
¡Qué alteracion! ¡Qué semblante!  
¿Hay acaso?...

FERM. Nada bueno,  
y extraño mucho, señora...

LUIS. (*A Fermin.*) Hombre, por Dios.

FERM. Que á un sugeto  
como yo, así se le falte.  
¿A qué vienen fingimientos?  
Todo lo sé, y esta carta,  
que acaso hallé en mi aposento



caída, muy bien me muestra  
de lo que es capaz un pecho  
femenil. ¿Conque soy tonto?  
¿Conque yo soy majadero?  
¿Yo?...

ADELA. ¿Y bien?

FERM. La frescura alabo.  
¿Pues si tengo esos defectos,  
¿por qué me quiso?

ADELA. ¿Quién, yo?  
En mi vida.

FERM. Pues es bueno.  
Vive Dios que me colgara  
de una viga. ¡A mí un desprecio!  
¡A mí una mujer!

LUIS. Fermin,  
¿y á tí qué te importa eso?

FERM. No, que será á ti.

LUIS. Tampoco.

Pero como nunca un bledo  
te se ha dado de esas cosas  
que tú apellidas babeos,  
pensé yo que...

FERM. Mal pensado.

En fin, la broma y los juegos  
deja; pues en lance tal  
vienen muy fuera de tiempo.

LUIS. Perdona, amigo, creí  
que obras ni más ni menos  
como hablabas.

FERM. (¡Qué lección!) (*Aparte.*)

LUIS. Mas, pues me engaño, te ofrezco  
hacer porque aqueste error  
no sea fatal á tu afecto.

ADELA. (¿A dónde vendrá á parar?  
Mas callar es lo más cierto.) (*Aparte*)

LUIS. Veo que quieres á Adela.

FERM. Yo!

LUIS. Sí, porque tienes celos  
y eso es señal que no falla.

FERM. Que la quise no te niego;  
pero...

LUIS. Silencio y escucha.

Adelita, yo confieso  
que obré mal; nunca debí  
atentar á los derechos  
de un amigo. Así es forzoso  
que ambos castiguen mi yerro.

Hágase la paz, y pues  
yo por mi parte ya cedo,  
cedamos todos, y acaben  
de una vez esos muñecos.  
¿No es verdad, Adela? (*Silencio.*)

FERM. ¿Ves?

LUIS. Dice un español proverbio:  
que el que calla es porque otorga.  
Pues señor, esto está hecho.  
Llega tú, que aquestos son  
los privilegios del sexo.

FERM. Mas si yo tengo razon,  
¿por qué he de ceder?

LUIS. Lo entiendo.

Pero no basta ser justo,  
es forzoso parecerlo;  
y quizá tú, aunque lo ignores,  
habrás dado fundamento  
de sospecha. Son las damas  
quisquillosas en extremo  
por lo regular, y á veces  
el rencor hace su efecto;  
mas no dura, que el amor  
sabe perdonar muy presto.

FERM. ¡Pues qué... un hombre como yo  
se ha de humillar!

LUIS. ¿Y qué medio?

FERM. Pero...

LUIS. Las faldas no humillan.

FERM. Pues tú lo quieres, me acerco.

Adelita, ya vé usted  
como yo al cabo... (No acierto  
que decirle); sus injurias  
supe olvidar, y pues esto  
es de cariño tal prueba,  
exijo que por lo menos  
se me diga, qué motivo

pudo dar pié á tanto yerro.

No busco culpa, no, Adela.

Busco sí arrepentimiento.

¿Pero qué! ¿Usted el semblante

vuelve? ¿Usted el rostro bello

oculta de mí? ¿Se aflige?

LUIS. (Bien por Dios.) (*Aparte.*)

FERM. ¿Y será cierto? (*Se arrodilla.*)

¿De ese corazón, por dicha  
aun no he perdido el afecto?

¿Podré esperar?

ADELA. Ah, ah, ah. (*Se rie.*)  
 Parece que está usted haciendo  
 algún paso de comedia. (*Adela se levanta.*)

FERM. ¡Señorita!... ¡Yo!

LUIS. (Hecho un hielo  
 se quedó. ¡Qué humillación!  
 ¡Qué ceguedad! ¡Y qué ejemplo  
 para el que á todas desprecia!) (*Aparte.*)

FERM. Mas...

ADELA. Fermin, bromas dejemos  
 á un lado. Si hoy por fortuna  
 á su buen humor me presto,  
 mañana tal vez... (*Fermin se levanta.*)

FERM. ¿Pues qué?  
 ¿Lo ha tomado acaso á juego?

ADELA. ¿Y cómo lo he de tomar?

FERM. ¿Conque usted por lo que veo,  
 no me quiere?

ADELA. No, señor.

FERM. ¿Ni jamás me quiso?

ADELA. Méenos.

FERM. ¿Ni nunca fuera feliz  
 á mi lado?

ADELA. Ni por pienso.  
 Fermin, lo propio que dije  
 en mi carta, eso sostengo  
 y sostendré. Quien se juzga  
 de los corazones dueño  
 sólo con una mirada:  
 quien humilla al bello sexo  
 sin distincion, y quien halla  
 milagros en el desprecio,  
 sólo éste merece. Usted  
 júzguese su propio pleito.  
 Y advierta de hoy para siempre,  
 que las mujeres, durmiendo,  
 saben mucho más que el hombre  
 aunque esté muy bien despierto.  
 Que si quieren engañarle,  
 lo harán, sin otro remedio.  
 Que con ellas, la experiencia  
 vale poco; pues es cierto  
 no se hallarán en la tierra  
 dos iguales, y sabemos  
 que el conocer y el juzgar  
 los corazones, es cuento.  
 Si esta leccion aprovecha;  
 si escarmienta en propio yerro,

tanto mejor para usted.

En cuanto á mí...

LUIS. ¡Mas qué es esto!

¿Acaso habla usted de veras?

ADELA. Y tan de veras, que es tiempo  
 de que le toque la suya.

LUIS. ¡A mí!

ADELA. ¿Pues no?

FERM. ¿Estoy despierto? (*Aparte.*)  
 Por Dios no sé qué me pasa.

ADELA. Señor don Luis, no quiero  
 recordarle su conducta  
 hasta aquí. Nadie un defecto,  
 nadie en usted una tacha,  
 pudiera hallar.

LUIS. Yo agradezco...

ADELA. Le suplico que reserve  
 esas gracias para luego.  
 ¡Pero cuánto se engañaba  
 quien así juzgó! Encubierto  
 bajo apariencia tan dulce  
 se hallaba sutil veneno.  
 Fingiendo pasion, ternezas,  
 simulando amor y celos,  
 tendísteis la red, que á dicha  
 supe yo evitar á tiempo.  
 ¿No es esto verdad, Luis?  
 Diga usted si con efecto  
 no ama á otra. Si ayer mismo  
 no la escribió. Si su objeto  
 no es el unirse con ella.  
 En fin, hable usted.

LUIS. No acierto... (*Fingiendo turbacion.*)  
 Señorita... yo... es verdad  
 que... si... (*Todo vá saliendo (Aparte.)  
 como esperaba.*)

ADELA. No más,  
 que esto es suficiente.

FERM. ¿Pero  
 no hemos de saber?...

ADELA. Sí tal.  
 Por mi parte esto es resuelto.  
 Usted, señor don Luis,  
 busque otra tonta, (que á cientos  
 las hallará) y á su salvo  
 pruebe en ella sus enredos,  
 sus novelescas pasiones,  
 aquellos fingidos celos,

y aquel amor, que no há mucho pintaba con tanto fuego.

LUIS. Conque esto quiere decir...

ADELA. Que hemos concluido.

LUIS. (Bueno.) (*Aparte.*)

ADELA. Y en cuanto á usted; D. Fermin, con repetir me contento lo que hace poco le dije; pues tanto vale, y valemos tan poco, hallará de sobra quien sujete el dócil cuello á su amor, si es que se digna elevarla á tanto puesto; pero por lo que á mí toca, su presuncion, sus defectos son tales, que no es posible disimularlos. Por eso, ni le he querido en mi vida, ni le querré, ni le quiero. Creo haber dicho bastante.

FERM. No, señora, ni por pienso. ¿Cómo ha de bastar? Mi honor está ultrajado, y pretendo aclarar este negocio á todo trance.

ADELA. ¿Y qué medio?

FERM. ¿Qué medio? Usted lo verá. ¿No sabe acaso que tengo en mi mano la venganza? ¿No sabe que soy?...

LUIS. Silencio (*A Fermin.*) por Dios. (El vá á descubrirse (*Aparte.*) y aun no debe.)

ADELA. ¿Qué misterio es ese? Por fin sepamos.

FERM. Sí, señora. Lo sabremos puesto que usted lo desea.

LUIS. (Y aun no viene.) (*Mirando hácia fuera.*) (*Aparte.*)

FERM. Yo... no quiero (*Le tira de la casaca.*) callar, que ya de la manta tiró el diablo, y...

LUIS. Mas... (*A Fermin.*)

FERM. Ni atiendo, ni quiero oír.

LUIS. (¿Y qué haré? (*Aparte.*) Mas me ocurre un pensamiento.)

Es muy extraño, Fermin, que con tono tan grosero te atrevas así á faltar de una dama á los respetos. Si crees, porque está sola, que impunemente has de hacerlo; si con esas amenazas, si con gritos descompuestos juzgas vindicar tu honor, mucho te engañas. No veo ya en ella á quien me desairá; no escucho el resentimiento; sólo sí en aqueste instante me acuerdo soy caballero, y como tal no me agrada, ni en mi presencia consiento que se ultraje á una señora.

FERM. ¿Y á tí quién para este entierro te dió vela? Un mal amigo, un hombre á quien yo hice dueño de toda mi confianza, que de ella abusa ¿es por cierto quien se atreve á echarme en cara mi proceder?

LUIS. Te lo echo.

Sí, señor.

FERM. Pues yo no sufro... (*Gritos.*)

LUIS. Yo tampoco.

ADELA. ¡Santos cielos! ¡Pues cómo! Por Dios, señores...

LUIS. Está muy bien. En saliendo (*Van hácia la puerta.*) se verá.

FERM. Cuando tú gustes.

ADELA. (Mal golpe fuera por cierto. (*Aparte.*) Valga el arte.) Ay, que me dá! Mamá. (*Se deja caer en una silla.*)

LUIS. Adelita.

## ESCENA IX.

Dichos y Doña María.

D.<sup>a</sup>M.<sup>a</sup> ¡Qué es esto!

¡Qué alboroto! ¡Qué algazara!

LUIS. Señora...

D.<sup>a</sup>M.<sup>a</sup> ¡Mas qué estoy viendo!

Mi niña. ¡Válgame Dios!

¿Pero ustedes qué la han hecho?

FERM. Yo nada.  
 LUIS. Ni yo tampoco.  
 D.ª M.ª ¿Pues á qué habrá sido ello?  
 Vamos, sin duda será  
 porque como hoy hubo truenos...  
 LUIS. Los truenos fueron, no hay duda.  
 ¡Pobre Adela!  
 FERM. (Para el perro (*Aparte.*)  
 que se fiara.)  
 D.ª M.ª Ay Jesús!  
 Inés.

## ESCENA X.

*Dichos é Inés.*

INÉS. Señora.  
 D.ª M.ª Corriendo  
 tráeme aquí el pericon,  
 y mientras yo la hago fresco,  
 (*Se vá y vuelve con el abanico.*)  
 aflójale tú el corsé,  
 dála agua. ¡Qué desconsuelo!  
 Que se me muere mi hija,  
 que se me muere!

## ESCENA XI.

*Dichos y Don Judas con un paquete  
en la mano.*

D. JUD. Laus Deo.  
 LUIS. (Mi tío, salí de afan.) (*Aparte.*)  
 D. JUD. Señoras, felice dia. (*Deja el paquete.*)  
 ¿Mas qué es esto? ¿Hay avería?  
 D.ª M.ª ¡Ay! sí, señor.  
 D. JUD. Voto á san.  
 D.ª M.ª Sostenla tú. (*A Inés.*)  
 INÉS. No se cae.  
 D.ª M.ª Inés, tráele aquello...  
 INÉS. ¿Cuál?  
 D.ª M.ª Aquello que huele mal.  
 D. JUD. Cuenta con lo que se trae.  
 LUIS. ¿El éter?  
 D.ª M.ª Sí.  
 INÉS. Se ha acabado.  
 D.ª M.ª ¡Qué descuido! En nada están.  
 D. JUD. Como haya en casa alquitran,  
 ese es remedio probado.  
 D.ª M.ª ¿Y vinagrillo?  
 INÉS. Ha de haber.

D.ª M.ª Pues mira si en mis cajones  
 está el de *Siete ladrones.* (*Váse Inés.*)  
 FERM. (Los de Ecija habian de ser.) (*Ap.*)  
 D.ª M.ª Ay, si se me morirá.  
 Don Judas, si usted supiera  
 medicina.  
 D. JUD. Bien pudiera,  
 porque he leído á Le Rua.  
 D.ª M.ª ¿Y allí no hay cosa que valga  
 para esto?  
 D. JUD. Darle al contado  
 la purga del primer grado,  
 y salga por donde salga.  
 INÉS. Aquí está ya. (*Vuelve Inés con un frasco.*)  
 D.ª M.ª ¿Y bien, qué hacemos?  
 D. JUD. No arriar en banda el tapon.  
 INÉS. Descuide usted.  
 LUIS. (¡Qué ficcion!) (*Ap.*)  
 D.ª M.ª ¿Le hará daño?  
 D. JUD. Allá veremos.  
 D.ª M.ª ¿Qué se decide por fin?  
 D. JUD. Yo creo la han de aliviar  
 ayudas de agua del mar.  
 ¿No os parece bien, Fermin?  
 FERM. (A ver como no revienta.) (*Aparte.*)  
 ¿Mas yo qué sé?  
 INÉS. Por San Pablo.  
 FERM. Tráiganle un doctor ó un diablo.  
 D. JUD. Lo mismo es ocho que ochenta.  
 LUIS. (¡Qué tardar!) Tío (*Ap.*) (*Bajo á D. Judas.*)  
 D. JUD. ¿Qué quieres?  
 LUIS. ¿Está todo?  
 D. JUD. Todo está.  
 LUIS. Al caso pues.  
 D. JUD. Allá vá.  
 Posible es que las mujeres (*Alto.*)  
 siempre y en todo han de errar,  
 irse á poner mala el dia  
 que yo el novio le traia,  
 es cosa particular.  
 D.ª M.ª ¡El novio!  
 FERM. ¡Su novio!  
 D. JUD. Cierto.  
 FERM. ¿Pero quién es?  
 LUIS. Calla ahora. (*A Fermin bajo.*)  
 D.ª M.ª ¿Y está en Cádiz?  
 D. JUD. No, señora.  
 FERM. (¡Es sueño ó estoy despierto!) (*Ap.*)

D.ª M.ª ¿Mas cómo si aun no ha llegado,  
puede usted traerle acá?  
INÉS. Señorita, ¿oye usted! (*Al oído á Adela.*)  
ADELA. ¡Ah!  
INÉS. Ya vuelve.  
LUIS. ¿Se le ha pasado?  
ADELA. ¿Dónde estoy?  
D. JUD. En una silla.  
ADELA. ¿Y ellos?  
INÉS. Sólo fué una chanza.  
ADELA. ¿Se mataron?  
D. JUD. Qué, ¿hay matanza?  
Pues acoto una morcilla.  
INÉS. Delira.  
D. JUD. Entonces no hay trato.  
D.ª M.ª ¿Qué sientes?  
ADELA. Mucha opresion.  
Mas ya se pasa.  
D. JUD. Es pension.  
D.ª M.ª ¡Oh! Sus nervios y mi flato  
á ambas nos sacan de quicio.  
Gracias que hoy volvió al momento.  
D. JUD. Si esa voz de casamiento  
es la trompeta del juicio.  
D.ª M.ª Al caso.  
D. JUD. Por el vapor  
recibí há pocos instantes  
los papeles de que antes  
hablé ya á usted.  
D.ª M.ª Sí, señor.  
FERM. ¿Mas Luis?... (*A Luis.*)  
LUIS. Chitoy destierra (*A Fermin.*)  
todo cuidado.  
FERM. (*Estoy loco.*) (*Aparte.*)  
D. JUD. Hice rumbo aquí, y á poco  
eché el cargamento en tierra.  
D.ª M.ª Pero bien, doy de barato  
que esté ya arreglado eso.  
¿El viene?  
D. JUD. No en carne y hueso;  
pero traigo su retrato.  
ADELA. ¡Su retrato!  
D.ª M.ª Conque al fin... (*A D. Judas.*)  
D. JUD. Ya el asunto es decidido. (*A D.ª Maria.*)  
FERM. ¿Mas qué es esto?  
D.ª M.ª Que marido  
tiene mi hija, don Fermin.  
D. JUD. Tome usted (*Dá el retrato á Adela.*)

D.ª M.ª Sí, que á ella toca  
juzgar si es bonito ó feo.  
Inés, mis gafas.  
ADELA. ¡Qué veo! (*Mirando el retrato.*)  
¡Dios mio!  
D.ª M.ª ¿Niña, estás loca?  
ADELA. Es el señor. (*Señalando á D. Fermin.*)  
D.ª M.ª ¡Cómo!  
D. JUD. Sí.  
LUIS. ¿Estás? (*Bajo á Fermin.*)  
FERM. Ya todo adivino.  
D.ª M.ª Conque usted es...  
FERM. El sobrino  
de D. Judas.  
ADELA. ¡Y que á mi  
tal me suceda! ¡Qué rabia!  
¡Qué vergüenza!  
D.ª M.ª En conclusion  
¿á qué vino esa ficcion?  
¿Hubo causa?  
LUIS. Una y muy sábia.  
En bien que tan cerca toca  
como la propia ventura,  
la reflexion más madura  
á veces suele ser poca,  
y ni es esposa constante  
quien veleta un tiempo ha sido,  
ni nunca es feliz marido  
quien no fué dichoso amante.  
Si tal logró, él lo decida  
puesto que es su novio.  
D.ª M.ª Y bien,  
él se casará.  
D. JUD. Sí.  
FERM. ¡Quién!  
¡Yo con Adela! En mi vida.  
No fuera mala locura.  
D.ª M.ª Bueno está. ¿Y el compromiso?  
FERM. Se acabó, pues ella quiso.  
ADELA. ¿Qué dirán?  
D. JUD. Que quien procura  
tener novios á montones,  
este fruto ha de coger.  
D.ª M.ª ¿Mas yo qué habia de hacer?  
D. JUD. Zafarrancho de moscones.  
Que el que con buena bandera  
viene á quererse casar,  
si vé corsario en la mar

toma la vuelta de afuera.

D. M. Yo no sé lo que me pasa.

FERM. Luis, primo, mi ceguedad perdona.

LUIS. De mi amistad es deuda. Vuelve á tu casa, vuelve á Sevilla, y allí cúrate de tu manía, acordándote que un día nada valiste por tí. Busca esposa amante y fiel, que ese es el mayor tesoro; mas no espères hallar oro si vas en pos de oropel. Haz debida distincion, y al bello sexo respeta; que aunque haya mucha coqueta, muchas hay que no lo son. En fin, júzgate de hoy más, cual los otros, que vá errado quien piensa será apreciado

si desprecia á los demás.

Y usted, Adela, que ha sido víctima de tal contienda, cambie de norte, y la enmienda le hará ganar lo perdido.

Reflexione cuánto daña á su honor conducta tal; pues la opinion es cristal que aun del aliento se empaña.

Sëa en todo compromiso formal, constante, amorosa, que no vale para esposa quien hoy odia y ayer quiso.

En fin, pues deslíz tamaño mereció tal escarmiento, *un firme arrepentimiento* (\*)

remedie futuro daño; y ojalá que esta leccion os pueda bien demostrar el fin que suelen lograr *Coquetismo y Presuncion.*

FIN DE LA COMEDIA.

(\*) Este verso faltaba en el original que ha servido para esta coleccion, y le ha puesto el corrector.



# ÍNDICE.

|                                                      | PÁGS. |
|------------------------------------------------------|-------|
| Advertencia. ... ..                                  | III   |
| Noticia biográfica ... ..                            | I     |
| Observaciones acerca de las poesías líricas.. ... .. | 9     |

## POESÍAS RELIGIOSAS.

|                                                    |    |
|----------------------------------------------------|----|
| A la Virgen María ... ..                           | 15 |
| A la Inmaculada Concepcion de Ntra. Señora ... ..  | 16 |
| En la traslacion de la Virgen de Regla ... ..      | 17 |
| La muerte de Jesús y el duelo de María ... ..      | 19 |
| A la maravillosa imágen de Jesús Crucificado... .. | 21 |
| La Estrella del Mar.....                           | 23 |

## SONETOS.

|                                                            |    |
|------------------------------------------------------------|----|
| A Doña Isabel II de Borbon....                             | 24 |
| A D. Alfonso el Sabio .                                    | 25 |
| A S. M. la Reina Doña Isabel II. ...                       | 26 |
| En la muerte del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Cádiz ... .. | 27 |

## ODAS.

|                                                 |    |
|-------------------------------------------------|----|
| En la Real Sociedad Económica de Cádiz.. ... .. | 28 |
| Epitalamio ... ..                               | 32 |
| Puerto Franco ... ..                            | 36 |
| Elegia ... ..                                   | 39 |
| A las artes. ... ..                             | 42 |
| Las glorias de la mujer. ... ..                 | 46 |
| La gloria del Arte ... ..                       | 51 |
| El ejemplo. ... ..                              | 56 |
| A Cádiz ... ..                                  | 61 |
| El trabajo y el premio... ..                    | 65 |

|                           | PÁGS. |
|---------------------------|-------|
| La Navidad. ... ..        | 67    |
| Emulacion y premio ... .. | 68    |

## POESÍAS VARIAS.

|                                                                                                           |    |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Fragmentos de una parodia de Jorge Manrique ... ..                                                        | 71 |
| Una audiencia de Apolo. ... ..                                                                            | 73 |
| A la distinguida artista Teodora Lamadrid ... ..                                                          | 73 |
| Para el album de una señorita. ... ..                                                                     | 74 |
| Querella á mi tintero ... ..                                                                              | 74 |
| A mi pluma ... ..                                                                                         | 75 |
| La musa y el deseo ... ..                                                                                 | 76 |
| A D. Rafael Sanchez Mendoza. ... ..                                                                       | 76 |
| La amistad. ... ..                                                                                        | 77 |
| Los chinos. ... ..                                                                                        | 77 |
| La mujer. ... ..                                                                                          | 78 |
| Eco y Narciso ... ..                                                                                      | 78 |
| El amor y la lotería ... ..                                                                               | 79 |
| A Cervántes ... ..                                                                                        | 80 |
| A las distinguidas artistas las Srtas. Pilar y Elisa Boldun ... ..                                        | 80 |
| Los dolores ... ..                                                                                        | 80 |
| Al Ejército español de Africa.. ... ..                                                                    | 81 |
| Himno á S. A. R. el Príncipe de Asturias.. ... ..                                                         | 81 |
| A los Sres. de la Comision gaditana encargada de gestionar en el asunto del ferro-carril de Cádiz. ... .. | 82 |
| Para el album de una señorita. ... ..                                                                     | 83 |
| A los Sres. del Consejo de Administracion del ferro-carril de Cádiz á Sevilla ... ..                      | 83 |
| Al eminente artista D. Julian Romea ... ..                                                                | 84 |
| Octavas ... ..                                                                                            | 84 |
| Cádiz en la ausencia de Carmen ... ..                                                                     | 85 |
| En un album ... ..                                                                                        | 85 |
| Al Excmo. Sr. General de la Armada                                                                        |    |



|                                                                    | PÁGS. |                                                                                                                 | PÁGS. |
|--------------------------------------------------------------------|-------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| D. Segundo Herrera ... ..                                          | 86    | cocas ... ..                                                                                                    | 123   |
| Al distinguido artista el niño Rafael<br>Diaz Albertini ... ..     | 86    | Proclama á las muchachas con ocasion<br>del presente Domingo de Ramos..                                         | 124   |
| La edad de oro ... ..                                              | 87    | Un novio al mejor postor ... ..                                                                                 | 125   |
| El ingenio y la pobreza.. ... ..                                   | 88    | El juicio de París. ... ..                                                                                      | 126   |
| La verdad.. ... ..                                                 | 89    | Un pretendiente modesto ... ..                                                                                  | 127   |
| Carta de ultra-tumba... ..                                         | 91    | Una sentencia de Pluton ... ..                                                                                  | 129   |
| <b>ROMANCES.</b>                                                   |       | Los pollos.. ... ..                                                                                             | 131   |
| Para un album ... ..                                               | 93    | Diana y Acteon. ... ..                                                                                          | 132   |
| El amor vestido á la moda ... ..                                   | 93    | Defensa del miriñaque. ... ..                                                                                   | 134   |
| Un amor á prueba de agua ... ..                                    | 94    | Ayes de un amor nacido en la Punta<br>de la Vaca ... ..                                                         | 135   |
| La Pascua de Navidad. ... ..                                       | 96    | Un novio en subasta ... ..                                                                                      | 137   |
| Los desdenes de una fea ... ..                                     | 96    | Respuesta al novio en subasta. ... ..                                                                           | 138   |
| Defensa de los peinados de moda ... ..                             | 97    | Los cuatro novios de Juana... ..                                                                                | 140   |
| Cásate y verás ... ..                                              | 99    | Las dos épocas... ..                                                                                            | 142   |
| El Carnaval ... ..                                                 | 100   | Los galeotes ... ..                                                                                             | 143   |
| Las niñas y la cuaresma. ... ..                                    | 102   | A Dulcinea en ocasion de su encanta-<br>miento ... ..                                                           | 145   |
| La luna ... ..                                                     | 103   | <b>APÉNDICE.</b>                                                                                                |       |
| Lamentos de un amante posma ... ..                                 | 104   | En la muerte del magistral Cabrera... ..                                                                        | 146   |
| Contestacion de la bella del gato mal-<br>tés ... ..               | 105   | A la digna memoria de mi caro ami-<br>go el Sr. D. José García de Arbo-<br>leya.... ..                          | 149   |
| Las niñas en el teatro.. ... ..                                    | 106   | Con ocasion del banquete dado al Sr.<br>D. Rafael Sanchez Mendoza. ... ..                                       | 151   |
| Todas tienen su mérito ... ..                                      | 108   | <b>Ligeras observaciones críticas sobre<br/>las obras dramáticas de D. Fran-<br/>cisco Flores Arenas ... ..</b> |       |
| Respuesta de una niña á una sátira. ... ..                         | 109   | 153                                                                                                             |       |
| El rabo del cólera ... ..                                          | 110   | <b>OBRAS DRAMÁTICAS.</b>                                                                                        |       |
| Discusion acerca de algunas mujeres<br>que pasan por malas. ... .. | 112   | El Ecarté. ... ..                                                                                               | 163   |
| La fèria de los Descalzos ... ..                                   | 113   | Pagarse del exterior ... ..                                                                                     | 175   |
| A la plaza de Mina ... ..                                          | 114   | Hacer cuenta sin la huéspeda ... ..                                                                             | 209   |
| Declaracion de amor á una niña duen-<br>de ... ..                  | 116   | Coquetismo y presuncion. ... ..                                                                                 | 243   |
| El Carnaval ... ..                                                 | 117   |                                                                                                                 |       |
| Las siete novias de Blas ... ..                                    | 118   |                                                                                                                 |       |
| Consecuencias de un baile de máscaras<br>... ..                    | 120   |                                                                                                                 |       |
| Respuesta de la niña de la Camorra. ... ..                         | 121   |                                                                                                                 |       |
| El no sé qué, ó sea el poder de unas                               |       |                                                                                                                 |       |

